



ECOS DEL MEDITERRÁNEO

el mundo ibérico y la cultura vettona

Imagen de la cubierta:

Placa decorada de la sepultura 350 de la zona VI
de La Osera (Museo Arqueológico Nacional, Madrid).



Institución Gran Duque de Alba

ECOS DEL MEDITERRÁNEO

el mundo ibérico y la cultura vettona



Del 9 de marzo al 15 de julio de 2007
Torreón de los Guzmanes · Plaza del Corral de las Campanas · Ávila



I.S.B.N.: 978-84-96433-40-3

Dep. Legal: M-10181-2007

Edita: Diputación Provincial de Ávila
Institución Gran Duque de Alba



Juan Cabré

Esta exposición se dedica a D. Juan Cabré Aguiló (1882-1947), pionero de las arqueologías ibérica y vettona por sus excavaciones en la necrópolis de Galera (Granada), en el santuario de Collado de los Jardines (Jaén), en el castro y necrópolis de Las Cogotas y en la necrópolis de La Osera (Ávila) al cumplirse el 60 aniversario de su fallecimiento.

CRÉDITOS

EXPOSICIÓN

Comisarios

Magdalena Barril Vicente
Eduardo Galán Domingo

Coordinadoras

Esperanza Manso Martín
María Maríné Isidro

Montaje y Diseño

Montajes Horche, S. L.

Diseño y dirección del montaje

Jorge Ruiz-Ampuero
Laura Fernández Fernández

Cartel

LM Estudio gráfico

Transporte

S.I.T. Transportes Internacionales S. A.

Seguros

Willis Iberia

Restauraciones

Carmen Dávila Buitrón
Alfonso García Romo
Nayra García-Patrón Santos
Mercedes Gómez Moreno
M.^a Antonia Moreno Cifuentes

Organización

Diputación Provincial de Ávila. Institución Gran Duque de Alba
Ministerio de Cultura. Museo Arqueológico Nacional
Junta de Castilla y León. Museo de Ávila

Colaboraciones y agradecimientos

Museo de Albacete: Blanca Gamó, directora

Museo Arqueológico Nacional: Rubí Sanz Gamó, directora; todo el personal de los Departamentos de Conservación, Documentación y Protohistoria y Colonizaciones, Gabinete de prensa y todas aquellas personas que hayan participado de una u otra manera

Museo Arqueológico de Murcia: Antonio Manuel Poveda, director, y M.^a Ángeles Gómez Ródenas, conservadora

Museo de Arte Ibérico de El Cigarralejo: Virginia Page, directora

Museo de Jaén. José Luis Chicharro, director; Ana García, conservadora, y Beatriz Rodríguez

Museo del Instituto del Conde de Valencia de Don Juan: Cristina Partearroyo, directora

Museo de Prehistoria de Valencia: Helena Bonet, directora, y Jaime Vives-Ferrándiz, conservador

D. Rufino Galán: Guarda del castro de El Raso de Candeleda (Ávila)

Préstamo de piezas

Museo de Albacete

Museo Arqueológico Nacional, Madrid

Museo de Ávila

Museo del Instituto del Conde de Valencia de D. Juan, Madrid

Museo de Jaén

Museo de Arte Ibérico de El Cigarralejo, Mula (Murcia)

Museo de Prehistoria de Valencia

Colección particular de D. Virgilio Blázquez, El Raso de Candeleda (Ávila)

CATÁLOGO

Editores

Magdalena Barril Vicente
Eduardo Galán Domingo

Coordinadores de la edición

Esperanza Manso Martín
Gregorio del Ser Quijano

Autores de los artículos

Martín Almagro-Gorbea. *Académico-anticuario de la Real Academia de la Historia. Madrid*
Jesús R. Álvarez-Sanchís. *Profesor de Prehistoria. Universidad Complutense de Madrid*
Isabel Baquedano Beltrán. *Conservadora del Centro de Arte Reina Sofía. Madrid*
Helena Bonet Rosado. *Directora del Museo de Prehistoria de Valencia*
Teresa Chapa Brunet. *Catedrática de Prehistoria. Universidad Complutense de Madrid*
Germán Delibes de Castro. *Catedrático de Prehistoria. Universidad de Valladolid*
Fernando Fernández Gómez. *Conservador del Museo Arqueológico de Sevilla*
Francisco Javier González-Tablas Sastre. *Profesor titular de Arqueología. Universidad de Salamanca*
Alberto Lorrio Alvarado. *Profesor titular de Prehistoria. Universidad de Alicante*
Juan Pereira Sieso. *Profesor titular de Prehistoria. Universidad de Castilla-La Mancha*
Fernando Quesada Sanz. *Profesor titular de Arqueología. Universidad Autónoma de Madrid*
Arturo Ruiz Rodríguez. *Catedrático de Prehistoria. Universidad de Jaén*
Gonzalo Ruiz Zapatero. *Catedrático de Prehistoria. Universidad Complutense de Madrid*
Manuel Salinas de Frías. *Profesor titular de Historia Antigua. Universidad de Salamanca*
Eduardo Sánchez-Moreno. *Profesor de Historia Antigua. Universidad Autónoma de Madrid*
Rubí Sanz Gamio. *Directora del Museo Arqueológico Nacional. Madrid*
Trinidad Tortosa Rocamora. *Investigadora titular. Escuela de Arte y Arqueología en Roma (CSIC)*

Autores de las fichas

EGD Eduardo Galán Domingo. *Conservador, Museo Arqueológico Nacional. Madrid*
EMM Esperanza Manso Martín. *Ayudante, Museo Arqueológico Nacional. Madrid*
FFG Fernando Fernández Gómez. *Conservador, Museo Arqueológico de Sevilla*
JV-FS Jaime Vives-Ferrándiz Sánchez. *Conservador, Museo de Prehistoria de Valencia*
JJA Javier Jiménez Ávila. *Instituto de Arqueología de Mérida*
JLCh José Luis Chicharro. *Director del Museo de Jaén*
MBV Magdalena Barril Vicente. *Conservadora-Jefe, Museo Arqueológico Nacional. Madrid*
MMI María Mariné Isidro. *Directora del Museo de Ávila*
VPP Virginia Page del Pozo. *Directora del Museo de Arte Ibérico de El Cigarralejo. Mula (Murcia)*

Fotografías del Catálogo

Museo del Instituto del Conde de Valencia de Don Juan.- Tomás Antelo: fichas 1, 2 y 8a; Cuauhtli Gutiérrez: ficha 8c.
Museo de Albacete.- Santiago Vico: fichas 13 y 36; Francisco Cebrián: ficha 22.
Museo de Arte Ibérico de El Cigarralejo.- Gutiérrez fotografía y vídeo: fichas 17, 34, 40 y 42.
Museo de Jaén.- José Luis Chicharro: fichas 11 y 20.
Museo de Prehistoria de Valencia: fichas 14 y 21.
Museo de Ávila.- Rafael Delgado: fichas 6, 35, 48, 49 y 50; Archivo Fotográfico del Museo: fichas 3, 4, 32.
Museo Arqueológico Nacional.- Miguel Ángel Camón Cisneros. Fichas 3, 5, 7, 8b, 8d, 9, 10, 12, 15, 16, 17, 18, 19, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 32, 33, 34, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49 y 50;
Ángel Martínez Levas: fichas 31 y 41; Archivo Fotográfico del Museo: ficha 2.

Diseño gráfico y tratamiento de imágenes

LM Estudio gráfico

Tratamiento informático de imágenes

Raúl Areces Gutiérrez
Juan Díaz Goy

PRESENTACIÓN

El año 2001 quedó marcado en el ámbito de las actividades culturales abulenses por la realización de la exposición *Celtas y Vettones*, que tuvo resonancias más allá de nuestras fronteras por su montaje, sus contenidos y su afluencia de visitantes. Como consecuencia de ello, se habilitó un singular espacio expositivo en el Torreón de los Guzmanes y, lo que es más importante, se promovió una iniciativa transfronteriza, liderada por la Diputación de Ávila, que obtuvo en el año 2003 financiación europea dentro del Programa Interreg IIIA. Lo que se pretendía era recuperar y poner en valor nuestros castros y verracos, al mismo tiempo que se potenciaban las múltiples ofertas paisajísticas, artísticas, culturales, etc., de los pueblos del entorno de estos sitios arqueológicos. En definitiva, se trataba de que las raíces de nuestra historia sirvieran, una vez más, de hilo conductor del necesario nutriente dinamizador de nuestras áreas rurales.

Entre los logros alcanzados por dicho Proyecto tiene especial significado el *Espacio Cultural Vetonia. Cultura y Naturaleza*, que ha venido a ocupar el espacio habilitado para aquella exposición, actuando como catalizador e impulsor de un conocimiento riguroso, y asequible a la vez, de la sociedad que llegaron a configurar los vettones. No obstante, se reservó la sala central para acoger en ella exposiciones temporales de pequeño formato y de calidad contrastada que sirvieran para apreciar con más detalle determinados aspectos de la actividad de nuestros antepasados.

Así, la primera exposición, clausurada en el mes de mayo de 2006, se centró en *El descubrimiento de los vettones*, es decir, en mostrar aquellos materiales, procedentes de los castros abulenses, que permitieron a los especialistas delimitar y conocer un pueblo que desarrolló su actividad social, económica y cultural entre los siglos V al I a. C. en la zona comprendida entre el Duero y el Tajo, con especial incidencia en la provincia de Ávila.

En la que ahora presentamos se quiere profundizar un poco más y tratar de explicar las relaciones que los vettones establecieron con otros pueblos peninsulares. Por más que las condiciones de vida los mantuvieran en un relativo aislamiento en el centro de la Península, se vieron influidos por los contactos surgidos en ambas direcciones entre unos y otros. Con esta exposición se hace hincapié en los influjos procedentes de los pueblos que vivían a orillas del Mediterráneo y que han quedado representados en todos los ámbitos de la sociedad vettona, desde las actividades más elementales hasta las más trascendentes. Por eso le proponemos al visitante que, al recorrer la exposición o al leer este catálogo, condicione y habitúe sus ojos para "oír" con nitidez estos *Ecos del Mediterráneo*.

En las dos exposiciones hemos contado con la inestimable colaboración del Museo Arqueológico Nacional, dependiente del Ministerio de Cultura, a cuyo personal, en especial a su directora, Rubí Sanz Gamio, quiero agradecer el trabajo realizado, pues, de lo contrario, no habríamos podido ofrecer a los interesados estas importantes muestras de nuestro pasado.

Agustín González González
Presidente de la Diputación de Ávila

PRÓLOGO

Es una gran satisfacción presentar el catálogo de la exposición *"Ecos del Mediterráneo. El mundo ibérico y la cultura vettona"*, que responde al interés del Ministerio de Cultura en difundir la cultura en todo el territorio nacional mediante el préstamo de las colecciones estatales para su exposición temporal.

La muestra es fruto de la positiva colaboración entre el Museo Arqueológico Nacional y la Institución Gran Duque de Alba de la Diputación de Ávila y sigue la senda abierta por la exposición inaugurada en el año 2005 con el título *"El descubrimiento de los vettones. Los materiales del Museo Arqueológico Nacional"*.

Si en aquella ocasión se presentaron aspectos básicos de la formación, desarrollo y modo de vida de los vettones, ahora se profundiza en la relación de estas gentes, asentadas en la Meseta Occidental, con otros grupos peninsulares, y en concreto con los pueblos ibéricos asentados en el Levante y Sur, y en cómo a través de ellos llegaron hasta el interior peninsular objetos, ideas y conocimientos de otros pueblos del Mediterráneo.

Se ha buscado que los ciudadanos que visiten la muestra, o que lean el catálogo que la acompaña, tengan un mejor conocimiento de las relaciones que, desde la Prehistoria, existieron entre los distintos pueblos peninsulares, enriqueciéndolos al tiempo que permitieron a cada uno de ellos mantener su propia personalidad.

Esta exposición no hubiera sido posible sin el esfuerzo de las instituciones organizadoras y la generosidad de los museos y particulares prestadores de las piezas que se exponen. Algunas de ellas son obras cumbres del arte orientalizante, vettono o ibérico, ideadas a menudo, ya en su tiempo, para deslumbrar a los coetáneos que las contemplaban; otras, más humildes o simplemente menos llamativas, nos permiten adivinar el orgullo con el que las lucieron sus poseedores o cómo las utilizaron en ocasiones especiales, de carácter ritual o festivo.

La lectura de este catálogo, en el que ha participado un nutrido repertorio de especialistas en las culturas prerromanas procedentes de distintos Museos y Universidades, así como del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, aporta además una estimulante aproximación a interpretaciones diversas sobre los pueblos vettones e ibéricos a partir de su cultura material.

La labor desarrollada brillantemente por nuestros museos permite registrar, estudiar y conservar para el futuro esta cultura material, para que pueda finalmente ponerse a disposición del público a través de su exposición en montajes de gran calidad, como el que ahora tenemos el orgullo de presentar.

Carmen Calvo
Ministra de Cultura

ÍNDICE

- 15 **INTRODUCCIÓN**
Magdalena Barril Vicente y Eduardo Galán
- 19 **ESTUDIOS INTRODUCTORIOS**
- 21 MIRADAS EN UN ESPEJO: IBEROS Y VETTONES EN LOS TEXTOS CLÁSICOS
Manuel Salinas de Frías
- 27 ENTRE IBEROS Y VETTONES
Rubí Sanz Gamio y Eduardo Galán
- 33 **UN PASADO COMÚN: EL MUNDO ORIENTALIZANTE**
- 37 UN PASADO COMÚN: EL MUNDO ORIENTALIZANTE
Martín Almagro-Gorbea
- 43 FICHAS CATALOGRÁFICAS 1 a 6
- 57 **IMÁGENES DE LA SOCIEDAD PRERROMANA**
- 61 LA SOCIEDAD EN LA CULTURA IBÉRICA
Arturo Ruiz
- 67 IMÁGENES DE LA SOCIEDAD PRERROMANA: VETTONES
Gonzalo Ruiz Zapatero
- 73 FICHAS CATALOGRÁFICAS 7 a 10
- 83 **HÉROES DE DOS CULTURAS**
- 87 ¿HÉROES? DE DOS CULTURAS. IMPORTACIONES METÁLICAS IBÉRICAS EN TERRITORIO VETTÓN
Fernando Quesada Sanz
- 95 HÉROES DE DOS CULTURAS: INFLUJOS MESETEÑOS EN EL ARMAMENTO VETTÓN
Alberto J. Lorrio
- 103 FICHAS CATALOGRÁFICAS 11 a 19
- 123 **CREENCIAS COMPARTIDAS**
- 127 DE LAS CREENCIAS: EL MEDITERRÁNEO ENTRE VETTONES E IBEROS
Trinidad Tortosa
- 133 CREENCIAS COMPARTIDAS: RELIGIÓN Y RITUALIDAD EN CLAVE VETTONA
Eduardo Sánchez-Moreno
- 139 FICHAS CATALOGRÁFICAS 20 a 27
- 157 **PERSPECTIVAS ANTE EL MÁS ALLÁ**
- 161 PERSPECTIVAS ANTE EL MÁS ALLÁ: LAS NECRÓPOLIS IBÉRICAS
Juan Pereira Sieso
- 167 PERSPECTIVAS ANTE EL MÁS ALLÁ: LAS NECRÓPOLIS VETTONAS
Isabel Baquedano
- 173 FICHAS CATALOGRÁFICAS 28 a 30

- 181 **ANIMALES PROTECTORES**
- 185 ANIMALES PROTECTORES EN EL MUNDO IBÉRICO
Teresa Chapa Brunet
- 191 ANIMALES PROTECTORES EN LA CULTURA VETTONA: LOS VERRACOS
Jesús Álvarez-Sanchís
- 195 FICHAS CATALOGRÁFICAS 31 a 34
- 205 **OBJETOS PARA EL LUJO Y LA VIDA COTIDIANA**
- 209 OBJETOS PARA EL LUJO Y LA VIDA COTIDIANA. EL MUNDO IBÉRICO
Helena Bonet Rosado
- 215 OBJETOS PARA EL LUJO Y LA VIDA COTIDIANA. LA CULTURA VETTONA
Fco. Javier González-Tablas Sastre
- 219 FICHAS CATALOGRÁFICAS 35 a 45
- 243 **ECOS DEL MEDITERRÁNEO: TESOROS**
- 247 ECOS DEL MEDITERRÁNEO. EL MUNDO IBÉRICO Y LA CULTURA VETTONA. TESOROS
Fernando Fernández Gómez y Germán Delibes de Castro
- 257 FICHAS CATALOGRÁFICAS 46 a 50
- 269 **BIBLIOGRAFÍA**

introducción

Magdalena Barril Vicente y Eduardo Galán

Museo Arqueológico Nacional - Madrid

El Mediterráneo como referencia cultural es una constante en la evolución de los pueblos que han habitado la Península Ibérica desde la Prehistoria. Impulsos directamente procedentes de la cuenca mediterránea o ideas de otros ámbitos, ganadas por esa influencia siempre presente, aparecen por doquier en cualquier periodo histórico. Micénicos, fenicios, sardos, griegos, cartagineses, romanos, bizantinos, árabes, etc., constituyen un variopinto mosaico de aportaciones que configuran el ser distintivo de las tierras peninsulares.

Los comienzos del primer milenio antes de Cristo constituyen uno de los momentos de máxima intensidad en la relación de la Península con el Mediterráneo. Por un lado, las poblaciones de la costa atlántica están extendiendo sus redes comerciales al Mediterráneo occidental, hasta Cerdeña y quizás más allá, donde se relacionan con un amplio abanico de culturas locales. Por otro, desde el extremo opuesto, los fenicios inician una rápida expansión que les llevará a asentarse en las costas del norte de África, Sicilia, Cerdeña y en las riberas meridionales de España y Portugal, dando inicio a un periodo colonial que acabará integrando definitivamente la Península Ibérica, para lo bueno y para lo malo, en el mundo político mediterráneo, en su desarrollo y también en sus querellas. Por otra parte, la arribada de los fenicios marca convencionalmente el inicio de la Edad del Hierro en nuestras tierras.

Los complejos fenómenos de interacción con los recién llegados y su cultura, junto a la propia dinámica interna de las sociedades peninsulares, todo ello unido a otros aportes foráneos de distinta naturaleza, son los elementos básicos de un proceso que conducirá a la definición de las diferentes sociedades prerromanas, cuyos nombres nos son conocidos por las fuentes grecorromanas y cuya cultura material desvela poco a poco la arqueología.

Éste es el marco en el que la exposición *Ecos del Mediterráneo: el mundo ibérico y la cultura vettona* se propone explorar las relaciones entre dos de esas sociedades, contemporáneas entre sí, pero vecinas lejanas y con muy diferentes orígenes y formas de organización interna. Por una parte los vettones, en cuyo moderno Centro de Interpretación abulense tiene su sede esta muestra, reflejan en muchos aspectos la pervivencia de unas raíces fuertemente asentadas en el mismo territorio de su desarrollo posterior, a la vez que la influencia de estímulos culturales procedentes de la Europa continental y atlántica desde finales de la Edad del Bronce. Por otra los pueblos ibéricos, pobladores de las costas levantinas y de buena parte de la actual Andalucía, en cuya génesis cultural resultan clave los influjos orientalizantes

de raíz mediterránea. Sociedades, en suma, de muy distintos orígenes y desarrollo, pero llamadas a interrelacionarse a lo largo de una historia común, que concluirá con la integración de ambos pueblos en el Imperio Romano.

Estas relaciones, sin embargo, no resultaron equilibradas de acuerdo con los datos arqueológicos. En este sentido los vettones se muestran como receptores netos tanto de objetos como de ideas, aunque no de una forma totalmente acrítica. En efecto, las influencias ibéricas alcanzaron a los vettones sin transformar su proceso evolutivo, aportando elementos que se fueron integrando paulatinamente en su propia esencia colectiva, sin modificarla en profundidad. Por el contrario, apenas hay constancia de elementos de origen vettón en el territorio ibérico, aunque en este sentido quizás debemos valorar el pequeño exvoto de piedra en forma de verraco, de aire inconfundiblemente meseteño, procedente del gran santuario del Cerro de los Santos, que se incluye en esta exposición.

.....

Llegados a este punto, hemos de reconocer que la idea de esta exposición partió del conocimiento de los materiales de clara filiación mediterránea que Juan y Encarnación Cabré, junto con Antonio Molinero, descubrieron en sus excavaciones en la necrópolis de La Osera (Chamartín, Ávila) durante los años 30 y 40 del siglo pasado. La identidad compartida de algunas piezas resulta sorprendente. Citaremos el caso de los elementos de coraza y placas decorativas de la tumba 350 de la zona VI de la citada necrópolis, con los procedentes de la sepultura 400 del cementerio ibérico de El Cabecico del Tesoro, de Verdolay (Murcia), descubierta más o menos hacia la misma época en las excavaciones conducidas en el yacimiento por el profesor Gratiniano Nieto.

Pese a que no ha resultado posible, como hubiera sido nuestro deseo, reunir por primera vez estas dos tumbas excepcionales, el conjunto de materiales que se exhibe ahora demuestra a las claras la entidad de unos contactos que fueron más allá del intercambio o transmisión de objetos en una relación estrictamente comercial, aunque no tenga parangón con lo conocido para cualquier otra de las sociedades del ámbito céltico peninsular. Y es que por los caminos que unen las costas mediterráneas y la Meseta occidental circularon igualmente ideas y creencias, conocimientos y formas de ver la vida.

.....

En las páginas de este catálogo, además de una presentación detallada de los objetos expuestos, encontrarán un pequeño experimento. Las diversas áreas temáticas en que se ha dividido la exposición han sido encomendadas a importantes especialistas, tanto en el estudio del mundo vettón como en el del ibérico, que por parejas dan una visión complementaria del mismo tema, aportando enfoques diferentes sobre los mismos datos de partida.

Esta obra se ha dividido en tres partes bien diferenciadas. En la primera, sendos estudios introductorios han sido destinados a centrar aspectos fundamentales de la relación entre vettones e iberos, el primero a partir de la información proporcionada por las fuentes clásicas, y el segundo explorando las posibles vías físicas por las que se pudo desarrollar esa comunicación a través de la Meseta sur.

Una segunda parte está centrada en el desarrollo de los apartados temáticos de la exposición. El primero de ellos, que se ocupa de los antecedentes de la relación

entre ambos pueblos, a lo que hay de común en sus orígenes, ha sido confiado a un único y eminente autor y puede considerarse también como un complemento a los textos anteriores, a la vez que nos permite adentrarnos en el contenido del material exhibido. A partir de aquí, otros ocho espacios temáticos han sido desarrollados, como ya se ha indicado, cada uno por dos especialistas, uno del ámbito vetton y otro del ibérico. Cada uno de ellos ha tenido libertad de enfoque y planteamiento dentro del tema general que debía tratar, e incluso algunos han decidido realizarlo de forma conjunta en un único texto. En cualquier caso tenemos que agradecer a



todos ellos el haber superado el marco académico en el que desarrollan su investigación individual, para dar forma a este cúmulo de visiones integradoras del mundo ibérico y la cultura vettona.

Finalmente, la tercera parte acoge las fichas catalográficas de todas las piezas expuestas, con una amplia información sobre su procedencia, contexto, relaciones entre ellas y significado dentro de la exposición, además de una magnífica reproducción gráfica de los materiales, que para una mejor comprensión se han integrado tras los artículos que hacen referencia al apartado temático coincidente con el módulo del discurso expositivo donde se incluyen.

.....

Respecto a las obras expuestas, han sido seleccionadas para el disfrute de quienes las contemplen además de por sus características formales y funcionales, que

permiten comparar la cultura material de dos ámbitos culturales coetáneos, mostrando no solo la existencia de relaciones, sino las conclusiones que de ellas pueden extraerse desde el punto de vista antropológico, social y religioso.

El objetivo de la exposición, y por tanto de este catálogo, es poner de manifiesto cómo los contactos entre ambas culturas prerromanas supusieron para los vettones una aportación material y cultural que fue adaptada a su propia idiosincrasia. En este sentido la recepción de esos elementos ibéricos no modificó de forma apreciable la línea de evolución histórica que los liga a los restantes pueblos del área céltica peninsular, tanto en el grueso de su cultura material, cuanto en lo que hoy conocemos de su organización social y política. Desde este punto de vista, las relaciones con el mundo ibérico solo les reportaron ecos del Mediterráneo.

estudios introductorios





Guerrero de Porcuna (Museo de Jaén) y discos coraza de la tumba 350, de la zona VI de La Osera (Museo Arqueológico Nacional. Madrid).

miradas en un espejo: iberos y vettones en los textos clásicos

Manuel Salinas de Frías
Universidad de Salamanca

Hacia mediados del siglo II a. C., cuando los romanos se hallaban conquistando el interior de la Península Ibérica, el historiador griego Polibio (3, 37, 8) escribía que la parte de ella que daba al mar Mediterráneo, al «mar nuestro», recibía toda una misma denominación y se llamaba *Ibería*, mientras que las partes interiores y opuestas, que daban al océano, carecían de un nombre común para designarlas. Esta afirmación de Polibio traduce un hecho histórico importantísimo: que las partes meridionales y orientales de la península habían tenido un largo contacto, por lo menos desde el siglo VIII a. C., con los pueblos y las culturas del Mediterráneo central y oriental, las más desarrolladas, y particularmente con los propios griegos y con los fenicios, mientras que las relaciones entre los pueblos del interior y el oeste peninsulares con esas otras culturas fueron mucho más tardías y, sobre todo, no se dieron de forma directa con los griegos y los fenicios en la mayor parte de los casos, sino que estuvieron mediatizadas por los pueblos del área ibérica y turdetana. Este hecho tuvo dos consecuencias muy importantes. Por una parte, que los fenómenos urbanos, impulsados o catalizados por la presencia fenicia y griega, se dieron mucho antes en la zona ibérica que en la no ibérica¹. Por otra parte, que el conocimiento que los griegos y, a través de ellos, los romanos tuvieron acerca de estos pueblos fue mucho más completo y pormenorizado en el caso de los iberos que en el de los pueblos no ibéricos; y, en la medida en que nuestro conocimiento de estas sociedades depende de los autores clásicos, además de los hallazgos arqueológicos, en muchos aspectos también es más completo en el caso ibérico².

Preguntarnos por el conocimiento que griegos y romanos tuvieron de los pueblos peninsulares es preguntarnos también por la imagen y los estereotipos que manejaron acerca de ellos. Los griegos, especialmente, al entrar en contacto con otros pueblos del Mediterráneo sentaron las bases y el desarrollo de la geografía y la etnología antiguas³. La etnografía griega de los bárbaros era esencialmente una etnografía de la alteridad, basada en un procedimiento retórico de inversión⁴. De aquello que caracterizaba a los griegos era justamente su opuesto lo que caracterizaba a los bárbaros. Este procedimiento naturalmente tenía como finalidad explicitar inmediatamente que de quien se estaba hablando era del otro. El ejemplo más conocido es el de la descripción de Egipto en el libro II de las *Historias* de Herodoto: «Los egipcios, en correspondencia con su singular clima y con su río, que presenta un carácter distinto al de los demás ríos, han adoptado en casi todas las costumbres y leyes contrarias a las de los demás pueblos..., etc.» (Herodoto II, 35). Este método explica el interés por los detalles extraordinarios, raros y curiosos, que son algo más que el producto de la curiosidad del etnógrafo griego; son, en realidad, una parte de su

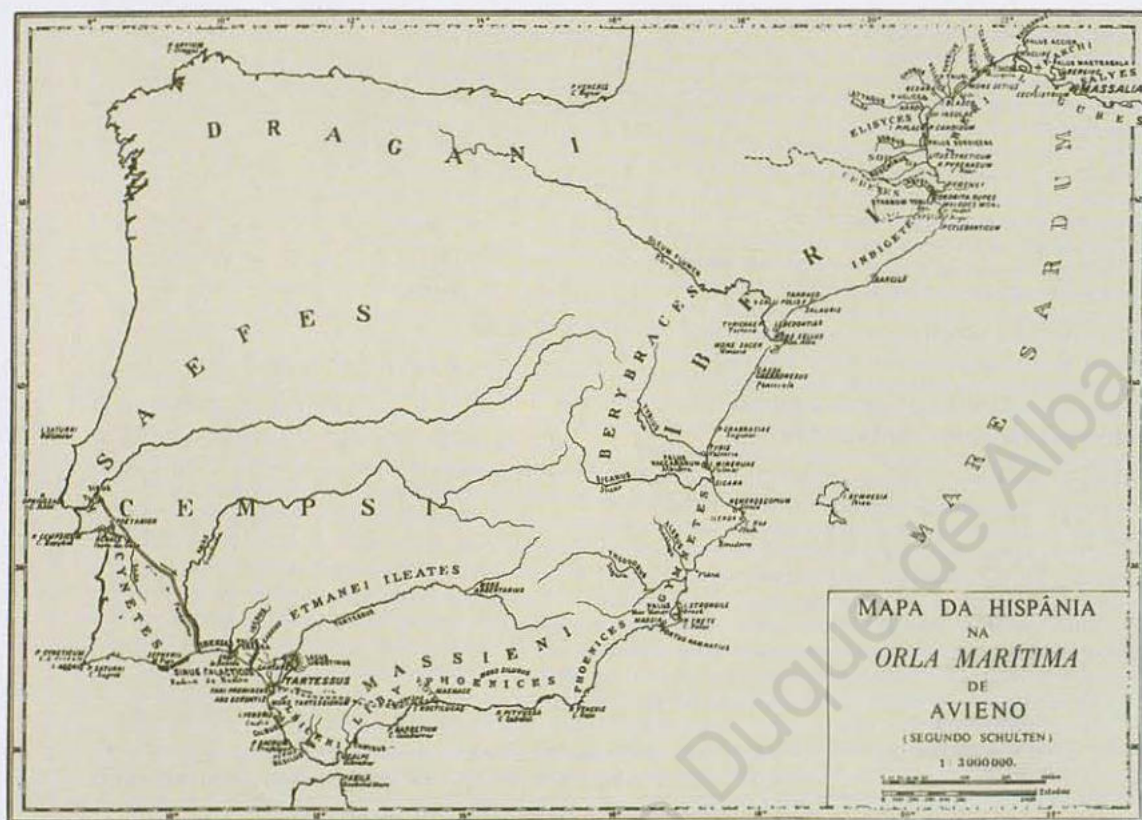


Figura 1.- La Península Ibérica según la *Ora maritima* de Rufo Festo Avieno.

propio método etnográfico. No obstante, las cosas no son tan simples. Los griegos, por una parte, utilizaron su propia experiencia y sus propios conceptos para explicar el mundo indígena que conocían; pero, por otra parte, lo mismo que influyeron en el arte o en la cultura indígena⁵, pudieron también prestar mitos y conceptos que fueron reelaborados por los propios indígenas y luego devueltos a ellos. Aunque es difícil comprobarlo, mitos como el de realeza tartésica o el fenómeno de la heroización de los príncipes ibéricos pudieron ser préstamos culturales reelaborados por los indígenas⁶.

Para los griegos, las categorías fundamentales del análisis etnológico fueron la lengua, la religión y las costumbres (Herodoto VIII, 132). Por lo que respecta a la Península Ibérica, en cuanto a la lengua no había demasiados problemas: griegos y romanos oyeron hablar a las poblaciones peninsulares y descubrieron, por ejemplo, que unos hablaban celta y otros no. Que los turdetanos, por ejemplo, tenían una misma *grammatiké* todos, pero que entre los iberos había diferencias entre unos y otros (Estrabón III, 1, 6). Es frecuente también, sobre todo cuando hablan de las poblaciones septentrionales del área céltica, que digan que los nombres de sus pueblos son malsonantes y que por eso renuncian a transcribirlos (Estrabón III, 3, 7).

En cuanto a la religión, asumiendo que escribían para un lector familiarizado con su propia cultura, asimilaron espontáneamente las divinidades indígenas a las griegas y romanas, siendo así que ni un solo autor clásico nos transmite el nombre de una divinidad indígena de las atestiguadas por fuentes primarias, es decir, epigráficas. Este modelo de *interpretatio* tiene su exponente más famoso en César, a

propósito de la religión de los galos, y no necesita ser comentado in extenso aquí. La más prodigiosa de las afirmaciones, debida a Estrabón, fue que los galaicos eran ateos (III, 4, 16); pero ya sabemos que después se dijo lo mismo de los cristianos. El presunto ateísmo de estas poblaciones era una manera de expresar que sus dioses no podían hacerse corresponder con las divinidades grecorromanas⁷.

Pero, si las diferencias de lengua, en principio, eran algo que se imponía evidentemente, y las de religión un poco menos, era, en cambio, a la hora de exponer las diferencias, pero también las semejanzas, de costumbres o *nomoi*, cuando el conjunto de instituciones, detalles de la vida cotidiana, de la cultura material, etc., adquirió un gran valor para la caracterización de los bárbaros por parte de los griegos⁸. Por ejemplo, las costumbres de los persas descritas por Herodoto cubrían casi todos los aspectos de la vida cotidiana: el aniconismo religioso, los ritos de sacrificio y de celebración de los aniversarios, los usos religiosos, las comidas, la poligamia, la educación de los niños, los castigos, la moral, las curiosidades del lenguaje, como los genitivos en -s, las formas de saludo (Historias, I, 131-140). Es especialmente interesante la observación que hace acerca del consumo del vino, ya que éste era un rasgo antropológico que, en su opinión, distinguía a griegos y a bárbaros y, en general, a los seres sin civilizar.

Esta misma importancia del vino, como definidor etnológico, la hallamos también en un pasaje famoso de Estrabón acerca de las poblaciones del occidente y del norte de la Península Ibérica (III, 3, 7), cuando dice que los montañeses (*hoi oreioi*) se alimentan de bellotas durante dos tercios del año, que dejan secar y muelen haciendo una especie de harina para fabricar tortas. Que beben cerveza y que el vino lo beben en raras ocasiones, consumiendo pronto el que consiguen, en festines con los parientes. En estas breves líneas, Estrabón, utilizando una serie de tópicos, dibuja breve pero expresivamente la alteridad de los pueblos hispanos: consumen pan de bellota, y no de trigo, a diferencia de los griegos civilizados; beben cerveza y no vino, como por el contrario hacen los griegos, pero cuando lo consiguen lo beben rápidamente, sin moderación. Podríamos preguntarnos si el interés de Estrabón, por ejemplo, en describir aspectos del tocado o de la indumentaria de los pueblos prerromanos no responde solo a un gusto por el exotismo, sino a un intento de diferenciar y tipificar las poblaciones peninsulares. Junto a las diferencias lingüísticas, que los griegos debían notar perfectamente, y a las manifestaciones religiosas, quizás menos evidentes, algunos elementos de los que no queda constancia normalmente en el registro arqueológico han podido contribuir a diferenciar unas poblaciones de otras, como, por ejemplo, adornos del vestido en forma de bordados, elementos de tocado, del peinado, formas de cestería, etc. Así, Estrabón –nuestra fuente más completa– se fija en que las mujeres de Bastetania se afeitan la frente, usan distintas formas de tocado entre ellas, algo que debe ser el antecedente de la peineta como tocado de la cabeza (III, 4, 17) y que las poblaciones del norte y de la Meseta usaban vasos de madera «como los celtas» (III, 3, 7).

Mientras que los griegos, que no establecieron ningún dominio territorial importante en la península, se interesaron sobre todo por elaborar lo que podríamos definir como una etnología de la Península Ibérica, los romanos adoptaron un enfoque muy distinto. A pesar de la afirmación de Estrabón (III, 4, 19) de que en materia de geografía los romanos no habían añadido gran cosa al conocimiento proporcionado por los griegos, lo cierto es que existe una tradición de geografía romana que es

distinta, en sus intereses y en su método, de la geografía elaborada por aquellos. Es una tradición geográfica que se basa en la experiencia de los censos y de los catástrofes y que no se interesa tanto en caracterizar al «otro», al bárbaro, cuanto de contar exactamente el número de los hombres, la extensión y la posición de las tierras y los países, y su relación política y jurídica con respecto a los romanos. Es en definitiva una geografía que no ve a los bárbaros más que como súbditos, reales o potenciales. Esta tradición geográfica comienza a diseñarse con las alegorías de la República tardía que se refieren a la conquista del mundo y tiene como hitos muy significativos el *orbis pictus* de Agripa y las *Res Gestae* y el *breviarium totius imperii* de Augusto. Muy particularmente, el *orbis pictus* de Agripa se considera por parte de todos los historiadores una de las principales fuentes del principal autor latino para la Península Ibérica: Plinio el Viejo⁹.

Parece que el nombre de Iberia se debe al de un río *Iber* o *Íberos*, que primitivamente designaría la ría del Tinto y del Odiel, en Huelva, donde muy precozmente se registra la presencia comercial griega, y que solamente más tarde se aplicaría al actual río Ebro¹⁰. Los iberos serían los habitantes de *Ibería*. Tanto el nombre de la región como el del pueblo oscilaron entre un sentido amplio, aplicable a toda la Península Ibérica, y otro restringido, aplicándose solo a las poblaciones de la costa levantina situadas entre el cabo de La Nao y la desembocadura del río Ródano¹¹.

En este sentido, aparecen ya citados en el periplo marsellés que se supone contenido en la *Ora marítima* de un poeta romano tardío, Rufo Festo Avieno, periplo que se supone redactado en el siglo VI a. C. En el siglo V a. C., el geógrafo griego Hecateo de Mileto cita a los iberos y esdetes e ilaraugates, en cuyos nombres se pueden reconocer a los edetanos y a los ilergetes de época posterior. Herodoto, en el siglo V a. C. también, proporciona dos versiones diferentes de los primeros contactos entre los griegos y los pueblos de la costa de la Península Ibérica. En I, 163 dice que fueron los focenses quienes, navegando en naves de cincuenta remos, descubrieron el Adriático, Tirrenia, Iberia y Tartesos, donde se hicieron amigos del rey Argantonio. Éste quiso persuadirlos de que se establecieran en su reino, pero, cuando vio que no podía convencerlos y que el poder de los medos aumentaba cada vez más, les ofreció dinero para que construyeran una muralla, debiendo darles gran cantidad ya que la muralla era de gran longitud, de piedras grandes y bien ajustadas. Por el contrario, en IV, 152, dice que fue Coleo de Samos, que navegaba hacia Egipto, quien descubrió fortuitamente Tartesos al ser su nave desviada por una tempestad. Entonces, dice, Tartesos era un emporio aún no conocido y por ello Coleo hizo más ganancias que ningún otro griego de su tiempo. Estas referencias de Herodoto debieron servir de base para el mito creado posteriormente de Tartesos como un país abundante en oro y en plata. Es interesante, también, que en el primer pasaje Herodoto mencione Iberia y Tartesos como dos cosas diferentes. En un pasaje muy importante (III, 1, 6), Estrabón señala que los turdetanos, los descendientes de los tartesios que ocupaban el valle del Guadalquivir¹², eran los más cultos de todos los iberos y que tenían escritura y escritos históricos en prosa y en verso, y leyes en forma métrica, que algunos databan en seis mil años de antigüedad; por el contrario, los demás iberos, aunque tenían escritura, no tenían todos la misma, siendo también sus idiomas distintos. Esta afirmación del geógrafo griego parece confirmarse por la existencia de, al menos, dos lenguas y de dos sistemas de escritura diferentes en el área ibérica, el denominado «ibérico meridional», cuyo centro se



Figura 2.- La Península Ibérica según Estrabón.

sitúa en la región de Murcia y Alicante, y el «ibérico septentrional», en la zona catalano-aragonesa. No obstante, algunos lingüistas han advertido, a su vez, diferencias internas dentro de estos dos grupos y han puesto en guardia contra una visión excesivamente uniforme de lo ibérico¹³.

Los vettones son uno de los pueblos de aquella Céltica que Hecateo veía como la parte de la península opuesta a los iberos. Los griegos y, en general, las culturas del Mediterráneo no tuvieron contacto con ellos hasta el comienzo de la conquista romana de la Meseta cuando, a comienzos del siglo II a. C., aparecen luchando contra los romanos en las proximidades de *Toletum*, aliados con los vacceos y los celtiberos. Estas guerras tuvieron una gran virulencia y, probablemente, se debieron entre otras razones al hecho de que la presencia romana amenazaba y desarticulaba las redes de trashumancia a través de las cuales estos pueblos llevaban sus ganados a pastar a las tierras meridionales de la península. La objeción que se ha hecho a la existencia de una trashumancia prerromana, de que el clima de inseguridad debido al estado de guerra continuo entre estas poblaciones la hacía impracticable, carece de fundamento y se basa en la visión interesada que dan los autores clásicos, presentándolos como bárbaros y salvajes en perpetua lucha, a los cuales la conquista romana les habría aportado la civilización y la paz¹⁴.

De los textos antiguos se desprende que los vettones eran un pueblo situado en la Meseta occidental que se extendía a ambos lados del río Tajo, que constituía el eje principal de su territorio. Por el norte llegaban hasta el Duero y por el sur hasta el Guadiana, limitando al este con los celtíberos y los carpetanos, y al oeste con los lusitanos. De las fuentes clásicas se deduce que ocupaban las provincias de Salamanca y de Ávila, y la mitad oriental de las de Cáceres y Badajoz, además del extremo occidental de la de Toledo¹⁵. En todo este territorio se desarrolla durante la II Edad del Hierro una cultura muy característica, uno de cuyos elementos más llamativos son las esculturas zoomorfas de toros, cerdos y jabalíes conocidas popularmente como «verracos». Sin embargo, resulta cuando menos chocante que un rasgo tan llamativo para nosotros pasara totalmente desapercibido para los escritores antiguos que, en cambio, refieren muchos otros rasgos curiosos de las poblaciones del interior, como su forma de vestir, de peinarse, el tipo de vasos que usaban, etc.

Una vía de relación privilegiada entre el mundo ibérico y los pueblos del occidente de la Meseta fue el camino natural que enlazaba los emporios coloniales de la costa de Huelva y de Cádiz con los distritos mineros de oro, plata y estaño del noroeste peninsular, sobre el cual los romanos construirán más tarde la denominada Vía de la Plata. La crisis generalizada que siguió a la caída del mundo tartésico no debió interrumpir los intercambios completamente, como muestran los hallazgos de objetos de importación en Extremadura y en la provincia de Salamanca. La expedición de Aníbal en el año 220 a. C., que ya dominaba la mayor parte del mundo ibérico, contra los carpetanos, olcades, vettones y vacceos es la primera manifestación histórica de una tendencia que debía existir desde hacía tiempo y que vino a colocar a todas estas poblaciones en un contacto estrecho y fatal con el mundo mediterráneo, representado por la potencia romana.

1. Harrison, 1989.

2. Moret, 2004; sobre la dificultad de las definiciones étnicas, Díez Andreu, 2004.

3. Müller, 1972; Prontera, 1983.

4. Jacob, 1991: 64-66; Hartog, 1980; Thollard, 1987.

5. Bendala, 1992.

6. Caro Baroja, 1971; Almagro, 1983; Harrison, 1989.

7. Salinas, 2006: 156-161 y 183-187.

8. Hall, 1997; Salinas, 1994 y 1995.

9. Nicolet, 1988: 107 y ss.; Dauge, 1981; Salinas, 1998.

10. Domínguez Monedero, 1983.

11. Ruiz y Molinos, 1993; AA.VV, 1997: 77-89.

12. Abad, 1979.

13. Correa, 1994; Untermann, 1995.

14. Salinas, 1999.

15. Roldán, 1968-69; Álvarez-Sanchís, 2000; Sánchez-Moreno, 2000; Salinas, 2001.

entre iberos y vettones

Rubí Sanz Gamio y Eduardo Galán
Museo Arqueológico Nacional - Madrid

La mirada hacia el pasado es siempre compleja, las más de las veces aproximada, y constantemente enriquecida con nuevas aportaciones que llegan de la mano de los yacimientos arqueológicos o de quienes inquietan a los objetos –o a las construcciones–, extrayendo cuanta información son capaces de ofrecer. Una inquietud constante en la interpretación de la Antigüedad ha estado marcada por la búsqueda de elementos que explicaran los contactos habidos entre distintos ámbitos culturales. En esta exposición se plantean los que hubo en la Península Ibérica durante tiempos protohistóricos, y se hace desde perspectivas muy diferentes a las que se tenían hace tan solo unas cuantas décadas, pues los últimos veinticinco años han sido especialmente fructíferos para la arqueología española tanto en el número de excavaciones realizadas, cuanto en una mayor fiabilidad en los registros y una más alta tecnología, lo que ha permitido trazar un marco de relaciones e interacciones entre los pueblos peninsulares más aproximado a lo que debió ser su realidad¹.

Ya en 1958 Maluquer planteó las conexiones entre la Meseta y el suroeste a propósito de una hebilla de cinturón de tipo tartésico –con grifo y palmeta– encontrada por Cabré en Los Castillejos de Sanchorreja, en Ávila, y de algunas otras piezas (asadores, fíbula de codo, etc.) del salmantino Cerro del Berrueco². A esos lugares se fueron sumando otros³ en los que, con carácter excepcional y dentro de conjuntos más amplios, se han documentando cerámicas pintadas y manufacturas realizadas en bronce, en hierro o en metales nobles⁴. Recordemos al respecto la tumba 78bis de la necrópolis de Las Guijas de El Raso de Candeleda⁵, pero también los hallazgos habidos en el occidente de Toledo, en Las Fraguas (Las Herencias) y en El Carpio (Belvís de la Jara), donde en una tumba se depositaron cerámicas con pinturas bicromas y policromas, y una placa de alto contenido simbólico con forma de lingote chipriota⁶, que no es sino un «sello de marca» vinculado a construcciones de prestigio, siendo esa la forma del recinto que rodeaba el monumento de Pozo Moro⁷, pero igualmente documentada en otros lugares como Los Villares de Hoya Gonzalo, también en Albacete, El Oral en San Fulgencio (Alicante), Cancho Roano en Badajoz, e incluso en la forma de las placas del tesoro de El Carambolo (Sevilla)⁸.

La explicación para esta y otras «identidades» es de sobra conocida, pues ambas zonas peninsulares, la oriental-levantina y la occidental, estuvieron afectadas por una misma colonización comercial alentada por la explotación de recursos mineros y agrícolas, para la que se utilizaron caminos de largo alcance: un itinerario occidental, aproximadamente coincidente con la posterior vía romana de la Plata⁹, y otros orientales a través de la Vía Heraclea y del cauce del Segura¹⁰ en cuyo entorno las ánforas fenicias, o de imitación, están registradas en yacimientos tanto costeros como interiores¹¹. Las dos vías terrestres tenían como arranque común el suroeste,

y fueron los ejes para la difusión de elementos de influencia orientalizante, tanto hacia los pueblos que se configurarían como iberos, como hacia aquellos que ocupaban el occidente de la Meseta, entre ellos los que las fuentes identifican como vettones.

A partir del siglo V a. C. fueron consolidándose algunos circuitos en los que el comercio de manufacturas griegas tuvo un papel más relevante, alcanzando el occidente meseteño como evidencian las cerámicas áticas de Cancho Roano e incluso de yacimientos como El Raso y La Osera¹². En paralelo, también fueron objeto de comercio las cerámicas ibéricas, registradas en Extremadura¹³ y en lugares más septentrionales. Así están documentadas piezas de pastas claras en Sanchorreja, y otras más oscuras –consideradas autóctonas– en Las Cogotas, La Osera o El Raso¹⁴. Un

hallazgo excepcional por el número de cerámicas halladas, cuyas formas sugieren referencias a la Alta Andalucía y a la Turdetania, se registra en la más antigua de las necrópolis asociadas al castro de Villasviejas del Tamuja, la de El Mercadillo (fig. 1), con estructuras tumulares conformadas con el perímetro definido aunque no la colocación de las piedras en su interior¹⁵. En el poblado anejo los registros muestran cerámicas de barniz rojo ibero-turdetano, ánforas imitando las ibero-púnicas y piezas de cocción oxidante decoradas con estampillas combinadas con bandas pintadas¹⁶.

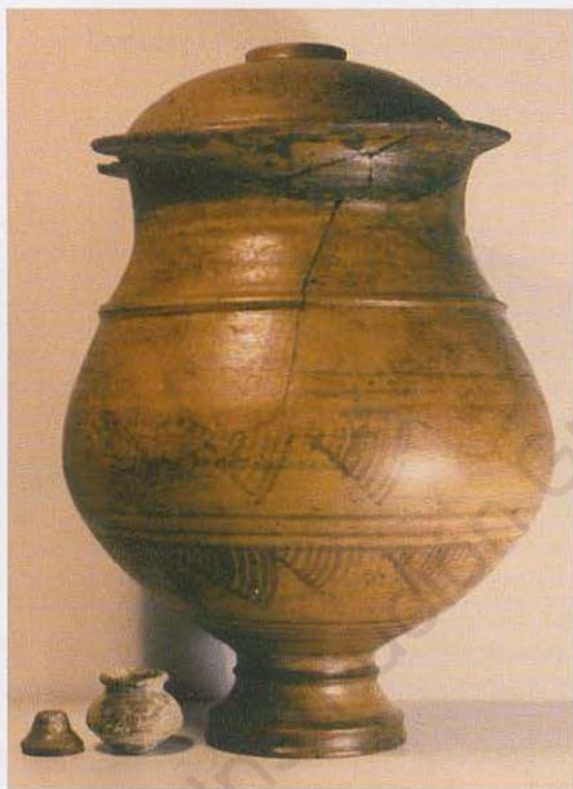


Figura 1.- Ajuar de la tumba 34. Siglo IV a. C. Necrópolis de El Mercadillo (Botija, Cáceres) (Museo de Cáceres).

Se han aportado varias hipótesis sobre las causas que incentivaron las relaciones entre la Meseta occidental y, en general, el ámbito ibérico. El comercio se ha considerado sin duda el más importante; como intercambio los pueblos ibéricos suministrarían cerámicas y algunas armas, y obtendrían ganado y lana¹⁷, e incluso es posible un beneficio, no sabemos a qué escala, de los

yacimientos mineros de hierro de la sierra de Gredos¹⁸. Desde una óptica sociocultural Sánchez-Moreno ha sugerido la celebración de reuniones acompañadas de ferias comerciales que propiciarían la asistencia a santuarios, ejemplarizando esta opinión en el de *Vaelicus* (Candeleda) que recibiría entre sus ofrendas cerámicas áticas o joyas de tradición orientalizante, entre otros objetos. El mismo autor considera que debieron celebrarse matrimonios mixtos como fruto de alianzas económicas, aportando así una posible explicación a la citada necrópolis de El Mercadillo¹⁹. Por otra parte Moreno Arrastio, al estudiar el contexto de Arroyo Manzanas, reflexionó sobre la presencia de gentilidades comunes entre los ámbitos vettón y carpetano, apuntando la posibilidad de traslados de población y valorando el papel que pudieron jugar los mercenarios²⁰.

Todas estas hipótesis son complementarias; lo evidente es la realidad de esas relaciones a través de objetos que se muestran en dos niveles distintos. Por un lado aquellos que pueden considerarse como importaciones/exportaciones más o menos puntuales de piezas de prestigio, así las falcatas y las espadas de frontón halladas en La Osera y El Raso, formando parte de una panoplia que ha sido entendida como el resultado de contactos diversos²¹, o, a la inversa, las espadas de antenas atrofiadas, frecuentes en el ámbito vetón pero también en el celtibérico, llegarían a otros lugares entre los que se cuenta la necrópolis de El Estacar de Robarinas, en Cástulo²². En el mismo sentido podrían interpretarse las piezas de barniz negro halladas en tierras vettonas, con un alto valor de prestigio socioeconómico. En otro nivel, el de asimilación de influencias, se encuentran las cerámicas con pinturas o con estampillas, de fácil imitación, cuyas formas y decoraciones se integrarían pronto entre lo cotidiano.

Las vías que facilitaron las comunicaciones debieron ser varias. Maluquer había optado por un camino transversal entre Levante y Extremadura por el que llegarían a esta última región piezas de fayenza²³, pero otros investigadores lo situaron más al sur, por Cástulo²⁴ o por Despeñaperros, como espacio que facilitaba el enlace con la Turdetania²⁵. La vía por Cástulo tiene como fuerte apoyatura la distribución de cerámicas griegas en el yacimiento oretano de Alarcos²⁶ como reflejo de un comercio, incrementado durante el siglo IV a. C., que pudo haber alcanzado a la Carpetania²⁷. Igualmente ha de considerarse que de ese itinerario oretano-carpetano pudiera haber sido beneficiaria el área vettona a través de Toledo, pues entre sus registros se cuentan algunas piezas de barniz negro ático²⁸, aunque su alta concentración en Cancho Roano, explicado como posible lugar de redistribución²⁹, dirige también la mirada hacia la vía transversal este-oeste.

De acuerdo con este último planteamiento cobra sentido la dispersión de un conjunto poco común en la Península, las copas áticas de figuras rojas que tienen como motivo principal una lechuza rodeada de ramas de olivo. Los escasos ejemplares documentados jalonan esta ruta meridional (*fig. 2*), con hallazgos en Castellones de Céal y Mengíbar (Jaén), Sisapo – La Bienvenida (Ciudad Real) y el propio Cancho Roano (Badajoz)³⁰.

La presencia de cerámicas áticas en el territorio vetón resulta, en este marco, numéricamente testimonial, aunque no irrelevante. Los hallazgos más abundantes y diversificados se concentran en el ámbito más meridional, en Cáceres, con hallazgos en Villasviejas del Tamuja, El Castillejo de la Orden de Alcántara, Aliseda y el Castro de la Burra³¹, rarificándose al norte de Gredos hasta quedar reducida a algunas pequeñas páteras de barniz negro que alcanzarán La Osera e incluso el valle del Duero³².

En todo caso, gracias a su posición geográfica, es evidente el papel de la Oretania en el comercio peninsular a partir del siglo V a. C. Producciones caracte-



Figura 2.- Kylix ático. Fines del siglo V a. C. Necrópolis de Mengíbar (Jaén) (Museo Arqueológico Nacional. Madrid foto: Archivo fotográfico).



Figura 3.- Vasija pintada y estampillada, siglos IV-III a. C. Cerro de las Cabezas (Valdepeñas, Ciudad Real) (Museo de Valdepeñas).

rísticas de los oretanos septentrionales son las cerámicas pintadas monocromas o bicromas asociadas a estampillas, tanto por su abundancia como por su riqueza decorativa. Están excelentemente representadas a través de los hallazgos de Alarcos (Ciudad Real) y el Cerro de las Cabezas (Valdepeñas) (fig. 3), dos importantes *oppida* cuyo florecimiento se sitúa entre los siglos V-IV a. C. y la Segunda Guerra Púnica³³. La extensión de estas cerámicas que asocian pintura y estampillas alcanza al valle de La Alcudia y raramente a la Baja Extremadura, aunque haya que señalar su presencia en la primera fase del castro de Villasviejas del Tamuja, ya citada, en unión de cerámicas de barniz rojo y de cerámicas pintadas de aire claramente ibérico. Por otra parte, la distribución de este tipo cerámico es muy limitada al este del Campo de Montiel con algunos ejemplos en Olmedilla de Alarcón, en Cuenca³⁴, y en Albacete (El Amarejo).

Sin embargo, parece algo más frecuente hacia el norte de Ciudad Real en la Carpetania³⁵, como muestra El Cerrón de Illescas, donde además del relieve de filiación mediterránea se han registrado cerámicas decoradas a peine, otras estampilladas, las hay con la asociación pintura-estampilla y aquellas para las que se optó por una ornamentación con bandas y círculos pintados de ascendencia ibérica. De algunas de las vasijas de El Cerrón se ha señalado la proximidad formal e incluso decorativa con otras de El Raso de Candeleda, pero sobre todo, para el conjunto, los paralelos se encuentran en las vasijas halladas en poblados y necrópolis ibéricas del sureste³⁶. Otros yacimientos, también carpetanos, durante los siglos IV y III a. C. ofrecen en sus ajuares un claro reflejo de las cerámicas ibéricas pintadas en convivencia con otras producciones jaspeadas. Sirva como ejemplo la necrópolis del Palomar del Pintado (Villafranca de los Caballeros, Toledo), con túmulos sensiblemente distintos de los ibéricos en la construcción de las superestructuras de piedras así como en los hoyos infrapuestos revocados con yeso, aunque también se documente en otros lugares³⁷.

Los hallazgos habidos en el espacio geográfico de los vettones, incluso en sus aledaños, apuntan a la existencia de un comercio de cierta intensidad con otras áreas peninsulares, tanto con la Celtiberia, sirvan como ejemplo los vasos pintados con representaciones de caballos de Las Cogotas ya en siglos tardíos³⁸, como con el ámbito propiamente ibérico, y desde esta perspectiva hay que mirar una cierta identidad formal entre los verracos y algunas pequeñas esculturas ibéricas animalistas de los santuarios del sureste. Pero todavía es prematuro ir mucho más allá de las evidencias citadas. Las vías prerromanas, trazadas seguramente desde siglos antes y consolidadas en los años de conquista romana, necesitan de apoyaturas más firmes para trazar hipótesis sobre su recorrido, de la realización de estudios territoriales y de la publicación de las prospecciones realizadas en los últimos años. El enlace

entre los iberos orientales de la Contestania y las tierras interiores meseteñas está constatado por numerosos hallazgos hasta el *oppidum* oretano de Lezuza (Albacete), pero de ahí hasta Alarcos y sus ramificaciones hacia tierras extremeñas y toledanas tienen aún muchos puntos débiles. No obstante, un tramo Cástulo-Alarcos, quizás pasando por el Cerro de las Cabezas, ha de entenderse como clave para conocer posibles vías de comunicación hacia tierras vettonas, pero en ningún caso ser considerado exclusivo, sino complementario con otros por los que estas tierras tuvieron contactos con la Celtiberia a través del valle del Tajo, o con el suroeste siguiendo el eje occidental norte-sur.

Por otro lado hay que tener en cuenta que la relación de los «vettones meridionales», es decir del valle medio del Tajo en Extremadura, con el área clásica del desarrollo de esta cultura, centrado en Ávila y Salamanca, es bastante reducida, si se exceptúa la presencia de verracos. No hay prácticamente cerámica a peine, ni aparece en cantidades apreciables la mayor parte de los restantes tipos cerámicos y metálicos que sirven para caracterizar la cultura vettona. El proceso de integración de estas tierras en ese ámbito cultural parece paulatino y se produce sobre el horizonte de una Segunda Edad del Hierro ya muy avanzada, con un modelo de poblamiento castreño muy diferente al imperante al norte de Gredos³⁹.

En este aspecto, si el territorio ocupado por las actuales provincias de Ciudad Real y Toledo corresponde a una periferia del mundo ibérico notoriamente «iberizada», el mundo vetton resulta bastante marginal, mucho más receptor que emisor. Sin embargo, en su zona más meridional al menos, habría desarrollado ya desde comienzos de la Segunda Edad del Hierro las estructuras sociales básicas para imitar el modo de vida ibérico, al menos en aspectos formales, sin alcanzar nunca el estadio urbano y todo lo que ello comporta. Así es como puede entenderse el radical cambio cultural que acontece en enclaves como Villasviejas del Tamuja. A una primera fase en el siglo IV a. C., caracterizada por una cultura material con evidentes reflejos del ámbito meridional y oriental, le sucede paulatinamente, y sin signos evidentes de ruptura, una reorientación hacia elementos de raigambre netamente meseteña, patente en la necrópolis de El Romazal I⁴⁰ (fig. 4), donde, sin embargo, aún aparece algún elemento de relación con el mundo ibérico, como el *kalathos* que sirvió como urna de prestigio al enterramiento 135⁴¹.

Todo ello, como el caso de los enterramientos tumulares –ibéricos en su apariencia externa, pero sin la complejidad estructural que a éstos caracteriza– parece reflejar un conocimiento «visual» un tanto superficial del mundo funerario ibérico,

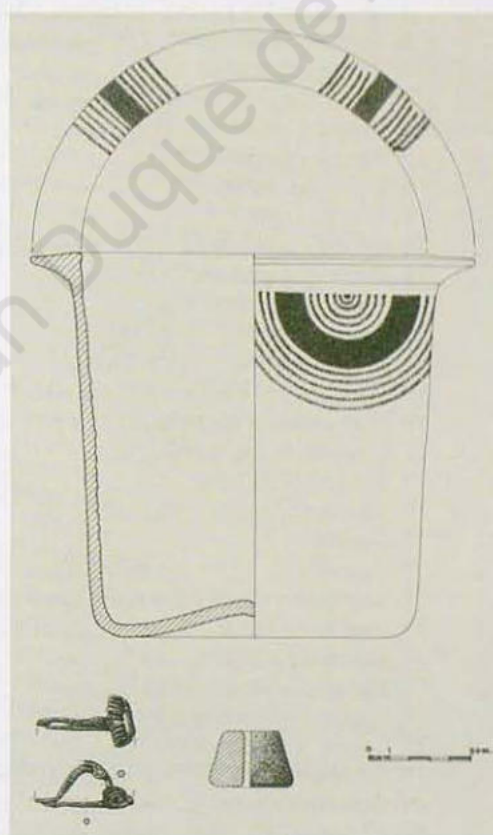


Figura 4.- Enterramiento 135. Siglos II-I a. C. Necrópolis de El Romazal I (Plasenzuela, Cáceres) (Museo de Cáceres).

del que se toman las formas, pero no el ritual ni su significado de conjunto. Este fenómeno constituye por sí mismo una constatación de los contactos, posiblemente no siempre directos, y de la transferencia de algunos conceptos ibéricos, asumidos en forma de modas por poblaciones iberizadas en grados muy diversos. Es sintomático que, a pesar de la cercanía de los centros del valle del Guadiana, como Medellín, donde la cerámica a torno está bien documentada desde al menos el siglo VII a. C., su distribución hacia el norte sea episódica hasta varias centurias después.

En todo caso, mientras se completa el mapa arqueológico, los ecos de aquellos itinerarios nos han llegado a través de los ajuares de guerrero o de cerámicas más o menos humildes insertadas en la cotidianeidad de la vida de los pueblos relacionados por ese tráfico de objetos, pero también de ideas y conocimientos.

1. Almagro-Gorbea, 1999.
2. Maluquer, 1958a: 80; Maluquer, 1958b: 82 y ss.
3. Cerdeño et alii, 1996: 299 y ss.; Fernández, 1972.
4. Jiménez, 2002.
5. Fernández, 1993-1994; Fernández, 1997: 29.
6. Pereira y de Álvaro, 1990: 220.
7. Almagro-Gorbea, 1983.
8. Celestino, 1994.
9. Martín, 1998.
10. Bendala y Blázquez, 1985; García Cano, 1990.
11. Zarzalejos y López, 2005: 830.
12. Fernández, 1993-1994: 11.
13. Celestino et alii, 1992: 320.
14. Escudero y Sanz, 1999: 336.
15. Hernández y Galán, 1996.
16. Hernández et alii, 1989: 115 y ss.
17. Cerdeño et alii, 1996: 298.
18. Moreno, 1990: 287.
19. Sánchez-Moreno, 1999: 342 y ss.
20. Moreno, 1990.
21. Baquedano, 1996: 79; Sanz, 2002.
22. Blázquez y García-Gelabert, 1992: 51.
23. Maluquer, 1983: 34.
24. Domínguez, 1988.
25. Hernández et alii, 1989: 23.
26. Cabrera y Sánchez, 1994: 363.
27. Urbina y Morín, 2005: 106.
28. Fernández, 1972: 275 y ss.; Baquedano, 1996: 78 y ss.
29. Celestino y Jiménez, 1993: 159.
30. Chapa et alii, 1997; Manso et alii, 2000; Fernández y Caballero, 1988; Jiménez y Ortega, 2004.
Agradecemos al Prof. Adolfo Domínguez Monedero habernos llamado la atención sobre estos materiales.
31. Jiménez y Ortega, 2004; Martín, 1999; Esteban et alii, 1988.
32. Sanz y Campano, 1987.
33. Benítez de Lugo et alii, 2000.
34. Esteban 1998: 104 y ss.
35. Urbina et alii, 2005: 183.
36. Valiente, 1994: 86 y ss.
37. Carroble y Ruiz Zapatero, 1990; Ruiz Taboada et alii, 2004; Blasco et alii, 1998.
38. Barril et alii, 2005: 128-129.
39. Una perspectiva muy razonable sobre las dudas respecto a la integración plena de este ámbito en el mundo vettón en Martín, 1999: 257-260 y Martín, 2001: 211.
40. Hernández, 1993.
41. Hernández y Galán, 1996: 117.

un pasado común: el mundo orientalizante

 Institución Gran Duque de Alba



Bronce del Cerro del Berrueco (Museo del Instituto del Conde de Valencia de Don Juan, foto: T. Antelo).

El desarrollo de las sociedades de la Edad del Hierro en la Península Ibérica tiene un punto común en sus orígenes: la presencia de colonizadores mediterráneos, fenicios y griegos, asentados en las costas del Sur y Levante peninsulares. Su llegada dio lugar a una primera cultura orientalizante –Tartessos– que se desarrollará fundamentalmente en el valle del Guadalquivir, muy influida por la cultura material y las creencias de los recién llegados.

Su evolución se hizo sentir en otras zonas, más profundamente en las cercanas a los asentamientos coloniales, como el área meridional del mundo ibérico, cuya cultura sería al principio y en muchos aspectos una prolongación del mundo orientalizante, y de forma aparentemente menos intensa cuanto más lejos y al interior peninsular estuvieran los pueblos afectados, aunque influenciando sin duda su posterior desarrollo. Así se crearon los primeros vínculos entre los pueblos de la costa y los de la Meseta.

un pasado común: el mundo orientalizante

Martín Almagro-Gorbea

Real Academia de la Historia - Madrid

Los vettones son uno de los pueblos de mayor personalidad de la Península Ibérica. Es bien conocida su característica situación a caballo del Sistema Central, en las tierras ganaderas del occidente de la Meseta norte y del norte de Extremadura, regiones, por otra parte, ricas en recursos metalúrgicos. Su personalidad ha merecido el interés de diversos investigadores, que han contribuido a esclarecer su origen y a valorar su marcada personalidad de gentes ganaderas de estirpe céltica¹.

Los vettones controlaban, además, dos ejes de comunicación de gran interés estratégico. Uno era la doble vía que, paralela a uno y otro lado del Sistema Central, unía de este a oeste la Meseta y ésta con las regiones costeras del Atlántico y el Mediterráneo. Otro, aún más importante, es la *Vía de la Plata*, gran eje que une todas las tierras del Occidente peninsular, pues, de sur a norte, atravesaba desde el golfo de Cádiz hasta Asturias y Galicia, siendo su salida natural el golfo de Cádiz, lo que ayuda a comprender la fundación fenicia de *Gades*. Este gran camino natural, cuyos remotos orígenes se remontan a la Prehistoria, fue el cordón umbilical de toda la mitad occidental de la Península Ibérica, tierras ricas en metales como oro y estaño y también en ganado, hasta convertirse en una de las principales vías romanas de Hispania tras la fundación de *Augusta Emerita*². La influencia de esta vía, que ha perdurado a través de la «Cañada Leonesa»³, explica el peculiar desarrollo cultural que ofrecen los vettones respecto a otros pueblos célticos de su entorno y su apertura al exterior, pues los metales, como el ganado, suponen intercambio y movilidad⁴.



Figura 1.- Torques y pátera de Berzocana (Cáceres) (fotos: Museo Arqueológico Nacional. Madrid).

A través de la Vía de la Plata se expandieron los jefes ganaderos representados en la «estelas Extremeñas»⁵, también se ha señalado su importancia en los procesos de «celtización» del Suroeste⁶, pero, sobre todo, esa vía es la que comunicaba todo el interior del Occidente de *Hispania*, que se convirtió en el *hinterland* económico de *Tartessos-Gades*⁷, su puerta hacia el Mediterráneo, un *hinterland* cuya zona marginal, esencial por su riqueza ganadera y minera, era la *Vettonia*.

Para comprenderlo, hay que tener en cuenta que, con pequeñas variaciones según el itinerario, por la Vía de la Plata se alcanzaba el territorio de los vettones desde Andalucía en unos 10 a 15 días, lo que denota la «proximidad» geográfica⁸. Este hecho repercutió en el desarrollo y la personalidad cultural de los vettones, hasta los que llegaban, a través de Tartessos, influjos «orientalizantes» originarios del lejano Oriente mediterráneo.

No es éste el lugar para extenderse sobre este rico concepto cultural⁹. Basta recordar cómo por «orientalizante» se conocen los estímulos de las culturas del Oriente difundidos por el Mediterráneo en la primera mitad del I milenio a. C. Tras las destrucciones de los Pueblos del Mar a fines del II milenio a. C., al volver la estabilidad a las riberas orientales del Mediterráneo, la costa sirio-fenicia se convirtió en un crisol de influjos recibidos de los principales centros culturales de Oriente –Egipto, Mesopotamia, la propia Siria y Anatolia–. Los fenicios, en sus actividades comerciales¹⁰, difundieron dichos elementos, originarios de las grandes culturas de Oriente, por todo el Mediterráneo, desde Chipre y Grecia a la Península Itálica e Iberia, situada en el extremo más occidental de dicho mar de la cultura y la civilización en la Antigüedad.



Figura 2.- Tesoro de Aliseda (Cáceres) (foto: Museo Arqueológico Nacional. Madrid).

Ya desde la Edad del Bronce habían alcanzado la Península Ibérica navegantes micénicos, pero, tras la caída de Micenas, fueron fenicios y otros pueblos del Mediterráneo oriental quienes intensificaron sus viajes hacia Occidente, al descubrir la riqueza en metales y otros productos exóticos de Tartessos, la antigua *Tarshish* de la Biblia. Los fenicios controlaron ese comercio enriquecedor y, tras la fundación de Cádiz en la fecha mítica del 1103 a. C., establecieron relaciones cada vez más estrechas con las poblaciones de su hinterland, desde el golfo de Cádiz al bajo Guadalquivir, de las que surgió la cultura tartésica «orientalizante»¹¹, una de las más florecientes del Mediterráneo. Tartessos, a su vez, pasó a comerciar con las áreas interiores y sus influjos culturales alcanzaron los territorios meseteños ocupados por los vettones.

En estos contactos se introdujeron, ya en el Bronce Final, a fines del II milenio a. C., los primeros objetos de origen mediterráneo llegados al Occidente de la Península Ibérica, seguramente en intercambio por materias primas como oro y estaño, como evidencia el tesoro de Berzocana (Cáceres), formado por dos pesados torques de oro y un vaso de bronce oriental¹². Los documentos de esta primera etapa son escasos, pero algunos aparecen representados en las estelas del Bronce Final, como espejos, peines, fíbulas y carros de indudable origen oriental¹³.

Esta corriente cultural alcanzó el territorio de los vettones, en el que han aparecido algunos elementos mediterráneos «precoloniales» fechados a partir de fines del II milenio a. C. Como ejemplo, cabe señalar una fíbula de arco «de lira» y otras de codo del Cerro de El Berrueco (Salamanca) y los más antiguos objetos de hierro del Occidente de la Península Ibérica, que formaban parte de un escondrijo en ese yacimiento formado por escoplos y una navaja de afeitar de este metal, piezas que, junto a algunas azuelas de apéndices, por su tipología y contexto arqueológico con cerámicas de la Cultura de Cogotas I, deben fecharse en el Bronce Final¹⁴.

A lo largo del I milenio los contactos de la Vettonia con Tartessos se intensifican. A partir del Periodo Orientalizante, algunos hallazgos permiten identificar las mercancías e ideas llegadas a través de la Vía de la Plata hasta los vettones en un proceso «orientalizante» gradual, tanto en sentido geográfico, de sur a norte, como cronológico.

La cuenca del Guadiana era un territorio colonizado por poblaciones tartésicas, como evidencia su cultura y los grafitos de Medellín¹⁵. Pero en la cuenca del Tajo el fenómeno orientalizante ya resulta más matizado, aunque aparecen hallazgos epigráficos en Almorquí y la Cueva de Montfragüe (Cáceres), enterramientos femeninos que denotan matrimonios con mujeres «tartésicas», como los de Aliseda, Sierra de Santa Cruz y Talavera la Vieja, en Cáceres, y Casa del Carpio y Las Fraguas, en Toledo, y poblados «orientalizantes» que quizás cabría considerar como «colonias», como *Augustobriga* o el Cerro de la Mesa, cerca de Puente del Arzobispo (Toledo)¹⁶. Existen además otros hallazgos significativos, como el *heroon* con un lecho funerario de bronce y un *bothros* de Torrejón de Abajo, en la penillanura cacerí¹⁷, y las importaciones mediterráneas de las necrópolis de Pajares, en Villanueva de la Vera, en Cáceres¹⁸, y de El Raso de Candeleda, en Ávila¹⁹, en las que ha aparecido una figura etrusca de bronce y vasos de pasta de vidrio para perfumes. En consecuencia, la zona meridional del Sistema Central pasó a ser una zona marginal del pleno ambiente orientalizante tartésico de la cuenca del Guadiana.

Por el contrario, al norte del Sistema Central los influjos son menos profundos y los hallazgos más aislados²⁰, como evidencian los castros de Sanchorreja (Salamanca), habitado desde el siglo VII a. C. y amurallado desde poco después del 600 a. C. y del Cerro de El Berrueco, en el que han aparecido fíbulas, cuentas y vasos de pasta vítrea. Aún más al norte llegó alguna importación aislada, como el vaso de bronce de Coca (Segovia), pero por todo el Occidente de la Meseta, aparecen fíbulas de doble resorte, que llegarían con el comercio de tejidos, se difundió el uso del hierro y llegaron cerámicas orientalizantes de tipo «Medellín», como las halladas en el Cerro de San Pelayo y Ledesma (Salamanca) y en La Aldehuela (Zamora), que evidencian los contactos, cada vez más débiles, desarrollados a través de la Vía de la Plata²¹. Este proceso, iniciado desde finales del II milenio a. C.,

se intensifica a partir del siglo VII a. C., hasta interrumpirse con la crisis del siglo V a. C., en la que Tartessos desaparece de la Historia y todas esas tierras se receltizan al desarrollarse la Cultura de los Vettones.

En estos contactos básicamente comerciales, de norte a sur hacia el Mediterráneo, debían salir, a través de *Gadir*, materias primas, en especial metales, como oro y estaño, probablemente junto a mercenarios y esclavos. Además, cabe suponer también ganados de vacas y ovejas –y probablemente, sus productos derivados, como carnes y pieles–, caballos y, quizás, trigo de los vacceos que habitaban las llanuras del Duero²².



Figura 3.- Detalle de la palmeta del jarro de Siruela (Badajoz) (Museo Arqueológico Provincial de Badajoz, foto: E. Galán).

De sur a norte, por el contrario, circularían productos artesanales elaborados, especialmente manufacturas fenicias, que se hacen más frecuentes a partir del siglo VII a. C. Hay que destacar los relativamente numerosos jarros de bronce, hallados en Coca, Villanueva de la Vera, Siruela (Badajoz) y Las Fraguas, en ocasiones asociados a recipientes de bronce llamados «braserillos con asas de manos», como los de Las Fraguas, El Berrueco y Sanchorreja, además del timiaterio o quemaperfumes de Las Fraguas. Todas estas piezas constituyen uno de los conjuntos más ricos y significativos de la toréutica orientalizante de la Península Ibérica²³. A estas piezas de lujo hay que añadir las fíbulas de doble resorte y anulares tartésicas y las telas que las acompañarían, además de joyas repujadas y decoradas con granulado y filigrana, como las de Aliseda y Pajares, y también son importantes los broches de cinturón tartésicos, como el hallado en Sanchorreja, decorado con un grifo alado, además del citado bronce etrusco de El Raso. Dentro de este comercio no hay que olvidar los perfumes, como indican los vasos de vidrio policromo de El Raso y de Pajares y, sin lugar a dudas, el vino, pues el alcohol debió pronto jugar un importante papel en estos contactos comerciales (*vid. supra*).

Más trascendencia que los objetos y mercancías tendría la llegada de nuevas ideas venidas desde los centros urbanos del Mediterráneo a través de Tartessos, pues

contribuirían a aculturar a los vettones. En este sentido, la Vía de la Plata, a través de sus distintos ramales, facilitó las relaciones con Tartessos y la penetración en la Meseta norte de una cultura «orientalizante» anterior y más intensa que cuanto aparece en la Meseta oriental y en el valle del Ebro, zonas mucho más próximas al Mediterráneo. Por ella llegaron nuevas modas de vestir y de tocado personal, como indican las navajas de afeitar, los broches de cinturón y las fíbulas citadas, pero también se introdujeron nuevos ritos para el banquete y el sacrificio, como evidencia la generalización de los cuchillos afalcados, de asadores y de jarros y «braserillos» de bronce²⁴.

Un hecho característico es que, a partir de estos contactos «orientalizantes», la población tiende a concentrarse en grandes recintos fortificados de tipo *oppidum*, que jerarquizaban el territorio en unidades políticas mayores que las existentes hasta entonces, controlando los principales puntos de paso, en un claro avance hacia sociedades urbanas respecto a otras culturas de su entorno²⁵. Igualmente, dentro de estos contactos, los vettones debieron adoptar la escultura de los toros orientalizantes del mundo tartésico y del mundo ibérico inicial²⁶, pues las ranuras paralelas de los cuellos y la disposición frontal, casi cúbica, de los toros vettones más «arcaicos»²⁷ proceden de la escultura zoomorfa ibérica y tartésica, ésta solo conocida por pequeñas piezas de bronce que confirman su papel como «modelo» de los característicos «verracos» vettones.

También es significativa la difusión de nuevas ideologías religiosas. En efecto, es muy interesante la aparición en El Berrueco de dos figuras de bronce de una divinidad femenina alada que se puede identificar con la diosa astral fenicia *Astarte*, que aparece representada con cuatro alas en torno a un disco solar²⁸. Esta figura de diosa aparece también decorando un peine de marfil en la necrópolis tartésica de Medellín, y su probable relación con el «Bronce Carriazo» (Sevilla) y la placa de oro del tesoro de Serradilla (Cáceres) obliga a suponer que esta divinidad semita fuera venerada por los vettones, probablemente identificada con alguna de sus propias divinidades celtas, lo que manifiesta un alto grado de aculturación²⁹. El mismo hecho refleja el quemaperfumes de Las Fraguas, que evidencia la difusión de ritos orientalizantes asociados a las creencias señaladas, como los cuchillos para el banquete sacrificial, todo ello de indudable origen fenicio. En estos cambios pudieron jugar un importante papel los matrimonios exógamos señalados, pues el «intercambio» de mujeres supone pactos extrafamiliares para establecer alianzas extraterritoriales o «internacionales» y, desde un punto de vista cultural, serían un factor que facilitaría la introducción de nuevas ideas con los consiguientes fenómenos de aculturación³⁰.

En resumen de todo lo expuesto, los elementos orientalizantes hallados en territorio de los vettones representan el último eco del proceso que transformó todas las regiones ribereñas del Mediterráneo a partir de inicios del I milenio a. C., contribuyendo a un desarrollo que abocaría definitivamente en la vida urbana.

Los vettones participaron tangencialmente de este interesante proceso cultural, que marcó su personalidad respecto a otras poblaciones célticas del centro y del occidente de la Península Ibérica y debió contribuir a su peculiar etnogénesis. Pero su situación marginal explica que, tras la desaparición de Tartessos en el siglo V a. C. y la interrupción de estos influjos mediterráneos, la consiguiente aproximación a la vida urbana solo se impusiera en estas bellas tierras del Occidente de la Península Ibérica varios siglos después, prácticamente ya con la presencia de Roma en *Hispania*.

1. Álvarez-Sanchís, 2003; Sánchez-Moreno, 2000.
2. Roldán, 1971.
3. Dantín Cereceda, 1936; Galán y Ruiz Gálvez, 2001.
4. Almagro-Gorbea, 2006 (e. p.).
5. Galán, 1993; Celestino, 2001.
6. Berrocal, 1999.
7. Torres, 2002.
8. Almagro-Gorbea, 1977: 12 y ss.
9. Almagro-Gorbea, 1986; Celestino y Jiménez Ávila (eds.), 2005.
10. Aubet, 1994.
11. Torres, 2002.
12. Almagro-Gorbea, 1977: 243 y ss.
13. Celestino, 2001.
14. Almagro-Gorbea, 1993.
15. Almagro-Gorbea, 1977; Almagro-Gorbea, 2004.
16. Martín Bravo, 1998; Martín Bravo, 1999: 106 y ss.; Jiménez Ávila (ed.), 2006.
17. Jiménez, 2002: 246 y ss.
18. Celestino (ed.), 1999.
19. Fernández Gómez, 1986: 821 y ss.
20. López Jiménez y Benet, 2005; Santos Villaseñor, 2005; Blanco y Pérez Ortiz, 2005.
21. López Jiménez y Benet, 2005; Santos Villaseñor, 2005.
22. Almagro-Gorbea, 2006 (e. p.).
23. Jiménez, 2002.
24. Jiménez, 2002; Torres, 2002.
25. Almagro-Gorbea, 1994: 41.
26. Chapa, 1980.
27. Álvarez-Sanchís, 2003: 215 y ss.
28. Jiménez, 2002: 294 y ss.
29. Almagro-Gorbea, 2005.
30. Martín Bravo, 1998; Jiménez Ávila (ed.), 2006.

un pasado común

fichas catalográficas



Institución Gran Duque de Alba



Bronces de El Berrueco

Bronce

Alt. 25,5 cm; anch. 12,5 cm; grosor 1 cm y alt. 26 cm; anch. 12,5 cm; grosor 1 cm

Alrededores del Cerro del Berrueco (El Tejado, Salamanca)

Orientalizante. Siglo VII a. C.

Museo del Instituto del Conde de Valencia de D. Juan. Madrid

Inv. 2893 y 2894

A mediados del siglo XIX se llevó a la Academia de la Historia una figura de bronce representando una divinidad alada procedente del Cerro del Berrueco. La Academia solo conservó la fotografía de este bronce, que publicó a finales de siglo. Unos años después dos piezas iguales (las que aquí se exhiben) fueron adquiridas por el Instituto Valencia de D. Juan. Más tarde, en los años 70 del siglo XX, se publicó la mitad superior de un bronce similar que se hacía proceder de los hipogeos fenicios de Punta de la Vaca (Cádiz) y que se conserva en el Museo de Sevilla, pero estudios más recientes parecen demostrar que este tercer objeto es en realidad el que pasó por la Academia en el siglo XIX. Se puede concluir, por tanto, que los bronces del Berrueco eran originariamente tres (como indican las primeras noticias de su hallazgo) y que son piezas únicas que solamente han aparecido en el Cerro del Berrueco.

La interpretación de estas figuras ha sido tan azarosa como su periplo museográfico: se interpretaron como divinidades gnósticas, como elementos relacionados con la herejía priscilianista, como producciones de época visigoda. Hoy tendemos a considerarlas creaciones orientalizantes, fechadas en el siglo VII a. C. que cuentan con buenos paralelos iconográficos en el mundo fenicio y oriental. Se trata de divinidades femeninas que conjugan su carácter astral con la función protectora de la realeza, que es la tarea primordial que desarrollan estas imágenes en la Primera Edad del Hierro del Sur peninsular. Su situación en estas latitudes de la Meseta se hace eco de la penetración de las influencias mediterráneas en estas alejadas tierras del interior desde los inicios de la Protohistoria. En este contexto cronológico es frecuente que estas diosas protectoras aparezcan en triadas, como en el caso que nos ocupa y como sucede en otros bronces orientalizantes conocidos, como el timaterio de Villagarcía de la Torre (Badajoz) o el «brasero» de la tumba 5 de La Joya (Huelva). Su función primaria es desconocida. Tal vez adornaran un espacio representativo dentro de alguna construcción sacra o aristocrática, pero dada su condición de objetos únicos y las condiciones de su hallazgo es difícil de precisar.

Almagro-Gorbea, 1977; García y Bellido, 1932; Jiménez, 2002; Jiménez, 2005; Riaño, 1899.

JJA



Jarro de Coca (Segovia)

Bronce

Alt. 22,3 cm; Ø base 5 cm

Coca (Segovia)

Tartésico. Siglo VII a. C.

Museo del Instituto del Conde de Valencia de

D. Juan. Madrid

Inv. 3082

Jarro de Valdegamas (Badajoz)

Bronce

Alt. 29 cm; Ø máx. 25,5 cm

Valdegama de Abajo (Don Benito, Badajoz)

Tartésico. Mediados siglo VI a. C.

Museo Arqueológico Nacional. Madrid

MAN 1984/80/1

Estos dos jarros representan las dos generaciones más importantes de vasos de bronce realizados en la Península Ibérica entre los siglos VII y VI a. C. El jarro de Coca responde a un modelo de vasija fenicia llamado jarro piriforme que nace en Siria en la Edad del Bronce y que se convierte en la forma más típica de los jarros semitas del primer milenio, extendiéndose por todo el Mediterráneo. Desde que se asientan en la costa peninsular las poblaciones fenicias empiezan a fundir estos vasos de lujo para las aristocracias locales, que modifican sus costumbres y ritos con elementos ideológicos de inspiración oriental. Se han hallado en torno a una docena de jarros similares en toda la Península Ibérica que suelen aparecer en tumbas del siglo VII, acompañados de otros elementos de vajilla de bronce y objetos de lujo. No obstante, el jarro de Coca es una excepción, pues se halló en un pozo medieval, probablemente en deposición secundaria. Por el contrario, en las tumbas propiamente fenicias aparecen jarros de cerámica, desposeídos de elementos simbólicos como la palmeta que presentan los vasos metálicos en la parte trasera. Esto es algo que se repite en otras zonas del Mediterráneo.

El vaso de Valdegamas asume ya elementos propios de la vajilla y la escultura griegas, que permiten fecharlo a mediados del siglo VI a. C. No obstante, por sus características debe considerarse una obra local, correspondiente a una tradición de magníficos bronceos figurados de la que conservamos muy escasa evidencia y que debió sustituir a los vasos fenicios. Este jarro se halló entre los restos de un edificio, rompiendo la costumbre de la generación anterior, que casi siempre aparece en contextos funerarios.

En el borde superior se representa la cabeza de una diosa flanqueada por dos leones, una *Potnia theron*, motivo iconográfico muy frecuente entre las formas orientales que luego se traslada al mundo griego, que es el que directamente ha influido en este vaso.

Ignoramos la función primaria de estos objetos que no tuvo por qué ser la misma siempre y para todos ellos. Los jarros fenicios pudieron usarse para actividades lustrales; los de época griega quizá tuvieran que ver con banquetes rituales. En cualquier caso su valor como símbolos del poder aristocrático de la época parece innegable.

Blanco, 1953; García y Bellido, 1956; Jiménez, 1998; Jiménez, 2002; Jiménez, 2005.

JJA



«Brasero» ritual

Bronce

Alt. 7,5 cm; Ø máx. 45,7 cm; grosor 0,2 cm

Los Castillejos de Sanchorreja (Ávila)

Tartésico. Siglos VII-V a. C.

Museo de Ávila

Inv. 91/6/4/5/24

«Brasero» ritual

Bronce

Alt. 10,5 cm; Ø máx. 39,2 cm; grosor 0,5 cm

Granada. Colección Miró

Ibérico. Siglos V-IV a. C.

Museo Arqueológico Nacional. Madrid

MAN 9879

La denominación, tan descriptiva, de estas piezas deriva de su similitud con los braseros, de generalizado uso doméstico hasta hace bien poco. Es un nombre que evoca directamente su forma, su escala y su material metálico, y no precisa más detalle, aunque en la Protohistoria mediterránea no sirvieran para calentar habitaciones.

Son recipientes de vajilla ritual, en sí mismos o por su contenido, que se encuentran amortizados en lugares sagrados y necrópolis, donde fueron depositados como ofrendas tras participar en alguna posible ceremonia de abluciones, en la que contenían o recogían líquidos.

Estas piezas, y el rito que cosifican, pertenecen a la tradición orientalizante que hacen propia los pueblos ibéricos y que penetra en la Meseta por la vía futura *de la Plata*, con estaciones definidas en tumbas y santuarios excepcionales, desde *La Joya*, en Huelva, a El Raso y Sanchorreja –por lo que respecta a tierras abulenses–, pasando por *Aliseda*, *Cancho Roano* y Villanueva de la Vera, en Cáceres.

Aquí se presentan, juntos, el modelo importado de Sanchorreja y la interpretación ibérica de Granada. Ambos tienen asas móviles, remachadas por el exterior con palmos cerrados de manos izquierda y derecha y, por el interior, con rosetas o clavos –5 y 3, respectivamente–; el primero, más esbelto, tiene una amplia orla de la que prescinde el segundo, más robusto. Y ambos derivan de hallazgos fortuitos que impiden aquilatar más su utilización y significado concreto, aunque no la corriente cultural que testimonia su presencia.

Celestino Pérez, 1999: 78 y 79; González-Tablas, 1990; González-Tablas et alii, 1991-1992: 316 y 321-323; Jiménez, 2002: 105-138.

MMI



Ungüentario

Pasta vítrea
 Alt. 6,1 cm; Ø boca 2,5 cm; anch.
 máx. 5,1 cm
 Necrópolis de Puig des Molins
 (Ibiza)
 Púnico
 Museo Arqueológico Nacional.
 Madrid
 MAN 1923/60/421

Ungüentario

Pasta vítrea
 Alt. 6,2 cm; Ø boca 2,4 cm;
 anch. máx. 3,9 cm
 Necrópolis del Cerro del Real
 (Galera, Granada), tumba 20
 Ibérico
 Museo Arqueológico Nacional.
 Madrid
 MAN 1979/70/Gal/T. 20/12

Ungüentario

Pasta vítrea
 Alt. 5,9 cm (incompleta);
 Ø máx. 4,2 cm
 Necrópolis de El Raso de
 Candeleda (Ávila), tumba 32
 Vettón
 Museo de Ávila
 Inv. T32 R/265

Entre los materiales orientalizantes que en algunas ocasiones encontramos en los ajuares de las tumbas de la época de los castros, se hallan, además de las características joyas de oro, bronce, cerámicas y marfiles, como elementos más habituales, estos ungüentarios de vidrio policromo, cuyo origen ha sido muy discutido, pero que se halla sin duda en el ámbito del Mediterráneo oriental, desde donde llegaron a la Península siguiendo las rutas marítimas de fenicios y griegos, por lo que los encontramos con cierta frecuencia en los ajuares de las tumbas más ricas de la época de las colonizaciones, continuando después en algunos yacimientos a lo largo de la Segunda Edad del Hierro. Son lógicamente más numerosos en aquellos lugares que mantenían un contacto más estrecho con los colonizadores, caso de Ibiza y Ampurias; más escasos en las costas del mediodía peninsular, aunque pasan el Estrecho y llegan hasta los castros gallegos, llevados quizá por comerciantes gadi-tanos; y verdaderamente raros en la Meseta de Castilla, como este ejemplar de El Raso, colocado, ya roto, en el interior de la urna cineraria de una tumba, por lo que podemos suponer que no fue ese su primer destino, sino que llegó allí en una fecha tardía, procedente seguramente de algún yacimiento del Sur y como elemento reaprovechado por su belleza, tan llamativa, que no dejaría de llamar la atención de los indígenas.

Aunque escasos –a veces simples fragmentos– no faltan en ningún yacimiento rico del periodo orientalizante –El Carambolo, Ébora, Medellín, Cancho Roano, Cerro Macareno, etc.– en los que pueden fecharse durante los siglos VI y V a. C. El contexto del ejemplar de El Raso lo podemos situar con seguridad en el IV, pero podría proceder de algún yacimiento del siglo V a. C.

Las formas de estos ungüentarios son muy distintas, aunque todos ellos debieron ser utilizados como contenedores de perfumes, aceites y ungüentos para uso corporal de las gentes más privilegiadas, ya que tanto ellos como los vasos fueron hasta época romana objetos de lujo de alto precio. Los que presentan forma de jarro, como el ejemplar de El Raso, son los más frecuentes.

Cabré y Motos, 1920: 26; Fernández Gómez, 1972: 278; Fernández Gómez, 1986: 822; Pereira et alii, 2004: 89 y ss., figs. 27-28. Vives, 1917: 91.

FFG



Arracada

Oro

Alt. máx. 4,3 cm; Ø 3,8 cm; grosor 0,4 cm

El Castillejo (Madrigalejo, Cáceres)

Finales siglo V–principios siglo IV a. C.

Museo Arqueológico Nacional. Madrid

MAN 1975/47/1

Los contactos con los pueblos del Mediterráneo oriental, fenicios principalmente, se materializaron en el desarrollo de toda una serie de productos de lujo entre los que destacaron los objetos de oro, produciéndose, al mismo tiempo, un espectacular desarrollo de la orfebrería en la que se producirían una serie de innovaciones tecnológicas que tendrían repercusión tanto en la fabricación como en la decoración de las piezas, dando lugar a piezas de verdadera ostentación.

La principal aportación de la orfebrería orientalizante va a ser la introducción de la técnica de la soldadura que va a permitir la creación de piezas más ligeras de peso, creando piezas huecas formadas por dos láminas y unidas por soldadura. Muy características también de este periodo van a ser las nuevas técnicas decorativas entre las que destacarán la filigrana y el granulado que, realizadas por separado, serán unidas a la pieza también mediante soldadura.

Las nuevas técnicas darán lugar al desarrollo de nuevas formas en la joyería; entre ellas destacan las arracadas de gran tamaño y decoración compleja, que parece ser un elemento femenino cuya tradición se iniciaría en el Bronce Final para continuar en el periodo orientalizante y perpetuarse en época ibérica. Son un tipo de piezas asociado a la clase dirigente.

La pieza que aquí presentamos se puede atribuir por la forma de ejecución a un orfebre indígena aunque conocedor de las nuevas técnicas. Presenta forma circular, fabricada con dos láminas soldadas, decorada cada una de ellas con motivos diferentes. En el anverso, vemos una decoración repujada de elementos totalmente simbólicos como el creciente lunar entre ureis sobre fondo realizado a base de granulados. En el reverso también presenta decoración repujada de círculos concéntricos y un pequeño punteado. Para finalizar, añadir que típicamente orientalizante es el remate formado por piezas lenticulares huecas rematadas en glóbulos que rodea todo el perfil de la pieza.

La arracada apareció en una zona de clara influencia orientalizante; como buena prueba de ello hay que destacar el tesoro de Aliseda y el tesoro de Serradilla. Las arracadas pertenecientes a este último constituyen el paralelo más estrecho con nuestra pieza, destacando también su relación formal con una arracada hallada en El Raso y actualmente en paradero desconocido.

Almagro, 1977: 230-231; Nicolini, 1990: 320-321, planche 58; Perea, 1991: 213; Ramón, 1953: 370-371.

EMM



Elemento de diadema

Oro

Alt. 2,15 cm; anch. 0,7 cm; peso 0,54 g

Necrópolis de El Raso de Candeleda (Ávila)

Vettón

Museo de Ávila

Inv. 93/53/313

Aplique

Bronce

Alt. 2,5 cm; anch. 1 cm; grosor 0,2 cm

Necrópolis de Sanchorreja (Ávila)

Orientalizante

Museo de Ávila

Inv. 87/45/B-1-106

Entre las innovaciones de mayor interés que los colonizadores fenicios introducen en la Península se halla el desarrollo de una nueva orfebrería, basada en el conocimiento y dominio de la soldadura, que permite la realización de joyas huecas, unidas por los bordes, en sustitución de las indígenas, macizas, que necesitaban mayor cantidad de oro. La soldadura facilita asimismo una más rica decoración, a base de elementos añadidos –rosetas, hemiesferas, crecientes, soles y otros, entre ellos figuras humanas, e incluso escenas– que unas veces están troquelados aparte y luego soldados a la lámina base, y otras realizados por medio de diminutos gránulos de metal con los que se dibujan sobre esa lámina los motivos deseados. Es técnica que se utilizó en el antiguo Egipto y se desarrolló entre los etruscos. A la Península la trajeron los fenicios y la vemos utilizada en la mayor parte de las joyas de los grandes tesoros tartésicos de El Carambolo, Aliseda, Ébora, Serradilla y otros. A la Meseta también llega, como vemos en esta pequeña joya de El Raso, en la que se dibuja un motivo geométrico que algunos han querido interpretar como representación esquemática de una cara humana, a imitación de la que con más claridad aparece en una diadema similar, a base de elementos articulados unidos, en el tesoro de Ébora (Cádiz).

Este tema decorativo de las cabezas humanas aparecía también en las arracadas perdidas de El Raso de Candeleda y lo volvemos a encontrar en el aplique de bronce de la necrópolis de Sanchorreja, que aquí también presentamos, y que recuerda a las cabecitas de la diosa Astarté de los aguamaniles orientalizantes, que pasarían al mundo ibérico. Como ellas, sirvió seguramente de adorno a alguna pieza de mayor envergadura que no ha podido identificarse.

Aunque estas representaciones humanas aparezcan en joyas de aspecto orientalizante, aunque quizá realizadas en algún taller extremeño, dada su presencia en otros tesoros de la zona, no debemos olvidar la profunda significación que las llamadas cabezas cortadas tuvieron en el mundo céltico, mayor que en el mediterráneo, hasta el punto de haberse considerado a las que aquí aparecen como resultado de influencias continentales, donde, a principios sobre todo de la época de La Tène, las vemos decorando lo mismo anillos, brazaletes, fíbulas, broches de cinturón o collares de oro, que empuñaduras de espadas o piezas de carro.

Fernández Gómez, 1996: 14; Fernández Gómez, 1998: 125; González-Tablas, 1990: 15.

FFG

imágenes de la sociedad prerromana

 Institución Gran Duque de Alba



Exvotos del Santuario de Collado de los Jardines (Museo Arqueológico Nacional, foto: M. Á. Camón).

Nuestro conocimiento sobre la organización social de los pueblos prerromanos peninsulares proviene en parte de los escritores clásicos grecorromanos, pero ante todo de los hallazgos arqueológicos en poblados, necrópolis y santuarios de esta época. Una fuente especialmente rica es la iconografía que de sí mismos nos han legado los iberos de la zona meridional y levantina, y en menor medida el resto de los pueblos peninsulares.

De la suma de todas estas fuentes surge un panorama aún con muchas lagunas, pero en el cual se puede definir una clase de guerreros en la cúspide del sistema social, con su propia jerarquía interna, la posible presencia de un sacerdocio, tanto masculino como femenino, y también la existencia de una masa social en la que se pueden distinguir a veces oficios comerciales y artesanales, actividades que no siempre sabemos si se realizaron a tiempo parcial o completo. Entre los diferentes estratos de la sociedad debió existir una cierta fluidez, así como relaciones clientelares y otros tipos de dependencia.

La sociedad en la cultura ibérica

Arturo Ruiz

Centro Andaluz de Arqueología ibérica - Jaén

Se define a la sociedad ibérica por el proceso que llevó a la consolidación del poder de los príncipes, fase inicial del largo desarrollo que tuvo la historia de la aristocracia en Europa. Sin embargo, los matices de este proceso son tan diferentes entre los diferentes pueblos iberos que de algún modo hay que seleccionar a qué área concreta del amplio territorio que se define como ibérico van a hacer referencia las reflexiones que aquí se realicen. He tomado como foco geopolítico del análisis los pueblos iberos llamados del Sudeste o del Sur, porque son los que más información han aportado sobre el tema, gracias a las imágenes de la escultura y la toréutica; por ello, haré referencia fundamentalmente a las regiones que los romanos llamaron bastetana, oretana y contestana, sin olvidar algunas incursiones en el área edetana del entorno del río Turia o turdetana del curso bajo o medio del río Guadalquivir. En realidad tales definiciones toponímicas no creo que correspondan exactamente a pueblos iberos, como tradicionalmente se ha creído, sino a matices geográficos como pudo ocurrir con los oretanos y su vinculación a la Orospeida o por la memoria de viejas etnias como la de la Bastetania que pudo tener su origen en el antiguo pueblo de los mastienos, conocidos en el siglo VI a.n.e. El factor de identidad por excelencia en la cultura ibérica desde, al menos, el siglo V a.n.e. era el *oppidum* y el linaje clientelar.

El punto de partida de esta nueva situación se dejó notar fundamentalmente a partir del siglo VII a.n.e., cuando se amplió la red de intercambio de objetos con la presencia de una gran cantidad de productos selectos que podían circular y ser atesorados. Previamente a ello se había producido un proceso singular dentro de las relaciones de parentesco que había dado como resultado la configuración de la familia nuclear, lo que posibilitó que en el siglo VII a.n.e. se pudiera atesorar por unidades familiares y no por los linajes del tipo segmentario, como los que caracterizaron las sociedades campesinas del Neolítico y de la Edad del Cobre. Había algo más, el tercer factor que contribuyó decisivamente a la nueva situación fue la ruptura del sistema de don-contradón por el desarrollo de fórmulas como el «don agonístico» que abría un proceso de desigualdad entre las familias en las que la acumulación realizada por algunas de ellas se resolvía con la organización de grandes fiestas, aparentemente como fórmula de ganar prestigio social. El hecho, sin embargo, producía en el inconsciente colectivo el nacimiento de deudas entre familias, que ya no se podían resolver con el contradón, como había sido habitual en la sociedad de la reciprocidad de los tiempos del Neolítico. Era sin duda el don agonístico un regalo envenado que hacía de una parte de la sociedad deudores de por vida, ya que no tenían posibilidad de cerrar el ciclo don-contradón. De este modo se abonaba el campo para que hiciera su aparición el tributo como base del

sistema de intercambio que habría de sustituir las reglas de reciprocidad tradicionales. El cuarto soporte de estos grandes cambios vino dado por la aparición del *oppidum*. Un núcleo de población concentrada que primero se fortificó y transformó la cabaña en casa rectangular con zócalo de piedra y que, cuando alcanzó el siglo VI a.n.e., daba ya muestras de un trazado urbano desarrollado con manzanas de casas siguiendo un modelo modular, como se muestra en casos como la plaza de armas de Puente Tablas.

Esta fase inicial del principado es visible a través del documento arqueológico, sobre todo en la mitad sur de la Península Ibérica, tal y como se ha señalado, y remite al periodo orientalizante. En él, desde antes del siglo VII a.n.e. como bien muestran las estelas del suroeste más complejas, que se atribuyen a las fases más antiguas de esta etapa, hacen su aparición, junto a la representación de la figura del personaje masculino, de una parte las armas que significan el alto valor que la guerra tenía en la sociedad aristocrática y de otra una serie de objetos como los peines de marfil o las fíbulas de bronce que denotan tras ellos una sociedad cuya elite sueña con vivir al estilo mediterráneo y se enriquece de forma desigual. Es también éste el momento en que los enterramientos colectivos, como el caso del túmulo A de Setefilla, dan paso bajo la misma estructura a la cámara funeraria. La familia enriquecida y representada en el doble enterramiento hombre-mujer se acaba convirtiendo en el referente del enterramiento tumular. Un auténtico rapto del viejo espacio colectivo que al mismo tiempo continúa siendo un hito de referencia en la construcción del nuevo paisaje principesco en torno al *oppidum*. Es paradigmático en esta línea el caso del hipogeo de Hornos de Peal, fechado en la mitad del siglo VI a.n.e. El túmulo se había esculpido en la roca y en un punto del tambor se ingresaba en la cámara donde había sido enterrada la pareja. El exterior había sido tratado en toda su superficie con almagra hasta hacer del enterramiento un hito paisajístico visible desde cualquier punto del valle. También en el siglo VII a.n.e. se generalizó la construcción de las fortificaciones de los *oppida*, otro de los hitos clásicos del paisaje principesco, y se produjo en su interior el paso al urbanismo de casa rectangular. Eran grandes moles de piedra con forma ataludada en su sección y que tuvieron un cuerpo superior de adobe. En algún caso como la fortificación de Puente Tablas la cara exterior había sido revocada y el blanco del yeso, en otros momentos sería el rojo, destacaría su imagen.

A esta primera etapa dio paso una segunda fase en la que las familias consolidaron sus linajes en la cúspide del sistema social, apropiándose definitivamente de los espacios urbanos creados por ellos, como los *oppida*, que pasaron a ser prácticamente propiedad privada de la familia principesca que lo habitaba. Los linajes sin las trabas naturales de la vieja tradición de parentesco crecieron indefinidamente, tanto como se lo podía permitir cada familia principesca, a través de la práctica de la clientela, que se justificaba ante el grupo en la fórmula de la adopción, pues el cliente tomaba para sí el nombre de la familia del príncipe. En la práctica el proceso consolidaba la práctica del tributo y rompía definitivamente con el sistema del don, pues el acceso a la tierra debió hacerse por la pertenencia al nuevo linaje del príncipe a través de la estructura clientelar. El tamaño del linaje clientelar fue definitivamente un factor de primer nivel, pues la fuerza del príncipe se medía por el número de clientes que le reconocen como patrono. Este hecho modificó sensiblemente las relaciones de poder de la estructura política, que tendió ahora a basarse en principios de carácter heroico, seguramente contra el deseo dinástico de la aristocracia del periodo orientalizante. La debilidad contrastada en otras sociedades

mediterráneas de la institución clientelar, es decir, de la nueva base social de las relaciones tributarias, seguramente hizo muy cambiante la consolidación de unos linajes más allá de dos o tres generaciones, lo que favoreció constantemente la emergencia de nuevos linajes y el hundimiento de otros. Pudo ser éste el caso de la destrucción del conjunto escultórico de Cerrillo Blanco, de Porcuna, cuyos restos destrozados aparecieron piadosamente enterrados, junto a un túmulo colectivo, clausurado a fines del siglo VII a.n.e. Seguramente, en el siglo V a.n.e. habían dignificado a los allí enterrados con la construcción de un monumento que conmemorara a los antepasados del linaje dominante de Ipolca, Porcuna, con la representación escultórica de las acciones más significativas de su memoria. En Porcuna por primera vez es observable la representación de los tiempos de uno de estos linajes clientelares, si bien es cierto que no de toda la estructura social del linaje, pues solamente es visible la cúspide de la pirámide, desde la que se organiza el linaje, es decir, las imágenes hacen referencia fundamentalmente al príncipe, a sus antepasados y al mundo de animales híbridos, sirenas, grifos o esfinges que transportan las escenas a un territorio mítico (*fig. 1*).



Figura 1.- Escultura de Cerrillo Blanco (Porcuna, Jaén) (foto: Museo de Jaén).

En el conjunto de Cerrillo Blanco se hacen patentes las edades del príncipe y sus valores. La etapa infantil, cuando aprende las artes de la caza y de la lucha, se hace notar en los relieves del joven que caza una liebre acompañado de su perro o en la acción representada en los dos niños que se aprestan para iniciar la lucha reglada. El rito de paso que le abre la carrera heroica, expresado en la griphomaquia, se hace notar en el sufrimiento del joven que recibe el zarpazo del grifo en la pierna, mientras trata de asfixiarlo con la única arma que un héroe puede emplear en una fase ritual: su fuerza; una lucha sin armas que recuerda la forma en que los textos antiguos cuentan cómo Heracles venció al león de Nemea. La etapa adulta se muestra en Porcuna en los duelos homéricos, en que el joven príncipe vence individualmente al poderoso enemigo, lo mismo que lo hacen otros hombres, seguramente también aristócratas de su linaje. La crudeza del duelo se manifiesta en el caballero que clava su lanza en la boca del enemigo caído, mientras con su pie pisa un escudo que el guerrero ya no podrá utilizar en su defensa, o en el guerrero muerto sobre el que se levanta el guerrero vencedor, mientras un ave rapaz se posa en el hombro del primero anunciando irremediabilmente la imposible vuelta a la vida. La tercera edad se deja notar en las representaciones de los antepasados que hieráticamente debieron presidir el monumento, hombres y mujeres con los atributos que los caracterizaron, seguramente divinizados, como la figura que domina con sus manos dos machos cabríos y desde luego la pareja ritualmente vestida de túnica larga que bien pudieron ser el núcleo originario del linaje.

A pesar de sus vacíos, debido al alto grado de fragmentación de algunas esculturas, el conjunto de Cerrillo Blanco muestra lo que la aristocracia quiere hacer ver de un linaje: el espacio mítico representado por los animales, el currículo de un

héroe, es decir la vida de un príncipe, y el panteón de los antepasados del linaje. En ningún momento se muestra la imagen de un cliente y la mujer solamente aparece en el grupo de los antepasados, pero nunca se hace presente en la vida del héroe. Esta presencia de la mujer asociada a un estatus de divinización es también observable en las necrópolis en casos como la Dama de Baza. Una mujer sedente vestida con excelentes mantos y ornada con una destacada orfebrería, que en una mano guarda un pichón, atributo habitualmente asociado a la versión ibérica de la diosa Tanit. El sillón de la dama es un mueble provisto de alas y con garras en las patas delanteras lo que simula un híbrido que bien pudiera ser la esfinge que acompaña y arropa a la divinidad en la representación de una escena funeraria del Parque de tráfico de Elche. La escena de Elche reproduce los mismos personajes, si bien de forma más realista, la imagen de la diosa que en Baza es la Dama, la esfinge que la rodea con su cuerpo y patas delanteras, que en Baza es el sillón y el difunto que monta sobre la esfinge mientras en Baza está presente en las cenizas depositadas en un hueco localizado en la parte trasera del sillón-esfinge. Una evidente indefinición en la representación de la naturaleza humana o divina de la mujer que llega hasta la propia Dama de Elche de la que todavía hoy se discute qué papel le correspondería en la sociedad ibérica, si el de una dama o el de una diosa. En todo caso no cabe duda que parte de las claves de la visibilidad de la mujer en esta etapa de los siglos V y IV a.n.e. está ligada al papel de la pareja en la representación más antigua de esta tipología iconográfica en la cultura ibérica; se trata de la hierogamia de los relieves de Pozo Moro, cuando el héroe, después de haber superado difíciles pruebas, al modo de un Gilgamesh local, realiza el acto sexual con la diosa.



Figura 2.- Grupo escultórico de El Pajarillo (Huelma, Jaén) (Museo de Jaén, foto del autor).

A principios del siglo IV a.n.e. un nuevo factor se añade a la historia del príncipe. En el santuario del cortijo de «El Pajarillo», en Huelma, se ha documentado una escena en la que un héroe se enfrenta a un lobo para salvar a un joven (fig. 2). Como en las escenas de Porcuna, dos grifos enmarcan la acción definiendo el paisaje mítico en el que se desarrolla ésta y se dispusieron dos leones en el acceso a la torre, encima de la cual se localizaba la escena, marcando el límite del espacio arquitectónico accesible. La lucha con el lobo no es una zoomaquia propia de un rito de paso desde la fase infantil a la adulta, como en la griphomaquia de Porcuna, aquí el héroe va armado

con la falcata sino que engaña de su presencia al animal, pues la esconde bajo el manto. Se trata de un príncipe conquistador, expansivo, que recuerda en su acción no solamente la estructura mítica de un Teseo luchando contra el Minotauro, sino los trabajos más tardíos de Heracles robando los bueyes de Geryón o la fruta del jardín de las Hespérides. En el primer caso por cuanto se presenta, igual que Teseo, como representante del modo de vida urbano ante un animal como el lobo que representa el espacio salvaje. En el segundo caso porque define el ideal heroico de la Edad de los Metales, el guerrero conquistador que emplea la inteligencia para vencer al enemigo, el engaño, valor que no estaba presente en ninguna de las escenas de Porcuna. Corresponde la

escena de Huelma históricamente, es decir, en el proceso de consolidación de la aristocracia, al momento en que el príncipe trata de definir el territorio político de su *oppidum* a costa del espacio salvaje, por colonizar. Un programa colonizador que le lleva a la fundación de nuevos *oppida*, seguramente porque el príncipe había conseguido organizar un linaje capaz de ir mas allá de los estrictos límites del espacio restringido de su *oppidum*, en este caso Úbeda la Vieja, *Itiraka*, que fue el centro desde donde partió el proyecto colonizador. Este proceso expansivo de la aristocracia en el siglo IV a.n.e. coincide con el modelo de paisaje funerario mejor conocido en la historiografía arqueológica ibera. Una o varias tumbas de cámara con túmulo como en Galera o Toya, de pozo como en Baza o de plataforma empedrada como en Cigarralejo, que desde un punto excéntrico ordenan el paisaje funerario y un conjunto de enterramientos que se disponen delante de las citadas tumbas, a veces ordenadas por un segundo grupo de tumbas aristocráticas más pequeñas como en Baza, estructuralmente semejantes a las de primer rango y a veces simplemente ampliando en una dirección, sin orden reconocido, el espacio funerario. El límite entre las tumbas aristocráticas y las tumbas de los clientes no cabe duda que lo marca la riqueza del ajuar, el acceso a determinados productos como el brasero de libación o la crátera en Baza, pero también el carácter familiar de la tumba del grupo aristocrático frente al enterramiento individual del grupo dependiente. Los linajes se hacen visibles en el espacio funerario en toda su complejidad social, si bien seguramente excluirán a aquellos grupos de la sociedad no integrados en la estructura clientelar, de los que nada se sabe por el momento.

La tercera fase del proceso se inicia al final del siglo IV a.n.e., cuando las necrópolis ocultan a la arqueología la información tan rica que contenía en el siglo anterior. Ahora son las fuentes referidas al territorio, como se observa en Cástulo, las que ofrecen buena información. En este caso el gran *oppidum*, siguiendo los cánones de Úbeda la Vieja, dispuso dos santuarios en Despeñaperros y Castellar para definir un amplio territorio caracterizado físicamente en el valle del río Guadalén, un importante afluente al norte del Guadalquivir. Las fuentes escritas son aún más explícitas en la documentación sobre la expansión de algunos linajes, pues definen para los oretanos la existencia de federaciones de *oppida* a mediados del siglo III a.n.e. cuando éstos se enfrentan a Amílcar Barca e incluso algo después, durante la Segunda Guerra Púnica, se hace notar que el príncipe Culchas o Colicas gobernaba sobre veintiocho *oppida*. Este proceso tendente a la federación de *oppida* puede explicar la aparición de santuarios como



Figura 3.- Dama del Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete) (foto: Museo Arqueológico Nacional. Madrid).

el Cerro de los Santos y sus numerosas imágenes escultóricas. Ahora bien, el siglo III a.n.e. ha cambiado sustancialmente las representaciones respecto al periodo anterior. El santuario del Cerro de los Santos ofrece la imagen de una sociedad en la que es visible un espectro mucho más amplio de la misma, pues junto a los personajes vinculados a la estructura aristocrática de los distintos linajes se hacen visibles por primera vez los clientes y ya no cabe duda alguna sobre la naturaleza humana de las mujeres representadas (fig. 3). Lo mismo sucede con los exvotos de los santuarios de Sierra Morena. Allí la damita de Castellar recuerda aún las formas clásicas aristocráticas de la Dama de Elche; sin embargo, junto a ella se hacen presentes bronce de hombres y mujeres jóvenes y exvotos esquemáticos fabricados en la misma etapa, que bien podrían representar a las gentes dependientes. Aún es más claro el caso, cuando se leen las representaciones de las escenas pintadas en la cerámica de Liria o Alcoy o los relieves de Osuna, donde se muestra una amplia gama de acciones no necesariamente aristocráticas, como sucede con la representación de las tocadoras de flauta, los campesinos o los guerreros de infantería. No son personajes independientes, se vinculan a ritos y acciones de personajes de alto rango, pero su presencia ahora es visible al contrario de lo que sucedía un siglo antes.

Por otra parte el paso a la siguiente fase, que ya se produce tras la conquista romana, hará que estos personajes secundarios tomen renovada fuerza en las ofrendas que aparecen en los santuarios periféricos de sitios como Torreparedones, en Córdoba, o Torreventosa o Atalayuelas de Fuerte del Rey, en Jaén, en el último de los cuales un grabado en piedra muestra a una familia nuclear común, confundida tradicionalmente con una danza (fig. 4). En esta etapa el proceso también será observable en el Cerro de los Santos. Se trata, no cabe duda, de un proceso de individualización de las familias nucleares a partir del desarrollo de la ciudadanía, que poco a poco gana espacio en los *oppida* a costa de las clientelas. Sin duda, la romanización, aunque ocultó la cultura ibérica, favoreció este proceso hasta hacer de los iberos ciudadanos de Roma.

BIBLIOGRAFÍA

- Blázquez y Antona (eds.), 1992.
 Molinos, Chapa, Ruiz, Pereira, Rísquez, Madrigal, Esteban, Mayoral y Llorente, 1998.
 Olmos, 2002.
 Molinos y Ruiz, 2007.
 Ruiz Rodríguez, A., 1998.
 Ruiz y Molinos, 1993.



Figura 4.- Grabado de una familia. (Atalayuelas de Fuerte del Rey, Jaén).

imágenes de la sociedad prerromana: vettones

Gonzalo Ruiz Zapatero
Universidad Complutense de Madrid

La imagen tradicional de las sociedades prerromanas en el ámbito céltico de la Península Ibérica es la de comunidades jerarquizadas con elites «militares», *equites* en el rango más elevado, que sobresalen por sus equipos de armas sobre la mayoría de una población campesina y acaso también sobre un grupo de dependientes y marginados. Se ha hablado, por tanto, de «sociedades guerreras», en las que las *razzias*, los combates y la inestabilidad política serían componentes habituales de una vida cotidiana marcada por el signo de la guerra¹. La caracterización de estas sociedades, entre las que se encuentra la de los vettones, se ha hecho manejando fundamentalmente dos tipos de datos. Por un lado, las referencias de las fuentes grecolatinas, especialmente para el periodo de contacto y conquista romana, esto es, las dos últimas centurias antes del cambio de era², y, por otro lado, los análisis de los cementerios que ofrecen disimetrías en los ajuares funerarios y un número significativo de tumbas con diferentes «panoplias militares». Así, los vettones se han presentado como un pueblo de stirpe céltica con una organización social jerarquizada y guerrera y una base económica eminentemente pastoril³.

Pero esta imagen de la sociedad vettona presenta varios problemas. Primero, partimos de una desigualdad en la naturaleza de los datos; las fuentes solo bosquejan de forma difusa la etapa final de la sociedad vettona –especialmente de sus elites–, aunque sus datos se extrapolan sin fundamento a las fases iniciales, mientras que la arqueología tiene mejor información para ese periodo inicial (siglos V-III a. C.), pero muy sesgado hacia los enterramientos –primando los que cuentan con ajuares más ricos– y con poca documentación sobre los contextos domésticos en los asentamientos. En conclusión, podemos afirmar que, como en otras sociedades célticas⁴, el estudio de la sociedad vettona puede parecer el de una «sociedad reducida a sus elites»⁵. En otras palabras, tenemos a la mayoría de la población sin referencias en las fuentes escritas y sin apenas huellas arqueológicas. Es una limitación importante a tener en cuenta, pero aun así, o quizás más bien por ello, el análisis de las elites es muy relevante. Con todo, parece evidente que carecemos de buenos datos para representar con precisión la sociedad vettona y desde luego el estudio de la jerarquización social está solo en fase embrionaria; además nos falta mucho trabajo para comprender adecuadamente la articulación de los datos arqueológicos con los de las fuentes clásicas⁶. Y por si fuera poco prácticamente no tenemos ningún análisis antropológico de las gentes vettonas, sin duda la aproximación más directa a la población de la Edad del Hierro.

La visión de las sociedades de la Edad del Hierro ha sido bastante homogénea, simplificadora y simplista: las sociedades jerarquizadas, «en triángulo» como las ha

denominado Hill en 2006, han llenado casi todos los espacios europeos y casi todas las etapas de la Edad del Hierro, pero al mismo tiempo apenas se ha definido con claridad qué es «jerarquización» o qué entendemos por «elite». Y como reclamaba Collis en 1994, hace más de una década, el primer punto de partida es reconocer la variedad de sociedades que existieron en la Edad del Hierro y el segundo es construir más metodología crítica que incluya las fuentes escritas, la arqueología y la antropología para examinar cada caso concreto. Nunca hubo una sociedad céltica o de la Edad del Hierro⁷; se desarrollaron muchas sociedades diferentes. Aquí intentaré presentar una forma crítica de pensar la sociedad vettona, de cómo pudo funcionar y también de lo que no sabemos y nos gustaría algún día averiguar. Sin olvidar que, efectivamente, sobre las sociedades de finales de la Edad del Hierro es más fácil hacer preguntas que responderlas⁸. Especialmente cuando el estudio de la organización social no ha sido prioritario en las agendas de la Edad del Hierro, como lo demuestra la revisión de la bibliografía de las tres últimas décadas y el hecho de que los estudios de clase, género, edad y familia son casi inexistentes⁹. Pero formular preguntas inteligentes y pertinentes es la esencia de la investigación arqueológica.

Las comunidades vettonas

Las fuentes escritas sobre los vettones son muy escasas, con menciones aisladas, variadas en el tiempo y en su contenido¹⁰, lo que dificulta una imagen nítida de este pueblo prerromano. En todo caso, las continuas referencias en las crónicas de las guerras contra Roma le otorgan el calificativo de pueblo belicoso. Por ello el recurso a textos más extensos de otros grupos célticos peninsulares ha sido una práctica común, construyéndose así una imagen mistificada de la sociedad vettona. A ese modelo histórico se añaden los análisis de las necrópolis para configurar la sociedad jerarquizada y guerrera típica de este pueblo meseteño. Como en muchos otros ámbitos, en el de la reconstrucción social las fuentes clásicas han ejercido una fuerte tiranía, creando el modelo social al que se acomodaban los datos arqueológicos.

¿Cuál fue la estructura del poblamiento de los antiguos vettones? En un análisis esquemático podemos asegurar que dentro del grupo étnico, con fronteras más o menos bien definidas, las comunidades vettonas se agruparon preferentemente en ciertas regiones, especialmente valles fluviales y sus piedemontes, entre las cuales quedaron áreas vacías o apenas pobladas¹¹. Dentro de esas agrupaciones regionales la unidad de poblamiento más importante fueron los castros, asentamientos fortificados, y los *oppida*, que son básicamente grandes castros, de la etapa final, con actividades artesanales y una cierta organización interna para las distintas tareas llevadas a cabo en su interior. En cualquier caso estamos hablando de castros pequeños con 50-60 habitantes a otros algo más grandes con quizás 300-400 habitantes. Lo que apenas supondría un colectivo de 90/100 hombres adultos¹². Ulaca con cerca de un millar de almas o incluso algo más sería uno de los *oppida* de mayor población¹³. Fuera de los castros y *oppida* conocemos muy mal algunos pequeños asentamientos en llano, sin fortificar, pero sin datos de excavaciones. En todo caso, estos sitios llevan a pensar que fuera de los asentamientos fortificados pudieron vivir pequeñas comunidades multifamiliares que podrían haber dependido de los centros grandes. Toda esa población serían las comunidades de *oppida*. Estas comunidades locales tendrían espacios de vida pequeños, de 4-5 km de radio, y ordenaron/controlaron el paisaje mediante el levantamiento de esculturas de verracos, labradas en

granito, para reclamar y controlar las áreas de pastos necesarias para el ganado vacuno¹⁴. Tanto la gente de los castros/*oppida* como la de los establecimientos rurales abiertos tuvieron que ser muy locales en general, con escasa movilidad para la mayoría de las personas. Pero esto no significa que, al mismo tiempo, actuaran en redes sociales más amplias y por otro lado los grupos de parentesco extendidos, el género, los grados de edad y los «hogares» crearan, sin duda, relaciones específicas que matizarían la manera de «estar en el mundo» de cada individuo de las comunidades locales (fig. 1).

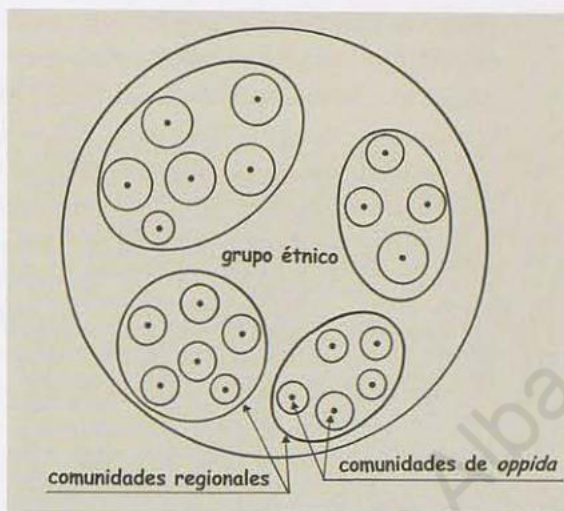


Figura 1.- Estructura del poblamiento vetton y las unidades básicas de poblamiento.

La sociedad vettona: entre la parquedad de las fuentes escritas y los datos arqueológicos

Si consideramos que desde el siglo V a. C. se configura la etnicidad vettona¹⁵, los rasgos de las primeras comunidades (siglos V-III a. C.) solo podemos esbozarlos a través de la información de los cementerios. Los grandes cementerios abulenses de Las Cogotas¹⁶ y La Osera¹⁷ han proporcionado la mayoría de la información disponible y constituyen un observatorio social privilegiado.

La estructura social que emerge de los enterramientos es la de unos *equites* o aristócratas que se reconocen en las tumbas con armamento más rico –incluyendo decoraciones nieladas y damasquinadas– y arreos de caballo, y representan el escalón social más elevado. La importancia de estos *equites* vettones se traduce también en toda una iconografía de jinetes y caballos en decoraciones cerámicas, fíbulas, grabados rupestres como los del salmantino poblado de Yeltes o en época tardía la serie monetaria del jinete de *Tamusia*. Por debajo estarían las «tumbas con armas» en diferentes combinaciones de panoplias que se han considerado enterramientos de guerreros. En tal categoría cabe imaginar que se está incluyendo a aquellos individuos de alto estatus que, al margen de su más que segura dedicación a la agricultura y la ganadería, marcan con el armamento su posición social. El armamento es un signo manifiesto de pertenencia a la elite. Si al menos una parte fueron clientes (*ambacti*) de los jefes de más alto rango, es algo imposible por ahora de determinar¹⁸. La sauna iniciática de Ulaca permitiría entender mejor el carácter aristocrático de estos estamentos «guerreros»¹⁹. La cosmogonía vettona implícita en el hecho de la ordenación espacial de las tumbas y grupos de tumbas según mapas celestes en el caso de La Osera²⁰ o los conocimientos astronómicos que parece encerrar el altar del *oppidum* de Ulaca, según un estudio inédito de M. Pérez Gutiérrez²¹, podrían avalar la existencia de una clase «sacerdotal» muy próxima a las elites ecuestres.

Algunas pocas tumbas dejan entrever cómo otro grupo estaría constituido por artesanos, aunque esta condición no resulta plenamente identificable en los ajuares funerarios y sí en sus producciones, como en otras áreas meseteñas y europeas²². Desconocemos en cualquier caso si las diversas artesanías –metalurgia, alfarería,

cantería, carpintería y algunas otras— se ejercieron a tiempo parcial o completo. Es posible que algunas piezas metálicas y cerámicas estén reflejando la existencia de artesanos especializados y, en cierto modo, liberados de sus raíces rurales y de la

producción doméstica. Buena parte de los ajuares con adornos y/o solo cerámicas deben pertenecer a mujeres y hombres campesinos, una especie de «clase media» de la época²³. Y por último los enterramientos sin ajuar, la mayoría y generalmente más del 80% del total de tumbas, deben corresponder a los individuos más humildes y tal vez esclavos o algún tipo de servidumbre. Al menos en referencias escritas a la expedición cartaginesa de Aníbal del 220 a. C. se citan esclavos (*andrapoda*) en el asalto de *Helmantiké* y, aunque sea a través de las categorías y pensamiento romanos, parece atestiguar alguna forma de condición no-libre, tal vez prisioneros de guerra²⁴. Su estatus no queda marcado por ajuar alguno y, presumiblemente, este amplio segmento social viviría dedi-

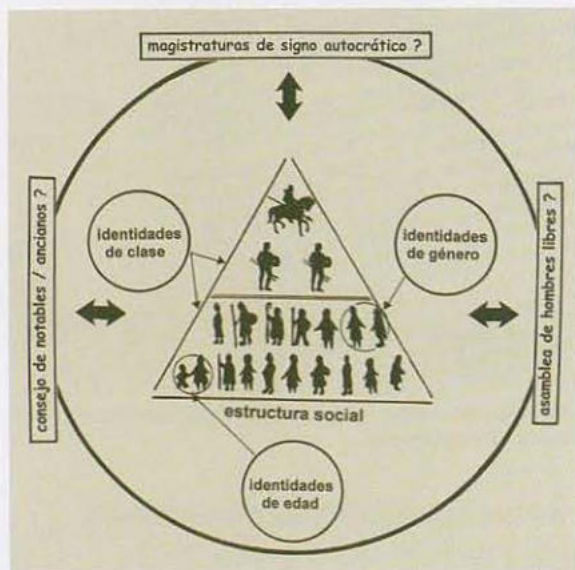


Figura 2.- La estructura social de las comunidades vettonas. La sociedad "triangular" o jerarquizada.

cado a las tareas agrícolas, el cuidado de los ganados y acaso a ciertos trabajos colectivos como la construcción y reparación de las defensas de los poblados (fig. 2).

Las miradas futuras a las claves sociales

La identificación en los grandes cementerios vettones de distintas agrupaciones de tumbas separadas entre sí espacialmente sugiere la existencia de grupos suprafamiliares o clanes con posibles sistemas de descendencia lineal dentro de ellos, aunque ciertamente este aspecto tiene un difícil examen arqueológico y quizás solo estudios de ADN de las gentes de la Edad del Hierro permitirían algunas precisiones de este tipo²⁵. Por ejemplo, determinar si los individuos de un mismo cementerio estaban estrechamente relacionados entre sí o eran genéticamente heterogéneos. Otros tipos de análisis isotópicos sobre restos óseos pueden esclarecer el grado de movilidad de las poblaciones enterradas, si nacieron y murieron allí o cambiaron de residencia a lo largo de sus vidas. El ritual crematorio limita mucho las posibilidades actuales, entre otras cosas porque no se han guardado los restos humanos cremados, pero podría solventarse en estudios futuros. Sin embargo, la arqueología de la Edad del Hierro apenas ha abordado cuestiones importantes como el estudio de las identidades de clase —elemento central en el análisis de la jerarquización social—, las identidades de género²⁶ y las de edad²⁷ que están abriendo horizontes muy interesantes; basta pensar en la importancia de la *iuventus*, los jóvenes, en las sociedades prerromanas meseteñas para darse cuenta de su relevancia. Todas esas identidades confluyen, de alguna manera, en la organización de la producción de cada comunidad. La producción muy probablemente estuvo organizada a nivel «hogar», pero dependía de recursos comunales. De hecho el principal problema para saber cómo funcionaron las sociedades del Hierro es el desconocimiento de su

sociología agraria y su economía política²⁸. Algo más estamos avanzando en el estudio de las identidades étnicas²⁹, a pesar de los muchos problemas que presentan³⁰, incluyendo el caso de los propios vettones³¹.

Pero, si los enterramientos vettones nos dejan cuestiones abiertas, los asentamientos proporcionan un panorama más oscuro. La falta de excavaciones en extensión y la mediocre documentación de algunas excavaciones antiguas nos ofrecen un pobre conocimiento de los ámbitos domésticos. Tradicionalmente se ha dicho que los datos de los asentamientos pueden no mostrar evidencias de jerarquía y estatus, mientras que éstas sí se reconocen inequívocamente en los enterramientos y el ritual. La realidad es que apenas conocemos las plantas de las casas vettonas de algunos sitios, pero desde luego no su anatomía y funcionalidad interna³². Las casas rectangulares con posible compartimentación de Las Cogotas contrastan con algunas viviendas de Ulaca y sobre todo de El Raso de Candeleda con grandes superficies y varios departamentos con una sofisticada articulación. A pesar de todo ello no parece que las casas vettonas marquen diferencias sociales, aunque se insista en que el espacio doméstico es el lugar clave donde las distinciones de estatus, clase y género se aprenden y son continuamente reproducidas socialmente a través de las acciones cotidianas³³. En cualquier caso deberían

ser estudios sobre la capacidad productiva y de generar excedentes agropecuarios, y sobre las formas de acumulación de riqueza de cada «hogar», los que ayuden a reconocer las identidades de clase. Lamentablemente nos queda mucho que aprender sobre estos y otros aspectos de las economías prerromanas meseteñas³⁴. Mientras que los estudios antropológicos, por otra parte, permitirían identificar niveles de salud y calidad de vida. El estudio de los alimentos y las bebidas es muy importante³⁵ y la variabilidad de dietas alimenticias es un buen indicador de diferencias sociales. La bioarqueología, determinando la calidad de la dieta y la ausencia o no de episodios de estrés de salud, constituye sin duda una vía muy fiable para explorar la desigualdad social³⁶ (fig. 3).

En cuanto a instituciones políticas las fuentes no aluden a ninguna entre los vettones. Por analogía con otros pueblos prerromanos meseteños pudieron, sin embargo, existir tres tipos de organismos ejecutivos³⁷: un consejo de notables o ancianos más o menos reducido, una asamblea amplia de hombres libres o ciudadanos y ciertas magistraturas de marcado signo autocrático, seguramente con atribuciones militares, jurídicas y religiosas. Eso es lo que hay que ver en la figura de los legados que representan a sus comunidades o ciudades en pactos, acuerdos de hospitalidad y/o rendiciones que las gentes vettonas firman entre sí, con otras entidades ibéricas y más tarde con el poder romano.

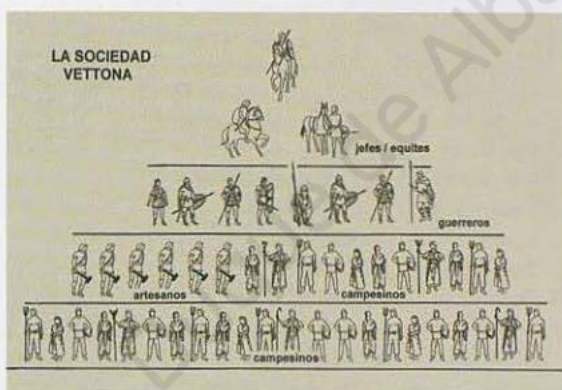


Figura 3.- La complejidad social y sociopolítica de las comunidades de oppida vettonas. Fuera de los problemas de la estructura social las dificultades, dudas y aspectos desconocidos sobre las identidades y las instituciones sociopolíticas son muy importantes.

1. Ciprés, 1993; Almagro-Gorbea y Lorrio, 2005; Parceró, 1997.
2. Domínguez Monedero, 1994.
3. Almagro-Gorbea, Mariné y Álvarez-Sanchís, 2001; Álvarez-Sanchís, 1999, Álvarez-Sanchís, 2003: 81 y ss.; Sánchez-Moreno, 2000: 227 y ss.
4. Luginbühl, 2006: 79 y ss.
5. Demoule et alii, 2005: 206.
6. Perrin, 2006: 161.
7. *Vide contra*: García Moreno, 1993.
8. Perrin, 2006: 166.
9. Hill, 2006: 171.
10. Roldán Hervás, 1968-69; Sánchez-Moreno, 1996; Sánchez-Moreno, 2000: 19-40.
11. Álvarez-Sanchís, 1999; Martín Valls, 1999.
12. Álvarez-Sanchís y Ruiz Zapatero, 2001.
13. Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís, 1999.
14. Álvarez-Sanchís y Ruiz Zapatero, 1999.
15. Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís, 2002a, 2002b.
16. Castro, 1986; Kurtz, 1987; Martín Valls, 1986-87: 75-76 y fig. 4.
17. Martín Valls, 1986-87: 76-78 y fig. 5.
18. Bonnaud, 2005: 261.
19. Almagro-Gorbea y Álvarez-Sanchís, 1993.
20. Baquedano y Escorza, 1998.
21. Cantalapiedra, 2006.
22. Buchsenschutz, 2004: 74.
23. Buchsenschutz, 2004: 73.
24. Sánchez-Moreno, 2000: 229-30; Bonnaud, 2005: 264-5.
25. Haselgrove et alii, 2001: 14.
26. Arnold, 1995; Curià, Masvidal y Picazo, 2001.
27. Díaz-Andreu et alii, 2005.
28. Hill, 2006: 175.
29. Wells, 2001.
30. Cruz Andreotti y Mora Serrano, 2004.
31. Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís, 2002a, 2002b.
32. Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís, 1995.
33. Hill, 2006: 173.
34. Esparza, 1999.
35. Wood, 2001.
36. Robb et alii, 2001.
37. Sánchez-Moreno, 2000: 234.



imágenes de la sociedad prerromana

fichas catalográficas



Institución Gran Duque de Alba



Exvoto

Bronce

Alt. 10,8 cm; anch. máx. 3,7 cm; grosor máx. 2,2 cm

El Raso de Candeleda (Ávila)

Vettón. Siglos IV-III a. C.

Colección particular de Virgilio Blázquez, vecino de El Raso

Fue hallado este exvoto, por la misma persona que en la actualidad lo guarda, en las inmediaciones del poblado fortificado de El Raso, enredado entre las raíces del tocón de un roble que crecía a orillas de la garganta Alardos, en el límite entre las provincias de Ávila y Cáceres.

Fundido a la cera perdida, y de realización muy tosca y esquemática, sin gusto por los detalles, representa una figura masculina que parece hallarse en posición de orinar, con el brazo izquierdo extendido a lo largo del cuerpo, y el derecho flexionado con la mano sujetándose el falo, que aparece por detrás del dedo pulgar y cubre la punta de los restantes dedos de la mano. En los rasgos de la cara destaca la nariz, desproporcionada, entre dos ojos pequeños, marcados por simples incisiones. Se toca con una especie de gorro o mitra que le cubre la cabeza por completo. Aunque no puede asegurarse, se diría que va vestido, a juzgar por los ligeros engrosamientos que se observan en sus piernas a la altura de las rodillas y las líneas incisas de la parte posterior del tronco, indicativas quizá de la presencia de un cinturón y otros correaes.

El personaje presenta aire de solemnidad. Se lo confiere sobre todo la posición de su cuerpo, erguido, con la cabeza echada hacia atrás y la mirada dirigida al frente y a lo alto.

El conjunto de sus características nos permiten considerar a esta figura como uno de los típicos exvotos de bronce que a millares aparecen en los santuarios ibéricos, sobre todo en la zona de Sierra Morena, representando a devotos en las mas variadas actitudes —orantes, oferentes, posibles sacerdotes, guerreros a pie y a caballo, damas envueltas en ricos ropajes o personajes desnudos—. Y algunos de éstos, como el que aquí presentamos, del que no conocemos paralelos exactos, en actitudes que podemos considerar relacionadas con ritos de fecundidad, lo mismo que los itifálicos, los que muestran unos genitales desproporcionados, quizá enfermos, o los que parecen estar masturbándose.

Está claro en todos ellos que lo que se pretende no es mostrar algo bello sino algo elocuente, por lo que no se pone la atención en el detalle, ni en la exactitud del rasgo, sino en la claridad del gesto, en lo que hacen. Son como la expresión de un deseo.

Fernández Gómez, 1986: 891; Fernández Gómez, 1988: 71; Nicolini, 1968: lám. V-1; Nicolini, 1969: 138.

FFG



Exvotos de guerreros a pie y a caballo

Bronce

Santuario de Collado de los Jardines (Santa Elena, Jaén)

Ibérico. Siglos IV-II a. C.

Museo Arqueológico Nacional. Madrid

MAN 28612, 29323, 29332, 29333, 18544, 28599, 28609, 28617, 29229, 29241, 31888 y 31909

Exvotos de guerreros a pie y a caballo

Bronce

Santuarios de Despeñaperros

Ibérico. Siglos IV-II a. C.

Museo del Instituto del Conde de Valencia de D. Juan. Madrid

Inv. 2602 y 261

Las sociedades de la Edad del Hierro en la Meseta fueron bastante parcas en la representación iconográfica de sí mismas, al contrario que la sociedad ibera, que se retrató abundantemente sobre diversos soportes, como la escultura, la toréutica y la cerámica. Por ello debemos acudir al ámbito ibérico para ilustrar en su conjunto a la sociedad prerromana tal y como la conocemos a través de las fuentes escritas y de los resultados de excavaciones arqueológicas.

Particularmente abundantes y representativas son las imágenes de guerreros, demostrando su importancia en el contexto social de las comunidades prerromanas, patente tanto en las necrópolis ibéricas como en las vettonas, así como en el resto de la Meseta. Entre ellos sobresalen claramente los jinetes, siempre menos numerosos, de los infantes, reflejando en apariencia la composición de las unidades militares que luego las fuentes romanas citan reiteradamente en el curso del proceso de conquista de la Península por Roma.

Los exvotos son también una fuente de primer orden para el estudio comparativo del armamento ibérico, analizando sus asociaciones y cotejándolas con los conjuntos obtenidos de los enterramientos coetáneos, además de mostrarnos las formas de portar dichas armas. En estas pequeñas representaciones de bronce podemos distinguir claramente la espada curva, la falcata, junto a armas blancas de hojas más cortas y rectas, lanzas y el característico escudo redondo denominado caetra. También son frecuentes las representaciones de casquetes ajustados a la cabeza y, en menor medida, de cascos con cimera.

Por su parte, los caballos, aunque desproporcionados y a menudo reducidos a sus características más elementales, muestran también en ocasiones ricos y recargados atalajes, sobre todo en sus cabezadas.

Álvarez-Ossorio, 1941: 54-61, láms. XXX-XXXVII; Moneo y Almagro-Gorbea, 1998; Nicolini, 1969: 59-61, lám. II; Prados, 1992.

EGD



Exvotos de sacerdotes

Bronce

Santuario de Collado de los Jardines (Santa Elena, Jaén)

Ibérico. Siglos IV-II a. C.

Museo Arqueológico Nacional. Madrid

MAN 28643, 28840, 28853 y 29288

Una larga polémica acompaña el reconocimiento de la existencia del sacerdocio en el mundo ibero. Si bien la documentación de numerosos lugares de culto de diferente tipología parece ser un argumento a favor de la misma, el silencio casi absoluto de las fuentes, que ni siquiera nos han transmitido los nombres del panteón divino de ninguno de los pueblos de lengua ibérica, así como la falta de pruebas claras en el registro arqueológico, dificulta una aceptación definitiva.

En el mundo céltico, aunque refiriéndonos en general al ámbito europeo, la existencia de un sacerdocio organizado está plenamente documentada. Es el caso de los famosos druidas. Sin embargo, tampoco en el mundo céltico peninsular, y el vettón en particular, encontramos demasiadas evidencias arqueológicas, fuera de los propios lugares de culto.

Entre los exvotos ibéricos, ya Cabré se preguntó por la presencia de ese sacerdocio, apoyándose en la aparición, entre los de Collado de los Jardines, de personajes tonsurados, tanto masculinos como femeninos. Se trata de figuras cubiertas con túnicas largas, a menudo ornadas con orlas decoradas, que se presentan siempre en posición estante, con los brazos caídos pegados al cuerpo. También se ha propuesto el reconocimiento como sacerdotes de otras figuras con la misma actitud y vestimenta, pero tocadas con cintas ciñendo el cabello o representadas con la cabeza velada. Alguno de estos personajes ha aparecido igualmente en el santuario de Castellar de Santisteban.

Más recientemente, estas hipótesis han vuelto a ser puestas en valor, añadiendo como argumento la propia complejidad de la sociedad ibérica, el paralelo con otras culturas mediterráneas, así como otros elementos del registro arqueológico, en particular ciertas notables tumbas de las necrópolis de Baza, Galera y Castellones de Céal.

Álvarez-Ossorio, 1941; Cabré, 1924; Chapa y Madrigal, 1997; Nicolini, 1998; Prados, 1992.

EGD



Exvotos: hombres, mujeres y niños

Bronce

Santuario de Collado de los Jardines (Santa Elena, Jaén)

Ibérico. Siglos IV-II a. C.

Museo Arqueológico Nacional. Madrid

MAN 22685, 22689, 28624, 28626, 28634, 28635, 28638, 28658, 28661, 28662, 28663, 28677, 28684, 28760, 28818, 28884, 28924, 28936, 28948, 28950, 28962, 28987, 29001, 29014, 29237, 31866, 33122 y 37819bis.

Además de grupos bien caracterizados por su función dentro de la comunidad, los exvotos de los santuarios nos ofrecen una amplia panorámica de personajes que solo pueden ser caracterizados como representación del conjunto de la sociedad ibérica. Es cierto que se trata de una visión parcial, constituida solo por aquellos miembros del grupo que accedían a los lugares de culto y que se nos muestran en una gama muy limitada de actitudes, propias del ámbito cultural al que las imágenes estaban destinadas.

Su indumentaria es muy reveladora. Entre los hombres podemos ver personajes con amplias vestiduras talaras, al modo de traje formal, junto a otros cubiertos con cortas túnicas ceñidas por amplios cinturones. Entre las mujeres, las figuras oferentes que portan largos mantos y altas tocas o diademas comparten protagonismo con otras retratadas con vestidos más ligeros y la cabeza descubierta, a veces con el cabello elaboradamente trenzado. Finalmente las que parecen representaciones infantiles se nos muestran como pequeñas figuras completamente envueltas y atadas.

Un conjunto aparte lo representan las figuras desnudas, tanto masculinas como femeninas, a las que se supone imágenes relacionadas con diversos rituales de paso o de fertilidad, que también citan las fuentes en el mundo céltico.

En conjunto los exvotos ibéricos nos ponen en contacto con un aspecto muy vital de los grupos que poblaron la Península Ibérica durante la Edad del Hierro, a través de una iconografía rica en pequeños detalles, pero también de la cotidianidad inherente a muchos de los elementos figurados, a través de su reiteración en los varios millares de piezas que han llegado hasta nosotros procedentes de los grandes santuarios que hasta hoy conocemos.

Álvarez-Ossorio, 1941; Nicolini, 1969; Prados, 1992.

EGD

héroes de dos culturas



Institución Gran Duque de Alba



Disco coraza y placas con lámina de plata del ajuar de la tumba 400 de El Cabecico del Tesoro (Museo Arqueológico de Murcia, foto: Antonio López Cánovas).

Los guerreros son especialmente visibles en el registro arqueológico de los pueblos prerromanos. El oficio de las armas reportaba prestigio, así como poder social y político dentro de la comunidad. Por todo ello las representaciones de hombres armados e incluso de escenas de combate, constituyen algunos de los motivos más reiterados de este periodo.

En los ajuares funerarios también es visible esta influencia de lo bélico. Las tumbas con armas, siempre una minoría dentro del conjunto de los enterramientos tanto vettones como ibéricos, son a la vez las que acumulan con mayor frecuencia otros elementos de lujo, como cerámicas importadas o elementos de ornamento, e incluso un superior número de ofrendas. En las tumbas vettonas de este tipo es donde frecuentemente aparecen elementos que nos hablan de un conocimiento más directo del mundo ibérico en este ámbito, tanto en forma de importaciones de armas como de prestigiosas armaduras, e incluso de la adopción de formas similares de combate.



¿héroes? de dos culturas. importaciones metálicas ibéricas en territorio vetón

Fernando Quesada Sanz
Universidad Autónoma de Madrid

Hace ya tiempo que se ha descartado el viejo modelo según el cual la Meseta habría sido más dinámica, productiva y adelantada que el ámbito ibérico levantino y meridional en las producciones metálicas y, en particular, en el armamento. Hoy sabemos que muchos de los tipos que en las primeras décadas del siglo XX se consideraban de origen meseteño o «celta», desde donde se habrían extendido hacia el sur y el este, son en realidad de origen ibérico meridional o levantino, y que el proceso fue el inverso. Es el caso de las espadas «de frontón», de los discos coraza de bronce y de hierro, de las espadas con empuñadura facetada y pomo de antenas atrofiadas, etc.¹

Hoy es posible rastrear la presencia en territorio vetón de un número desproporcionadamente alto en comparación con zonas limítrofes de objetos de origen ibérico como armas y otros elementos de prestigio relacionados con ellas, tales como broches de cinturón ricamente decorados.

Para poder precisar el significado de este fenómeno ha sido necesario que confluyeran tres líneas de investigación. Por un lado, desde fechas recientes contamos con trabajos de síntesis que han permitido delimitar con bastante precisión cuál fue el territorio que podemos considerar vetón, aunque lógicamente perduren incertidumbres. En segundo lugar, conocemos ahora mucho mejor que hace solo quince años las peculiaridades del armamento de la Meseta, cuyas variantes regionales empiezan a aflorar gracias a trabajos como los pioneros de Encarnación Cabré y otros recientes. Finalmente, conocemos ya adecuadamente la tipología, cronología y variantes regionales del armamento ibérico².

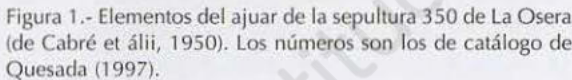
Hay un cierto número de trabajos que han analizado globalmente las relaciones entre la Meseta oriental y el mundo ibérico. Sin embargo, y salvo algún trabajo pionero, los análisis específicos sobre estos mismos contactos entre la Meseta occidental vettona y el mundo ibérico son escasos, aunque los estudios generales citados han apuntado líneas de trabajo interesantes. Nos aproximaremos a esta cuestión desde la perspectiva de algunos hallazgos concretos³.

El ejemplo más significativo es el que proporcionan la sepultura 400 de El Cabecico del Tesoro, en Murcia, y la sepultura 350 de La Osera, en Ávila. Hace ya muchos años discutimos este caso⁴, que sigue siendo la más llamativa prueba de un lote de materiales procedentes del sureste peninsular que hacia mediados del siglo IV a. C. llega a un punto de la actual provincia de Ávila. En ambas tumbas se han hallado un par de discos coraza en hierro sin decorar, lo que es una rareza ya que por lo general estos discos en la Meseta suelen ser de bronce y ricamente repujados;

En su momento consideramos que el ajuar de la sepultura 350 de La Osera, sin duda uno de los más ricos de toda la necrópolis, tenía tal cantidad de elementos procedentes del sureste peninsular que cabría hablar de un jefe mercenario que hubiera obtenido esos objetos en sus campañas —en Levante o en Sicilia—, o en un «regalo diplomático», «lote comercial» o incluso una «dote de boda» (quizá acompañando a una mujer). No creemos que se trate de «botín de guerra» capturado, y este tipo de piezas de alto valor y significado no suelen ser objeto de «comercio» en el sentido normal de la palabra, sino normalmente forman parte de intercambios de presentes entre personajes de alto rango con motivo de algún acontecimiento. Tampoco pensamos que se trate aquí de un «intercambio de equipos militares», pues nada hay en Cabecico 400, ni en otras tumbas del

cementerio, que tenga procedencia vettona o meseteña. No parece apropiado pensar aquí en artesanos itinerantes, cuyo trabajo y productos son otros, no discos coraza. Eso sí, cabría pensar en que el lote de armas/placas de ambas sepulturas tuviera un origen común, no en que fueran patrimonio de un alto jefe de la zona murciana y que desde ese punto de origen común un lote partiera hacia el interior y otro quedara en el Sureste⁶.

Pero conviene en este punto –donde parecería que nos encontramos ante una situación excepcional y por tanto no extrapolable– introducir una nueva variable. Esta nueva aportación es la presencia en La Osera, El Raso y otros yacimientos vettones de una serie de armas de tipología y producción ibéricas, que son excepcionales en la Meseta oriental, y que sin embargo en la occidental, más alejada del mundo ibérico, son bastante más comunes. Nos referimos a tres tipos de objetos claramente ibéricos, casi con seguridad importados: manillas de escudo de aletas, falcatas y espadas de frontón. A ello habría que añadir una proporción anormalmente alta de placas de cinturón cuadradas y decoradas con damasquinados que los propios Cabré consideraron de tipo ibérico.



Según J. Cabré hasta un total de 87 *manillas de escudo* de aletas triangulares desarrolladas, que ahora sabemos típicamente ibéricas, aparecieron en la necrópolis de La Osera. Como no se ha publicado el conjunto de la necrópolis, sino solo una zona, es imposible saber qué proporción suponen estas piezas en relación al total de manillas de escudo de tipos propiamente meseteños, pero es elevada y sin duda más alta que en ningún otro yacimiento del interior peninsular, lo que de por sí ya es una rareza⁷. Las manillas características de la Meseta occidental, tanto en el ámbito vacceo como el vettón, son muy diferentes (Grupos Quesada IV y V). Cabe desde luego proponer una producción local de este tipo de manilla, en principio ajeno al mundo vettón, vacceo, celtibérico o lusitano, pero no es posible probarlo más allá de la constatación de su frecuencia en este –y solo en éste– yacimiento, de donde no parece haberse extendido apenas. Pero incluso si nos halláramos ante imitaciones locales el hecho esencial se mantiene: hay una sobre representación de un tipo foráneo que es excepcional en la Meseta en su conjunto, e incluso inusitada dentro del ámbito vettón, ya que en Cogotas, por ejemplo, solo aparece en dos casos, y no se documenta en El Raso de Candeleda⁸. Creemos además significativo que las manillas de tipo ibérico aparecen por lo general en tumbas sencillas, mientras que las sepulturas de La Osera con ajuar metálico más elaborado presentan manillas de escudo de tipo meseteño (Grupos IV y V de Quesada 1997, por ejemplo sepulturas 201 de la Zona II y 509 de la Zona VI). Esto es previsible si se trata de tropas «rasas», mercenarias o no, con experiencia fuera del ámbito abulense. También es reseñable que una de las dos falcatas de la Zona VI de La Osera se asocie a una manilla de tipo ibérico (sepultura 394).

Algo parecido ocurre con la presencia de *falcatas* en el ámbito vettón⁹. Se conocen un total de doce en La Osera (dos publicadas en la zona VI, sepulturas 370 y 394), dos en Dehesa del Rosarito/Postoloboso, una en El Raso 64, dos en La Coraja, en total dieciocho, además de la representación de un jinete pintado sobre un fragmento cerámico del Castro de La Coraja, algo inusitado en toda la Meseta, pero con cercanos paralelos en la cerámica de Liria, fechable en torno a la Segunda Guerra Púnica¹⁰. En comparación, en toda la Meseta oriental se conocen solo nueve falcatas.

Finalmente, las *espadas de frontón* también están bien representadas en el mundo vettón¹¹. Sabemos de la aparición de un número indeterminado de ejemplares, quizá superior a seis, en La Osera. A ellas hay que añadir las espadas del mismo tipo, datables en el siglo IV, de El Raso de Candeleda también en Ávila (sepulturas 13 y 66), además del puñal grande de frontón, también de factura ibérica, de la sepultura 30¹².

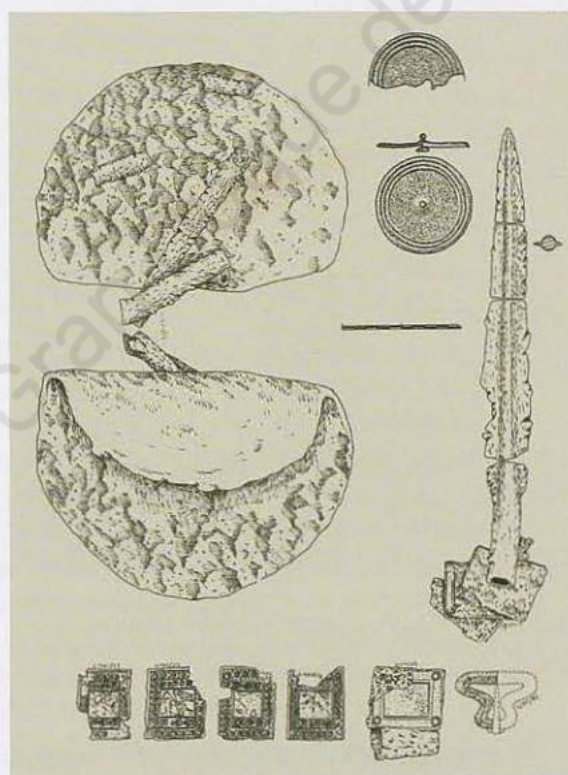


Figura 2.- Elementos del ajuar de la sepultura 400 del Cabeceo del Tesoro. Los discos de bronce proceden de la sepultura 477 (según G. Nieto, inéd., y Quesada, 1989).

A estos elementos habría que añadir, como se ha dicho, el par de discos de hierro de Osera 350, algún tachón de escudo de tipología más ibérica que celtibérica o vettona (por ejemplo El Raso sepultura 64 u Osera sepultura 228), aunque esto cabría discutirlo. Y por supuesto las *placas de cinturón rectangulares de tipo ibérico*¹³. Como en los casos anteriores, mientras que no se conoce más que un ejemplar en Cogotas 730, y ninguno en El Raso, en Osera se han publicado dieciséis, y el total llega al medio centenar según I. Baquedano. Es también una concentración que no se alcanza en ninguna otra zona de la Meseta.

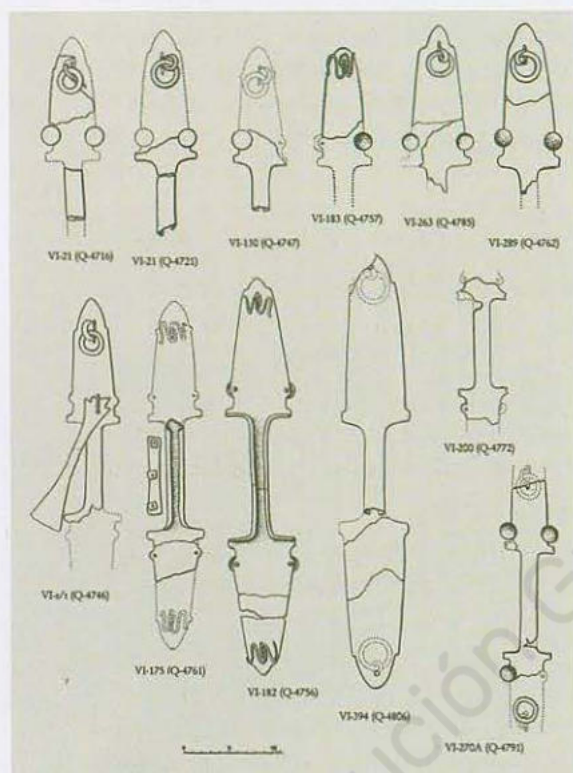


Figura 3.- Manillas de escudo del Grupo III Quesada procedentes de la zona VI de La Osera. (Se indica el número de sepultura y el de catálogo de Quesada, 1997).

Puesto que los vettones contaban con una producción armamentística propia de razonable calidad, y adaptada a sus necesidades, debemos tratar de avanzar alguna hipótesis para explicar la proporción comparativamente elevada de armas y objetos asociados de procedencia –y casi con seguridad de producción– ibérica, que aparecen en yacimientos como La Osera o El Raso, proporción que no se da por ejemplo en territorio vacceo al norte, y ni siquiera en la Meseta oriental, mucho más próxima al ámbito ibérico¹⁴.

Debe tenerse en cuenta, en primer lugar, que la aparición de estos objetos no se limita a tumbas de gran rango como Osera 350 –donde explicaciones «individualizadas» serían factibles–, sino que aparece en una gama mayor, con tumbas sencillas conteniendo escudos ibéricos y falcatas. En segundo lugar, debemos apreciar que estos objetos aparecen no solo en tumbas tardías, sino también y sobre todo en contextos que van desde la primera mitad del siglo IV hasta mediados del III a. C., es decir, sin necesidad de entrar en el periodo de

grandes convulsiones que fue la Segunda Guerra Púnica y el caos subsiguiente, donde los grandes movimientos de tropas explicarían el fenómeno con cierta facilidad. En tercer lugar, debe observarse que no todos los yacimientos conocidos del ámbito vetton presentaban el mismo comportamiento.

En conjunto, pues, si un hallazgo como el paralelismo Osera 350/Cabecico 400 podría atribuirse a una actividad individual (dote, presente aristocrático, etc.), el conjunto debe tener otra explicación. El comercio regular de armas desde el ámbito ibérico a ciertos castros abulenses –no a todos, ni a la Celtiberia o al ámbito vacceo– es una opción posible. No conocemos los pasos intermedios, las rutas de dicho comercio, sobre todo por la escasez de trabajos de campo en la Submeseta sur. Hallazgos recientes como la falcata decorada del Palomar de Pintado, todavía inédita¹⁵, no son comparables dado que se trata de una falcata de lujo del tipo de la de Almedinilla (MAN 10475), la de Illora del Museo Cerralbo, alguna de las de Serreta

de Alcoy y la exportada de la desembocadura del Ebro. Estas falcatas pertenecen a la categoría de objetos del máximo lujo. Pero la pieza toledana, y algunas más que comienzan a darse a conocer permiten ir trazando tentativamente una ruta de posibles contactos comerciales que no debe descartarse.

Pero dado que el tipo de armas importado (escudos con manillas de aletas, falcatas sencillas) no debía responder a una demanda específica motivada por una necesidad (ausencia de tal tipo de productos), quizá sea razonable pensar en que, en esta región y en determinados lugares específicos (El Raso y La Osera), hubo contactos colectivos, diferentes del comercio, relacionados con el ámbito del armamento con las áreas mediterráneas; estos contactos no pueden ser otros que la alianza militar o el mercenariado. El segundo fenómeno está bien documentado en época posterior, desde comienzos del siglo II a. C., cuando vettones, vacceos y celtíberos se unieron contra Roma en la zona de *Toletum* y en otros puntos (por ejemplo, Livio 35, 7, 8; 35, 22, 8; etc.)¹⁶. Para el mercenariado no tenemos fuentes explícitas pero sí genéricas. A nuestro juicio es perfectamente plausible, habida cuenta sobre todo del conocimiento que en el siglo III muestra Aníbal del interior profundo peninsular.

En el mundo antiguo –incluyendo Grecia donde tenemos muchos más datos– es muy normal que determinadas regiones muy concretas fueran «productoras» de mercenarios, mientras que otras comarcas vecinas, incluso cercanas, no se dedicaban a este tipo de actividad. Esto explicaría también que en otros yacimientos importantes y bien conocidos, caso del castro y la necrópolis de Las Cogotas, no se dé ni remotamente la misma concentración de armas y objetos metálicos de tipo ibérico, dato ya apuntado en su momento por el mismo J. Cabré.

Cierto que hemos argumentado en detalle en otros foros que la inmensa mayoría de los miles de mercenarios que partieron hacia el Mediterráneo central entre finales del siglo VI y mediados del IV a. C. no regresaron nunca a sus lugares de origen, pero esto no es un valor absoluto y es perfectamente plausible que, precisamente, algunos contingentes especialmente afortunados y decididos sí que regresaran, quizá bajo el mando de quien se enterró en Osera 350, enriquecido y agasajado con regalos especiales fuera del alcance del resto de sus hombres. Además, el fenómeno del mercenariado no es exclusivamente extrapeninsular, y sabemos por las fuentes literarias de mercenarios contratados en la propia zona ibérica, menos belicosa según algunas fuentes. Las probabilidades de regreso de estos mercenarios «intrapeninsulares» serían lógicamente muchísimo mayores que las de aquellos que marcharon a Sicilia o Grecia¹⁷.

Si eso fuera así, sería útil aunque no imprescindible probar la contemporaneidad de un grupo importante de las sepulturas con falcatas y manillas de escudo en La Osera o El Raso. Tal cosa no es posible todavía, pero los indicios son prometedores. Decimos, de todos modos, que no es imprescindible porque tampoco es necesario que todas las tumbas con materiales ibéricos sean casi contemporáneas para aceptar una explicación ligada al movimiento de tropas hacia y desde zonas meridionales o levantinas. De entre las diversas alternativas posibles, pues, la de un contacto de tipo militar a través del mercenariado o las alianzas, importante en un momento dado y quizá luego convertida en forma tradicional de ganarse la vida, nos parece la más completa para explicar en su conjunto los fenómenos observados de presencia de metalistería bélica ibérica en el ámbito vettón. Por supuesto, no estamos proponiendo que las armas sean «capturadas» o «botín», sino objeto de adquisición o equipamiento regular.

No sería prudente, sin embargo, estudiar las armas y placas de cinturón aisladamente, sin tener en cuenta otros objetos de filiación mediterránea que aparecen en el ámbito vetón en la Edad del Hierro, bien reestudiados recientemente –al menos los de hallazgo abulense, zona nuclear vettona– por I. Baquedano y otros¹⁸. El repertorio de hallazgos importados desde la Primera Edad del Hierro es amplio, pero en comparación con la homogeneidad temporal, espacial y tipológica de las importaciones armamentísticas, muy disperso y heterogéneo. Por ejemplo, entre La Osera y El Raso sólo aparecen cinco vasos de barniz negro, y el barniz rojo es igualmente escaso. En comparación, la suma de falcatas, espadas de frontón, escudos ibéricos y discos coraza en hierro, además de las placas de cinturón, es mucho más homogénea en tiempo y espacio, y mucho más numerosa. Además, las causas y patrones de exportación y difusión de armamento son en la Antigüedad diferentes a los de otros tipos de objetos más mundanos y menos «vitales» en el sentido etimológico de la palabra¹⁹. Por tanto no conviene meter en el mismo saco los conjuntos de armas con otros materiales mucho más aislados y heterogéneos.

En síntesis, pues, la peculiar acumulación de armas y broches de tipo ibérico en el ámbito vetón, superior a la de otras regiones de la Meseta en números absolutos y en proporción, y concentrada en algunos yacimientos vettones concretos como La Osera y El Raso, encuentra su mejor explicación en el movimiento de contingentes militares en áreas muy al este y al sur de la Meseta occidental entre el siglo IV y el último tercio del siglo III, movimientos asociados a las alianzas militares y al mercenariado intrapeninsular y eventualmente a las Guerras Púnicas. A partir de ahí, una combinación de modos de adquisición tales como presentes de prestigio, comercio, entrega de armas y en último caso captura, explicaría a nuestro juicio mejor que ningún otro modelo unifactorial o basado en un «comercio» simple los patrones observados arqueológicamente.

1. Quesada (1999, 2005).

2. Síntesis recientes sobre los vettones, sobre todo Álvarez-Sanchís (1999) y Sánchez-Moreno (2000). Armamento de la Meseta occidental: Cabré (1990); Lorrio (1994, 1997, 2004); Sanz Mínguez (2002); Quesada (1997). Armamento ibérico: Quesada (1997).

3. Relaciones entre la Meseta oriental y Levante: Andreu (1999, 1999b); Manyanos (1997); Arenas (1999a, 1999b). Área vettona con el ámbito ibérico: Baquedano (1996); conjuntamente Cerdeño et alii (1996). En trabajos generales: Sánchez-Moreno (2000: 218 y ss.); Álvarez-Sanchís (1999). Recientemente algunas reflexiones en Sánchez-Moreno (e. p.). En general, se enfatizan las relaciones comerciales y los casos excepcionales como producto de intercambio aristocrático.

4. Quesada (1989: vol. II, 21-23).

5. Cabré (1948: 190); Cabré et alii (1950: lám. LIV); Nieto Gallo (1944); Kurtz (1985: 21). Discusión de las posturas en Quesada (1989: II, 22). Allí también llamamos la atención sobre otras piezas de La Osera con paralelos sobre todo en zona ibérica (faleras de bronce, puntas de lanza, etc.).

6. Sobre las posibilidades, Quesada (1989: II, 22). Intercambio de equipos: Sánchez-Moreno (e. p.). Sobre dotes: Ruiz Gálvez (1992). Artesanos itinerantes: Quesada et alii (2000).

7. Sobre las diferencias entre las manillas de escudo ibéricas y las meseteñas, bien definidas, en último lugar Quesada (1997: 497 y ss. con la bibliografía anterior). Manillas en La Osera: Cabré (1939-40: 66); Lorrio (2004: 287). Rareza de manillas del grupo III en la Meseta oriental: Cabré (1939-40); Quesada (1997); Lorrio (2004: nota 6).

8. Caetras de los grupos Quesada II y III en ámbito vetón. La Osera: 18 publicadas en diferentes lugares y un total de 87 según Cabré (1939-40: 66): Zona VI, Sepulturas 21, 78, 130, 175, 182, 183, 200, 236, 263, 270^a, 289, 394, 593, sl.; Zona I, T.D.; Zona II, Sepultura 251; Zona V, Sepultura, 650; Zona V, Sepultura 1241. Cogotas: Sepulturas 476, 513. En comparación, en todo el resto del interior peninsular conocemos (datos actualiza dos al año 2000) solo cinco ejemplares del tipo en Altillio de Cerropozo (x2), Arcóbriga, Castillejo de la Orden y Alcácer do Sal. 5 frente a 89.

9. Sobre la falcata, Quesada (1997: 61-171). Falcatas en ámbito vettón: La Osera, siete (de ellas dos en la Zona VI, Sepulturas 370 y 394) según Cabré (1950: 68) y 12 según Baquedano (1996: 79), quien probablemente incluye otras fuera de contexto (Cabré et alii, 1950: 50). El Raso de Candaleda, una; Dehesa del Rosarito-Postoloboso, dos; La Coraja, dos. En total, entre 13 y 17. No conocemos la pieza que Sánchez-Moreno (2000: 122) cita como procedente del castro de Villasviejas del Tamuja. En comparación, en todo el resto del interior peninsular, a fecha de 2000, conocemos 19 ejemplares para una zona más de diez veces mayor, a las que solo podrían añadirse otros diez ejemplares en Alcácer do Sal, yacimiento costero muy peculiar también. En la Meseta oriental conocemos falcatas aisladas, importaciones probablemente también, en Arcóbriga, Gormaz, Olmeda, Osma, Carabias, sumando solo nueve piezas.
10. Rivero (1974); Cabello (1991-92).
11. Sobre el indudable carácter mediterráneo de estas espadas, y su imitación en la Meseta, Cabré (1990) y Quesada (1997) con toda la discusión y bibliografía pertinente. Añadir a ello Lorrio (1994, 2004); Baquedano (1996), coincidiendo.
12. Espadas de frontón. En La Osera un número indeterminado, inéditas (Baquedano 1996: 80), probablemente al menos seis (Cabré et alii, 1950: 68). En El Raso (Sepulturas 13, 30, 66) (Fernández Gómez, 1986, 1997).
13. Sobre los broches de cinturón ibéricos de placa cuadrangular, Cabré (1937); Soria, García (1996). La aparición de estos broches en el ámbito vettón ha sido resumida por Baquedano (1996: 80 y ss.).
14. Idea anotada también recientemente por Lorrio (2004: 287).
15. Agradecemos a J. Pereira que nos haya permitido examinar la pieza.
16. Valorando esta línea más que otros investigadores, y en línea que consideramos muy ajustada, Sánchez-Moreno (2000: 220-221).
17. Mercenarios ¿regresaban o no? Con la bibliografía anterior y la referente a los centros que en el Mediterráneo antiguo proveían de mercenarios: Quesada (1994).
18. Baquedano (1996); Cerdeño et alii (1996).
19. Sobre las formas de difusión del armamento en la Antigüedad, Quesada (1989b) y Quesada et alii (2000) para ciertos productos de lujo, con la bibliografía y discusión correspondientes.



héroes de dos culturas: influjos meseteños en el armamento vetton

Alberto J. Lorrio
Universidad de Alicante

Desde que J. Cabré diera a conocer, a inicios de la década de los años 30 del pasado siglo, los resultados de sus excavaciones en las necrópolis abulenses de Las Cogotas¹ y La Osera², trabajos en los que destaca la colaboración de su hija, M.^a E. Cabré, el armamento propio de los pueblos vettones ha sido objeto de un particular interés por parte de los especialistas, dado el abundante número y variedad de las armas recuperadas en estos cementerios, en ocasiones decoradas con ricos damasquinados que sitúan a algunas de estas piezas, principalmente espadas y puñales, entre las creaciones más señeras del arte céltico peninsular. Los trabajos en Las Cogotas y La Osera permitieron analizar el armamento de los vettones con importantes aportaciones sobre algunos de los tipos armamentísticos más destacados, como los puñales y la *caetra* de tipo Monte Bernorio, cuya evolución, sobre todo por lo que respecta a los puñales, se basaba en gran medida en sus hallazgos en las citadas necrópolis³, o las espadas de tipo Alcácer do Sal, modelo identificado a partir de la aparición de algunos ejemplares en La Osera, lo que llevó a J. Cabré y M.^a E. Cabré en 1933 a abordar su estudio conjuntamente con los ejemplares procedentes de la necrópolis portuguesa que daría nombre al tipo.

En las últimas décadas, aportaciones de diversa índole han permitido obtener una completa tipología del armamento de los pueblos de la Meseta occidental, así como determinar la evolución de sus equipos militares y sus variados influjos. Cabe destacar a este respecto la revisión de los cementerios mencionados⁴, el hallazgo de otros nuevos, entre los que destaca El Raso (Candeleda, Ávila)⁵ y El Romazal I (Villasviejas del Tamuja, Cáceres)⁶, o diversas síntesis centradas en algunas de las armas más sobresalientes de la zona vettona, como los puñales de tipo Monte Bernorio⁷ o las espadas de tipo Arcóbriga⁸. Igualmente, han resultado esenciales para estudiar las panoplias de la Meseta occidental, en muchos casos integradas por elementos foráneos, los trabajos aparecidos sobre las armas, ya de los pueblos célticos peninsulares⁹, ya englobándolas en el contexto general del armamento protohistórico peninsular¹⁰.

En realidad, los contextos funerarios no constituyen la única fuente para el conocimiento de las armas utilizadas por los pueblos prerromanos de la Meseta, aunque sí sea la más importante, hasta el punto de que allí donde se carece de información sobre los lugares de enterramiento, como es el caso de algunas zonas de la Meseta, la cornisa cantábrica y el noroeste¹¹, resulta extremadamente difícil determinar las características de los equipos militares. Así, las fuentes literarias aportan información al respecto, aunque en general sean excesivamente genéricas, al igual que las representaciones iconográficas, muy escasas por otra parte en la zona que

nos interesa, aunque de gran importancia, como lo demuestran los grabados rupestres de Foz Côa, en los límites del mundo castreño del noroeste con el ámbito vetón¹²; los hallazgos de armas en otro tipo de contextos, como los poblados, a diferencia de lo observado en las necrópolis, no resultan tan habituales, en buena medida por haber sido amortizadas en las propias sepulturas. No obstante, el estudio de las armas depositadas en las sepulturas no está exento de algunas limitaciones, en gran parte relacionadas con el ritual funerario, consistente en la cremación del cadáver junto a ofrendas y efectos personales, entre los que se incluyen adornos y equipos militares, que ha contribuido a la mala conservación de las armas, o, incluso, a la pérdida parcial o total de sus elementos esenciales, quizás por la recogida descuidada de los objetos en la pira, aun cuando no debemos olvidar que el material depositado en las tumbas ha sido intencionadamente seleccionado en función de unos criterios no siempre conocidos, lo que puede explicar determinados ajuares aparentemente «anómalos». La propia tradición investigadora desarrollada en los diferentes sectores de la Meseta ha influido, igualmente, en el dispar conocimiento del armamento, pues no podemos dejar de considerar la ingente actividad excavadora desarrollada por el marqués de Cerralbo en la Meseta oriental a inicios del siglo XX¹³, sin parangón en cuanto al número de necrópolis y tumbas excavadas, que proporcionaron además abundante material militar –si bien el hecho de quedar estos trabajos en gran medida inéditos reduce notablemente sus posibilidades interpretativas–, o por J. Cabré en la Meseta occidental, cuyos hallazgos han sido de gran valor en la identificación del origen de ciertas armas¹⁴.

Estas reflexiones resultan especialmente pertinentes en el caso de los vettones, pues si en la zona oriental y meridional de su territorio las necrópolis nos son bien conocidas, no sucede lo mismo en la más occidental, seguramente por practicar aquí rituales funerarios que no han dejado evidencia arqueológica. Además, la mayor parte de la información funeraria nos la proporciona el área abulense, advirtiéndose, incluso aquí, una disparidad notable. Así, en Las Cogotas, Cabré¹⁵ excavó 1.613 tumbas, siendo susceptibles de estudio 1.447, de las que solo 39 tenían ajuares militares¹⁶. Por su parte, en La Osera¹⁷ se individualizaron 2.230 sepulturas, con una presencia destacada de armas, habiéndose recuperado 200 ejemplares de espada; de ellos, 161 corresponden a diferentes modelos del tipo de antenas, entre las que se incluyen 17 de tipo Alcácer do Sal y 92 de tipo Arcóbriga, 6 con la empuñadura de frontón, 22 de tipo Monte Bernorio, 7 falcatas y 4 de tipo La Tène¹⁸, aunque una parte importante de este material ha permanecido inédito, pues solamente se publicaría una de las seis zonas en las que se estructuraba la necrópolis (la zona VI), con 517 enterramientos, únicamente 59 con armas¹⁹, aun cuando contemos con algunos avances sobre el resto del cementerio²⁰. Igualmente destacada es la necrópolis de El Raso de Candeleda²¹, donde de las 123 tumbas catalogadas solo 19 incluían armas, y, ya en Extremadura, la de El Romazal I, con 39 conjuntos militares de los 272 documentados²².

Tales datos deben ser tenidos en cuenta al valorar la presencia en la zona de determinadas armas o la ausencia de otras, así como sus posibles focos de origen, siendo buen ejemplo de ello las espadas de antenas de tipo Arcóbriga (*vide infra*), consideradas como originarias de la Meseta oriental por Cabré y Morán (1984), aunque conviene recordar el elevado número recuperado en La Osera (92 ejemplares), lo que para Quesada²³ dejaría abierta la posibilidad de que constituyan una producción del área abulense, a pesar de que su presencia excepcional en los restantes cementerios de la zona –solo 3 fueron recuperadas en Las Cogotas, faltando por

completo en la necrópolis de El Raso, aunque una parte importante del desarrollo de este cementerio es anterior a la aparición del modelo— no permite desde luego considerar esta espada como un arma genuinamente vettona. Otro caso interesante son las espadas de tipo Alcácer do Sal²⁴, caracterizadas por sus empuñaduras facetadas y sus ricas decoraciones damasquinadas, con mayor presencia en La Osera (18 ejemplares) que en cualquier otro yacimiento de su extensa área de distribución, que incluye la zona abulense, el sur de Portugal y Andalucía²⁵, a pesar de lo cual se han considerado, no sin dudas, como la creación de un posible foco celta meridional localizado en la desembocadura del Sado, donde se sitúa la necrópolis epónima²⁶. Mayor unanimidad existe sobre el origen foráneo de armas como las falcatas, muy escasas, o las manillas de escudo «de aletas», con un buen número de hallazgos en La Osera (87 ejemplares) y una escasa representatividad en Las Cogotas y El Raso, tipos de indudable procedencia ibérica, o los puñales de tipo Monte Bernorio, modelo de amplia difusión meseteña cuyo origen lo situaba Cabré²⁷ en la zona abulense, constituyendo una muestra de las importantes relaciones que existieron a lo largo de la Segunda Edad del Hierro entre los pueblos de la Meseta suroccidental y los del sureste peninsular o el Duero medio, respectivamente (fig. 1, A). Estos ejemplos, y otros que veremos a continuación, parecen situar a la Meseta occidental como un foco receptor²⁸, interesándonos aquí las influencias de los focos armamentísticos del oriente meseteño y de las tierras centrales de la cuenca del Duero y el Alto Ebro (fig. 1, B).

La presencia de armas importadas desde el *Duero medio* está constatada en el caso de los puñales de tipo Monte Bernorio, de gran complejidad formal, con ejemplares a menudo bellamente decorados mediante damasquinados que ocupan tanto la zona del pomo y la guarda como la vaina y el tahalí (fig. 1, C-E). Considerada por Cabré como originaria de la Cultura de Las Cogotas, aunque este cementerio tan solo proporcionara 8 ejemplares, hallazgos posteriores, entre los que destaca el conjunto de la necrópolis vallisoletana de Las Ruedas (Padilla de Duero), han permitido a C. Sanz Mínguez²⁹ abordar el estudio de la secuencia evolutiva de estas piezas (fig. 1, C), individualizando: una *fase formativa*, con su foco generador en el Duero medio, cuya cronología cabe situar en la primera mitad del siglo IV a. C. por más que algún ejemplar pudiera fecharse en la centuria anterior; una *fase de desarrollo* (fig. 1, D), con una fuerte implantación desde mediados del siglo IV a. C. en el foco palentino-burgalés, observándose, en un momento avanzado de esta fase, su presencia fuera de esta zona con ejemplares en La Osera; y, por último, una *fase de expansión*, en la que se engloban la mayor parte de las piezas abulenses estudiadas por Cabré (fig. 1, E), siendo esta fase postrera, fechada entre finales del siglo IV y todo el III a. C., perdurando al menos hasta el II a. C., la de mayor dispersión geográfica del tipo. La llegada de estos puñales al área vettona debió ir acompañada de la *caetra* llamada por Cabré³⁰ «de la cultura Monte Bernorio-Miraveche-Las Cogotas», tipo de gran complejidad y variabilidad estructural que, como ocurriera con los puñales bernorrios, se mantendría al margen de la fase formativa del arma, alcanzando sólo los territorios surorientales de la Meseta a partir de la segunda mitad del siglo IV a. C. y, principalmente, el III a. C.³¹

Más diversos son los influjos procedentes del ámbito celtibérico de la *Meseta oriental*, evidentes desde las etapas iniciales de los cementerios vettones, como lo confirma la presencia de espadas de antenas pertenecientes a modelos característicos de aquella zona, como el tipo Aguilar de Anguita (fig. 2, A), uno de los más antiguos de la Edad del Hierro meseteña, donde se fechan a partir del siglo V a. C.,

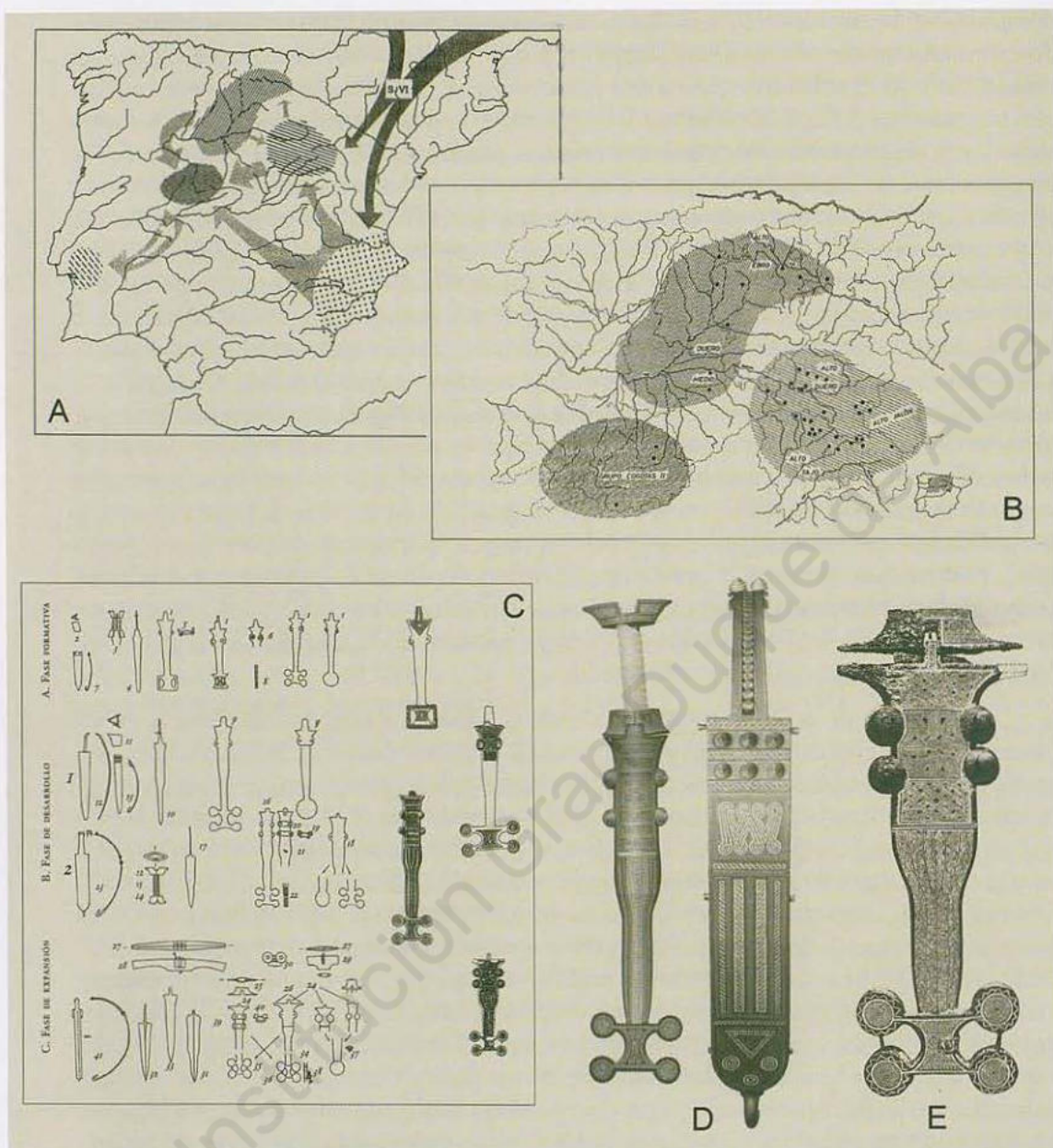


Figura 1.- Áreas culturales y sus relaciones (A) y grupos culturales de la Meseta Norte (B), a partir del armamento. Evolución del puñal de tipo Monte Bernorio (C) y reconstrucción de la decoración damasquinada del puñal y tahalí de tipo Monte Bernorio de la tumba 28 de Las Ruedas (Padilla de Duero, Valladolid) (D) y de la tumba 418 de Las Cogotas (Ávila) (A-D, según Sanz, 2002; E, según Cabré, 1932).

conociéndose también algún ejemplar en el sur de Portugal y en Andalucía —el llamado tipo Illora³²—; tales espadas se caracterizan por su hoja recta o, rara vez, ligeramente pistiliforme, con acanaladuras longitudinales y empuñadura de sección circular formada por dos piezas tubulares que revisten el espigón en que se prolonga la hoja, unidas por un anillo en la zona intermedia del mango. Un caso similar sería el de las espadas de tipo Atance, que vendrían a sustituir al modelo anterior, del que derivan³³, caracterizándose por sus empuñaduras aplanadas, formadas por una sencilla chapa de hierro que envuelve la espiga de la espada, y por sus hojas rectas con acanaladuras más cortas.

Un modelo de gran éxito durante las fases más recientes de las necrópolis meseteñas son las espadas de tipo Arcóbriga³⁴, que se reconocen por presentar las antenas completamente atrofiadas y por sus hojas pistiliformes, con finos acanalados paralelos al filo y de mayor longitud que los tipos anteriores, posiblemente por influencia de los modelos de La Tène, con los que convivieron, lo que colocaría su origen en la Meseta oriental³⁵, dada la relativa abundancia de espadas latenienses en la zona del alto Jalón-alto Duero, frente a lo observado en la Meseta occidental donde solo se conocen unos pocos ejemplos de estas características espadas de hoja recta, seguramente llegadas desde la Celtiberia, lo que parecen confirmar los ajuares de la necrópolis extremeña de El Romazal I, en los que se asocian con otros elementos de clara filiación celtibérica (*vide infra*). Las espadas de tipo Arcóbriga suelen mostrar una rica decoración damasquinada en plata y cobre/bronce en la empuñadura y vaina. Los motivos son variados, si bien suelen predominar los rectilíneos (ángulos, zigzags, meandros, etc...) dispuestos en bandas horizontales, que ofrecen composiciones marcadamente simétricas. La decoración se desarrolla únicamente en la zona del anverso, lo que hemos podido constatar en los ejemplares celtibéricos de Atienza, Turmiel, La Revilla, Osma o el propio yacimiento epónimo, que proporcionó, al menos, 10 de estas armas, así como en algunas piezas de Las Cogotas y de La Osera, en lo que no solo hay que ver un ejemplo de la austeridad propia de los pueblos celtibéricos, pues en algunas de tales piezas es perfectamente observable el sistema constructivo mediante una chapa, o chapas, que quedan unidas por el reverso, aunque la zona central se reviste de una lámina de bronce a modo de abrazadera, con un carácter tanto decorativo como funcional. Por lo que a su dispersión geográfica se refiere, resulta característica su presencia en la Meseta oriental (*fig. 2, B.1-2*), lo que para E. Cabré³⁶ se explica por ser una creación típicamente celtibérica, debiendo ver en ellas «el deseo de superar el éxito que por entonces tenían en el comercio vettón las espadas de tipo Alcácer do Sal», con las que convivieron en el cementerio de La Osera —aunque con mayor número de ejemplares de la espada celtibérica—, pudiendo defender su distinto origen, dadas sus diferencias tanto morfológicas como decorativas, con motivos preferentemente curvilíneos en los ejemplares del modelo Alcácer do Sal, cuyas decoraciones tienden a cubrir por completo la empuñadura.



Figura 2.- A, ajuar de la sepultura 228, zona VI, de La Osera; B, espadas de tipo Arcóbriga 1, Arcóbriga (Zaragoza); 2, Turmiel (Guadalajara); 3, La Osera (Ávila) (A, según Cabré et alii, 1950; B-D, dibujos E. Cabré: 2-3, tomado de Cabré, 1990; C-D, tomado de Cabré y Baquedano, 1991).

Igualmente destacados son los puñales de empuñadura de triple chapa con engrosamiento discoidal en su centro, ya rematados en frontón enterizo (*fig. 2, C*), ya en antenas, o con el clásico pomo discoidal propio de los ejemplares biglobulares (*fig. 2, D*) que constituyen el modelo más abundante y característico³⁷. Son piezas de indudable origen celtibérico, remontándose la aparición de los modelos de frontón y antenas a la segunda mitad del siglo IV a. C., y continuando hasta el siglo II a. C., con una

concentración que se circunscribe a la Meseta o zonas aledañas. Un poco posteriores parecen ser los ejemplares biglobulares habituales en diferentes contextos desde el siglo III al I a. C., y aun se conocen piezas del siglo I d. C., ofreciendo una dispersión que excede el núcleo celtibérico, donde seguramente tuvieron su origen.

También los escudos ponen de manifiesto tales influencias, como lo prueban los umbos de la variante A de Aguilar de Anguita (fig. 2, A), de forma troncocónica, con una cruz griega grabada en la cruz, perforada en su centro por un roblón que permitiría su fijación al armazón de madera o cuero y con un número variable de radios terminados en discos. Están bien documentados en la Meseta oriental, así como en el ámbito vettón, con 6 ejemplares en las tumbas más antiguas de La Osera, o incluso en el ámbito ibérico del sureste³⁸. Otros elementos singulares son las manillas que Cabré³⁹ denominó como subfase B del modelo de *caetra* celtibérica, formadas por una varilla estrecha y curva cuyos extremos discoidales estarían atravesados por una presilla de la que pende la anilla que sujetaría la correa de suspensión del escudo. Se trata de un modelo claramente importado desde el ámbito celtibérico, donde constituyen el tipo más abundante, pudiendo restringir su dispersión con los datos que poseemos en la actualidad al alto Duero⁴⁰, donde se fecha a partir del siglo IV a. C., conociéndose algún ejemplar también en Ávila y Extremadura⁴¹. La variante A, contemporánea de la anterior y exclusiva hasta la fecha de la necrópolis de La Osera, podría explicarse por la influencia que sobre el modelo original celtibérico pudo haber tenido la manilla ibérica de aletas, estando ante una mixtificación tan propia de los pueblos meseteños de la Edad del Hierro.

Aunque no dudamos estar en muchos casos ante la evidencia de relaciones comerciales entre los diferentes sectores de la Meseta, la identificación de la ceca de *Tamusia* en el *oppidum* de Villasviejas del Tamuja (Botija, Cáceres) confirmaría la presencia de celtíberos en la Alta Extremadura. La llegada de grupos foráneos quedaría plasmada en

las características de los ajuares de la necrópolis más reciente –El Romazal I–, datada en los siglos II-I a. C., que incorpora abundante armamento a sus ajuares, a diferencia de la más antigua –El Mercadillo–, fechada c. siglo IV a. C., donde solo 2 de las 46 tumbas identificadas proporcionaron armas, en concreto una punta de lanza y un regatón⁴². Las tumbas de El Romazal I incluyen elementos de clara procedencia celtibérica, como abundantes puñales biglobulares, contadas espadas de La Tène y de antenas, o fíbulas de caballito⁴³.

En este mismo sentido, el hallazgo en La Osera de una pieza claramente relacionada con los *signa equitum* celtibéricos pone de manifiesto la entidad de las relaciones entre ambos sectores de la Meseta⁴⁴. Es un objeto de empuñadura tubular rematado en forma de horquilla, con los extremos vueltos y engrosados, de los que penderían sendas anillas, solo una

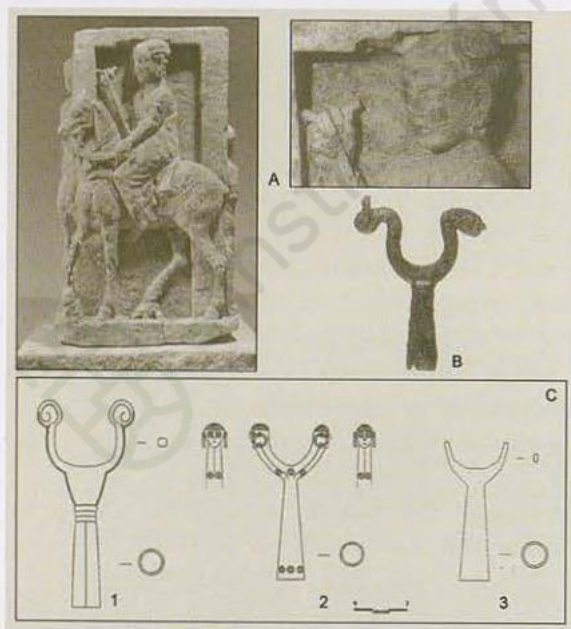


Figura 3.- A, jinete con cetro del cipo ibérico de Jumilla (Murcia) y detalle del mismo. Estandartes de La Osera (B) y Numancia (C) (A, según García Cano, 1997; B, según Manso, 2005; C, según Jimeno et alii, 2004).

conservada. Resulta similar al tipo 'a' de los estandartes Numancia (*fig. 3, C.1*), representado por una pieza rematada en dos volutas o discos⁴⁵, y a los ejemplares de extremos enrollados de Quintanas de Gormaz y Arcóbriga, éste también con anillas en sus extremos⁴⁶. El conjunto más destacado procede de la necrópolis de Numancia, con un nutrido grupo diferenciado por sus terminaciones⁴⁷, con brazos rematados en dos cabecitas humanas (*fig. 3, C.2*), en prótomos de caballo unidos por la grupa, con o sin jinete, o de horquilla simple (*fig. 3, C.3*). Las piezas celtibéricas han sido interpretadas como cetros, báculos o estandartes, pertenecientes a elites aristocráticas ecuestres⁴⁸. Un ejemplo interesante que aporta información sobre la forma en que debieron haber sido portados estos cetros lo proporciona el cipo funerario de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia), en una de cuyas caras aparece representado un jinete cuya mano derecha sujeta lo que parece ser uno de estos cetros o báculos (*fig. 3, A*). El relieve citado, que formaría parte de un pilar-estela, se ha fechado hacia mediados del siglo IV a. C., pudiéndose relacionar⁴⁹ con la sepultura 70, la más rica de la llamada «Necrópolis del Poblado», lo que ratifica su pertenencia a la cúspide social, lo que parece haber sido el caso de los ejemplares celtibéricos.

1. Cabré, 1932.
2. Cabré et alii, 1932; Cabré et alii, 1950.
3. Cabré, 1931; Cabre y Cabré, 1933a; Cabré, 1930-40.
4. Kurtz, 1986-1987 y 1987; Baquedano y Martín, 1995.
5. Fernández, 1986, II y 1997.
6. Hernández y Galán, 1996.
7. Griñó, 1989; Sanz, 1990; Sanz, 1997: 427 y ss.
8. Cabré y Morán, 1984.
9. Cabré, 1990; Cabré y Baquedano, 1991 y 1997; Lorrio, 1993, 2004 y 2005: 147 y ss.; Sanz, 1997: 427 y ss., 449 y ss.; Sanz, 2002; Álvarez-Sanchís, 1999: 172 y ss.
10. Quesada, 1997.
11. Ruiz Zapatero y Lorrio, 1995: 235.
12. Abreu et alii, 2000.
13. Lorrio, 2005: 17 y ss.
14. Lorrio, 2004.
15. Cabré, 1932.
16. Martín Valls, 1986-87: 75; Álvarez-Sanchís, 1999: 175.
17. Cabré et alii, 1932; Cabré et alii, 1950.
18. Cabré et alii, 1950: 68.
19. Cabré et alii, 1950: 41 y ss.
20. Baquedano y Martín, 1995.
21. Fernández, 1986, II y 1997.
22. Hernández y Galán, 1996.
23. Quesada, 1997: 226, fig. 126.
24. Cabré y Cabré, 1933b; Cabré y Morán, 1979.
25. Quesada, 1997: 217 y ss., fig. 122.
26. Cabré y Baquedano, 1991: 71.
27. Cabré, 1931: 222 y ss.
28. Cabré y Baquedano, 1992: 71.
29. Sanz, 1990 y 1997: 427 y ss.
30. Cabré, 1939-40: 70 y ss.
31. Sanz, 1997: 449.
32. Cabré, 1990: 306 y ss.; Quesada, 1997: 211 y ss., fig. 119.
33. Cabré, 1990: 214; Quesada, 1997: 220 y ss., fig. 123, tipo V.
34. Cabré y Morán, 1984; Cabré, 1990: 215; Quesada, 1997: 221 y ss., fig. 126.
35. Cabré, 1990: 215; Sanz, 2002: 120.

36. Cabré, 1990: 215.
37. Cabré, 1990: 219 y ss.; Quesada, 1997: 290 y ss.
38. Quesada, 1997: 512.
39. Cabré, 1939-40: 67 y ss.
40. Lorrio, 2005: 182.
41. Cabré, 1939-1940: lám. XIII, 4; Quesada, 1997: fig. 293.
42. Hernández y Galán, 1996: 88.
43. Hernández y Galán, 1996: 112 y ss., figs. 52-55.
44. Manso, 2005.
45. Jimeno et alii, 2004: 168, fig. 122.
46. Schüle, 1969: láms. 32,6-7 y 65,6.
47. Jimeno et alii, 2004: 163 y ss.
48. Almagro-Gorbea y Torres, 1999: 97; Almagro-Gorbea, 1998: 103 y ss.
49. García Cano, 1997: 265 y ss., fig. 38b, láms. 49 y 55.



héroes de dos culturas

fichas catalográficas



Institución Gran Duque de Alba



Guerrero de la doble armadura

Piedra calcarenita

Alt. 105 cm; anch. 44 cm; grosor máx. 37 cm

Conjunto escultórico ibérico de Cerrillo Blanco (Porcuna, Jaén)

Ibérico. 500-451 a. C.

Museo de Jaén

Inv. 1683-E01

El guerrero de la doble armadura o número uno del gran conjunto escultórico de Porcuna, encarna la imagen humana del guerrero ibérico por excelencia. Es prácticamente el único rostro que en su día se salvó de la destrucción llevada a cabo en torno a los 50 años después de que fuera erigida. Es el guerrero triunfante que aparece ataviado con su mejor vestimenta militar. Se muestra, como se ha señalado, en un momento de gloria. Un momento de triunfo sobre su contrincante obtenido en su combate singular dentro del contexto del grupo de los guerreros. El personaje de rostro sereno y de proporciones cuadradas aparece ataviado con brazaletes y rica armadura doble que denotan su alto rango social. Asimismo aparece tocado por un casco rematado en su día por un felino protector. La apariencia debió ser espectacular a juzgar por la decoración que lo adornaba y que ha sido descrita minuciosamente por varios autores, de manera especial por Negueruela. Este guerrero junto al resto de las piezas de Porcuna fueron halladas destruidas y guardadas sutilmente en una gran zanja que apareció en 1975. Tras su ingreso en el museo, el entonces director del mismo, González Navarrete, con la colaboración del escultor Constantino Ungueti se centró en la recomposición de esculturas cuyo resultado impreso, *Escultura ibérica de Cerrillo Blanco, Porcuna, Jaén*, vio la luz en 1987.

En la actualidad, y desde 1999, la gran escultura se presenta en su sala monográfica del museo de Jaén restituida de torso y cadera derecha siguiendo las propuestas de Negueruela, aunque cuestionadas de alguna manera por las proporciones. Para esta tarea y para dar los criterios de intervención en el conjunto la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía nombró una Comisión de expertos en 1997. Fruto de aquellos trabajos son las restauraciones sistemáticas en las diversas esculturas que fueron mostradas en la exposición *Los Iberos, príncipes de Occidente* (1998), que se presentó en París, Barcelona y Bonn. Precisamente el cartel anunciador de la importante exposición en sus sedes de Barcelona y Bonn fue el rostro de este guerrero.

Chicharro, 2000; González, 1987; Negueruela, 1990: 49-56 y 393-398; Olmos, 2004: 38; VV.AA., 1998.

JLCh



Discos coraza, placas decoradas y discos

Hierro; cobre y plata; bronce

Discos coraza: Ø 26 cm; grosor 0,3 cm. Placas: alt. máx. 6 cm; anch. 4,6 cm; grosor 0,1 cm. Discos: Ø 2,5 cm

Necrópolis de La Osera (Chamartín, Ávila), zona VI, sepultura 350

Vettón. Fin siglo V–siglo IV a. C.

Museo Arqueológico Nacional. Madrid

MAN 1986/81/VI/350/10 y 11; 1 a 8; 16

Conjunto hallado en una sepultura tumular de La Osera que contenía un ajuar de gran riqueza. Los discos de hierro tendrían finalidad defensiva, a modo de coraza, cubriendo el pecho y la espalda, unidos mediante las correas que unos pasadores en el reverso –que uno de ellos aún conserva– sujetarían. Este sistema se observa en varias esculturas de guerreros ibéricos que lucen discos coraza sobre zamarras o camisas acolchadas, como los de Porcuna (Jaén), La Losa (Albacete) o La Alcudia de Elche (Alicante), este último adornado con una cabeza de lobo.

Las ocho placas rectangulares, en desigual estado de conservación, son de cobre cubiertas de una finísima lámina de plata. Llevan decoración repujada con una escena en la que un águila caza un ave acuática rodeada de juncos. La escena recuerda a la de monedas griegas como las de Akragas del V a. C., se enmarca con círculos y se sujetaría mediante pequeños remaches en las esquinas a una correa, bien de un cinturón, como supuso Cabré Aguiló por las placas de cinturón de tipo ibérico halladas en la misma sepultura, bien en las correas de los discos coraza, como planteaba su hija, tras comparación con las correas que se ven en la ya citada escultura de Elche. Los discos pequeños completarían la decoración.

Este conjunto es prácticamente el mismo que se halló en la tumba ibérica n.º 400 de El Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia) –un disco coraza y varias placas decoradas con la misma escena–, por lo que se han elaborado diversas hipótesis sobre su presencia en ambas necrópolis, desde que sean originarias de un taller ibérico a que lo sean de un taller del Mediterráneo central, y desde que sean consecuencia de un intercambio de bienes de prestigio entre dos jefes de distintas culturas prerromanas a que sean el resultado de un lugar de distribución de bienes destinados a las elites existente en algún lugar sin determinar del área meridional peninsular.

Se plantea, asimismo, si la selección de las placas estaba relacionada con la interpretación de su escena –una representación del paso al Más Allá, presente en el imaginario prerromano, al cambiar su medio acuático por el aéreo el ave que agarra y eleva la rapaz–, o bien, si se trata únicamente de una posesión de bienes ligados a un armamento defensivo de prestigio e importado.

Baquedano, 1996; Barril, 1993: 416-417; Barril, 2005c; Cabré, Cabré y Molinero, 1950: 130 y 219, láms. LII-LV; Quesada, 1989: 21-23.

MBV



Placa decorada

Hierro, plata y bronce
 Alt. 4,7 cm; anch. 5,5 cm; grosor 0,3 cm
 Poblado de El Amarejo (Bonete, Albacete)
 Ibérica. Mediados siglo IV–principio siglo II a. C.
 Museo de Albacete
 Inv. 9194

Exvoto de guerrero

Bronce
 Alt. 4,5 cm
 Santuario del Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete)
 Ibérica. Siglo IV-II a. C.
 Museo de Albacete
 Inv. 5858

Estas dos piezas nos muestran sendas representaciones de guerreros con distinta vestimenta, uno en acción y el otro en reposo y orante.

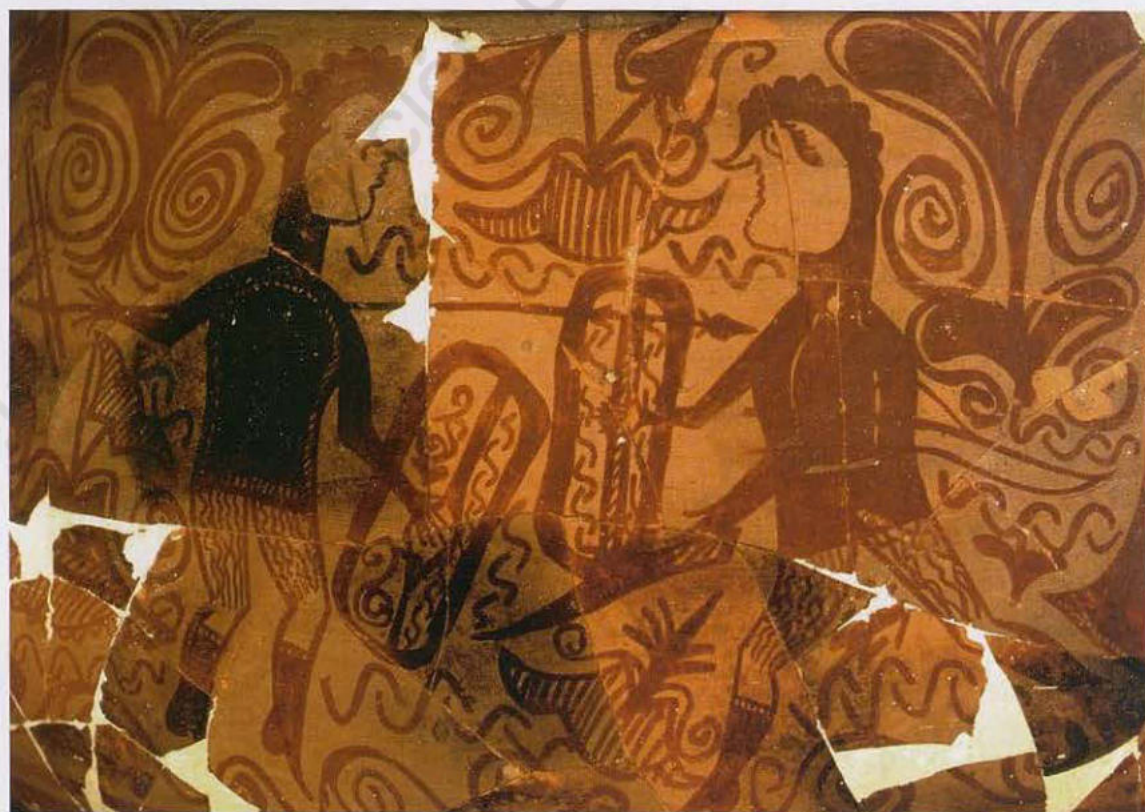
La placa de hierro, cubierta en la parte anterior de una lámina de plata, con un remache de bronce en cada una de sus cuatro esquinas, representa repujada una escena en la que un guerrero vestido con casco, grandes hombreras, braciae y ócreas o grebas de una pieza, lleva una caetra o escudo circular en el lado derecho, mientras sujeta las riendas de un caballo ajaezado en una acción que se ha considerado de doma, pero que recuerda a grupos escultóricos ibéricos. Tras el caballo, media palmera, motivo característico del ámbito púnico. Se halló en un depósito votivo que se propone estaba dedicado a la diosa Tanit y su datación presenta alguna duda, ya que el personaje va vestido como los «príncipes» guerreros heroizados de la escultura ibera del siglo V a. C., la datación de los materiales del depósito o espacio sagrado van de mediados del IV a. C. a principios del II a. C., pero su posible relación con el mundo púnico peninsular hace que su inclusión en el depósito pueda situarse en el siglo III a. C.

Considerada una placa de cinturón por sus excavadores, podría ser un paralelo formal de las placas de la tumba 350 de La Osera y 400 de El Cabecico del Tesoro y su presencia en un espacio sagrado hace preguntarnos si fue depositado por su escena, que podría representar un personaje mítico, o por su función.

Por su parte, el exvoto de bronce –inédito– del Cerro de los Santos, representa un guerrero cubierto por un pesado sago y lleva colgado a la espalda un escudo redondo de tipo caetra, como el del personaje anterior, siguiendo un modelo también presente en otros santuarios, entre los que citamos el de Collado de los Jardines, en Despeñaperros, donde los devotos los entregarían como ofrendas en representación de ellos mismos, mostrándose con su vestimenta habitual como distintivo social.

Blánquez y Roldán, 1995: 95-96, n.º 84; Broncano, 1989: 84, lám. LX; Calvo y Cabré, 1917: lám. X; Chapa, 1984.

MBV



Vaso de la Danza Guerrera o Vaso de los Guerreros y Flautistas

Cerámica pintada

Alt. 29,5; Ø 35,1 cm-14,7 cm

Tossal de Sant Miquel (Llíria, Valencia), departamento 41

Siglos III-II a. C.

Museo de Prehistoria de Valencia

Inv. 1982

Lebes de labio moldurado y pie alto, fragmentado y restaurado, con decoración pintada desarrollada en un friso. En la escena central hay dos guerreros enfrentados, uno armado con lanza y otro con falcata, llevando además sendos escudos rectangulares. A los lados hay dos músicos, una mujer con túnica que toca la flauta doble y un hombre con trompeta larga o tuba, y dos caballos enjaezados, uno ensillado y desmontado y otro con jinete que empuña una lanza. El friso se completa con otra escena de jinete e infante armados con lanzas. Los espacios entre las figuras se decoran con variados temas florales –hojas de hiedra, zarcillos, volutas, flores trilobuladas– y geométricos.

Vasos como éste son encargos, piezas únicas por su excepcional decoración, de la elite edetana que se hace representar en actividades colectivas idealizadas con ocasión de festividades, celebraciones y ritos de paso. Las escenas pintadas muestran jinetes e infantes que hacen gala de su destreza en el manejo de las armas y la monta de caballos en desfiles y competiciones, al son de la música, en un escenario vegetal exuberante. De este modo los guerreros hacen ostentación pública de su preparación para ser garantes de los valores aristocráticos como prerrogativa de su grupo. La mujer participa en estos actos como flautista, quizás también bailarina, luciendo una vestimenta cuidada que la vincula al mismo grupo social.

Aranegui, 1997; Ballester et alii, 1954: 68, 1, lám. LXIII; Bonet, 1995: 176; Olmos, 1992: 29.

JV-FS



Falcata

Hierro
Long. 57,2 cm; anch. 5,5-0,9 cm
Necrópolis de Los Collados
(Almedinilla, Córdoba)
Ibérico. Finales siglo V a. C.
-mediados siglo III a. C.
Museo Arqueológico Nacional.
Madrid
MAN 10469

Falcata

Hierro
Long. máx. 40,7 cm; anch. 4,7-
1,4 cm
Necrópolis de La Osera
(Chamartín, Ávila), zona III,
sepultura 407
Vettón. Finales siglo V a. C.
-mediados siglo III a. C.
Museo Arqueológico Nacional.
Madrid
MAN 1986/81/III/407/1

Falcata

Hierro
Long. máx. 29,4 cm;
anch. 3,3-0,9 cm
Santuario de Collado de los Jardines
(Santa Elena, Jaén)
Ibérico. Siglo IV a. C.
Museo Arqueológico Nacional.
Madrid
MAN 31626

Tradicionalmente se ha considerado a la falcata como el tipo de arma más característica y representativa de los pueblos iberos que habitaron en la Bastetania y Contestania, es decir, la zona que comprende el alto Guadalquivir, Alicante, Murcia y este de Albacete; sin embargo, en otros yacimientos del ámbito ibérico localizados en Cataluña y valle del Ebro su aparición es muy escasa. Asociada de manera casi exclusiva a contextos funerarios, no faltan ejemplos, aunque escasos, en zonas de poblado y santuarios en donde eran depositadas como ofrendas votivas.

Su dispersión por el área meseteña debe considerarse fruto de las relaciones e intercambios de distinta índole que tuvieron lugar entre vettones e iberos a través de distintas vías de penetración. Estos contactos se iniciaron en época orientalizante y continuaron hasta la Segunda Edad del Hierro, momento en que la influencia ibérica es prácticamente exclusiva. Las falcatas se encuentran entre los materiales de clara filiación ibérica aparecidos en tumbas vettonas, aunque su presencia es reducida. Únicamente en la necrópolis de La Osera se han hallado con una relativa frecuencia (un total de doce), mientras que en otras necrópolis vettonas, como Las Cogotas, no se documenta ningún ejemplar y solamente una en la sepultura 64 de El Raso.

De las tres piezas seleccionadas dos proceden de contextos funerarios, una ibérica, la otra vettona y la tercera de un santuario ibérico. La pieza completa fue hallada en la necrópolis andaluza de Almedinilla, considerada como prototipo en el estudio de la falcata ibérica por la cantidad de ejemplos que en ella han aparecido. Presenta la particularidad de tener una empuñadura en forma de cabeza de ave, que suele corresponder a los ejemplos más antiguos, y de no tener decoración damasquinada.

La segunda falcata pertenece a la necrópolis vettona de La Osera, concretamente a la sepultura 407 de la zona III, cuyas tumbas están sin publicar; le falta la empuñadura y tampoco está damasquinada. El resto del ajuar alude a piezas pertenecientes a armas tales como un regatón, un fragmento de vaina, quizá de la propia falcata, y una fíbula anular.

La pieza de menor tamaño fue encontrada en un santuario ibérico andaluz, aunque también se han encontrado ejemplos en otros yacimientos como El Cigarralejo. Las armas votivas no fueron un material frecuente en los santuarios ibéricos, carecen de carácter funcional y fueron fabricadas para ser depositadas como ofrendas, motivo por el cual se explica la ausencia de empuñadura. Algunos autores han interpretado estas piezas como exvotos que sustituirían a las figuras de guerreros en bronce. Para finalizar, añadir que las armas miniaturas son relativamente frecuentes en el mundo itálico, donde presentan la particularidad de aparecer en contextos funerarios.

Baquedano, 1996: 79; Calvo y Cabré, 1919: 21; Cuadrado, 1950: 49, lám. VIIIb; Fernández, 1986: 795; Quesada, 1997: 61-171; Vaquerizo, 1989: 247-248.

EMM



Espada tipo de La Tène

Hierro

Long. máx. 71,5 cm; anch. máx. 4,1 cm; grosor máx. 0,7 cm

Necrópolis de La Osera (Chamartín, Ávila), zona II, sepultura 201

Vetton. Fines siglo IV–principios siglo III a. C.

Museo Arqueológico Nacional. Madrid

MAN 1981/86/II/201/16

Espada tipo de La Tène

Hierro

Long. máx. 70,5 cm; anch. máx. 4,2 cm; grosor máx. 0,6 cm

Fuente Tójar (Priego, Córdoba)

Ibérico. Siglo III a. C.

Museo Arqueológico Nacional. Madrid

MAN 10482

Estas dos espadas, halladas una en el área vettona y la otra en la ibérica, muestran una evolución en la tipología del modelo de espada de La Tène (tipo Quesada VII), modelo exótico e importado en ambos ámbitos culturales. Espada que se caracteriza por su larga hoja recta que continúa en una espiga para la empuñadura, ya sean auténticas espadas celtas importadas, ya imitaciones. Más antigua la procedente de La Osera con espiga fuerte y hoja de cuatro mesas con hombros rectilíneos ligeramente oblicuos, y más moderna la de Fuente Tójar con los hombros curvilíneos y la hoja de sección romboidal achatada, aunque esta última tiene la punta rota y por tanto no es posible comprobar si efectivamente era más redondeada que la anterior.

Según la documentación correspondiente a su descubrimiento, la espada de La Osera dispondría de dos pasadores con anillas que abrazarían una vaina de materia orgánica y que permitirían colgarla al estilo ibérico y celtibérico, y no al modo celta centroeuropeo, y se halló en una rica tumba con un puñal de tipo Monte Bernorio que ayuda a su datación, así como otras armas, arreos de caballo y elementos para el fuego. La de Fuente Tójar, en cambio, carece de contexto concreto ya que procede de la colección decimonónica de D. José Ignacio Miró.

Tradicionalmente se ha considerado que las espadas latenianas del área vettona de los yacimientos de La Osera y El Romazal –éstas más modernas– fueron importadas desde territorio celtibérico o llevadas por mercenarios, mientras que las andaluzas de El Cabecico del Tesoro, Cigarralejo, Baza y otras, pudieran haber llegado desde la costa, especialmente las más modernas, pero no debe descartarse que también pudiese emplearse el mismo camino por el que llegaban a tierras occidentales interiores bienes del ámbito ibérico.

Álvarez-Sanchís, 2003: 189-190; Cabré, 1949; Cabré y Cabré, 1933a: 39-43; Kurtz, 1985; Quesada, 1997: 243-260, 856, n.º 4914.

MBV



Manilla de escudo

Hierro
Long. 69 cm. Puño: long. 10,4 cm
Necrópolis de El Cigarralejo
(Mula, Murcia), tumba 149
Ibérico. 375-350 a. C.
Museo de Arte Ibérico de
El Cigarralejo. Mula (Murcia)
Inv. 1371

Manilla de escudo

Hierro
Long. 29,5 cm. Aletas: anch. 6,5-
3,7 cm. Asa: long. 9,5 cm;
anch. 2,5 cm; grosor 2,4 cm
Necrópolis de La Osera
(Chamartín, Ávila), zona V,
sepultura 1191
Museo Arqueológico Nacional.
Madrid
MAN 1986/81/V/1191/3

Manilla de escudo

Hierro
Long. 10,5 cm; anch. 3,5 cm;
grosor 2,3 cm
Santuario de Collado de los
Jardines (Santa Elena, Jaén)
Ibérico. Siglos IV-III a. C.
Museo Arqueológico Nacional.
Madrid
MAN 31615

La manilla de El Cigarralejo pertenece al grupo III de Quesada. Fabricada en chapa de hierro recortada, consta de una empuñadura central redonda, cuya finalidad era asirlo con la mano, y dos aletas triangulares, alargadas, provistas de remaches que permitieron sujetar esta pieza al cuerpo del escudo circular, fabricado en madera y cuero. La tumba en donde fue hallada pertenecía a un guerrero, en donde, además del armamento típico compuesto por falcata, lanza y las manillas del escudo, contaba con el umbo del escudo y un torques de bronce, elementos bastante atípicos en esta necrópolis.

Características similares tiene la manilla de La Osera que fue doblada para inutilizarla antes de introducirla en la sepultura formando parte del ajuar.

La manilla de Collado de los Jardines pertenece al grupo IIIA de Quesada, caracterizado por su empuñadura con aletas triangulares muy desarrolladas. Éstas presentan dos puntos de sujeción al cuerpo, en la base de cada aleta, y un gusanillo hacia el extremo. Incompleta. Aunque fue encontrada en el santuario, desconocemos los detalles del hallazgo, por lo que seguramente no se trata de un objeto votivo ni por el tipo de exvoto, totalmente inusual en santuarios ibéricos, ni por el significado ritual o simbólico que podíamos adscribirle, como ocurriría en el caso de la falcata. El grupo III de Quesada está compuesto por las manillas de escudo más características del mundo ibérico del sureste peninsular y de la Alta Andalucía, desde los inicios del s. IV a. C. en adelante, y que ocasionalmente desde mediados del IV a. C. y durante el III a. C. llegan a la Meseta oriental.

La empuñadura del escudo testimonia la existencia de esta arma, ya que el escudo propiamente dicho no se ha conservado al estar elaborado en materiales perecederos que desaparecieron en la pira de leña, preservándose únicamente los elementos metálicos del mismo. Por las anillas móviles de los extremos pasaba una correa que permitía llevar el escudo colgado del hombro o a la espalda, durante las marchas.

El escudo, es el arma defensiva por excelencia de los iberos, ya que prácticamente todas las tumbas con panoplia poseen unas manillas. Sus dimensiones indican el tamaño del escudo, normalmente mediano-grande, circular u oval y empuñado o de agarre simple, no embrazado, lo que garantizaba la completa protección y la maniobrabilidad del combatiente, propio de una infantería que luchaba cuerpo a cuerpo, en una formación cerrada, al modo mediterráneo tradicional que basa su estrategia en la rapidez de movimientos y la capacidad de dispersarse o de reagruparse en la lucha individual.

Calvo y Cabré, 1918: 56; Cuadrado, 1987: 304; Cuadrado, 1989: 104; Quesada, 1997: 502-504, 926 y 723.

VPP



Puñal de frontón

Hierro

Long. 29,5 cm; anch. hoja: 3,8 cm-4 mm
Necrópolis de Trasguja (Las Cogotas, Ávila),
sepultura 605
Vettón. Segunda mitad siglo IV a. C.-siglo II a. C.
Museo Arqueológico Nacional. Madrid
MAN 1989/24/691

Espada

Hierro

Long. 54,6 cm; anch. hoja: 5,5 cm-8 mm;
grosor hoja: 5 mm
Illora (Granada)
Ibérico. Segunda mitad siglo V a. C.-segunda
mitad siglo IV a. C.
Museo Arqueológico Nacional. Madrid
MAN 1940/27/1L/1

Esta tipología constituye un arma típicamente ibérica junto con la falcata, aunque su aparición se considera más antigua que la de esta última. No existen antecedentes para este tipo de armas en la Península Ibérica, por lo que tradicionalmente se la hace derivar de modelos de la Primera Edad del Hierro traídos probablemente del ámbito fenicio o itálico.

La presencia de estas armas se ha documentado en yacimientos ibéricos, aunque de una manera restringida a zonas del interior de la Alta Andalucía y Albacete, mientras que en Levante y Cataluña no han aparecido; desde aquí se crearía un foco de expansión hacia las zonas del interior donde se cuenta con una presencia muy abundante en yacimientos de la Meseta oriental y en menor medida en la Meseta occidental.

Cronológicamente abarcan un periodo muy corto. En el caso concreto de las espadas, los primeros ejemplos se fechan hacia mediados del siglo V a. C. y perduran hasta mediados del siglo IV a. C. En el caso de los puñales parece ser que tuvieron una existencia más prolongada durante la cual se produjeron diversas modificaciones en su tipología.

Formalmente se caracteriza por tener una hoja recta, muy ancha y ligeramente pistiliforme, pero lo verdaderamente genuino es la empuñadura, formada por una lengüeta plana romboidal a la que irían superpuestas las cachas, de material orgánico por lo que no se han conservado, y el pomo de forma semicircular o «frontón», de fabricación más compleja, formado por varias piezas unidas entre sí y a la lengüeta.

En el estudio de las espadas también se han observado distintas tipologías; en el caso de la espada aquí seleccionada, se clasifica dentro del tipo I, variante A de Quesada, cuya característica principal es la de presentar tres vástagos para unir el frontón a la lengüeta y una escotadura semicircular en la guarda.

El puñal seleccionado es un prototipo derivado de las espadas de frontón, de creación celtibérica en cuyos yacimientos han aparecido numerosos ejemplares, desde aquí se difundirán por todo el área meseteña. En el ámbito vettón no van a ser tan numerosos; solamente encontramos dos ejemplos en la necrópolis de Las Cogotas (tumbas 605 y 1354), en El Raso de Candeleda en las tumbas 13, 30 y 66, y en La Osera también hay ejemplos hasta ahora inéditos.

La variante aquí expuesta obedece a un modelo evolucionado del tipo de frontón, con influencias de modelos del valle del Duero. Tipológicamente presenta una hoja en lengua de carpa, con una nervadura central cilíndrica. La empuñadura es calada en el anverso con decoración de triángulos impresos y líneas incisas. Álvarez-Sanchís sitúa este tipo en la fase II de los vettones.

Álvarez-Sanchís, 2003: 187-194, fig. 77-B; Baquedano, 1996: 79-80; Barril, 2005b; Cabré, 1932: 155-156, lám. LXXIII; Cabré y Baquedano, 1991: 69-71; Quesada, 1997: 173-187.

EMM



Puñal de Almedinilla

Hierro, plata y cobre

Long. máx. 28 cm; anch. máx. 9 cm; grosor 0,3-2,1 cm

Necrópolis de Los Collados (Almedinilla, Córdoba)

Ibérico. Fin siglo V–mediados siglo IV a. C.

Museo Arqueológico Nacional. Madrid

MAN. 10458

Espada tipo Alcácer do Sal

Hierro y plata

Long. máx. 37,5 cm; anch. máx. 5 cm; grosor 0,5-1,9 cm

Necrópolis de La Osera (Chamartín, Ávila), zona I, sepultura 30

Vettón. Fin siglo V–siglo IV a. C.

Museo Arqueológico Nacional. Madrid

MAN 1986/81/1/30/4

Las llamadas espadas tipo Alcácer do Sal (tipo Quesada IV) se documentan en la Meseta occidental, en tierras lusitanas hasta la desembocadura del Tajo y en algunos yacimientos andaluces, con los ejemplos abulenses de La Osera, portugueses de Alcácer do Sal o granadinos del Cerro de la Mora. Se caracterizan por su hoja apuntada y estrecha con acanaladuras y su pomo facetado poligonal con antenas atrofiadas y guarda con pequeña escotadura lateral, profusamente decorado con damasquinados en plata y cobre con motivos curvilíneos, como trisques y nudos, que se han relacionado con la cultura celta lateniana. Ésta de la sepultura 1/30 de La Osera apareció junto a una fíbula con puente en forma de hoja de laurel que ayuda a su datación.

Similares características en el pomo ofrecen los puñales de hoja ancha triangular con múltiples acanaladuras en 'V' del ámbito ibérico meridional, en particular de la Alta Andalucía como Illora o Almedinilla, de donde procede el ejemplar que aquí se expone, sin contexto concreto. Se conocen también en Las Cogotas y La Osera (éste con la hoja más estrecha), sin que hasta el momento se documenten armas de pomo facetado ni en territorio celtibérico ni en el ibérico levantino.

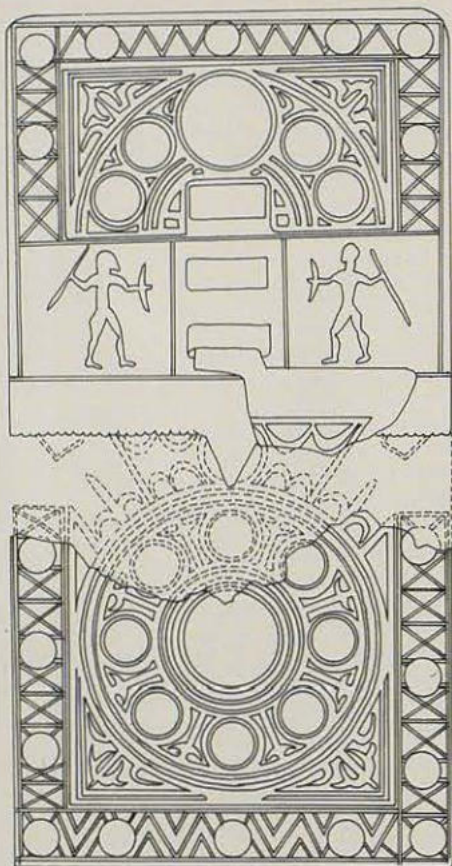
El origen de estos modelos es un tema aún no resuelto. Quesada propone que los puñales se producirían en el siglo V a. C. en la Alta Andalucía y las espadas evolucionarían en paralelo desde entonces y hasta comienzos del siglo III a. C., alcanzando su máximo desarrollo en la Andalucía septentrional y desembocadura del Tajo, a partir de influencias del Alto Guadalquivir y de la Meseta noroccidental, generando una tipología y unos motivos decorativos propios y sufriendo numerosas hibridaciones en la zona abulense. Por otro lado, Cabré y Baquedano proponen que su núcleo estaría en un grupo celta meridional que, a partir de prototipos languedocienses, crearía los puñales en el siglo V a. C. en el entorno de Sierra Morena, mientras que las espadas, algo más modernas, se fabricarían en el suroeste, tal vez en la desembocadura del Sado.

Álvarez-Sanchís, 2003: 182; Cabré y Baquedano, 1997: 251-253; Cabré y Cabré, 1933b: fig. 4; Cabré de Morán, y Morán, 1979: fig. 1,3; Quesada, 1997: 212-220, 280-287, 851, n.º 4908 y 857, n.º 911; Vaquerizo, 1989: 246, n.º 85/56/17.

MBV

creencias compartidas

 Institución Gran Duque de Alba



Broche de cinturón con representación de guerreros del túmulo Z, de la zona I de la necrópolis de La Osera, y reconstrucción del mismo, según E. Cabré (Museo Arqueológico Nacional, foto: Á. Martínez Levas).

Al igual que sucedía con muchos otros pueblos de la Antigüedad, la religión conformaba una parte importante de la vida de las sociedades prerromanas. Vettones e iberos no fueron una excepción, aunque sus manifestaciones nos revelen orígenes culturales muy diferentes. El ámbito mediterráneo modeló las creencias de los pueblos ibéricos, mientras que es el componente céltico el que se deja sentir con más fuerza en la religiosidad vettona.

Aun así, ambas culturas muestran aspectos esenciales muy próximos entre sí, que se traducen en la adopción de elementos iconográficos mediterráneos en la Meseta occidental, en especial aquellos que reflejan cultos relativos a la naturaleza, a su fuerza regeneradora y a su dominio, ejemplificados por animales como aves, caballos y lobos. Todos ellos nos hablan de un complejo panteón de dioses, en el que jugaría un papel importante una diosa femenina relacionada con la fecundidad, así como deidades infernales relacionadas con la vida de ultratumba. Entre ambos pueblos está documentada la realización de ofrendas votivas a esas divinidades.

de las creencias: el mediterráneo entre vettones e iberos

Trinidad Tortosa

Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma - CSIC

La aproximación al ámbito de las *creencias* en el mundo protohistórico de la Península Ibérica resulta aventurada ya que el término implica un conocimiento teológico, panteístico y, en suma, de pensamiento que, desafortunadamente, es bastante parcial y sesgado desde la perspectiva de las diferentes comunidades que poblaron ese territorio.

Si, por otro lado, insertamos en el planteamiento la adscripción vettón/ibero para valorar el peso del Mediterráneo en estos dos procesos culturales protohistóricos, el panorama se complica más porque a la perspectiva parcial del conocimiento hay que añadir el diferente grado de actuación del Mediterráneo en esos dos ámbitos; diferencia que va acompañada de una diversa simbiosis, obviamente, entre lo mediterráneo-vettón y lo mediterráneo-ibero.

La lectura *mediterránea* en lo vettón aparece en la bibliografía a través de la presencia material de elementos catalogados como ibéricos, véase el hallazgo de algunos exvotos en El Raso de Candeleda –Ávila–¹ o en la confirmación de algunos rituales funerarios como la destrucción del armamento en algunas necrópolis que nos indica, en el primer caso, una aceptación propicia hacia un elemento ibérico como es el exvoto y, en el segundo ejemplo, la presencia de un ritual detectado también en el ámbito ibérico (cf. necrópolis de El Cigarralejo –Mula, Murcia–); ritual este último que conlleva una relación directa y estrecha entre el difunto y el objeto en su viaje al Más Allá.

En este sentido sería necesario realizar una valoración exhaustiva con los ejemplos que actualmente conocemos para definir condiciones y gradación de esa relación con el territorio ibérico. Lo que parece probable es que el uso de estos objetos en determinados contextos sacros nos hablaría de una percepción vettona que entiende algunas partes del código ibérico propia de dos mundos cercanos, que se encuentran. Ese mundo ibérico que ha servido de mediador, de transmisor hacia el interior de rasgos mediterráneos incorporados a su propia esencia.

Hablar de creencias compartidas en el mundo protohistórico es complicado y la escasez de información en las fuentes escritas sobre estos ámbitos se traduce en los contextos ibero y vettón en el establecimiento de un diálogo activo con los restos arqueológicos que pasan a estructurar una cierta arqueología del culto alejada del conocimiento exhaustivo que significaría el plano de las creencias. A través de ese diálogo se conocen algunos rituales, algunos ceremoniales. En ocasiones, esas lecturas las ofrece el propio elemento material u otras veces la propia relación con el paisaje que le rodea, como ocurre en el caso del santuario del *oppidum* de Ulaca en Solosancho (Ávila), donde se detecta el ritual de la libación a partir de la disposición de las diferentes concavidades y plataformas utilizadas para ese fin.

Así, a la hora de atender a determinados aspectos de esa arqueología del culto debemos tener en cuenta un rasgo fundamental como es la permeabilidad de recibir, asimilar y remodelar estímulos de estas comunidades. Unos estímulos mediterráneos que aparecen en la tradición ibérica desde el siglo VI hasta los últimos vestigios de ese bagaje indígena y que podemos rastrear hasta el siglo I d. C. Precisamente, el gran salto cualitativo de la historiografía ibérica fue comprender que construyó sus propios modelos a partir de sus propios modelos autóctonos y de los estímulos mediterráneos.

Partiendo de estos rasgos generales, queríamos plantear tres ejemplos que nos aproximan a ciertos puntos comunes de estas dos comunidades protohistóricas, con diferente grado de implicación con el Mediterráneo, pero que narran elementos de un lenguaje religioso similar en algunos puntos.

Uno de los aspectos primordiales de la investigación protohistórica en los últimos años ha sido, metodológicamente, la incorporación del territorio a la lectura de los espacios sacros. En esta perspectiva, se han desarrollado estudios de santuarios con un marcado carácter social y religioso intercomunitario: baste indicar para ámbito vettón el caso de Postoloboso en relación con el *oppidum* de El Raso (Candeleda, Ávila) y el santuario ibérico de El Pajarillo (Huelma, Jaén); relaciones en este sentido ya presentadas por algunos autores². En ambos casos la relación del hombre con la Naturaleza queda implícitamente establecida a través de la arquitectura, del paisaje y de los elementos materiales que los propios rituales desarrollados en esos contextos evidencian³.



Figura 1.- Personaje masculino del santuario de El Pajarillo (Huelma, Jaén) (foto: Museo de Jaén).

El Pajarillo es el lugar de paso obligado entre el alto Guadalquivir y las hoyas granadinas de Guadix y Baza donde el lenguaje helenizante, mediterráneo, se manifiesta a través de la escultura, la arquitectura y la presencia del agua como elemento sacro⁴. Todo ello configura el espacio paisajístico transformado en símbolo social y utilizado posiblemente por diversas comunidades ibéricas: religión, pactos, rituales, fiestas tendrían su espacio en este escenario. El código de su escultura a través de claves mediterráneas transmite la memoria del poder aristócrata; una memoria donde el elemento animal –un lobo como elemento identificativo de la identidad ibérica– se enfrenta al personaje de prestigio convertido en héroe que se encuentra con la falcata preparada y escondida, en parte, por su manto para luchar con el lobo y demostrar su valor (fig. 1). Con la presentación de este escenario escultórico sobre el monumento de El Pajarillo se observa de manera fehaciente el cambio en la ideología hacia una aristocracia basada en modelos políticos

heroicos⁵. Ecos, en el siglo IV a. C., de la memoria de un antepasado, de un mito convertido en realidad iconográfica que utiliza el lenguaje mediterráneo para la representación.

Curiosamente, el santuario de Postoloboso, lugar de encuentro entre la garganta Alardos y el río Tiétar, próximo al *oppidum* de El Raso, recoge una serie de epígrafes donde se menciona al dios *Vaelicus*, divinidad masculina indígena, al que, sin embargo, se continúa con su culto en época romana y que algunos autores identifican con el *Endovelicus* lusitano –que pueda tratarse de un mismo dios con dos denominaciones una lusitana y otra vettona⁶– mientras que otros, atendiendo al carácter infernal del mismo y al lobo que aparece en la raíz céltica del término y que tendría que ver con el nombre actual –Postoloboso–, le otorgan una asimilación al dios celta *Sucellus*⁷.

La presencia del lobo parece, pues, vislumbrarse en el caso vetton vinculado a una divinidad de tipo masculino; mientras que se presenta como animal fuerte y feroz al que el héroe debe vencer en el ejemplo jienense de El Pajarillo. Un lobo que se convertirá más tarde en icono indígena y repetitivo en los ejemplos de la cerámica ilicitana⁸. Es curioso que, en el ámbito ibérico plagado siempre de concomitancias vinculadas a la divinidad femenina, aparezca en este caso la escenografía masculina de El Pajarillo, con una referencia de marcado carácter masculino.

El segundo elemento que nos parece interesante convocar a reflexión es la manifestación de los verracos (fig. 2) que, efectivamente, después de la tradicional relación que se ha mantenido con su posible origen en la Turdetania o en ámbito bastetano-contestano –en el tránsito del V-IV a. C.⁹– en relación a la escultura zoomorfa ibérica, es necesario, como han hecho algunas voces, reivindicar que los verracos, esas esculturas de animales machos en piedra –cerdos/jabalíes y toros–, corresponden a un modelo que estilísticamente ofrece una formalidad y funcionalidad que tiene su sentido como elemento visual y vital del territorio. En este sentido nos parece interesante y acertada la propuesta de Álvarez-Sanchís¹⁰ cuando las propone como señales visuales –por ejemplo, de la presencia de pastos–, relacionadas con los recursos económicos ganaderos en la Segunda Edad del Hierro. Con esta sugerente hipótesis se establece una relación, una dialéctica con el paisaje que conlleva matices diferentes si pensamos en la lectura mediterránea que se abre a través del grupo de El Pajarillo con la lucha entre hombre y animal como escenificación del poder en el territorio. El mensaje de este lugar sería indicar la supremacía del aristócrata claramente representado en un lenguaje mediterráneo donde el lobo juega



Figura 2.- Verraco del castro de Yecla (Yecla de Yeltes, Salamanca), según Álvarez-Sanchís, 2003.



Figura 3.- Umbo central de la pátera de Santisteban del Puerto (Jaén) (foto: Museo Arqueológico Nacional. Madrid).

su rol como elemento autóctono. Mientras que la perspectiva vettona apuesta por identificar la representación animal directamente con el territorio adaptándose a su funcionalidad específica.

Este eclecticismo entre lenguaje mediterráneo e iconos ibéricos nos introduce en el tercer elemento que viene simbolizado por la pátera de Santisteban del Puerto (Jaén) –fines del siglo II-I a. C.– (fig. 3) en una época denominada iberorromana: el espacio material nos lleva a compartir este paisaje en dos anillos concéntricos en el que, a partir del ombligo central magníficamente representado por un lobo que devuelve una cabeza humana, los centauros y centauresas –dispuestos en el círculo superior– nos introducen en el ambiente del banquete: embriaguez,

libaciones, música, etc. Tanto a nivel formal como en la iconografía esta pátera anuncia rasgos formales mediterráneos y se asocia en una perfecta simbiosis con el lobo, elemento indígena, que engulle al personaje masculino que ‘surge de las fauces de la fiera, rodeado de serpientes que aluden al reino ctónico’¹¹ en el ombligo –*ómphalos*– central de esta pátera. Todos estos elementos mediterráneos y autóctonos emergen y aparecen asimilados en un verdadero eclecticismo propio de la época en la que conviven el banquete y el lobo, que es uno de los animales ibéricos más importantes de las pinturas en cerámicas ibéricas de esta época helenística¹². Se ha propuesto que este objeto suntuoso perteneciese a un ibero educado en la paideia helenística, en los valores del Mediterráneo. Hemos de imaginar en este contexto las palabras de Plutarco¹³, cuando habla del grupo de hijos de la aristocracia indígena que aprenden en la ciudad de Osca esas formas de vida clásicas. En ese siglo I a. C. de convulsión, de cambios en la reorganización del territorio y en el ámbito también de las creencias, existe todo un acercamiento a esas formas de vida romana. Se habla también, en este sentido, de ‘tensión en la meseta’ que coincide con esa llegada de Sertorio que se pone al frente de los indígenas contra Roma¹⁴. Posiblemente, los hijos de la aristocracia vettona también accederían a esa educación romana que les permitiría llegar a ser *ciudadanos* romanos.

En este pequeño recorrido quedan en espacios y tiempos comunes rituales como la libación, la ofrenda, la estrecha relación entre lo sacro y el agua, que afectan a elementos propios de la religión y no solo del ámbito mediterráneo. Apuntar si las creencias que se encuentran detrás de todo ello son similares en ambos ámbitos o si proceden del mismo origen es otra historia. El nombre de las principales divinidades vettonas, una femenina y otra masculina –Ataecina y Vaelicus–, nos aproxima a los procesos de asimilación terminológica que, aún en época romana, se siguen manteniendo. Ataecina, siguiendo, quizás, una tradición ganadera, aparece simbolizada a través de las representaciones de pequeñas cabritas; mientras que parece que la divinidad ibérica de tipo diosa madre se nos ofrece, sobre todo, a través del ámbito vegetal; quizás en estos matices tan aparentemente pequeños se puedan ir rastreando las claves de esas diferencias compartidas.

-
1. Fernández Gómez, 1986.
 2. Sánchez-Moreno, 2000: 254.
 3. Oggiano, 2006.
 4. Molinos et alii, 1999.
 5. Molinos et alii, 1999.
 6. Álvarez-Sanchís, 2003: 125.
 7. Sánchez-Moreno, 2000: 245.
 8. Tortosa, 2004.
 9. Sánchez-Moreno, 2000: 142.
 10. Álvarez-Sanchís, 2003: 58-60.
 11. Olmos, 2004a: 68.
 12. Tortosa, 2004.
 13. *Sertorio*, XIV, 3 en Olmos, 1997: 30.
 14. Álvarez-Sanchís, 2003: 141.



Institución Gran Duque de Alba

creencias compartidas: religión y ritualidad en clave vettona

Eduardo Sánchez-Moreno
Universidad Autónoma de Madrid

Aun tratándose de uno de los pueblos de la Hispania antigua mejor caracterizados, a los que se ha dedicado una destacada labor de investigación y divulgación en los últimos años¹, no resulta fácil singularizar el sistema religioso de los vettones². Y menos todavía diferenciarlo del de otras poblaciones del interior peninsular con las que aquéllos interactúan a lo largo de la Edad del Hierro. En primer lugar por el exiguo conocimiento religioso de las sociedades protohistóricas que, en lo documental, se limita a una serie de indicadores externos como son objetos y espacios de connotación ritual –una ofrenda aquí, un altar allá–, a ciertas noticias de las fuentes –sesgadas y estereotipadas, como corresponde a la descripción de comportamientos ajenos desde los parámetros de la civilización clásica, primera regla de la historiografía antigua–, y a una relación de teónimos en inscripciones latinas que, aun de raíz indígena, responden a una reelaboración de los cultos en el proceso romanizador de las *provinciae* occidentales³. En lo interpretativo, la falta de textos que pudieran alumbrarnos la cosmogonía de los vettones, algunos de sus ciclos mitológicos o procedimientos rituales –¡un anhelo para los historiadores de las religiones antiguas!–, hace realmente hueco el panorama de sus creencias y, como veremos, solo ciertas imágenes aproximan una simbología sacra de costoso desciframiento. En otro orden de cosas, el carácter transicional de la región antaño poblada por los vettones –una extensa *mesopotamia* entre el Duero y el Guadiana que hoy se reparten el suroeste de Castilla-León y la alta Extremadura– y su dinámico proceso de etnogénesis desde la Edad del Bronce hasta la época romana⁴ modelan un panorama ciertamente heterogéneo en el que elementos indoeuropeos mayoritarios –bien perceptibles en el registro lingüístico⁵– conviven con otros atlánticos y mediterráneos reconocibles también en la definición de la cultura vettona⁶.

En cualquier caso, junto a la lengua, los ancestros, el territorio o las instituciones, creencias y ritos son aspectos básicos en la identidad de las sociedades antiguas y su estudio –a pesar de las lagunas y dificultades– una pauta de referencia en su caracterización. En espíritu con la muestra que abriga este catálogo, esbozaré algunos rasgos de la religiosidad de la antigua Vettonia.

Comenzando por los dioses, la epigrafía votiva del Occidente peninsular –de la que participa el territorio vettón, sobre todo su sector cacereño⁷– descubre un elenco de divinidades marcadamente atomizadas como pone de relieve su variedad nominal y compartimentación geográfica. Sin embargo, los más de cincuenta teónimos reconocidos no corresponden en todos los casos a divinidades diferentes: existen también variantes adjetivales del mismo dios como ocurre con *Bandua*, individualizada con distintos epítetos locativos o gentilicios (*Apolosegus*, *Arbariacus*, *Araugelensis*, *Roudeacus*...) en varias inscripciones cacereñas⁸. De clara raigambre indoeuropea, la etimología de no pocos de estos teónimos (*Nabia*, *Reve*, *Trebaruna*, *Arentius/Arentia*, *Aricona*, *Iscallis*...) remite a elementos de la naturaleza como corrientes fluviales, manantiales y bosques. Ello dibuja una

religiosidad de fondo naturalista en la antigua Lusitania en la que insisten últimos trabajos de base lingüística⁹; pero, más que de una idolatría entendida como culto a las aguas, peñas, árboles o astros, se trataría de la manifestación de la fuerza divina en elementos del entorno natural que no son deidades en sí¹⁰ sino el medio a través del cual se anuncia la divinidad o el lugar que la acoge¹¹. No extraña por eso que algunas de estas dedicaciones se expresen sobre rocas y abrigos naturales, como las inscripciones rupestres a la diosa *Laneana* en puntos de los confines territoriales de vettones y lusitanos como Torreorgaz (Cáceres) y Sabugal (Guarda, Portugal). Otras divinidades sugieren un carácter protector o tutelar tanto de familias como de territorios y poblados, caso de *Bandua* y quizá también de *Trebaruna* y *Arentius*. Igualmente adquieren importancia los dioses garantes de los pactos enunciados en variantes teonímicas del radical *Tog-/Tong-*, que en celta significa juramento¹², bien documentadas en el espacio vettón; aunque referido a los vacceos es ilustrativo en

este punto el episodio relatado por Apiano (*Iberia*, 52) en el que los habitantes de Cauca (actual Coca, Segovia), asediados por Lúculo en el 151 a. C., invocan a los dioses protectores de los juramentos recriminando la perfidia del general romano que había contravenido su palabra. También se atestiguan dioses de naturaleza guerrera¹³, que en realidad aglutinarían funciones de salvaguardia, propiciación y soberanía con muchos otros dioses y númenes¹⁴.

Más particularmente dos divinidades tienen especial arraigo en el solar vettón: *Ataecina* y *Vaelicus*. La primera es una diosa funeraria y agrícola con un culto extendido por el extrarradio de los territorios vettón, lusitano y céltico, entre el Tajo medio y el Guadiana¹⁵; aunque se le erigen inscripciones en distintos lugares de las provincias de Cáceres, Badajoz y Toledo, su santuario parece localizarse en las inmediaciones de Santa Lucía de El Trampal (Alcuéscar, Cáceres), de donde procede una quinceña de aras de época altoimperial dedicadas a la diosa con la indicación del epíteto *Turobrigensis*¹⁶. Por su parte, *Vaelicus* se corresponde con un dios vinculado asimismo al mundo subterráneo e infernal –y acaso también al lobo, si es cierta la relación del teónimo con *vailos*, lobo en lengua céltica– cuyo santuario se emplaza en la dehesa de Postoloboso (Candeleda, Ávila)¹⁷; en este interesante lugar, en el que se plantean nuevos trabajos arqueológicos¹⁸, fueron



Figura 1.- Ara dedicada al dios Vaelicus procedente del santuario de Postoloboso (Candeleda, Ávila) (Museo de Ávila, foto: Rafael Delgado).

halladas una veintena de aras dedicadas por peregrinos cuya onomástica, con la reiterada mención a grupos familiares, trasciende un origen indígena a pesar de tratarse de inscripciones de los siglos I-II d. C.¹⁹ y de que para entonces el inmediato castro de El Raso había sido ya abandonado (fig. 1). Tanto El Trampal como Postoloboso muestran algunos rasgos propios de los santuarios vettones extraurbanos: un soberbio emplazamiento natural (relacionado con la esencia de la divinidad), una continuidad religiosa (ambos lugares se romanizan y luego cristianizan, levantándose sobre ellos sendas ermitas visigodas) y un carácter fronterizo que en el caso de Postoloboso viene definido por la espectacular confluencia del Tiétar con varios arroyos que bajan de la sierra de Gredos, en la misma divisoria provincial entre Ávila, Cáceres y Toledo²⁰ (fig. 2).

Como apuntaba al principio, la romanización religiosa del Occidente peninsular depara fenómenos tan interesantes como el sincretismo de divinidades locales con otras del panteón grecorromano²¹. Así, en el territorio vettón cabría mencionar la asimilación de *Eaecus* con Júpiter Solutorio, documentada en más de quince inscripciones cacereñas²², y la de *Ataecina* con Proserpina y Feronia, asimismo divinidades femeninas ctónicas y benefactoras: una concomitancia que facilita su *interpretatio*²³, entre otros casos relevantes²⁴.

En lo que a ceremonias rituales se refiere, libaciones, sacrificios de animales y banquetes son prácticas habituales con las que honrar a dioses y difuntos. Su escenificación difiere según tiempos y lugares dependiente, claro está, del rango y la naturaleza de los cultos. En consonancia con el desarrollo sociopolítico de las poblaciones del Occidente meseteño, que desde el siglo IV a. C. se organizan en poblados y aldeas dentro de territorios controlados por castros de considerable tamaño²⁵, las prácticas religiosas se hacen progresivamente más complejas e implican a un número creciente de familias y gentes. En este sentido, al igual que en el mundo ibérico, donde se manifiesta más claramente, en el espacio vettón la religión es también un importante elemento de cohesión e identidad a distinto nivel, tanto para los miembros del grupo gentilicio o familiar como para el conjunto de ciudadanos incluidos en unidades políticas mayores. Es así como hay que entender la celebración de sacrificios en los que participa activamente la comunidad, como nos dan a saber las fuentes en determinadas situaciones, a la hora de sellar pactos y alianzas (como hacen los lusitanos: Livio, *Per.*, 49), antes de la entrada en combate (Polibio, 12, 4b, 2-3) o en los funerales de los grandes jefes (caso de los del legendario Viriato: Apiano, *Iber.*, 72). Al igual que en tantos otros escenarios las víctimas inmoladas son cerdos, ovicápridos, bóvidos y caballos, recurriéndose en circunstancias extremas al sacrificio de prisioneros, como hacen los habitantes de *Bletisama* (actual Ledesma, en Salamanca) hasta que el pretor de la Ulterior abole la costumbre en el 94 a. C. (Plutarco, *Quaest. Rom.*, 83). Si bien los historiadores grecorromanos convierten el sacrificio humano en *topos* de la barbarie céltica²⁶, ésta parece ser una práctica más bien excepcional que al menos entre los lusitanos se relaciona con rituales guerreros y adivinatorios²⁷. Limítrofe al territorio vettón, la inscripción rupestre de Cabeço das Fráguas (Sabugal en Guarda, Portugal) detalla el sacrificio de una oveja (*oliam*), un cerdo (*porcom*) y un toro



Figura 2.- Área del santuario de Postoloboso (Candeleda, Ávila), al fondo la Sierra de Gredos (foto: E. Sánchez-Moreno).

(*taurom*) a las divinidades lusitanas *Trebopala*, *Trebaruna* y *Reve*²⁸, una anatomía sacrificial de honda herencia indoeuropea.

Estructuras para la realización de rituales de este tipo se conocen en santuarios lusitanos como Panoias (en Vila Real, Portugal), con un conjunto de inscripciones latinas sobre altares rupestres describiendo el proceso ritual²⁹, mientras que para un momento prerromano el santuario –con el llamado altar de sacrificios– de Ulaca (Solosancho, Ávila) es el más representativo del ámbito vettón³⁰. Se trata de una estancia rectangular excavada en la roca con una peña ataludada en su extremo, el altar, que a su vez dispone de dos escalinatas y varias cavidades talladas en la roca y comunicadas entre sí por un canalillo para la realización de sacrificios y libaciones;



Figura 3.- El llamado altar de sacrificios de Ulaca (Solosancho, Ávila) (foto: J. Álvarez-Sanchís).

el hecho de conformar un área sacra en el centro del poblado³¹ y de disponer de un espacio suficientemente amplio para la reunión de los celebrantes, acusa la categoría de gran santuario intraurbano al que podrían acudir las poblaciones del entorno (fig. 3). En otros puntos del territorio vettón se han identificado peñas sacras y altares rupestres³² que confirman la fuerza religiosa de los escenarios naturales tipo *nemeton* tan característicos de la Hispania céltica. Las gentes prerromanas se sentían inmersas en la naturaleza, de ahí su percepción simbólica del paisaje y la fuerza ambiental de los *loca sacra*, santuarios generalmente al aire libre donde

tiene lugar la comunicación con el Más Allá, manifestándose la divinidad a través de los árboles, los roquedos, las cuevas o las aguas³³.

Aunque en el espacio vettón no se han documentado banquetes rituales como el habido en el castro céltico de Capote (Higuera la Real, Badajoz)³⁴, cabría relacionar la presencia en algunas tumbas de elementos asociados con el fuego con ceremonias de participación colectiva; en concreto parrillas, asadores y morillos, bien reconocidos en la necrópolis de La Osera (Chamartín de la Sierra, Ávila)³⁵, además de pebeteros cerámicos y recipientes de bronce (urnas, calderos, timaterios, braseros), estos últimos cada vez más representativos de los cementerios de El Raso (Candeleda, Ávila) y Pajares (Villanueva de la Vera, Cáceres). Tras su uso en ceremonias de hospitalidad y rituales funerarios, tales utensilios se depositarían en las tumbas de personajes destacados socialmente como sugiere –al menos en La Osera– su asociación con ajuares guerreros y enterramientos tumulares propios de las elites vettonas. Es posible que estas sepulturas correspondan a sacerdotes o, quizá más propiamente, a jefes con competencias religiosas encargados de dirigir los cultos domésticos. En este sentido, a pesar de la falta de testimonios concluyentes, cada vez son más los autores que defienden la existencia de un sacerdocio más o menos institucionalizado a finales de la Edad del Hierro. Formarían parte de él individuos reconocidos por su prestigio, experiencia y sabiduría que, como el *hieroskopos* lusitano al que alude Estrabón (3, 3, 6), se encargarían de inmolar las víctimas de sacrificios y de llevar a cabo prácticas adivinatorias sobre cadáveres³⁶. De forma parecida a los druidas célticos, las competencias de estos profesionales de lo sacro abarcarían extensos campos del saber, desde el aprovechamiento botánico hasta el manejo de

sagas y ciclos mitológicos, incluida la observación astronómica y el control del calendario; esto último podría quedar reflejado en la distribución de estelas y túmulos funerarios, como se ha propuesto para el cementerio de La Osera³⁷, o en la particular orientación topoastronómica de santuarios como el de Ulaca.

Por último hay que prestar atención a ciertas imágenes: al lenguaje iconográfico de esculturas, decoraciones cerámicas y manufacturas metálicas, donde los vettones proyectan valores ideológicos de raíz religiosa. Los verracos son sin duda la manifestación cultural más característica de la Meseta occidental. Las toscas esculturas graníticas de toros y suidos deben entenderse en un sentido laxo como hitos protectores de territorios, poblaciones y cabañas ganaderas³⁸ (fig. 4). Se explica ello desde la importancia del animal en el régimen de vida de los vettones, que lleva a proyectarlo con especial fuerza en su universo simbólico como principio de vida asociado a divinidades tutelares. Su función se reelaboraría con el tiempo, desde representar una suerte de marcadores de pastos y territorios³⁹ o emblemas apotropaicos situados en las puertas y defensas de los castros⁴⁰, hasta convertirse en monumentos funerarios en el contexto de la Romanización de las elites vettonas, como indican los epitafios latinos grabados en algunos ejemplares⁴¹ o su empleo como receptáculo funerario⁴².



Figura 4.- Verraco de la provincia de Ávila (foto: Museo Arqueológico Nacional, Madrid).

A otra escala las decoraciones de determinadas producciones cerámicas, así como las representadas en armas y adornos personales, trasladan códigos de identidad simbólica. Círculos concéntricos, ruedas radiadas, esvásticas, cruces y otros motivos traducirían en ocasiones signos astrales⁴³, mientras que, de mayor expresividad, los esquemáticos rostros grabados en urnas, como la de la sepultura 220 de la zona VI de La Osera⁴⁴, podrían aludir a un héroe o divinidad protectora. Una significación parecida tendrían las cabezas esculpidas en piedra de lugares como Yecla de Yeltes, Plasencia o la comarca de La Vera, abundantes también en la cultura castreña del Noroeste. Por su parte, los jinetes representados en algunos vasos pintados del castro de Las Cogotas (Cardeñosa, Ávila)⁴⁵, o los dos guerreros (armados con escudo y lanza y enfrentados en combate singular) de la gran placa de cinturón hallada en uno de los túmulos de mayor riqueza de la necrópolis de La Osera⁴⁶, son imágenes épicas que remiten a procesos de heroización guerrera igualmente atestiguados en las imagerías ibérica y celtibérica. Hay que mencionar finalmente la reminiscencia de figuraciones mediterráneas sobre objetos suntuarios o rituales más o menos excepcionales; entre ellas la *Potnia theron* o «señora de los animales» representada por ejemplo en el asa de un enócoe de bronce de Las Cogotas⁴⁷ —con iconografía egipcia y entre dos cabezas de ánade que constituyen el remate del agarre—, o la imagen de Astarté bifronte en un timaterio de la necrópolis de El Raso⁴⁸, asimismo el pequeño colgante con el conocido tema del «domador de caballo» aparecido en una tumba de la zona I de La Osera⁴⁹, una vez más con buenos paralelos en el mundo ibérico del sureste, con el cual las gentes enterradas en La Osera tienen destacadas conexiones⁵⁰. Aunque en su mayor parte se trate de piezas importadas y bienes de prestigio que difícilmente traducen en las gentes de la Meseta

occidental la asimilación de las creencias asociadas a esas imágenes de la *koiné* orientalizante, al menos en su enunciado originario, aun así –digo– los ecos del Mediterráneo se escuchan en el lenguaje cultural de los vettones. He aquí esta exposición.

1. Álvarez-Sanchís, 1999; 2003a; 2006; Sánchez-Moreno, 2000; Almagro Gorbea et alii, 2001; Salinas, 2001a; Ruiz Zapatero (e. p.).
2. Salinas, 1982; 2001b; Sánchez-Moreno, 1997a; Marco, 2001.
3. Marco, 1996.
4. Álvarez-Sanchís, 2003b.
5. García Alonso, 2001; Luján (e. p.).
6. Sánchez-Moreno, 2000: 42, 203-205.
7. Madruga y Salas, 1995; Olivares, 1999; 2002.
8. Pedrero, 2001.
9. Villar, 1996; Prósper, 2002.
10. García Quintela y González, 2005.
11. Marco, 1999a.
12. Marco, 1994: 338; 2001: 282.
13. García Fernández-Albalat, 2000.
14. In extenso Olivares, 2002.
15. Olivares, 2002: 247-248.
16. Abascal, 1995.
17. Fernández Gómez, 1986: 879-905.
18. Schattner et alii, 2006.
19. Knapp, 1992: 86-98.
20. Sánchez-Moreno, 1997b: 135-136; (e. p.).
21. D'Encarnação, 1993; Marco, 1996.
22. Salas et alii, 1983; Beltrán, 2001-02.
23. García-Bellido, 2001.
24. Bonnaud, 2004.
25. Álvarez-Sanchís, 1999: 101-130; 2003a: 201-245; Sánchez-Moreno, 2000: 45-87.
26. Marco, 1999b.
27. García Quintela, 1992; 1999: 229-251.
28. Tovar, 1985; Prósper, 1999.
29. Alföldy, 1997; Rodríguez Colmenero, 1999.
30. Álvarez-Sanchís, 1999: 310.
31. En sus inmediaciones se sitúa otra estructura cultural, una sauna rupestre relacionada con ritos de iniciación guerrera similar a las pedras formosas del Noroeste; Almagro-Gorbea y Álvarez-Sanchís, 1993.
32. Benito y Grande, 2000; Almagro-Gorbea y Jiménez Ávila, 2002.
33. Marco, 1999a.
34. Berrocal, 1994.
35. Kurtz, 1982.
36. García Quintela, 1999: 243-255.
37. Baquedano y Martín Escorza, 1998.
38. Álvarez-Sanchís, 1999: 215-294; 2003a: 55-63; Sánchez-Moreno, 2000: 138-146.
39. Álvarez-Sanchís, 1998.
40. Martín Valls y Pérez, 2004.
41. López Monteagudo, 1989: 125-138.
42. Martín Valls y Pérez, 1976.
43. Cabré Herreros, 1952; Barril, 1996.
44. Barril, 2005a: catálogo, 176-177, n.º 42.
45. En último lugar: Barril, 2005a: catálogo, 128, n.º 25.
46. En último lugar: Barril, 2005a: catálogo, 171, n.º 43.
47. Kurtz, 1980.
48. Fernández Gómez, 1996: 729-730.
49. Baquedano, 1990: 284-285.
50. Sánchez-Moreno, 1998.

creencias compartidas

fichas catalográficas



Institución Gran Duque de Alba



Relieve de Mogón

Piedra caliza

Alt. 72 cm; anch. 68 cm; grosor 20 cm

Los Castellones, Mogón (Villacarrillo, Jaén)

Ibérico. Siglos V-IV a. C.

Museo de Jaén

Inv. 1766

Relieve labrado en bloque rectangular de piedra caliza blanquecina con una representación rebajada en relación al marco. Un personaje en pie, vestido con túnica corta ceñida con ancho cinturón levanta los brazos para tocar los hocicos de dos caballos rampantes, adaptados al tamaño humano. Estos están levantados sobre sus patas posteriores y son representados sin atalajes. Las patas anteriores se doblan y tocan los laterales del personaje. Las orejas son puntiagudas y se adaptan al listel del bloque. La superficie está muy erosionada por lo que las cabezas de los animales y el personaje han perdido en definición.

Es, sin duda, un «Señor» o divinidad de caballos que es representado de manera antropomorfa en un momento de un rito que bien podría ser de fecundidad y de dominio o un mito de surgimiento.

Se conocen otros ejemplos parecidos dentro de la plástica ibérica, como son los casos de Sagunto, Villaricos, Caravaca o Alcoy, lo que demuestra la difusión de un culto común en torno al caballo. En 1997 otros investigadores como Marín Ceballos y Padilla Monge han planteado la asociación de estos relieves a elementos para acotar territorios de dehesas de caballos con la presentación de un mapa de difusión de los mismos.

Almagro-Gorbea, 1977; García y Bellido, 1932; Jiménez, 2002; Jiménez, 2005; Riaño, 1899.

JLCh



Colgante

Bronce
 Alt. 3,55 cm; anch. 2,6 cm
 La Bastida de les Alcusses
 (Moixent, Valencia),
 departamento 14
 Ibérico. Siglo IV a. C.
 Museo de Prehistoria de Valencia
 Inv. 1162

Colgante

Bronce
 Alt. 3,55 cm; anch. 2,6 cm
 La Bastida de les Alcusses
 (Moixent, Valencia)
 Ibérico. Siglo IV a. C.
 Museo de Prehistoria de Valencia
 Inv. 1475

Colgante

Bronce
 Alt. 3 cm; anch. 2,4 cm
 Necrópolis de La Osera
 (Chamartín, Ávila), zona II,
 sepultura 371
 Vettón. Siglo IV a. C.
 Museo Arqueológico Nacional.
 Madrid
 MAN 1986/81/II/371/2

Estos colgantes representan un personaje con brazos y piernas extendidos hacia los vértices de un cuadro que lo enmarca. La figura, sin atributos sexuales, ha sido identificada con la imagen de Despotas Hippon, señora de los caballos, pues elevaría las manos hacia dos caballos enfrentados, siguiendo un esquema compositivo difundido en la Antigüedad. Otras propuestas verían en esta representación a Epona, diosa de la fertilidad en el mundo celta, al dios Bes o una imagen solar.

Al margen de estas interpretaciones, su distribución peninsular plantea la existencia, en torno al siglo IV a. C., de ciertas relaciones de intercambio entre la Meseta y el ámbito mediterráneo ibérico, especialmente con el área contestana, sin establecer por ello percepciones y usos iguales en una y otra zona. Si aquí este tipo de colgantes estuvo vinculado a grupos de poder como se desprende de su presencia en la única tumba del Puntal de Salinas con armamento y bocado de caballo, o en la propia Bastida de les Alcusses junto a ajuar también relacionados con el guerrero o caballero, entre otros, la pieza de La Osera, en cambio, se halló en una tumba sin panoplia y constituye el único elemento de ajuar. Esta divergencia invita a pensar que en cada caso fue recontextualizada según lecturas del objeto y de lo representado diferentes, siguiendo la lógica interna de los grupos locales.

Baquedano, 1990: 283; Baquedano, 1996: 81; Barril, 1996: 186; Fletcher, 1974: 130; Sala y Hernández, 1998: 239.

JV-FS



Vaso ornitomorfo

Cerámica

Alt. 12 cm; long. 15 cm; grosor 7 cm

Necrópolis del Puig des Molins (Ibiza)

Púnico. Siglos V-III a. C.

Museo Arqueológico Nacional. Madrid

MAN 1923/60/278

Vaso ornitomorfo

Cerámica

Alt. 11,2 cm; long. 19 cm

El Amarejo (Bonete, Albacete)

Ibérico. Siglo III a. C.

Museo de Albacete

Inv. 5807

Los vasos zoomorfos constituyen un grupo variopinto a lo largo de todo el Mediterráneo, en cuyo extremo oriental están documentados ya desde la Edad del Bronce. Por lo que se refiere específicamente a los vasos ornitomorfos –en forma de pájaro, interpretados como representaciones de palomas– son conocidos en Chipre y en el mundo griego, aunque resultan característicos del ámbito púnico, con numerosos ejemplares hallados en Cartago y el norte de África, y muy especialmente en la gran necrópolis ibicenca del Puig des Molins, a partir del siglo V a. C.

Del mundo púnico tomarían la forma y posiblemente el significado los iberos, quizás mediando también influencias griegas. Pero, si el parecido es innegable, existen diferencias tipológicas lo suficientemente notables como para hacer evidente un proceso de transformación entre el modelo colonial y el desarrollo ibérico.

No menos importante es la diversidad de los contextos en los que aparecen. En Cartago, Ibiza y el resto de la cultura púnica se trata siempre de ofrendas funerarias, de simbología compleja, en la que se ha querido ver el reflejo de la diosa Tanit. En el mundo ibérico, por el contrario, los hallazgos se reparten entre poblados, necrópolis y lugares sacros, aportando un matiz sin duda diferente. En el caso de la paloma de El Amarejo, que aquí se exhibe, fue hallada en una habitación que parecía cumplir la función de tienda o almacén de cerámica, por lo que su destino final podría haber sido cualquiera de los contextos antes citados.

Broncano y Blázquez, 1985: 251-252, fig. 141, lám. XXVII; Cintas, 1950: 496, figs. 25-26, lám. LIV; Fernández, 1992: 71-73; Gómez y Pérez, 2004: 37-44, figs. 5-6; Rodero, 1980: 77, fig. 27-1, lám. 10.

EGD



Vaso ornitomorfo

Cerámica

Alt. 7,1 cm; long. 15,3 cm; prof. 6,1 cm; Ø boca 2,9 cm

Necrópolis de Las Cogotas (Cardenosa, Ávila), sepultura 161

Vettón. Siglo IV a. C.

Museo Arqueológico Nacional. Madrid

MAN 1989/24/681

Fíbula zoomorfa con paloma

Bronce

Alt. 3,2 cm; long. 3,9 cm; grosor 2,9 cm

Necrópolis de La Osera (Chamartín, Ávila), zona III, sepultura 443

Vettón. Siglo III a. C.

Museo Arqueológico Nacional. Madrid

MAN 1986/81/III/443/1

La representación de aves sobre cualquier soporte en época prerromana se relaciona, tanto en la tradición mediterránea como en la céltica, con distintos rituales de fertilidad o de paso al Más Allá, entre otros; no obstante, cada área las adaptaría a sus propias tradiciones. Un ejemplo es el askos ornitomorfo de una sepultura de Cogotas, de cuerpo ovoide y pequeña cabeza ganchuda, con un cilindro hueco sobre el lomo, a modo de embudo para introducir un líquido y una perforación en la punta de la cola para verterlo. Constituía el único ajuar de la sepultura 161, aunque pudo ser parte de la sepultura 160, en la que se documentó una vasija de barro negro fino globular.

El vaso se ha fabricado mediante dos partes moldeadas de unión defectuosa en la zona de la cabeza. Sigue modelos originarios púnicos con la intermediación ibérica, aunque en su factura se asemeja más al celtibérico conocido en Aguilar de Anguita (Guadalajara) que a los ibéricos. Ambos tienen en común la ausencia de pintura, su factura tosca en cerámica granulada y poco cocida y un alto pie anular que forma parte del cuerpo del ave en vez de las patas aplicadas o el pie anular también aplicado de los vasos púnicos e ibéricos, por lo que aunque se habla de ellos como importaciones desde el ámbito ibérico, puede plantearse el que fuesen imitaciones o encargos. Este vaso para rituales de libaciones también se ha propuesto que fuese una lucerna debido a que presenta zonas quemadas, pero éstas son externas. No podemos asegurar a qué ave representan, aunque en los ibéricos se identifican como palomas y asociados al culto a una diosa femenina.

El otro elemento en forma de ave es la fíbula derivada del tipo La Tène III que se ha considerado una paloma, a la que en el mundo céltico se le otorgaban propiedades curativas. El ave tiene los ojos muy marcados y varias líneas transversales compartimentando su cuerpo. Este tipo de fíbulas zoomorfas es más frecuente en los ámbitos meseteños –donde se especula con que pudieran indicar agrupaciones estamentarias– que en los ibéricos, aunque sí aparecen cabezas de ave como remate de pies de fíbulas en modelos algo más antiguos.

Álvarez-Sanchís, 2003: 204; Barril, 1996: 190-192, fig. 99; Cabré, 1932: 49, lám. LIV-I.

MBV



Vaso caliciforme

Cerámica a torno
Alt. 7,5 cm; Ø base 4,7 cm; Ø boca 9,6 cm
Santuario del Cerro de los Santos
(Montealegre del Castillo, Albacete)
Ibérico. Siglos III-II a. C.
Museo Arqueológico Nacional.
Madrid
MAN 14727

Vaso caliciforme

Cerámica a torno
Alt. 11,5 cm; Ø base 4,8 cm; Ø boca 9,3 cm
Necrópolis del Cerro del Real
(Galera, Granada), zona III,
sepultura 146
Ibérico. Mediados del siglo IV
a. C.–mediados del siglo III a. C.
Museo Arqueológico Nacional.
Madrid
MAN 1979/70/Gal/146/1

Vaso caliciforme

Cerámica a torno
Alt. 9,5 cm; Ø base 2,9 cm;
Ø boca: 7,2 cm
Necrópolis del Cerro del Real
(Galera, Granada), sin contexto
Ibérico. Mediados del siglo IV
a. C.–mediados del siglo III a. C.
Museo Arqueológico Nacional.
Madrid
MAN 1979/70/Gal/41

Constituyen una tipología derivada de los vasos à *chardon* fenicios y se encuentra muy difundida en todo el ámbito ibérico, desde Cataluña hasta la Baja Andalucía. Aunque aparece en todos los contextos culturales, tradicionalmente se ha considerado una forma muy característica de los santuarios, donde es muy abundante; sin embargo, en las necrópolis su presencia suele ser escasa.

Las tres piezas seleccionadas pertenecen al ámbito ibérico, aunque fueron encontradas en contextos y zonas geográficas diferentes. Una de ellas procede de un santuario del sureste, presenta dimensiones más reducidas y sin decoración, las otras dos fueron halladas en una necrópolis andaluza, una de ellas formando parte del ajuar de una tumba y la otra entre el material sin contexto; ambos ejemplares son de mayor tamaño que la pieza anterior y presentan decoración pictórica en rojo con motivos geométricos y vegetales, todas ellas están realizadas a torno.

Son numerosas las interpretaciones que se han dado acerca del uso de estos recipientes; aunque generalmente eran utilizados como vasos para beber, su abundancia en los lugares de culto ha llevado a considerarlos como un objeto sagrado ligado a rituales que allí se celebraban sobre todo con el de la libación, también como portadores de ofrendas tanto de líquidos como de alimentos; esta tesis estaría avalada por las numerosas representaciones escultóricas femeninas portando un vaso entre las manos cuya tipología se ha identificado con los caliciformes, o bien han sido considerados ellos mismos como una ofrenda propiamente dicha. Actualmente se apunta la posibilidad de que fuesen utilizados como lamparillas votivas.

En el caso de las necrópolis su funcionalidad no es tan clara y, aunque algunos han aparecido en el interior de las tumbas, no son pocos los caliciformes que aparecen fuera de ellas. Aunque algunos estudiosos han apuntado una posible función como urna cineraria, ésta sería excepcional y únicamente estaría justificada en el caso de enterramientos infantiles, como el documentado en la tumba 154 de El Cigarralejo.

Dentro de los contextos funerarios no se descarta su uso como contenedor de ofrendas a los difuntos y también se ha visto una utilidad como «cajitas» para guardar productos tales como la sal, e incluso una simple función decorativa.

Cuadrado, 1987: 313-314, fig. 129-3; Martínez, 1992: 271-274; Pereira et alii, 2004: 144-145, fig. 87-3; Sánchez, 2002: 109-116 y 141-142; Valenciano, 2000: 229.

EMM



Tres catinos

Cerámica a mano
 Alt. 4 cm; Ø 10,3, 9,2 y 9 cm
 Necrópolis de La Osera (Ávila), zona VI, sepultura 160
 Vettón. Siglos V-III a. C.
 Museo Arqueológico Nacional. Madrid
 MAN 1986/81/VI/160/1 a 3

Pátera ática

Cerámica a torno
 Alt. 3,1 cm; Ø 7,3 cm
 Necrópolis de La Osera (Ávila), zona V, sepultura 1090
 Vettón. Siglo IV a. C.
 Museo Arqueológico Nacional. Madrid
 MAN 1986/81/V/1090/1

Pátera ática

Cerámica a torno
 Alt. 3,3 cm; Ø 7 cm
 Necrópolis de Galera (Granada)
 Ibérico. Siglo IV a. C.
 Museo Arqueológico Nacional. Madrid
 MAN 1979/70/Gal/16

Pátera ática

Cerámica a torno
 Alt. 3 cm; Ø 7,3 cm
 Necrópolis de Orán
 Norteafricano. Siglo IV a. C.
 Museo Arqueológico Nacional. Madrid
 MAN 1934/112/115

Entre los pequeños vasos, genéricamente denominados de ofrendas, que abundan en las necrópolis vettonas podemos encontrar múltiples variantes, que incluyen piezas decoradas a mano y otras realizadas a torno (véase el núm. 28 de este catálogo). En los extremos de esa diversidad se encuentran, por una parte, los sencillos «catinos» o cuencos troncocónicos lisos realizados a mano, que tanto en Las Cogotas como en La Osera pueden aparecer, en diferentes tamaños, incluso como único ajuar de la sepultura. Por otra, las pequeñas páteras áticas de barniz negro, piezas importadas que, a pesar de su humilde apariencia, constituyen un elemento de cierto lujo, pues son muy escasas las muestras de estos productos mediterráneos tan al interior, llegando a alcanzar excepcionalmente zonas aún más septentrionales de la Meseta. Como se puede apreciar, son idénticas a las encontradas en yacimientos ibéricos, a través de los cuales indudablemente alcanzaron el área abulense. Sin embargo, no se puede hablar propiamente de un comercio de este tipo de vasos hacia el interior, sino de la presencia esporádica de un tipo de piezas que se trasladaron seguramente como producto residual en el marco de otro tipo de intercambios de mayor volumen o trascendencia.

En ambos casos su presencia en el ámbito funerario, probablemente con ese carácter de contenedores de ofrendas al difunto, quizás incluso susceptibles de haber tenido un uso cotidiano previo, nos lleva a establecer un paralelismo entre las humildes producciones manufacturadas localmente y estas exóticas piezas foráneas, que apenas aparecen en tres o cuatro sepulturas de los más de dos millares de La Osera.

Cabré y Motos, 1920; Cabré, Cabré y Molinero, 1950; Pereira et alii, 2004; Santos, 1983; Sanz y Campano, 1987.

EGD



Cajita

Cerámica

Alt. máx. 15,5 cm; Ø base: 5,5 cm; Ø boca: 7,5 cm; alt. tapadera 6 cm; Ø tapadera: 9,4 cm

Necrópolis de Toya (Peal de Becerro, Jaén)

Ibérico. Segunda mitad siglo IV a. C.

Museo Arqueológico Nacional. Madrid

MAN 1986/149/9

Presenta una tipología singular y sin precedentes dentro de la cerámica ibérica. Fue encontrada en la necrópolis de Toya en donde existe otra cajita similar. Al desconocer el contexto al que pertenecían no podemos confirmar ni el tipo de tumba en la que fueron encontradas, ni si ambas formaban parte del mismo enterramiento.

Descriptivamente se caracteriza por tener perfil bitroncocónico, con pie y tapadera. En la decoración aparecen combinados, por un lado, los característicos motivos geométricos pintados en color rojo vinoso de la cerámica ibérica andaluza y, por otro, decoración excisa de rombos entre aspás. El elemento más característico lo constituye la figura de ave que remata la tapadera a manera de asa, motivo decorativo frecuente en todo el ámbito mediterráneo y que en la Península Ibérica encontramos ya en el mundo orientalizante en piezas de la importancia de las arracadas del tesoro de Aliseda. En el periodo ibérico el paralelo más claro lo constituye un ejemplar similar aunque de factura mucho más tosca, descubierto en La Serreta de Alcoy (Alicante); tampoco es difícil encontrar este motivo en otras manifestaciones culturales de este periodo como exvotos en bronce que representan figuras femeninas oferentes que llevan un ave.

Formalmente ha sido interpretada como una imitación, o, mejor aún, una reelaboración por parte del artesano ibérico de una forma de cerámica griega, concretamente de las píxides. En cuanto a su funcionalidad, existen diferentes hipótesis para estos recipientes, algunas de ellas basadas en la decoración en la que aparecen combinados los motivos de semicírculos con el ave en los que se ha querido ver una simbología floral vinculada a su vez a una divinidad femenina. También por sus pequeñas dimensiones se ha interpretado como un elemento del ajuar femenino, basándose para esta tesis en las representaciones de la escultura en piedra y de una manera más concreta en las figuras femeninas oferentes, ya que todas portan vasos en las ceremonias que se desarrollaban en el santuario. A este respecto se ha querido ver el importante papel de la mujer en el desarrollo de la vida del santuario, al que asistiría no solo como oferente, sino que se contempla la posibilidad de la existencia de una mujer «oficiante» o «sacerdotisa» de esas ceremonias y en base a esta posibilidad Olmos ha interpretado estos recipientes como contenedores de plantas o esencias utilizadas en las ceremonias religiosas.

Chapa y Madrigal, 1997: 187-203; García y Bellido, 1947: 264, fig. 305; García y Bellido, 1976: 602; García y Bellido, 1980: fig. 135; Olmos, 1992: 119; Pereira, 1999: 15-29.

EMM



Broche de cinturón (placa macho)

Bronce, plata y hierro
 Alt. 7,8 cm; anch. 9 cm
 Necrópolis de La Osera (Chamartin, Ávila), zona IV, sepultura 551
 Vettón. Siglo IV a. C.
 Museo Arqueológico Nacional. Madrid
 MAN 1986/81/IV/551/1

Broche de cinturón (placa macho)

Bronce, plata y hierro
 Alt. 7 cm; anch. 9,4 cm
 Necrópolis del Cerro del Real (Galera, Granada), tumba 11
 Ibérico. Siglo IV a. C.
 Museo Arqueológico Nacional. Madrid
 MAN 1979/70/Gal/T.11/1

Estos broches de cinturón de «tipo ibérico», hallados en una sepultura vettona y en otra ibérica, son de placa cuadrangular con ancho garfio con decoración grabada rellena de plata mediante damasquinado y remaches de hierro.

En necrópolis, estos broches se vinculan usualmente a ajuares de guerreros, y así éste de la sepultura 551 de La Osera se halló junto a un pendiente de oro amovible y armas de tipología ibérica, seguramente importadas —una falcata y una manilla de escudo—; un equipo equivalente al que lleva uno de los guerreros del sillar de esquina del monumento de Osuna. Su exhibición demostraría el estatus de prestigio de su portador, ya que también los llevan algunas de las esculturas de guerrero de Porcuna y muchas pequeñas figuras de exvotos en bronce. Pero también los llevaban personajes femeninos ibéricos en actos rituales, como muestra la flautista de Osuna, y a este respecto debemos indicar que el broche de Galera (Tutugi) apareció en la tumba 11, junto a una cerámica importada griega, lo que refleja el nivel social del difunto (véase núm. 30).

Por otro lado, los motivos de estos dos broches, distribuidos de forma simétrica, se consideran de origen mediterráneo, adaptados y modificados también por la cultura laténica, y se les ha asignado tradicionalmente un simbolismo apotropaico, es decir, protector. Son series de postas, roleos y 'S' contrapuestas en el de Galera, y dobles 'S' contrapuestas en torno a un escaleriforme, relleno con aspas grabadas y enmarcada por línea grabada en zigzag en el de la sepultura 551 de La Osera. En este caso, el conjunto podría decirse que tiene un cierto aire arquitectónico. Dentro de los posibles significados rituales de los temas representados, aplicamos una interesante propuesta de Kruta quien aprecia en la disposición simétrica de roleos y 'SS' (como esquematizaciones vegetales) una representación del árbol de la vida, de fuerte simbolismo en todo el Mediterráneo, y también la de Martínez Quirce, quien propone que la doble espiral tumbada de la jarrita celtibérica de Ocenilla y su situación simétrica al guerrero en ella pintado sería el vínculo entre el referente social terrenal (el personaje) y el imaginario ideológico (heroificación en el Más Allá), y que esta interpretación sería extrapolable a los broches de La Osera.

Barril, 1996: 192-193; Cabré, 1937: 101, lám. VII, n.º 17 y 106, lám. XII, n.º 31; Kruta, 1986: 20; Martínez, 1996: 173.

MBV

perspectivas ante el más allá

 Institución Gran Duque de Alba



Vista actual de la necrópolis de La Osera con la muralla del castro de Chamartín al fondo (foto: M. Barril).

Las sociedades prerromanas tenían una profunda creencia en el Más Allá y en que la vida ultraterrena debía ser un reflejo de su estatus en vida, por lo que los rituales funerarios eran a la par un acto religioso y social a la vista de sus familiares y conciudadanos. El ritual comenzaba con el acicalamiento del cadáver, a continuación se cremaba recogiendo los restos óseos en urnas cinerarias, que en el caso de los personajes de mayor relevancia podían ser cráteras griegas en el ámbito ibérico o recipientes metálicos en el vetton, siendo finalmente enterrados rodeados de algunas de sus posesiones más preciadas.

Entre iberos y vettones se observan semejanzas en los rituales, pero una distinta puesta en escena y visibilidad de los enterramientos. En las necrópolis ibéricas se podían levantar monumentos o excavar cámaras subterráneas cubiertas por túmulos y señaladas por esculturas. En el ámbito vetton las necrópolis se organizaban en zonas destinadas a grupos familiares o gentilicios que usarían el mismo lugar durante varias generaciones y que muestran las tumbas principales destacadas mediante túmulos de piedra. Sin embargo, en ambas culturas la mayoría de la población era sepultada en simples fosas excavadas en el suelo.



Institución Gran Duque de Alba

perspectivas ante el más allá: las necrópolis ibéricas

Juan Pereira Sieso

Universidad de Castilla-La Mancha - Toledo

Entre las distintas manifestaciones culturales de los pueblos ibéricos, los cementerios o necrópolis constituyen una de las principales fuentes de información para la reconstrucción de distintos aspectos de la sociedad ibérica. Desde el punto de vista de la valoración del registro arqueológico tradicionalmente las necrópolis en general, y las de los territorios ibéricos en particular, eran de gran interés para los investigadores debido a las siguientes características: las tumbas por lo general son construidas con una cierta voluntad de durabilidad por lo que contribuyen a la conservación de los restos depositados en su interior, los conjuntos de materiales que integran sus ajuares suelen ser de una cierta calidad y permiten obtener cronologías, y por último son los contextos donde podemos encontrar de manera sistemática restos antropológicos a partir de los cuales podemos aproximarnos desde un punto de vista descriptivo a las características demográficas de las comunidades que se enterraron. Sin embargo, en la interpretación tradicional de la cultura ibérica estos conjuntos funerarios eran valorados como irrelevantes para conocer la estructura básica de la sociedad.

Sin embargo, las propuestas de la Arqueología Procesual, en lo que se vino a definir por los investigadores *Arqueología de la Muerte*, abrieron nuevas líneas de trabajo e interpretación al considerar que los datos funerarios no son caprichosos o inocentes, sino que traslucen de forma especular, aunque incompleta, la sociedad que los genera. En general se puede afirmar que las nuevas orientaciones de la investigación dieron un impulso notable a los estudios sobre el mundo funerario, en este caso concreto el de los pueblos ibéricos, con las nuevas aportaciones en la metodología y diseño de las excavaciones, así como en el análisis y comparación de los resultados obtenidos, bajo criterios previamente explicados¹. La asunción de las críticas a las primeras propuestas de interpretación, con el reconocimiento de la presencia en el registro funerario de elementos simbólicos que se manipulan desde la propia sociedad, por un lado, y la constatación de la existencia de criterios de selección para los objetos de la esfera cotidiana y los de la esfera funeraria, por otro, permiten en este momento que las propuestas de reconstrucción del mundo funerario de los pueblos ibéricos delimiten con mayor precisión las características de su sociedad².

A partir del registro arqueológico conocemos en distintos grados el conjunto de ceremonias y rituales que suponía el entierro de un integrante de la sociedad ibérica según su categoría y estatus³. En primer lugar, y como en otras culturas del Mediterráneo, podemos suponer que una vez ocurrida la muerte se procedería a la exposición del cadáver, ataviado con sus mejores galas y objetos personales. Tras

esta ceremonia se procedería al traslado del cuerpo al recinto funerario. La relativa cercanía a los asentamientos de las necrópolis, para cuya ubicación se elegían terrenos visibles desde el hábitat, cerca de las vías de comunicación, y con frecuencia improductivos, facilitaba la tarea del transporte del cuerpo al cementerio, bien a fuerza de brazos o con el concurso de algún medio de transporte, como las ruedas encontradas en la cámara de Toya que se interpretaron que habían pertenecido al carro con el que se transportaban los cadáveres a la necrópolis.

Una vez llegado el cuerpo a la necrópolis tenía lugar una de las principales ceremonias funerarias, ya que identificaba no solo a la cultura ibérica sino que también indicaba la pertenencia o no a la comunidad del difunto: la cremación del cadáver. La pira funeraria, que podía ser tanto de uso individual como colectivo, se erigía sobre una fosa de planta rectangular, acumulando troncos y arbustos, sobre los que se colocaba el cadáver. Se han podido identificar los árboles empleados como combustible en algunos casos, como en la de Saus de Mogente donde se usó coscoja y pino carrasco, la de Céal (Jaén) donde se utilizó fresno y pino, o la de Palomar de Pintado (Toledo) donde, a pesar de localizarse en un entorno lacustre, se utilizó como combustible madera de encina. Con este combustible se conseguían temperaturas superiores a los 600° que proporcionan a los restos óseos un color característico —«blanco de calcinación»—, si bien la cremación rara vez era homogénea ya que se trata de estructuras abiertas y sometidas a las condiciones ambientales, lo que produce combustiones irregulares⁴. Una vez concluida la cremación sobre la fosa, que los arqueólogos denominamos *ustrinum* o «quemadero», quedaba una capa de cenizas humeantes de las que se extraían los huesos cremados para depositarlos habitualmente en el interior de distintos tipos de recipientes cerámicos o en cajas de piedra decoradas como ocurre en el alto Guadalquivir⁵, cuando no eran lavados o incluso triturados antes de su depósito. La extracción de los huesos podía hacerse más o menos sistemáticamente, lo que ha permitido que en ocasiones, al excavar algunos de estos quemaderos, se hayan podido documentar no solo conjuntos de restos óseos suficientemente representativos⁶, sino también restos metálicos de pequeño tamaño pertenecientes a los adornos de la vestimenta del difunto⁷.

Si bien era predominante el ritual de la cremación en las necrópolis ibéricas, en algunas de ellas se han encontrado restos humanos inhumados, que en su mayoría se corresponden con niños recién nacidos o de muy corta edad. El diferente ritual empleado se interpreta como una manifestación simbólica de que no eran considerados de manera completa como integrantes de la comunidad por un lado⁸ y al mismo tiempo estaban vinculados en el plano afectivo familiar; en este sentido se interpreta en la necrópolis de Céal una inhumación de este tipo adosada a un *ustrinum* donde se documentaron los restos de una mujer joven⁹.

Los resultados de los trabajos arqueológicos en las necrópolis ibéricas muestran la existencia de áreas de combustión de distribución irregular, que no se corresponden con la cremación del cadáver. Estos fuegos pueden corresponder a otras actividades como iluminación, banquete funerario de los asistentes o incluso para quemar esencias, según se deduce de la presencia de los pequeños recipientes policromos de vidrio que se usaban para guardar los perfumes de la época.

Una vez guardados los huesos cremados y las cenizas en los recipientes funerarios, éstos se depositaban en el interior de la tumba. En ocasiones éste era el momento en el que se realizaba un banquete o libación funeraria donde participarían los

asistentes al sepelio y también de manera simbólica el propio difunto. Las evidencias de estas ceremonias las integran restos de alimentos vegetales y de consumo de carne de cerdo, oveja, buey o incluso huevos como ocurre en El Molar¹⁰, o como en el caso de la necrópolis de Los Villares de Hoya Gonzalo (Albacete), donde se encontró adosado a la tumba n.º 20 un espectacular depósito de vasos griegos como cráteras, cuencos, lecitos, jarritas que integraban un *silicernium*, o acumulación de objetos usados con toda seguridad en la libación u ofrenda de líquidos en honor del difunto¹¹.

Si algo caracteriza el repertorio de tumbas ibéricas es la enorme variabilidad formal de las mismas, que comprende desde las más sencillas en hoyo, foso o cista, pasando por las estructuras tumulares, las cámaras hipogeas construidas con mampostería de piedra o con adobes y los monumentos turriformes. Estas estructuras se combinan con lo que los investigadores denominan programas formales y decorativos, en los que aparecen pilares-estela, plataformas decoradas, esculturas exentas y distintos tipos de estructuras monumentales¹². Este tipo de estructuras funerarias se distribuyen de manera irregular en el espacio funerario de la necrópolis, propiciando en ocasiones superposiciones que se interpretan como la reserva para un determinado grupo de un espacio de por sí restringido y en el que a partir de los estudios demográficos realizados en distintas necrópolis, como El Cigarralejo, Pozo Moro, Cabezo Lucero o Corral de Saus, no todo el mundo tenía posibilidad de ser enterrado. Esta característica explica también la existencia de enterramientos múltiples¹³ que en ocasiones se convertían en auténticos panteones familiares, como el descubierto en el Cerro Largo de Baza¹⁴ en el inicio del siglo XIX o las cámaras que caracterizan el mundo funerario de la Alta Andalucía como las de Toya y Galera¹⁵.

Cabría señalar, en último lugar, para las tumbas ibéricas la organización espacial de su interior, que documentamos no solo en las estructuras más complejas que adoptan una distribución que recuerda a las casas, con habitaciones, pasillos, bancos y vasares; sino también en las más sencillas donde se intenta la distribución de los distintos depósitos y se regulariza el interior mediante un enfoscado de yeso. El depósito del recipiente funerario con los restos del difunto en el interior de la tumba solía ser acompañado de una serie de objetos, en ocasiones excepcional por la calidad y cantidad de los mismos, que integran el llamado ajuar funerario. Los elementos integrantes del ajuar funerario suelen ser vasos cerámicos entre los que destacan los procedentes del comercio griego, armas de hierro, en ocasiones correspondientes a panoplias completas, objetos o recipientes de bronce, ofrendas de tipo alimenticio en forma de comida o bebida, o incluso representaciones de tipo sacro como la imagen de alabastro de la Dama de Galera (*fig. 1*). Los elementos de joyería que suelen aparecer se inscriben en los elementos de uso personal del difunto y suelen aparecer mezclados con sus restos en el interior del recipiente funerario. No hay grandes concentraciones de metales preciosos en las tumbas ibéricas. La riqueza



Figura 1.- Ajuar de la tumba n.º 20 de Galera (Museo Arqueológico Nacional. Madrid, foto: E. Sáez de Santamaría).

en oro y plata que nos transmiten las fuentes, las vajillas de plata documentadas en los poblados, las joyas que adornan profusamente a las damas de la aristocracia ibérica, no se depositan en las tumbas, constituyen elementos de la esfera familiar y no individual, que se transmiten por herencia¹⁶.

En la actualidad el estudio de los ajuares permite ir más allá de las primeras identificaciones de la personalidad social del difunto –guerrero de infantería o caballería, artesano¹⁷, ganadero, etc.– basadas en un primer análisis de los elementos que los integraban. La combinación de su funcionalidad, abundancia o escasez, su carácter local o importado, la exclusividad por la materia prima y/o la tecnología utilizada para su fabricación¹⁸, y las asociaciones de distintos elementos con la identificación del sexo del difunto¹⁹ y la distribución topográfica de las tumbas²⁰ permiten no solo la identificación de nuevos papeles sociales como el sacerdocio²¹, sino también como la jerarquización de ajuares y tumbas que ordenan el espacio de las necrópolis según las jerarquías sociales del mundo ibérico.



Figura.2.- Dama de Baza y ajuar funerario (fotos: Museo Arqueológico Nacional. Madrid).

Esta jerarquía social se transmite también desde los inicios de la cultura ibérica a partir de la iconografía²², que en el caso de las necrópolis se transmite a partir de dos niveles de lectura. El primero comprendería el lenguaje de imágenes cuyo soporte formado por vasos de calidad, bronce o esculturas, configuran los ajuares funerarios y que cumplían su función durante el sepelio, para después permanecer invisibles para el resto de la comunidad. El ejemplo emblemático sería la Dama de Baza (fig. 2), escultura policromada que presidía la tumba del personaje femenino para el que fue destinado, cuyas cenizas se depositaron en una oquedad lateral practicada en la propia escultura convertida también en recipiente funerario. El personaje enterrado refuerza el poder de la clase aristocrática a la que pertenece mediante su acercamiento a la divinidad²³. El segundo nivel de lectura corresponde a tumbas monumentales que, dentro de su variabilidad formal, se caracterizan por su ubicación con voluntad de convertirse en referencias visuales en el territorio circundante y

porque suelen integrar esculturas y relieves de figuras humanas, animales y monstruos en su programa iconográfico. En tres casos podemos ejemplarizar este tipo de tumbas. El primero corresponde al monumento turriforme de Pozo Moro²⁴. Localizado en la provincia de Albacete, consiste en una torre de sillares de piedra, erigida sobre una tumba de incineración fechada hacia el 500 a. C. La torre, que presenta una base escalonada, presenta en las cuatro esquinas del cuerpo principal cuatro esculturas de leones que con las fauces abiertas parecen proteger el monumento (fig. 3). Sobre los

sillares del cuerpo central se desarrolla toda una serie de relieves de estilo oriental que parecen narrar una compleja historia que se asociaría al papel desempeñado por el personaje enterrado.

En el segundo caso la estructura básica de la tumba se completa con un pilar que sustenta un capitel, decorado con motivos geométricos o figurativos, sobre el que se coloca una escultura de bulto redondo de un león, un toro, o un ser fantástico como la sirena o la esfinge. Este tipo de construcciones funerarias, que se fechan entre el siglo V y el IV a. C., se convierten en uno de los monumentos emblemáticos de la aristocracia ibérica en los territorios de Valencia, Murcia y Alicante²⁵.

El tercer caso se corresponde con la escultura de un guerrero que puede llevar sus armas o bien los atributos del estatus de su clase, como el caso del personaje a caballo de la tumba 18 de la necrópolis de Los Villares de Hoya Gonzalo²⁶.

Desde esta perspectiva el registro arqueológico funerario nos muestra cómo las necrópolis ibéricas eran el soporte iconográfico de un discurso que pretendía justificar los valores de la clase aristocrática de la sociedad ibérica.



Figura 3.- Monumento de Pozo Moro (foto: Museo Arqueológico Nacional. Madrid).

1. Chapa, 2000.
2. Blázquez y Antona, 1992; Chapa, Pereira, Madrigal y Mayoral, 1998.
3. Rafel, 1985; Pereira y Madrigal, 1993.
4. Chapa, Pereira, Madrigal y Mayoral, 1998; Izquierdo, Mayoral, Olmos y Perea, 2004; Pereira, 2001.
5. Olmos, 1982.
6. Chapa, Pereira, Madrigal y Mayoral, 1998; Pereira, 2001.
7. Chapa et alii, 1995.
8. VV.AA., 1989.
9. Chapa, Pereira, Madrigal y Mayoral, 1998.
10. Abad y Sala, 1982.
11. Blázquez, 1992.
12. Izquierdo, 2000.
13. Pereira, Madrigal y Chapa, 1998.
14. Presedo, 1982.
15. Madrigal, 1997; Pereira, Chapa, Madrigal, Uriarte y Mayoral, 2004.
16. Chapa y Pereira, 1991.
17. Uroz, 2006.
18. Quesada, 1989.
19. Uriarte, 2001.
20. Ruiz, Rísquez y Hornos, 1992.
21. Chapa y Madrigal, 1997.

22. Olmos, 1992.
23. Olmos, 1996; Uriarte, 2001.
24. Almagro-Gorbea, 1983.
25. Izquierdo, 2000.
26. Blázquez, 1992.

perspectivas ante el más allá: las necrópolis vettonas

Isabel Baquedano

Museo Nacional de Arte Reina Sofía - Madrid

Los estudios sobre necrópolis vettonas constituyen claros referentes en la investigación, siendo la fuente de información más importante para conocer las sociedades de la II Edad del Hierro. La investigación sobre estos cementerios ha aumentado enormemente en los últimos años; a pesar de ello, todavía faltan retratos sistémicos que expliquen de forma integral cómo era la sociedad que se enterró en estos recintos. Su estudio se convierte en esencial para explicar el sistema cultural de los pueblos que ocuparon esta área.

Disponemos de un material funerario abundante gracias a tres necrópolis de incineración excavadas en la provincia de Ávila: Las Cogotas (1.613 tumbas), La Osera (2.230 tumbas) y el Raso de Candeleda (123 tumbas); en 2003 se localizó la necrópolis del castro de Ulaca que actualmente se halla en fase de excavación y estudio. Por lo que respecta a los cementerios localizados en la provincia de Cáceres –Villasviejas del Tamuja, Coraja de Aldeacentenera, Castillejo de Portaje, Castillejo del Guadiloba, Alconétar, Castillejo de la Orden en Alcántara–, su información comienza a ser trascendente, aunque las referencias que tenemos de materiales y cronología son todavía bastante heterogéneas. Pasamos a describir las principales características de estos cementerios basándonos, principalmente, en los datos que se pueden extraer de las necrópolis, bien conocidas, del área abulense.

1.– Localización topográfica y delimitación del espacio sagrado

Se sitúan contiguas a los asentamientos, frente a las puertas, en la vía de acceso que conduce al interior de los castros (entre 150/500 m de distancia). En la interrelación de estos universos (poblado-vías de comunicación-necrópolis-santuarios), de obligada lectura ideológica, es donde se pondría de relieve el carácter «urbano» de estas poblaciones.

Otra característica de estas necrópolis es su proximidad a corrientes de agua continuas o estacionales, quizás relacionadas con ritos de tránsito. Está acreditado el papel que jugaban en las concepciones célticas de ultratumba el aire, el fuego y el agua.

Sabemos que la necrópolis de La Osera se planificó integralmente con una serie de rituales y conocimientos muy complejos: topográficos, matemáticos, astronómicos, religiosos, etc. (remarcando las principales festividades celtas, ritos de iniciación y clausura relacionados con sacrificios humanos, etc.). Una vez efectuadas estas ceremonias se organizó el espacio funerario en seis zonas separadas por interespacios estériles. Esta ordenación en zonas diferenciadas es común a todos los cementerios vettones, encontrándose también en otras áreas peninsulares. Se ha interpretado tradicionalmente como el reflejo *post mortem* de unidades familiares o gentilicias; ésta podría ser la forma de federación tradicional de estas comunidades protohistóricas.

Todos estos datos nos muestran una planificación integral del cementerio basada en conocimientos y ritos seguramente drúidicos. Las zonas de enterramiento en las que se dividen las necrópolis se señalarían en ese momento; deducimos que su demarcación debió de ser muy estricta y no ampliable (ni en el tiempo ni en el espacio), lo que explicaría la superposición de niveles y la gran concentración de sepulturas (en La Osera la densidad de sepulturas por m² es de 0,22 sepulturas en las zonas I y II; 0,36 en la III y IV; 0,50 en la V y 0,57 en la VI).

2.- El ritual, los lugares de cremación y los tipos de enterramiento

El ritual que podemos rastrear arqueológicamente comenzaría con la cremación del difunto en la pira funeraria. Tras lo cual, sus restos, lavados y seleccionados previamente, se introducían en una urna que se situaba en un agujero fabricado mediante un rebaje, poco profundo, en el suelo natural. Mucho menos frecuente es la aparición de los huesos en recipientes metálicos, o directamente en el suelo; este hecho induce a diversas explicaciones no excluyentes: o bien eran envueltos en ricas telas o bellos recipientes de material perecedero de los que no han quedado restos (en los casos en los que los huesos se mezclan con ajuares opulentos hace presuponer contenedores especiales para las cenizas del difunto), o bien eran individuos «pobres» cuyo enterramiento se limitaba a la deposición de la cremación en un simple hoyo en el cementerio. Además, hay que mencionar la existencia de tumbas sin restos humanos, algunas con cubiertas tumulares como las localizadas en La Osera, que hemos interpretado como *cenotafios*, y algunas tumbas dobles, como la n.º 20 de El Raso donde se localizaron los restos de un guerrero, una mujer y de un probable niño, puesto que apareció entre el ajuar femenino un juguete.

La ubicación del ajuar dentro de la tumba también presenta variaciones, no pudiendo definir cuáles serían las pautas en el momento del rito en el que se seleccionaban los objetos que debían acompañar al difunto en el Más Allá. Aunque sí podemos señalar que normalmente los pequeños objetos de adorno aparecen dentro de la urna cineraria y el armamento y otras vajillas, que pudieron contener ofrendas, se sitúan fuera, alrededor de ella. Algunas piezas presentan indicios de haber acompañado al cadáver durante la cremación y otras de haberse incorporado al ajuar después del suceso. La disposición del armamento es variable: pequeñas piezas de éste se han documentado dentro y fuera de la urna indistintamente, las de mayor envergadura pueden aparecer clavadas verticalmente, en horizontal (debajo o encima de la urna), dobladas e inutilizadas, o no, en el momento de la deposición. Este hecho se ha relacionado con motivaciones rituales vinculadas con su invalidación, aunque no habría que descartar interpretaciones más prosaicas ligadas al espacio disponible en la tumba.

Por lo que respecta a los lugares donde se realizaban las cremaciones no se han documentado y, por tanto, no se han excavado recientemente. Los datos que tenemos se extraen de las publicaciones de Cabré referidas a las necrópolis de La Trasguja y La Osera, respectivamente. En la necrópolis de Las Cogotas se situaría en un espacio intermedio entre la necrópolis y el castro, en una zona de canchales de granito, donde se localizaron huesos calcinados y pequeñas escorias metálicas que se interpretaron como lugares específicos reservados a las incineraciones. En La Osera se señala que al NE de la zona VI se localizaron unos lechos espesos de ceniza con restos de escoria de hierro y huesecillos incinerados que pudiesen tratarse del *ustrinum*, o lugar en el que se efectuaban las cremaciones, que no fue hallado cerca de ninguna zona de la necrópolis. Sí han aparecido en el área celtibérica (Aguilar de Anguita, Horteizuela de Océn y La Olmeda) y en la zona ibérica.

Por otra parte, en La Osera se han localizado varios *bustum*, o quemaderos in situ, (por ejemplo: sepultura 4 de la zona VI en su segundo nivel de ocupación), documentándose también, entre otros lugares, en Alcácer do Sal, en necrópolis celtibéricas y en el área ibérica. En la necrópolis de Cabezo Lucero se ha ilustrado este rito (curiosamente en su segunda fase, a partir del s. IV a. C., igual que en La Osera); sus excavadores lo han interpretado como un ritual marcado por el sexo y la edad del difunto. El guerrero adulto se diferencia del resto de la comunidad por una variación en el ritual.

Los tipos de enterramiento son variados, la mayoría están constituidos por incineraciones simples, en hoyo, sin protección o apenas protegidas por una laja de piedra, un adobe u otra cerámica. Algunas necrópolis como la de Las Cogotas presentan estelas que señalizan varias tumbas. En La Osera las estelas delimitan las zonas de enterramiento con un proceso simbólico y ritual muy complejo. Además, en esta necrópolis, en la de El Raso o en El Mercadillo se han documentado túmulos y/o encanchados tumulares.

El estudio que estamos realizando de La Osera está aportando datos interesantes respecto a la señalización espacial y la evolución cronoestratigráfica de la necrópolis. De los tres niveles que diferenciaron sus excavadores, hoy sabemos que en los dos más antiguos se hicieron túmulos: en el primer nivel más grandes, con variada tipología y varias sepulturas en su interior que hemos denominado como «colectivos»; en el intermedio, pequeños, circulares y con sepulcros individuales de guerrero, éstos se sellaron con encanchados tumulares; y, sobre ellos, el tercer nivel con sepulturas exclusivamente en hoyo. Estelas y túmulos remarcarían una forma de visibilidad proyectada espacial y temporalmente. Los vettones que utilizaron el cementerio y aquéllos que lo veían, de una u otra forma, estaban enfatizando una serie de rituales y creencias que les eran propias (fig. 1).

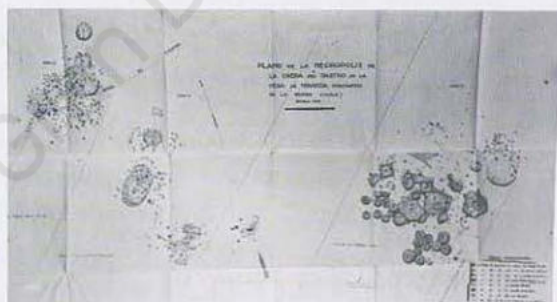


Figura 1.- Plano original de la necrópolis de La Osera, según Juan y Encarnación Cabré.

3.- El ajuar funerario

La arqueología nos ha brindado una variada tipología de objetos realizados básicamente en arcilla, pasta vítrea, piedra o metal (bronce, hierro y, excepcionalmente, plata y oro). Es de suponer que en el propio ritual que conllevaba el enterramiento (o por factores de tiempo, deposición, etc.) hayan desaparecido piezas realizadas en materiales orgánicos: marfil, hueso, madera, textiles. A éstos, habría que añadir, además, las ofrendas de alimentos y bebidas que sin duda acompañaron el ceremonial incluyéndose en los vasos que aparecen en los ajuares o mezclados con las cenizas del difunto. En La Osera y en El Raso han aparecido restos de fauna que habría que interpretar como ofrendas o como evidencias de banquetes funerarios (sobre todo si los unimos con ajuares en los que se han localizado objetos relacionados con el fuego). Restos faunísticos han aparecido en otros sitios (por ejemplo, Numancia), interpretándose de forma similar.

Los elementos que han llegado hasta nosotros son muy variados: la urna, otros recipientes cerámicos, pesas y fusayolas realizados en arcilla. Respecto al ornato personal generalmente se ejecutaba en bronce y de manera excepcional en oro y plata (cuentas de collar de pasta vítrea y/o bronce, amuletos, pulseras y brazaletes, fíbulas de variadas

formas, alfileres, agujas, arracadas, anillos, torques, pendientes, pinzas de depilar...). El armamento por norma general era de hierro (algunas piezas pueden llevar decoraciones en plata, bronce y oro; otras, como cascos, pueden ser también de bronce), presenta, asimismo, gran variedad (espadas, puñales, tahalíes, puntas de lanza, regatones, *solifera*, *pilum*, escudos, cascos, corazas...)



Figura 2.- Armamento complejo (necrópolis de Las Cogotas y La Osera) (fotografías de J. Cabré con reconstrucción de las decoraciones mediante dibujo a pincel superpuesto a las fotografías de E. Cabré).

(fig. 2). Se han localizado objetos relacionados con el fuego con clara simbología ritual realizados en bronce y/o hierro (*timateria*, calderos, trébedes, morillos, asadores, tenazas, tridentes, pinchos...). Por último, y en menor proporción, se enterraron objetos relacionados con las labores cotidianas (además de las mencionadas fusayolas relacionadas con proceso de hilaturas), aparecen herramientas que podrían atañer a actividades agrarias y/o pastoriles (punzones, agujas, hoces, tijeras, cuchillos, piedras de afilar, leznas...), que dan idea del complejo mundo simbólico oculto en estas necrópolis.

Esta variedad de materiales ha posibilitado llevar a cabo análisis multivariantes

que ayudan a realizar lecturas sociales más aquilatadas de las poblaciones enterradas que analizamos inmediatamente.

4.- Demografía y sociedad

Una cuestión extremadamente delicada es aventurar la población que vivía en los castros, partiendo del número de sepulturas aparecidas en sus necrópolis. Álvarez-Sanchís ha estimado para Las Cogotas una población entre 220-225 habitantes y entre 300-370 para La Osera. En yacimientos extremeños se han hecho cálculos similares, partiendo de contabilizar familias nucleares de 4 o 5 miembros con una esperanza de vida de 30 años. Por el contrario, para el castro de El Raso se han valorado (contando las casas) 2.500/3.000 habitantes. Las cifras son contradictorias, el número de tumbas localizado estaría muy disminuido; habría que evaluar la posible existencia de otras necrópolis o zonas de enterramiento contemporáneas, la posibilidad de que no todos tuviesen opción de enterrarse en los recintos funerarios (lo que nos tendría que hacer repensar el concepto de riqueza que manejamos), etc. A estas dificultades se sumaría el desconocimiento de varios factores: el número de viviendas en los poblados, las distintas fases en la utilización de los mismos, la existencia de posibles barrios extramuros y de caseríos sin fortificar relacionados con los castros, etc. Todas estas cuestiones colocan los cálculos demográficos, por el momento, en un terreno bastante especulativo, aunque necesario si queremos aproximarnos a la realidad de estas poblaciones.

A pesar de los problemas, un simple vistazo a los ajuares (reforzado por los resultados de los análisis matemáticos) proporciona una fotografía de la sociedad vettona bastante aproximada, aunque expuesta todavía a matizaciones y a no pocos cambios.

La estructura social documentada en el occidente de la Meseta durante la II Edad del Hierro aparece claramente estratificada. En el vértice se localizaría una minoría, posiblemente aristocrática, que controlaría los excedentes productivos. De éstos, una

parte la invertirían en la adquisición de «bienes de prestigio» procedentes del Mediterráneo y de otras áreas peninsulares, parte de los cuales los amortizarían en sus tumbas como rasgo diferencial. Hacia la segunda mitad del siglo IV a. C. será, de entre estas elites, el grupo guerrero el que adquiera el protagonismo, como lo demuestra el significativo aumento en los porcentajes de tumbas que aparecen con ajuares militares (en la zona VI de La Osera en el nivel fundacional los ajuares militares son el 9,32%, mientras que en la segunda fase aumentan hasta el 16,37%).

Los sucesos narrados en las fuentes, aunque rememoran acontecimientos del periodo de contacto con Roma, evocan una sociedad guerrera corroborada por la arqueología (las murallas de sus castros, el armamento, las elites ecuestres que reposan en sus cementerios, etc.). Arqueología y literatura describen muy bien el carácter de, al menos, una parte de la sociedad vettona: una casta aristocrática militar que se beneficia de grupos de guerreros *-devoti-* a su servicio y se distingue por portar armas bellamente decoradas y combatir a caballo, cuyo paradigma podríamos intuirlo en la figura de Viriato.

Junto a esta «casta» habría otros grupos de poder, con ajuares menos definidos en las necrópolis, que compartirían la autoridad. Según nuestro criterio ésta no reposaría solamente en la capacidad de combatir sino en la posición dominante en el seno de una estructura suprafamiliar de características probablemente indoeuropeas. Ambos dirigirían una sociedad eminentemente pastoril que como forma de subsistencia practicaría, al menos, una cierta trastermitancia entre pastos de invierno y de verano. Se ha señalado para Las Cogotas que diferentes comunidades «definidas por sistemas de filiación familiar» se reagruparían en el mismo poblado sin abandonar un tipo de estructura social característica de un hábitat todavía no urbano. Estas gentilidades están atestiguadas por la epigrafía en época romana, lo que lleva a plantearse su existencia en la Edad del Hierro y explicaría muy bien las divisiones zonales en las necrópolis.

El armamento es uno de los principios más utilizados de distinción social. Este tipo de ajuares aparecen en número variable según los cementerios, pero generalmente en una proporción de tumbas reducidas: el 3% en Las Cogotas y La Coraja; alrededor del 15% en El Raso y El Romazal I; en valores que oscilan según las zonas entre el 15 y el 30% en La Osera y hasta el 65% en Castillejo de la Orden. Por término medio corresponderían al 20% de ajuares, de los que entre el 5 y 7% pertenecerían a individuos que tendrían además y/o en lugar de armas, ítems de prestigio, objetos relacionados con el fuego y enterramientos tubulares, siendo túmulos, armas y objetos suntuarios lo que definiría a estos jerarcas. Los estudios antropológicos realizados en El Mercadillo han corroborado que estos grupos minoritarios sepultados en los túmulos presentaban un patrón alimenticio más homogéneo que el resto de los individuos enterrados en el cementerio.

Del total de la población, más o menos otro 15 o 20% estaría definido por ajuares donde la urna cineraria se acompaña de objetos de ornato personal. Con un nivel de riqueza, por lo general, bastante inferior a los ajuares con armas se interpretan tradicionalmente como femeninos. Muchos de ellos, al menos en La Osera, se hallan próximos a los guerreros, lo que nos ha llevado a plantearnos, aunque sea a nivel especulativo, hermosas relaciones directas de parentesco.

Por último, el resto (bastante más de la mitad de la población enterrada en estos cementerios —en algunos casos, incluso, sobrepasa el 80%—), se corresponden con las tumbas más simples en las que solo se documenta la urna cineraria, sin o con

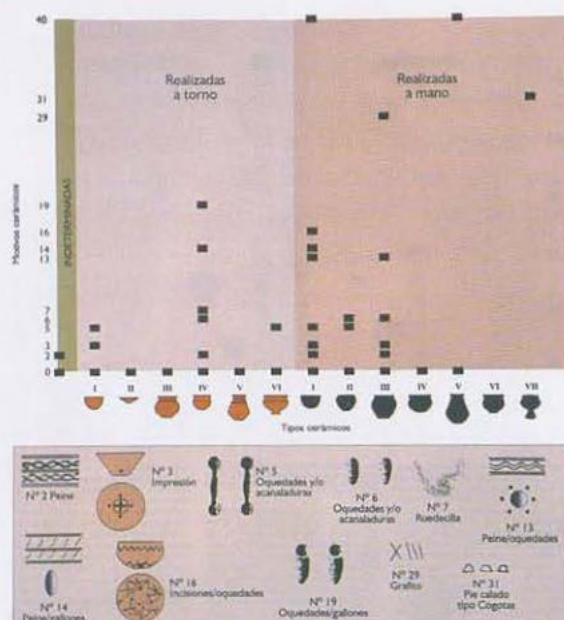


Figura 3.- Tabla de tipos y decoraciones de la cerámica de la zona I de la necrópolis de la Osera.

apenas ajuar (fig. 3). Distribuidas por zonas, probablemente pertenecerían a las distintas agrupaciones familiares o gentilidades, como queramos definir las. Sobre estos grupos humildes se han planteado, al menos, dos hipótesis: que pudiese tratarse de poblaciones libres más o menos empobrecidas, o que fuesen la expresión de la «esclavitud» (recogida por los textos clásicos), prisioneros de guerra o de otra índole que desarrollarían los trabajos más bajos. Ahora bien, si todos los habitantes de los castros no tenían derecho a enterrarse en las necrópolis, como parece que comenzamos a intuir, habría que replantear las interpretaciones relacionadas con el carácter servil de este grupo mayoritario.

Hemos intentado esbozar en estas líneas, de forma muy general, lo que

sabemos de los cementerios vettones y, en cierta medida, también lo que desconocemos sobre ellos. Serán los estudios en curso (tanto de los yacimientos conocidos como de las nuevas excavaciones) los que aporten luz y nos ayuden a definir de forma más convincente la ideología escondida en estos recintos.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez-Sanchís, 1999.
 Álvarez-Sanchís, 2001.
 Baquedano Beltrán, 1990.
 Baquedano Beltrán, 1996.
 Baquedano Beltrán (e. p.).
 Baquedano Beltrán y Martín Escorza, 1995.
 Baquedano Beltrán y Martín Escorza, 1996.
 Baquedano Beltrán y Martín Escorza, 1988.
 Cabré Aguiló, 1932.
 Cabré Aguiló, Cabré de Morán y Molinero Pérez, 1950.
 Castro Martínez, 1986.
 Esteban Ortega, 1993.
 Esteban Ortega, Sánchez Abad y Fernández Corrales, 1988.
 Fernández Gómez, 1986.
 Fernández Gómez, 1995.
 Fernández Gómez, 1997.
 González-Tablas, 1985.
 Hernández Hernández, Rodríguez y Sánchez, 1989.
 Hernández Hernández y Galán Domingo, 1996.
 Kurtz, 1987.
 Rodríguez Díaz y Enríquez Navascués, 1992.
 Salinas de Frías, 2001.
 Trancho, Roblado-Bueis y Roblado, 1997.

perspectivas ante el más allá

fichas catalográficas



Institución Gran Duque de Alba



Urna gallonada

Cerámica a mano
Alt. 15,2 cm; Ø 20,6 cm
Necrópolis de La Osera (Ávila),
zona VI, sepultura 217
Vettón. Siglos V-IV a. C.
Museo Arqueológico Nacional.
Madrid
MAN 1986/81/VI/217/1

Cuenco con pequeño pie

Cerámica a torno
Alt. 5,9 cm; Ø 12 cm
Necrópolis de La Osera (Ávila),
zona V, sepultura 1318
Vettón. Siglos IV-III a. C.
Museo Arqueológico Nacional.
Madrid
MAN 1986/81/V/1318/1

**Vaso con decoración
«a peine»**

Cerámica a mano
Alt. 10 cm; Ø 8, 9 cm
Necrópolis de La Osera (Ávila),
zona VI, sepultura 504
Vettón. Siglos V-IV a. C.
Museo Arqueológico Nacional.
Madrid
MAN 1986/81/VI/504/1

**Urna con decoración
estampillada**

Cerámica a torno
Alt. 14 cm; Ø 22,5 cm
Necrópolis de Las Cogotas
(Ávila), sepultura 1062
Vettón. Siglos IV-III a. C.
Museo Arqueológico Nacional.
Madrid
MAN 1989/24/176

Urna y plato pintado

Cerámica a torno
Alt. 23 cm y 5,5 cm; Ø 20,5 y
15,7 cm
Necrópolis de La Osera (Ávila),
zona VI, sepultura 434
Vettón. Siglo III-pr. siglo II a. C.
Museo Arqueológico Nacional.
Madrid
MAN 1986/81/VI/434/1 y 3

**Urna en forma de copa
bruñida**

Cerámica a torno
Alt. 22 cm; Ø 20 cm
Necrópolis de Las Cogotas
(Ávila), sepultura 179
Vettón. Siglos IV-III a. C.
Museo Arqueológico Nacional.
Madrid
MAN 1989/24/25

Este conjunto de recipientes cerámicos es una muestra de la variedad tipológica y decorativa que los vettones emplearon en las urnas donde se depositaron las cenizas del difunto y en los pequeños vasos de ofrendas o cuencos destinados a la ración del difunto en el banquete funerario.

Destacamos igualmente la fusión de influencias de dichas formas y decoraciones. Vemos terminaciones tradicionales vettonas como el pequeño vaso con decoración de bandas realizadas con peine inciso a mano alzada; unión de la tradición vettona y esquemas decorativos meridionales en la urna con gallones de distribución radial y tres oquedades rodeadas de pequeñas estampillas colgando de una serie de bandas a peine inciso e impreso y también en la urna de tipo cuenco con una banda de estampillas en aspa en un baquetón; otras son de clara influencia meridional como el cuenco gris de borde plano con pequeño pie con fuertes líneas de torno y la urna con su cuenco-tapadera también de labio plano con dos perforaciones para colgar con la superficie exterior cubierta de pintura roja y, finalmente, observamos influencias mediterráneas en la urna en forma de copa negra compuesta por un gran cuenco y un pie acampanado que Cabré consideraba imitación de la cerámica itálica contemporánea conocida como *buccherio negro*, lo que corroboran autores actuales.

Álvarez-Sanchís, 2003: 194 y 198-213; Cabré, 1932: 50, lám. L-1 y 111, lám. XLVI-4; Cabré, Cabré y Molinero, 1950: 115, láms. XCIII-1 y XCVI-9; 153, lám. XCI-2; 142, láms. XCVII-3-4 y CII-1.

MBV



Urna y plato-tapadera de barniz rojo

Cerámica a torno
 Urna: alt. 24 cm; Ø 19,8 cm
 Plato: alt. 3 cm; Ø 18,4 cm
 Necrópolis de Baza (Granada)
 Ibérico. Siglo IV a. C.
 Museo Arqueológico Nacional.
 Madrid
 MAN 1999/46/T.26/ 1 y 2

Urna

Cerámica a torno
 Alt. 18,4 cm; Ø 15,3 cm
 Necrópolis del Cerro del Real
 (Galera, Granada)
 Ibérico. Siglo III a. C.
 Museo Arqueológico Nacional.
 Madrid
 MAN 1979/70/Gal/T.24bis/2

Vaso bitroncocónico

Cerámica a torno
 Alt. 9,5 cm; Ø máx. 12,6 cm
 Necrópolis de Baza (Granada)
 Ibérico. Siglo IV a. C.
 Museo Arqueológico Nacional.
 Madrid
 MAN 1999/46/T.22/2

Vaso bitroncocónico

Cerámica a torno
 Alt. 9,8 cm; Ø máx. 13 cm
 Necrópolis de Galera (Granada)
 Ibérico. Siglo IV a. C.
 Museo Arqueológico Nacional.
 Madrid
 MAN 1979/70/53

Plato de barniz rojo

Cerámica a torno
 Alt. 3,5 cm; Ø 21,6 cm
 Necrópolis de Castellones de Céal
 (Jaén)
 Ibérico. Siglo IV a. C.
 Museo Arqueológico Nacional.
 Madrid
 MAN 1971/77/Ceal/7

Plato pintado

Cerámica a torno
 Alt. 4,1 cm; Ø 18,8 cm
 Necrópolis de Galera (Granada)
 Ibérico. Siglo III a. C.
 Museo Arqueológico Nacional.
 Madrid
 MAN 1935/4/Gal/4

Uno de los elementos más distintivos de la cultura ibérica es indudablemente su cerámica, y junto a la escultura el primer conjunto material en ser estudiado de forma sistemática, revelando diferentes estilos y dinámicas regionales. Aquí podemos contemplar un repertorio de formas que aparecen en las necrópolis de época clásica. Características son las formas de las urnas, vasos cerrados, de perfiles ovoideos y globulares; los pequeños vasos de ofrendas, conocidos comúnmente como tinteros, y los platos pintados carenados, con y sin pie.

Igualmente típicos son los elementos decorativos, en particular la pintura, habitualmente monocroma, en tonos rojizos sobre fondos claros, de amarillos a ocre, pero en ocasiones también bicroma, con la incorporación de bandas o motivos en color blanco. El repertorio decorativo es reducido: bandas de diferente grosor, siguiendo la forma del vaso, alternadas en ocasiones con motivos geométricos, especialmente los círculos y fracciones de círculos concéntricos, junto a motivos en 'S'. A veces esta decoración pintada se combina con otros recursos decorativos, como el estampillado. Con el tiempo estos motivos se irán complicando, especialmente en el área levantina, con la aparición de elementos cada vez más naturalistas, vegetales, animales y humanos. Será, sin embargo, esta época clásica y geométrica la que conozca la definitiva expansión del torno alfarero por toda la Meseta y la que caracterizará las producciones del interior peninsular hasta un momento muy tardío.

Otra decoración característica es el cubrimiento de toda la superficie con un barniz rojo brillante, cuyos precedentes se hallan en las importaciones de cerámicas fenicias de época orientalizante, y que alcanzarán, siempre en pequeñas cantidades, los territorios no ibéricos del interior, posiblemente como vajilla de prestigio.

Cuadrado, 1991; Chapa et alii, 1997; Pereira et alii, 2004; Presedo, 1982.

EGD



Crátera ática

Cerámica

Alt. 27 cm; Ø boca 28,8 cm; Ø base 14,3 cm

Necrópolis del Cerro del Real (Galera, Granada), tumba 11

Ibérico. 440 a. C.

Museo Arqueológico Nacional. Madrid

MAN 1979/70/Gal/T.11/2

Los intercambios que se produjeron a partir del periodo orientalizante entre los pueblos que habitaron ambas orillas del Mediterráneo dieron lugar, como hemos visto en el caso de la orfebrería, a un importante comercio de objetos de lujo que fueron fabricados e importados a la Península Ibérica por los pueblos del Mediterráneo oriental –fenicios y griegos principalmente–. Entre las importaciones del mundo griego el producto más apreciado lo constituyó la cerámica ática que pasaría a formar parte del ajuar doméstico de las clases más privilegiadas, siendo considerada como símbolo de riqueza, si bien en el mundo ibérico se le dará un nuevo uso pasando a formar parte de los ajuares funerarios de una forma excepcional y solamente en las tumbas de las clases socialmente más relevantes, en las que en ocasiones fueron utilizadas como urnas cinerarias.

La utilización de la cerámica ática como elemento del ajuar funerario se produjo de una forma lenta. Los primeros ejemplos aparecen en las fases más antiguas del periodo ibérico y de forma exclusiva en las tumbas de personajes aristocráticos como en el caso de Pozo Moro. En la segunda mitad del siglo V a. C. se amplía el número de tumbas en las que aparece la cerámica ática para posteriormente extenderse su uso a un estrato más amplio de la población, aunque sin llegar a generalizarse, durante todo el siglo IV a. C. A partir de este momento las tumbas de las clases privilegiadas se distinguirán por contener un mayor número de cerámicas áticas y sobre todo por contener en sus ajuares el tipo que va a ser considerado como verdaderamente representativo y exclusivo de las elites: las cráteras. Las tipologías más sencillas como las páteras y cuencos serán más frecuentes en los ajuares de las tumbas más corrientes.

Hay que destacar el hecho de que la cerámica ática no constituyó un elemento de intercambio muy común con los pueblos de la Meseta. En el caso concreto de los vettones se han encontrado algunas páteras en La Osera (véase núm. 25), mientras que en Las Cogotas no ha aparecido ninguna forma ática.

La pieza aquí seleccionada representa en la cara 'A' una Nike alada que desciende del cielo llevando una encoche y fiala que aluden a una escena de libación que será ofrecida al jinete, muy joven y desnudo, probablemente vencedor del certamen. La escena ha sido interpretada como una heroificación ecuestre del difunto, quien posiblemente fuese un jinete ya que entre el ajuar de la tumba ha aparecido un bocado de caballo.

Cabré y Motos, 1920: 24-25, lám. XIV-2; Cabrera y Rouillard, 2004: 184-185; Olmos, Tortosa e Iguácel, 1992: 77; Pereira et alii, 2004: 82-87, figs. 20, 22 y 23-1; Sánchez, 1992: n.º 102; Sánchez, 1996: fig. 21; Sánchez, 2000: 350.

EMM



animales protectores

 Institución Gran Duque de Alba



Toro de Osuna (Museo Arqueológico Nacional. Madrid, Archivo fotográfico).

Una de las características arqueológicas más llamativa e identificadora de los vettones fue su escultura pétrea, los verracos, representaciones de toros y cerdos, seres reales por tanto, pero dotados de eternidad en piedra para proteger los campos y los ganados, situándose en las zonas de pasto y a la entrada de los castros.

Sin embargo, fueron los iberos los primeros en desarrollar la escultura de animales en piedra, y luego también en bronce de pequeño formato –aquéllos como protectores del espacio funerario, éstos dedicados como ofrendas a la divinidad–. Entre sus primeras creaciones estuvieron también los toros, aunque el imaginario ibérico fue mucho más rico y variado: animales reales, tanto domésticos como salvajes, especialmente leones, comparten su protagonismo con seres fantásticos, creados por las culturas del Mediterráneo oriental, como sirenas, grifos y esfinges.

En resumen, en ambas culturas late, en cada una con sus matices propios, esa consideración protectora de los animales sobre las comunidades humanas, común a muchos pueblos de la Antigüedad.



animales protectores en el mundo ibérico

Teresa Chapa Brunet

Universidad Complutense de Madrid

Toda sociedad debe generar una estructura ideológica que defina y valore las relaciones entre sus miembros y con el mundo exterior. Esta configuración varía en función de muy diversos parámetros, como la organización social, el momento histórico, la relación con otros grupos vecinos o el propio entorno medioambiental, si bien es frecuente detectar similitudes básicas cuando tienen lugar procesos paralelos de cambio social. En el caso ibérico nos encontramos con una transformación que marca las pautas de un nuevo modelo político y económico, como es el abandono progresivo de la vida aldeana, que había dominado a los grupos de la Edad del Bronce, para adoptar el modo de vida ciudadano, en el que las relaciones humanas, jerárquicas e identitarias, cambian significativamente.

Estos cambios tendrán como resultado una reestructuración ideológica que permita adaptar el mundo de las creencias y los principios religiosos a las nuevas características sociales, y con ellos los antiguos rituales deberán transformarse o sustituirse, generándose nuevos mitos y leyendas que permitan justificar y mantener la organización social urbana. En la etapa ibérica (siglos VI-I a. C.) la iconografía, y en especial la escultura en piedra, adquiere un papel extraordinariamente relevante en la transmisión de esos mensajes, al igual que en otros ambientes mediterráneos relacionados con la Península, como el Próximo Oriente, Grecia o Etruria. Las representaciones escultóricas deben entenderse, por tanto, como mensajes que revelan el mundo de las creencias ibéricas y su intencionalidad subyacente.

El mundo de la religión reconoce la presencia de una o varias divinidades que rigen el destino de grupos e individuos, así como la existencia de universos invisibles, pero reales, habitados por diversos seres fantásticos y en los que también participan los seres humanos, especialmente después de la muerte. El reconocimiento de la debilidad humana ante estos ámbitos superiores provoca la necesidad de protección, tanto por parte de los dioses como de ciertos animales, propios de este mundo o del Más Allá, esferas que se sitúan en el mismo plano de la realidad.

La escultura ibérica empleó diversos animales para solicitar la protección divina a nivel colectivo o el amparo de los seres del Más Allá en el plano individual. En el primer caso el animal más representativo es el toro, mientras que en el segundo puede resaltarse el papel de las esfinges o los leones, especie desconocida en estado natural en la Península.

El toro es probablemente el animal que más frecuentemente se representó en los monumentos ibéricos, independientemente de su localización territorial, lo que pudo deberse a su consideración tanto como representante de la divinidad como a su

carácter de ofrenda especialmente grata al ámbito de lo divino. Las primeras representaciones en piedra parecen ser las que surgen en el área de Valencia y Alicante tras el impacto fenicio, que provoca cambios en la estructura económica y poblacional de esta área¹. Se trata de toros arrodillados, de diseño frontal y esquemático sobre bloque macizo, en los que llama la atención el interés de los escultores por la representación de determinados atributos: cuernos y orejas que normalmente serán postizos, un rectángulo vertical de lados cóncavos en la frente en la forma habitualmente conocida como «piel de toro» o «lingote chipriota», la boca entreabierta enseñando amenazadoramente una poderosa dentadura, y el sexo claramente indicado. Son ejemplares en los que prevalece la idea de potencia y agresividad, y que debieron estar ligados a una divinidad con estas características, de la que serían su representación zoomorfa.

El tipo iconográfico y la presencia del «lingote» los relacionan con el mundo orientalizante y con divinidades como Baal, a quien corresponden, entre otras cosas, la guerra, la defensa de la estirpe y del territorio y la fecundidad², lo que encajaría con la reorganización territorial y socioeconómica ya citada. Apenas se tienen datos de contexto para estas figuras, pero parece que pudieron situarse en un lugar predominante en las necrópolis, lo que indicaría un icono de carácter colectivo para indicar el reconocimiento y la presencia constante de la divinidad protectora³.



Figura 1.- 1: Cabeza de toro de Villajoyosa (Museo de Alicante); 2: Toro de Sax (foto: Martín Almagro Basch); 3: Toro de Porcuna (foto: Museo de Jaén).

La presencia griega y el desarrollo del fenómeno ciudadano en el entorno ibérico provocan la adopción de nuevos modelos iconográficos para el toro. Las figuras serán ahora más realistas y generalmente se representarán de pie sobre un plinto, con el interior vaciado, no siendo frecuentes los elementos extraños o adornos, salvo algunas cintas o un arreglo especial del pelo en la zona de la testuz. Su presencia se repite una y otra vez en contextos de necrópolis, pero los pocos casos en los que su hallazgo ha sido fruto de excavaciones no han podido demostrar un uso individual, como remate de una tumba concreta, sino su asociación a

monumentos que estructuran el espacio funerario, aglutinando conjuntos de sepulturas en su entorno. La existencia de múltiples esculturas en un mismo cementerio, como sucede en el Cabezo Lucero de Guardamar (Alicante)⁴, hace pensar en la existencia de dedicantes que reforzaran su reconocimiento del poder divino a través de estas figuras, relacionándolas preferentemente con el área de enterramiento de su propio linaje.

La articulación de los territorios ibéricos en torno a los valles fluviales refuerza el reconocimiento a través del símbolo del toro de los atributos divinos, especialmente el poder fecundante imprescindible para la regeneración de la vida humana, animal y vegetal⁵. La importancia de estas creencias se revela en la materialización de los propios ríos a través de la figura del toro, como sucede en el caso de la Bicha de Balazote, un toro con cabeza humana barbada que en el resto del Mediterráneo es la

representación de Aqueloo, el principal río de Grecia, al que Hércules arrancó un cuerno del que brotaban toda serie de frutos como muestra de la abundancia que proporcionaba al fecundar las tierras con sus aguas.

En una sociedad como la ibérica, en la que la economía ganadera se basaba en los rebaños de ovejas y cabras, los toros fueron también símbolo de riqueza y de ofrenda selecta a la divinidad. Prueba de ello son los numerosos exvotos en piedra y bronce que se depositaron en santuarios como el Cerro de los Santos, en donde estas figuras quedaron como símbolo de reconocimiento y ofrenda permanente a los dioses. En su calidad de animal poderoso y a la vez benéfico, estrechamente ligado a los dioses, el toro tuvo un importante papel protector en este universo de creencias.

El león tuvo también papel protector, pero con un carácter diferente al del toro. Como se ha dicho antes, estos animales eran desconocidos en la geografía peninsular, y la mayor parte de los ejemplares ibéricos representan el arquetipo del carnívoro depredador de más alto nivel, considerado como el «rey de los animales». El reconocimiento de esta jerarquía tiene su proyección en la escala humana: los leones se sitúan en las sepulturas de los personajes principales, que, como representantes o individuos más próximos a la divinidad, se asocian y hacen acompañar por los animales más respetados, que solo se doblegan ante ellos.

El ejemplo más claro de la función protectora del león lo ofrece la torre funeraria de Pozo Moro (Albacete), en la que cuatro ejemplares se representan en las esquinas del monumento⁶. La fuerza de estos animales se concentra en la cabeza, de considerables proporciones, en la que la boca entreabierta deja apreciar la dentadura con poderosos colmillos y la lengua visible sobre la mandíbula inferior. El rugido que se sugiere con esta actitud se completa con las fuertes arrugas que marcan la frente y el tabique nasal, transmitiendo una extraordinaria sensación de fiereza. Los felinos protegen la sepultura y amenazan con su fuerza a los que quieran violar este espacio funerario, pero también son indicativos del carácter y la posición social del personaje enterrado, alguien que por sus características tiene a estos animales a su servicio.

Los leones pudieron ser también símbolos de la divinidad y, como tales, ser sus representantes en las áreas de culto, tanto ordinario como fúnebre. En la zona cordobesa sus modelos se repiten en una extensa zona, en la que parecen revelar una identidad común en los símbolos y las dedicaciones a los dioses. La ofrenda de líquidos que se realiza ante una columna rematada por un felino en el santuario de Torreparedones⁷



Figura 2.- Monumento funerario de Pozo Moro y leones protectores (Museo Arqueológico Nacional, Madrid).

es indicativa de este hecho, y permite apreciar las acciones rituales que conducen a establecer una buena relación con los dioses y sus símbolos, como fórmula adecuada para obtener su protección.

Pertenecientes al ámbito del Más Allá, las esfinges cumplieron un importante papel protector en la ideología ibérica relativa al mundo funerario. Sus modelos, originariamente próximo-orientales, adquieren en la escultura en piedra una morfología de inspiración griega, siendo sus máximos exponentes en este sentido las esfinges de Agost (Alicante). Estos seres combinan una cabeza femenina, con peinado de tirabuzones y diadema sobre la frente, con un cuerpo de felino, al que se añaden alas que surgen de sus hombros. Descienden de las antiguas *keres* de las leyendas griegas, rapaces que devoraban a los soldados caídos en combate, haciendo irreversible su indeseada muerte.

En la etapa ibérica, sin embargo, son representadas en su faceta más beneficiosa para el ser humano, como medio de transporte seguro para realizar el peligroso viaje al mundo de los muertos.

La falta de hallazgos contextualizados impide una vez más certificar la relación de estas esculturas con los enterramientos concretos a los que pertenecían, pero, puesto que su tipología sigue bastante fielmente los prototipos griegos, podemos pensar en que tuvieron el mismo empleo como remate de tumbas individuales o de conjuntos familiares. La clave más explícita para la lectura del papel protector de estos animales la proporciona la esfinge encontrada en Elche, gracias a la compleja iconografía que incorpora⁸.

Se trata de un ejemplar de poderoso y esbelto cuerpo, con garras de largos dedos rematando sus patas. Aunque lamentablemente falta la cabeza, sus tirabuzones caen a lo largo del cuello y un ala curva surge de su omóplato, sujetando delicadamente a un pequeño personaje humano, seguramente masculino, que

monta sobre su lomo y del que se aprecia un brazo que se sujeta al cuello y un pie que surge bajo el ala. Sobre las patas delanteras hay otra figura, esta vez femenina, cuyos ropajes parecen representar unas alas replegadas y sujetas por una de sus manos, en cuya actitud refuerza el brazo contrario. Sobre el pecho, una flor trilobulada que, junto a la presencia de las alas, ha hecho que esta figura se interprete como una posible representación de la diosa Tanit⁹.

El personaje queda aquí protegido por la diosa y transportado de forma segura por la esfinge. Su pequeño tamaño se debe probablemente a que no se trata de un personaje real, sino de su alma o espíritu, emanado de su cuerpo una vez que se ha producido



Figura 3.- 1: Esfinge de Agost (Museo Arqueológico Nacional. Madrid); 2: Esfinge de Elche (foto: Rafael Ramos Fernández).

su fallecimiento, si continuamos usando los paralelos griegos. Esta imagen nos indica que hubo una serie de creencias relativas al viaje que realizaban los difuntos hacia el Más Allá, y que este tránsito no estaba exento de peligros. Las esfinges, cuya cabeza femenina revela su humanización, su cuerpo de felino la capacidad para defenderse y sus alas un desplazamiento en vuelo por un mundo oscuro y diferente al conocido, suponían una garantía para la correcta arribada al ámbito de los difuntos y una excelente protección para las posibles amenazas que surgieran durante el viaje.

Los iberos tuvieron una rica iconografía animal, profundamente imbricada en sus creencias y en la necesidad de mantener una buena relación con las divinidades, a las que se pedía ayuda y protección a cambio de cumplir sus mandatos y satisfacerlas con el correcto desarrollo de cultos y ritos. Los animales cumplieron un importante papel en este campo, puesto que podían representar a los propios dioses, ser sus ofrendas más valoradas o incluso indicar la especial vinculación de ciertos seres de atributos extraordinarios con los personajes de mayor relevancia social. En todo caso, la religión ibérica mostró un lenguaje complejo para relacionarse con el mundo de lo divino, tanto en su configuración como en sus modos expresivos, y las esculturas zoomorfas se revelan como un elemento clave en la protección y seguridad de personas y comunidades.

-
1. Sala Sellés, 2004.
 2. Almagro-Gorbea, 1996: 72.
 3. Chapa Brunet, 2005.
 4. Llobregat, 1993.
 5. Llobregat, 1981.
 6. Almagro-Gorbea, 1983.
 7. Serrano y Morena, 1988.
 8. Chapa, 1986.
 9. Marín Ceballos, 1987.



Institución Gran Duque de Alba

animales protectores en la cultura vettona: los verracos

Jesús Álvarez-Sanchís

Universidad Complutense de Madrid

La escultura vettona fue un episodio relevante en la organización del territorio durante la Segunda Edad del Hierro. Las estatuas son la personificación de algunas de las creencias más básicas de la sociedad y tienden, por tanto, a moldear la experiencia de aquellos que las usan y viven en sus alrededores. Sitios importantes en el paisaje de la época fueron subrayados mediante la creación de estos monumentos, que se extienden desde límites de parcelaciones hasta divisiones de territorios, hallándose también junto a las puertas y recintos de los poblados fortificados.

Conviene recordar que por «verracos» se llaman genéricamente las esculturas de piedra que representan toros y cerdos. Se conocen más de 400 ejemplares en el occidente de la Meseta, coincidiendo en gran parte con el territorio de los vettones. Esta cantidad, que difícilmente coincidiría con la realmente fabricada en la antigüedad, nos da, sin embargo, una idea aproximada de su magnitud. Las esculturas están talladas en bloques monolíticos de granito donde se representa al animal de cuerpo entero, así como el pedestal que lo sustenta. La postura es siempre la misma: de pie y con las extremidades paralelas. Sus dimensiones no son, sin embargo, uniformes, encontrándose ejemplares de menos de 1 m de longitud hasta esculturas de gran tamaño que superan los 2,5 m. Suelen presentar los órganos sexuales muy marcados, tratándose siempre de machos y nunca de hembras.

Las exploraciones arqueológicas llevadas a cabo en el primer tercio del siglo XX en los castros de las provincias de Ávila, Salamanca y Zamora, confirmaron la opinión, ya sedimentada en la época, de ver en las esculturas vettonas monumentos de la Edad del Hierro, erigidos en el interior de los castros o junto a las entradas. La excavación del castro de Las Cogotas (Cardenosa, Ávila) por Juan Cabré a partir de 1927, y la publicación de la memoria del yacimiento tres años más tarde, supuso un auténtico punto de inflexión en el estudio de estas representaciones, interpretadas entonces como símbolos protectores de los ganados¹, es decir, de la riqueza básica de estas comunidades, opinión compartida por otros muchos investigadores y que ha tenido extraordinario peso hasta la actualidad.

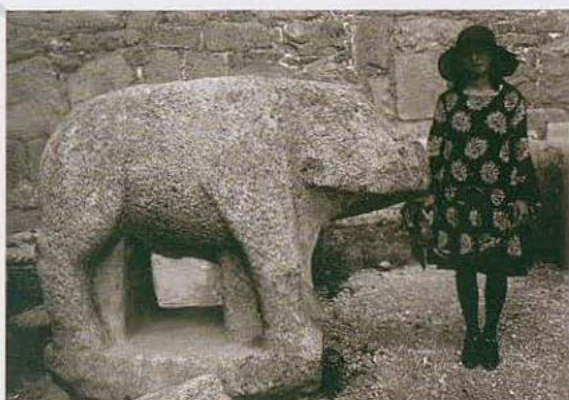


Figura. 1.- Escultura de toro de Las Cogotas (Cardenosa, Ávila). Detrás, M^a Encarnación Cabré. Hacia 1927 (foto: IPHE, Archivo Cabré, nº 00272).

Hoy por hoy, estas premisas siguen siendo básicamente ciertas. Sabemos de la existencia de grupos de dos o más esculturas de mediano y gran tamaño, hallados en las inmediaciones de los castros. Los verracos de La Mesa de Miranda (Chamartín, Ávila), Las Merchanas (Lumbrerales, Salamanca), Irueña (Fuenteguinaldo, Salamanca), Botija (Villasviejas del Tajuja, Cáceres) o Castillo de Bayuela (Toledo), tienen como denominador común su relación con puertas y caminos de acceso, dato que permite plantear una función apotropaica, como defensoras del poblado y el ganado.

El descubrimiento en la base de la torre norte de la puerta de San Vicente, en las murallas de Ávila, de un verraco de 1,70 m de longitud, tallado *in situ* en la misma piedra, constituye uno de los hallazgos más singulares y recientes que se conocen de estas representaciones². La talla ofrece los rasgos naturalistas propios de los grandes cerdos



Figura 2.- Verraco localizado en el sondeo arqueológico de la puerta de San Vicente, junto a las murallas de Ávila (foto: S. Martínez Lillo y J. I. Murillo).

de piedra realizados a finales de la Edad del Hierro, como son mandíbulas en resalte y extremidades anteriores y posteriores bien representadas. Esta escultura servía de cimiento de estructuras arquitectónicas del medievo y de una primitiva torre romana que tenía su entrada por el mismo lugar que ahora tiene la puerta actual. La base del muro romano, asociado a grandes sillares bien dispuestos de tipo *opus quadratum*, se localiza aproximadamente al mismo nivel que el pedestal sobre el que se asienta el verraco. Falta todavía el estudio de los materiales asociados a la pieza. En todo caso, la espectacularidad del hallazgo reviste gran relevancia; se trata del primer ejemplar, constata-

tado arqueológicamente, que se conserva en el sitio original y que puede llevar al replanteamiento de varios aspectos relativos a la antigüedad del recinto amurallado y al origen de la ciudad³. Es casi seguro que la estatua estuviese a la vista en época romana, pero tampoco hay que descartar que flanqueara el acceso a lo que debió ser el primitivo castro prerromano del siglo I a. C., tal vez con la simbología característica del guardián protector de la ciudad.

Así se comprende también el carácter de representación de la divinidad de estas figuras, como evidencia su iconografía. Se ha insistido en la naturaleza esencialmente religiosa del jabalí y el toro, como símbolos de la guerra y la prosperidad⁴. Ambas especies parecen haber sido uno de los tótems más extendidos y representados en el mundo antiguo entre los gálatas, escitas, cimbrios, germanos, celtíberos..., habiendo sido también el emblema de legiones romanas⁵. Un aspecto interesante que tampoco debe de olvidarse es la presencia de esta plástica meseteña en otros soportes distintos a la piedra –barro y metal– donde concurre nuevamente su valor social y religioso: los vemos en monedas, fíbulas, broches de cinturón, téseras de hospitalidad y figuritas de bronce y de barro cocido que podrían considerarse exvotos.

La sacralidad del toro y el cerdo debía de concretarse en ciertas virtudes, comunes a casi todo el Mediterráneo y a la Europa templada, entre ellas la fecundidad, razón por la cual prácticamente todos los ejemplares llevan indicados los órganos sexuales. La condición de macho y semental estaría por tanto implícita en el carácter ritual de los

verracos, lo que no desentona en absoluto con las fórmulas sacrificiales conocidas del mundo antiguo, bien patente en la inscripción lusitana de Cabeço das Fraguas⁶. Que las comunidades de la Edad del Hierro utilizaran otras fórmulas de representación en las puertas de los poblados no es descartable, pero carecemos de la información arqueológica necesaria para completar este panorama. Sí me parece importante señalar cómo la homogeneidad de algunos conjuntos escultóricos podría indicarnos que la elite debió mantener relaciones entre sí, compartiendo una simbología común y, probablemente en muchos casos, unos mismos artistas.

Existe también una clara predilección por buscar emplazamientos relativamente distanciados de los lugares de hábitat. Cabré fue el primero en llamar la atención hacia un conjunto de efigies que, en su día, debió ser cosa muy digna de ver. En la dehesa de la Alameda Alta, en el término municipal de Tornadizos de Ávila, señala la existencia de series de esculturas de toros alineados, en número de más de veinte ejemplares. Comoquiera que los toros de piedra –de la misma manera que los célebres Toros de Guisando– aparecían en pleno campo, *lejos de poblados, en fértiles prados, donde pacerían constantemente numerosas cabezas de ganado de cerda y vacuno*, y recordando que otras muchas esculturas de la provincia no tenían carácter funerario, lanzó la hipótesis de que se trataba de símbolos relacionados con la protección del ganado, favorecedores de *una magia de pastos y, tal vez, de reproducción*⁷.

La localización de estas figuras en el paisaje es importante a la hora de abordar su significado, y recientes investigaciones en el valle Amblés y otras comarcas van en esa dirección⁸. Existen indicios claros de que los mejores pastos de los valles y las fuentes de agua más próximas fueron referenciados en el paisaje de la época mediante la erección



Figura 3.- Toros de Guisando (El Tiemblo, Ávila) (foto: J. R. Álvarez-Sanchís).

de estas esculturas, que se distribuyen en áreas próximas a los asentamientos, pero sin asociaciones aparentes a estructuras o áreas de actividad específica. Además, estos sitios tienen unas visibilidades en su entorno muy altas, es decir, parece que se buscaron deliberadamente puntos en el paisaje que resultaran fácilmente identificables. Los verracos eran una parte esencial del paisaje, una forma específica de organizar la tierra. Hace 2.400 años los vettones erigieron estos monumentos para legitimar sus derechos sobre los pastos y el ganado. Esta interpretación es coherente y complementa la lectura planteada en su día por Juan Cabré, a saber, la de cerdos y toros machos destinados a la reproducción e incremento de la especie, que las comunidades colocaban en los pastaderos y en los cercados como símbolos protectores del ganado.

Los Toros de Guisando, Villanueva del Campillo, San Miguel de Serrezuela, Tabera de Abajo o Villardiegua de la Ribera fueron, probablemente, imágenes indicadoras y protectoras mágicas de los prados vettones situados en los contornos. Su cronología, atendiendo a las dimensiones y rasgos morfológicos, puede establecerse con relativa seguridad entre los siglos IV y II a. C., es decir, en la época «clásica» de la cultura vettona, aunque alguno de ellos haya sido reutilizado en época romana como tumba. Si el valor de los pastos fue marcado de una forma identificable a través de estas esculturas, no parece arriesgado asociar su emplazamiento con el desarrollo de un marco socio-político que está protegiendo, gestionando y limitando el acceso de la población a recursos ganaderos básicos. Sabemos que una política de estas características existió en la Antigüedad, sobre todo aquella destinada a regular los campos de cultivo, los pastizales, los desplazamientos del ganado e incluso el acceso a los manantiales. Los desequilibrios climáticos y demográficos podían provocar una presión sobre los pastos y es posible que estos cambios provocaran reiterados conflictos entre aldeas. Los verracos debieron ser una parte esencial del paisaje social de las comunidades vettonas, una manera de ordenar el «agrios» en pequeñas regiones con una ocupación relativamente densa. Al mismo tiempo, las esculturas simbolizarían la riqueza de un entorno ganadero y la pujanza de ciertos grupos sociales y familiares bien evidenciados en los ajuares de las necrópolis, con una aristocracia que probablemente basaría parte de su riqueza en la posesión de cabezas de ganado mayor.

Los vettones hicieron alarde y ostentación de estos símbolos y enseñas, y su singularidad es suficiente para hacer mella en el ánimo de cualquier espectador sensible. Por eso Cervantes no se olvidó de ellos en el *Quijote*, en el memorable discurso del Caballero del Bosque: *Vez también hubo que me mandó fuese a tomar en peso las antiguas piedras de los valientes toros de Guisando, empresa más para encomendarse a ganapanes que a caballeros.*

1. Cabré, 1930: 39-40.

2. Martínez Lillo y Murillo, 2003.

3. Álvarez-Sanchís, 2003: 145; Centeno y Quintana, 2003.

4. Green, 1992: 116-123.

5. Blázquez, 1983: 257.

6. Tovar, 1985: 245 y ss.

7. Cabré, 1930: 40.

8. Álvarez-Sanchís, 1999: 262 y ss.; Álvarez-Sanchís y Ruiz Zapatero, 1999.

animales protectores

fichas catalográficas





Toro

Piedra caliza

Alt. 21 cm; long. 32 cm; anch. 11,5 cm

Necrópolis de Toya (Peal de Becerro, Jaén)

Ibérico. Siglos V-IV a. C.

Museo Arqueológico Nacional. Madrid

MAN 1919/37/1

Aunque conocemos el lugar de procedencia de la escultura, en la necrópolis de Toya, desconocemos el contexto arqueológico concreto en el que apareció.

Descriptivamente corresponde a una pieza de pequeño tamaño, representada con poco detallismo, de pie sobre un plinto, el elemento más destacado lo constituye la cabeza agachada y la boca entreabierta. Tipológicamente aparece tanto en zonas de Levante como de Andalucía.

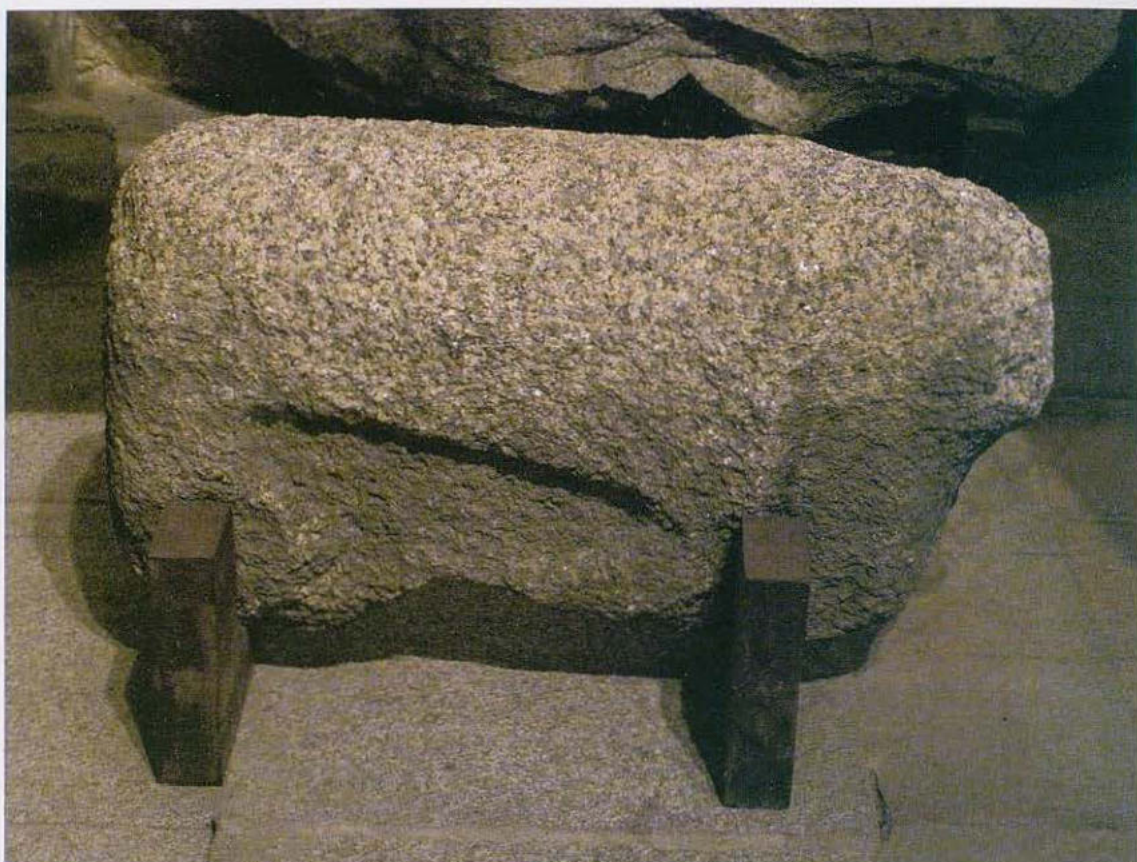
El toro fue uno de los animales más representados en la España prerromana; lo encontramos en manifestaciones diferentes, siendo la más abundante la escultura monumental en piedra asociada a contextos de necrópolis y en menor medida en la toréutica ibérica. Estas imágenes constituyen un reflejo de las ideas religiosas de aquellas culturas. Asociados a tumbas, donde eran colocados como sillares de esquina o coronando monumentos, se les ha dado una interpretación apotropaica como seres guardianes de esas tumbas y protectores del difunto.

La pieza expuesta puede ser considerada como un caso singular, ya que, al no ser una pieza de gran tamaño, difícilmente se la puede relacionar con la escultura monumental. Sin embargo, a estas piezas más pequeñas se les ha querido dar un cierto carácter sacro, interpretándolas como objetos de culto o formando parte de escenas con un claro significado religioso, y a este respecto no se descarta la hipótesis de que los toros estuviesen asociados a un dios como ocurría en las culturas del Mediterráneo oriental, concretamente en el mundo fenicio; también se las ha relacionado con escenas de sacrificio ligadas al ritual de la muerte.

La figura del toro también la encontramos en el área vettona, aunque en este caso entroncaría con la escultura monumental ibérica, ya que se trata también de piezas de grandes dimensiones a las que se les ha dado múltiples interpretaciones; entre las más aceptadas está la que interpreta estos animales como protectores del ganado.

Álvarez-Sanchís, 2003: 279; Chapa, 1980: 837, lám. CLV; Delgado, 1996: 314; García-Gelabert y Blázquez, 1997: 420-421

EMM



Verraco

Granito

Alt. 38 cm; larg. 72 cm; grosor 24 cm

Solar Lope Núñez, Ávila

Vettón. Siglos I a. C.–I d. C.

Museo de Ávila

Inv. 00/54/UEM 3/1

Pequeño verraco

Arenisca

Alt. 12 cm; larg. 23 cm; grosor 6 cm

Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete)

Ibérico. Siglos II-I a. C.

Museo Arqueológico Nacional. Madrid

MAN 7675

Estas dos esculturas de toro, tan similares formalmente y a la vez tan dispares en sus circunstancias, se han agrupado para enfatizar tanto el paralelismo de las culturas a que responden, como la convergencia plástica en la representación de una idea, la del animal apotropaico.

La figurita del Cerro de los Santos forma parte del ingente conjunto de imágenes –los «santos» del topónimo desde la Baja Edad Media– que acumuló como exvotos este santuario ibérico y romano, en sus cuatro siglos largos de existencia y actividad sagrada, a partir del IV a. C. Las figuras de animales del yacimiento han quedado eclipsadas por la personalidad y abundancia de las humanas –siempre en primera línea de investigación desde hace más de cien años y catalizadoras además de la definición de la cultura ibérica–, pero las zoomorfas, y ésta en concreto, aportan el interés de su total abstracción que, sin detalles individuales, logra una clara percepción de lo representado elevándolo a símbolo, casi logotipo en terminología actual.

El verraco de Ávila, por su parte, constituye un buen ejemplo de todos sus congéneres: figura esquemáticamente sencilla, con tan solo esbozados los trazos imprescindibles, de gran fuerza visual y potencia significativa, sea cual sea la escala en la que se realiza y sea cual sea la función para la que se talla. Aunque por sus dimensiones se le puede suponer una finalidad funeraria, de tapa de cista cineraria a modo de *cuppa*, su recuperación en un depósito al menos secundario –estaba reutilizado como elemento arquitectónico en un muro de la Edad Moderna– impide conocer su procedencia y alcance primigenio para los vettones, ya romanizados, que lo esculpieron o encargaron.

Álvarez-Sanchís, 2005; Mariné, 1995: 311-312; Noguera, 1998: 150 y 15; Olmos, 1998: 59-62.

MMI



Exvoto. Toro

Bronce
 Alt. 2,9 cm; long. 5,8 cm; grosor 1,6 cm
 Santuario del Cerro de los Santos (Montealegre del
 Castillo, Albacete)
 Ibérico. Siglos IV-I a. C.
 Museo Arqueológico Nacional. Madrid
 MAN 7742

Exvoto. Toro

Bronce
 Alt. 3,3 cm; long. 5,1 cm; grosor 1,3 cm
 Sevilla (Colección Vives)
 Ibérico. Siglos IV-I a. C.
 Museo Arqueológico Nacional. Madrid
 MAN 22817

Estas dos piezas fueron encontradas en yacimientos ibéricos, una de ellas en un santuario del sudeste peninsular y la otra, aunque procedente de una colección particular, podemos situar su origen en un santuario andaluz.

Ambas representan dos figuritas de toro, animal muy frecuente en la escultura monumental de época ibérica y algo más escaso en la toréutica de este momento. En el caso de las figuras de bronce, éstas aparecen asociadas a contextos de santuarios donde eran depositadas como ofrenda, lo que implica que para los iberos el toro tuvo un carácter sagrado, relacionado con ritos de fertilidad, y por otra parte este tipo de ofrendas también estarían vinculadas con el carácter ganadero de la economía ibérica.

En la zona del sudeste también aparecieron en poblados como La Bastida de les Alcusses, de Moixent, donde su propia representación le relaciona como animal empleado en las tareas agrícolas, ya que aparece con un yugo.

Las dos piezas aquí descritas presentan un cuerpo de proporciones redondeadas; lo más detallado es la cabeza con los cuernos y un elemento a destacar es la representación de la hendidura en las pezuñas en la parte inferior, en una de ellas. En ninguna de las dos piezas aparecen señales de haber sido utilizados para la agricultura.

Álvarez-Ossorio, 1941: 146 y 149, láms. CXXXIX-n.º 1821 y CXLII-n.º 1856; Rodero, 2000-2001: 226, n.º 141.

EMM



Exvoto de caballo enjaezado

Piedra arenisca
Alt. 11,5 cm; long. 19 cm; grosor 4,5 cm
Santuario de El Cigarralejo (Mula, Murcia)
Ibérico. Siglo IV a. C.
Museo de Arte Ibérico El Cigarralejo. Mula (Murcia)
MAIC 60

Exvoto de caballo

Bronce
Alt. 4,8 cm; long. 6,8 cm; grosor 1,6 cm
Santuario de Collado de los Jardines (Santa Elena, Jaén)
Ibérico. Siglo IV a. C.
Museo Arqueológico Nacional. Madrid
MAN 29378

El exvoto de El Cigarralejo es una talla en bulto redondo de un caballo ricamente enjaezado con brida, riendas y montura, al que falta la parte inferior. Es una figura de importantes dimensiones y bien proporcionada, en donde el artesano muestra su pericia al plasmar con gran detalle todos los rasgos anatómicos del animal, como los ojos ovales, las crines y la cola, señalando las cerdas mediante incisiones longitudinales, o incluso los órganos reproductores. La brida consta de testera, montantes, ahogadera y frontaler. La montura o ephippium está constituida por dos gualdrapas superpuestas, la inferior sobresale por todo el contorno de la superior, dejando una cenefa. El pretal consiste en una estrecha correa de la que penden unos colgantes semicirculares en relieve. La cincha pasa sobre la montura y, en la parte inferior derecha, queda dividida en dos.

El interés de la pieza radica, al igual que los restantes exvotos del Cigarralejo, en la importante información que nos aportan referente a la espiritualidad del hombre ibérico y al ritual religioso en el que el fiel depositaba piadosamente, en el santuario, una ofrenda a la divinidad, bien al pedirle algún favor, bien para agradecer un bien ya concedido. También nos aproxima al tipo de monturas y arreos de los caballos que emplearon las elites ibéricas, como símbolo de prestigio y de su elevado estatus social, indicativos ambos del carácter aristocrático y caballeresco del portador, asociado a la cúspide de la pirámide social más que al carácter belicoso o militar, propiamente dicho.

El exvoto de Collado de los Jardines es una figura realizada a molde con la técnica de la cera perdida. Representa a un caballo en actitud de descanso y enjaezado. La montura está formada por una manta simple, sujeta con la cincha que se desdobra en la panza del animal. La frontaler, carrillera y riendas, sujetas en el pretal, bien marcadas, así como otros rasgos anatómicos: orejas puntiagudas, cascos, cola, órganos reproductores...

Las ofrendas de exvotos en forma de caballo son muy frecuentes en santuarios ibéricos, ya sean del sureste peninsular, como El Cigarralejo o El Recuesto (Cehegín, Murcia), o del área andaluza, aunque en estos últimos predominan los fundidos en bronce en vez de tallados en piedra arenisca. No obstante todos ellos nos indican la expansión de un culto a una divinidad, posiblemente numénica, relacionada con la fecundidad y reguladora de todo lo que concierne a la cría y uso de este animal, asociado a la elite social, especialmente los que se muestran ricamente enjaezados.

Cuadrado 1950: 197-198; Álvarez-Ossorio, 1941: 144; Lillo, Page y García Cano, 2004: 54.

VPP

objetos para el lujo y la vida cotidiana

 Institución Gran Duque de Alba



Broche de cinturón de la sepultura 185, de la zona VI de la necrópolis de La Osera (Museo Arqueológico Nacional. Madrid, foto: M. Á. Camón).

Las relaciones de intercambio entre dos culturas se reflejan a menudo en la presencia de objetos dedicados a las actividades de cada día. Es el caso, por ejemplo, de algunos elementos de la vajilla cerámica y en especial de los toneles y ánforas, vasos de transporte y almacenamiento que muestran con su sola presencia la existencia de trato y conocimiento entre dos culturas arqueológicas.

Pero, sin duda, los materiales que más nos hablan de la regularidad de estos contactos son aquellos marcados por las modas, como los que se refieren a la vestimenta y el arreglo corporal, permanentemente en trance de cambio ante la llegada de la última novedad. De esta forma la difusión compartida de tipos de prendedores para el vestido, broches para los cinturones o pinzas y equipos de aseo, son la mejor prueba de la cotidianeidad de las relaciones entre iberos y vettones.

objetos para el lujo y la vida cotidiana. el mundo ibérico

Helena Bonet Rosado

Servicio de Investigación Prehistórica - Valencia

Por objetos de lujo entendemos aquellos elementos que denotan suntuosidad, pero también que manifiestan una abundancia innecesaria o que superan los medios normales de alguien para conseguirlo. Por ello el prestigio, o la suntuosidad, se definen a través de una relación de diferencia y esta distinción la establece siempre el grupo dominante que ostenta el poder, justamente para marcar su estatus diferenciado respecto al resto de la sociedad, distanciándose así de lo común y de lo ordinario.

Estos objetos son piezas extraordinarias o únicas, exóticas, costosas de obtener y de uso no ordinario, destacando entre ellas la orfebrería, las armas y las manifestaciones artísticas. Y serán los artesanos y mercaderes los oficios directamente relacionados con la producción y el comercio de estas piezas «máspreciadas» que, destinadas a las clases altas de la sociedad ibérica, se destinan, preferentemente, al uso y al adorno personal. También encontramos bienes suntuarios formando parte de los enseres domésticos como la vajilla pintada o de importación, el mobiliario fabricado con maderas exóticas, bronce o marfil y los objetos de culto, como los exvotos y terracotas.

Contrariamente, lo cotidiano se identifica con los enseres de uso doméstico, de escaso valor económico, de producción local y de fácil obtención, incluso de nulo interés artístico, es decir, todos aquellos objetos e instrumentos hallados en espacios domésticos y vinculados a las actividades realizadas, en el día a día, en los asentamientos. Actividades como el tejido, mantenimiento, preparación y transformación de alimentos, pero también las tareas que se realizan en el exterior del poblado, como la agricultura y ganadería. Por ello se consideran objetos no suntuarios las cerámicas de cocina, de mesa, de almacenaje y de transporte, las pesas de telar y las fusayolas, así como los aperos y demás herramientas de trabajo fabricadas en hierro.

Sin embargo, conceptualizar algo como lujoso, que sobrepasa los límites de lo necesario, parte de un razonamiento universalista que no tiene en cuenta una de las bases metodológicas más asumidas por los arqueólogos: la importancia del contexto y el hecho de que los objetos adquieren sentido a través de las relaciones que establecemos. Desde el punto de vista antropológico, ningún objeto emite belleza o es importante por él mismo, sino que estas características derivan de los contextos del uso. Por ello, el lugar del hallazgo es esencial para comprender su valor y significado, ya que el ámbito al que fueron destinados, sea una vivienda, un recinto cultural o un enterramiento, permite aproximarnos a la funcionalidad de estas piezas.

Por ejemplo, las cerámicas de importación halladas en un contexto indígena se adscriben automáticamente a la categoría de objetos de lujo o de prestigio; sin

embargo, convendría matizar esta generalización en determinados casos. La presencia de vasos griegos de barniz negro en la mayoría de las grandes viviendas de La Bastida de les Alcusses (Moixent, Valencia) nos está indicado que, en esta ciudad contestana del siglo IV a. C., su uso no estaba restringido a las familias de alto rango que ejercían el poder de la ciudad, sino que estaba generalizado a un espectro social más amplio, compartiendo mesa y ritos con el resto de vasos y enseres ibéricos¹. Lo mismo podría decirse de determinados objetos de adorno, como las fíbulas, también presentes en casi todas las casas de La Bastida. ¿Son adornos de «lujo» u objetos personales comunes? Lo que evidencia el registro arqueológico es que en las mismas estancias donde se encuentran los vasos importados y los objetos de adorno y prestigio –como las fíbulas, botones, broches de cinturón, pinzas de depilar, o las finas agujas y peinetas de hueso, los collares y amuletos de pasta vítrea o los anillos y pendientes de plata– se hallan, también, los instrumentos para tejer, moler y preparar alimentos, reparar las herramientas, trabajar en el campo y cuidar del ganado. Son pertenencias y bienes de familias de ricos campesinos, herreros, artesanos y comerciantes que, como ocurre en todas las sociedades jerarquizadas, buscan poseer signos claros de riqueza y distinción. No olvidemos que actividades tan comunes y de uso cotidiano como son el hilado y el tejido están universalmente vinculadas a los valores ideológicos de las damas de alto rango, como está bien documentado en la residencia aristocrática del Castellet de Bernabé (Llíria, Valencia)².

Tampoco hay que olvidar, entre los objetospreciados recuperados en contextos domésticos, las armas del guerrero ibérico, si bien los conjuntos más espectaculares proceden de ámbitos funerarios. Así, en la estancia 4 del fortín del Puntal dels Llops (Olocau, Valencia) se halló la panoplia completa de un jinete y su caballo –pasariendas, un par de acicates, bocado de caballo, espada, campanita, punta de lanza, cuchillos afalcatados y cinco fíbulas–, un ajuar propio de una tumba principesca y sin duda perteneciente a un aristócrata ecuestre, en este caso al jefe que ejerce el poder en esta residencia fortificada así como el control de una importante vía de comunicación³.

Sin duda el elemento lujoso más evidente es la rica orfebrería ibérica con ejemplares tan excepcionales como los famosos tesoros de Évora (Cádiz), Mairena del Alcor (Sevilla), Jávea (Alicante) y Cheste (Valencia), o las arracadas de Penyarroja (Llíria, Valencia) o de La Condomina (Villena, Alicante)⁴. Todas estas joyas de oro, realizadas por encargo por excelentes orfebres, son bienes de evidente significado social e ideológico y, sin duda, pertenecientes a personajes del más alto rango –las elites–, puesto que suponen una gran acumulación de riqueza, llegándose incluso a hablar de tesoros y «regalos políticos» entre régulos⁵. Pero la mayoría de estos conjuntos proceden de ocultaciones, tesoros escondidos en épocas de inestabilidad y que, por tanto, carecen de contexto. Las fuentes clásicas nos relatan cómo, ante el asedio y caída de ciudades como Sagunto, Astapa o Numancia, los sitiados preferían destruir el botín e incendiar los tesoros antes que verlos en manos enemigas⁶, hechos que podrían explicar algunas ocultaciones en poblados como el tesoro del Castellet de Banyoles en Tivissa (Tarragona) o las escasas joyas de oro y plata halladas entre los ajuares domésticos.

Será a partir del siglo IV a. C. cuando se extienda entre las aristocracias ibéricas el uso de servicios de mesa de lujo: las importaciones helenísticas e itálicas, la vajilla metálica y los vasos singulares de cerámica. Los vasos griegos, aunque mucho más

frecuentes en las necrópolis vinculados con los ritos funerarios, también formaban parte de la mesa del ibero (fig. 1). El interés por parte del ibero por estas piezas no es tanto su originalidad tipológica y su exotismo sino la aceptación de nuevos usos y gustos en la alimentación y en los ritos, como las cráteras, copas y jarros utilizados en los banquetes claramente relacionados con el consumo del vino.

Las vajillas preciosas de plata, como los conjuntos de platos y jarros de Abengibre (Albacete), Santisteban del Puerto (Jaén) o Tivissa (Tarragona), de un altísimo valor artesanal, son un claro exponente de ostentación de poder (fig. 2). Utilizadas exclusivamente por las elites para acontecimientos especiales, para unos autores son vasos de carácter religioso, destinados a las libaciones funerarias⁷, mientras que para otros⁸, al proceder la mayoría de ellos de poblados o de sus cercanías, los consideran vajilla de lujo doméstica utilizada en los banquetes y las reuniones sociales, lo que no impide que posteriormente formasen parte del ajuar de una tumba.

Dentro de estas producciones restringidas estarían los vasos plásticos: los *askoi* en forma de animales, como la paloma del Amarejo (Bonete, Albacete) o el suido de Ullastret (Girona); los *keranoi*, como el de L'Alcudia de Elx (Alicante); o los *gutti* en forma de pie de Los Villares (Caudete de las Fuentes, Valencia); todos ellos vasos rituales destinados a las libaciones. Otra producción cerámica de gran aceptación entre la sociedad ibérica son las imitaciones, más o menos fieles, de los vasos griegos. No intentan emular el barniz negro, o imitar las decoraciones iconográficas de las figuras rojas, sino que adoptan o interpretan las nuevas formas, decorándolas, o añadiendo atributos morfológicos, dentro del más puro estilo ibérico⁹. Así, contamos con ejemplares tan conocidos como las cráteras y los platos estampillados de El Cigarralejo (Mula, Murcia), los platos de pescado de Sant Miquel de Lliria, la *phiale* y el *pixis* de la Serreta de Alcoi (Alicante) y un sinfín de copas, crateriscos o escifos, destinados a rituales de carácter tanto funerario como doméstico. También las clepsidras, cuya funcionalidad es captar y distribuir líquidos, se hallan tanto en los santuarios y enterramientos, para el desarrollo de libaciones, como en ámbitos domésticos para el almacenaje o cocina, con los ejemplares de La Bastida de les Alcusses, de Coimbra de Barranco Ancho (Murcia) o del Cerro de las Cabezas (Ciudad Real)¹⁰.



Figura 1.- Conjunto de vasos de barniz negro del Puntal dels Llops (Olocau, Valencia) (Museo de Prehistoria de Valencia).



Figura 2.- Pátera de plata del tesoro de Santisteban del Puerto (Jaén) (foto: Museo Arqueológico Nacional. Madrid).

Productos igualmente de encargo son los vasos singulares ibéricos, piezas únicas por su excepcionalidad, que circulan fuera de las series de producción ordinaria y están destinadas a una ocasión particular o a un uso distintivo¹¹ (fig. 3). A finales del siglo III y a lo largo de todo el siglo II a. C. se fabrican los mejores vasos ibéricos con decoración figurada –los conjuntos de Lliria, Elche y del Bajo Aragón–, que poseen un carácter extraordinario y nos introducen en un



Figura 3.- Tinaja con escena de caza de una vivienda del Tossal de Sant Miquel de Lliria (Valencia) (Museo de Prehistoria de Valencia).



Figura 4.- Recreación de una vivienda ibérica de La Bastida de les Alcusses (Moixent, Valencia).

complejo mundo iconográfico, con escenas y ambientes de carácter cívico y religioso de una sociedad altamente desarrollada¹². Además, en la colección de vasos de Sant Miquel de Lliria los signos de escritura enfatizan este carácter aristocrático de las escenas, tal vez individualizando a los protagonistas de las acciones, los lugares o algún acontecimiento concreto. Parece evidente que estos vasos de encargo se fabricaron con un objetivo concreto diferente al resto de los recipientes domésticos, ya sean ofrenda, vajilla de lujo o urna cineraria; y, de hecho, en la ciudad edetana del Tossal de Sant Miquel de Lliria gran número de ellos se hallaron en un templo. Pero también la presencia en los ámbitos domésticos de un elevado número de recipientes de almacenaje ricamente decorados –tinajas, lebetas y tinajillas– nos indica que sus propietarios instalaban estos magníficos vasos en lugares bien visibles de la vivienda como elemento de uso, a la vez que decorativo, claro exponente de su alto nivel adquisitivo¹³ (fig. 4).

Por ello puede resultar, a veces, confuso contraponer lo suntuoso a lo cotidiano. Es el caso de las capillas domésticas, como la estancia 1 del Puntal dels Llops con un ajuar compuesto de figuritas de terracota, pebeteros, cerámicas importadas, vasos plásticos y objetos suntuarios de bronce, que forman un conjunto extraordinario de piezas de lujo y de prestigio más propio de una tumba principesca o de un santuario que de una habitación de un asentamiento. Son objetos de

culto que conviven con otros enseres domésticos, formando parte de la vida cotidiana del grupo social que habita esta pequeña fortificación: grupo familiar de alto rango, procedente de las elites edetanas del siglo III-II a. C.¹⁴ Lo mismo ocurre con otros espacios domésticos del ámbito catalán destinados a lugares de culto, como la Moleta del Remei

(Alcanar, Tarragona), Alorda Park (Calafell, Barcelona) o el gran establecimiento rural de Mas Castellar de Pontós (Girona), interpretado como una residencia aristocrática, donde la estancia 3 tiene una doble funcionalidad cultural y doméstica¹⁵.

Finalmente, comentar cómo algunas piezaspreciadas pueden haber tenido diferentes usos y significados desde su origen hasta su definitiva amortización, tal y como se ha visto recientemente con la figurita en bronce del jinete de La Bastida. La tipología del jinete y el estudio de sus paralelos dan a entender que formaría parte de un estandarte, enmangado en un astil de madera, destinado a ser mostrado como símbolo de una familia de rango¹⁶. Posteriormente, y por motivos que desconocemos, le sería retallada la base cambiando sustancialmente de funcionalidad y pasando a ser un exvoto de ámbito doméstico, permaneciendo así, hasta el final de sus días, en una de las viviendas más grandes del *oppidum*, representando una imagen cultural y protectora de un antepasado heroizado. Se convierte, además de en un objeto de prestigio, en un elemento de culto en la vida cotidiana.

-
1. Bonet et álii, 2005: 269.
 2. Guerín, 2005: 260-261.
 3. Bonet y Mata, 2002: 219.
 4. Perea, 1991.
 5. Almagro, 1989: 79.
 6. Fernández, 1989: 87.
 7. Olmos y Perea, 2004: 75-76.
 8. Jaeggi, 2004: 60.
 9. Mata y Bonet, 1992: 139.
 10. Pereira, 2006.
 11. Olmos, 1987.
 12. Bonet e Izquierdo, 2001: 274.
 13. Bonet, 1995: 464; Mata, 1997: 37.
 14. Bonet y Mata, 2002: 38-41 y 219.
 15. Pons, 2002: 590.
 16. Lorrio, 2004-2005.

objetos para el lujo y la vida cotidiana. la cultura vettona

Fco. Javier González-Tablas Sastre
Universidad de Salamanca

La idiosincrasia de las gentes se pone de manifiesto, entre otras cosas, a través de sus posesiones, de su bagaje de bienes materiales que, de este modo, adquieren una categoría que los eleva por encima de la calificación de simples objetos. Son bienes que pertenecieron a personas y que cumplieron una función en la vida, o incluso en la muerte, de aquellas gentes. Por ello debemos intentar contemplarlos desde una perspectiva que supere la simple valoración estética de los mismos y tratar de comprender su razón de ser, pues ello nos conducirá a una mejor comprensión de los personajes.

Poco es lo que sabemos de los elementos de la vida cotidiana. Las excavaciones en los castros vettones se han centrado fundamentalmente en la arquitectura defensiva y en el mundo funerario, las necrópolis. Es de éstas últimas de donde podemos obtener una visión clarificadora en cuanto a los objetos suntuarios, aquellos que podríamos calificar sin género de dudas como objetos para el lujo. El problema, sin embargo, radica en su propia procedencia, ya que nos ofrecen una perspectiva del lujo dentro del particular ritual asociado a la muerte y nos obliga a efectuar una extrapolación, desde éste, a su función efectiva en la vida cotidiana.

Pero no es de estos objetos lujosos, sobradamente conocidos, sobre los que queremos centrar la atención, sino sobre aquellos otros que corresponden a un funcionamiento ordinario y que, sin embargo, reflejan un modo de vida suntuario dentro de las limitaciones propias de su tiempo. En este sentido uno de los sectores más relevantes lo constituye la vajilla cerámica, útiles de uso cotidiano dentro del ambiente doméstico y a su vez necesarios para el desarrollo de las actividades diarias.

Es difícil valorar la importancia que pueda tener una determinada pieza atendiendo exclusivamente a sus características morfológicas; lo que para nosotros puede tener valores estéticos y de calidad, para sus usuarios originales pudo no ser más que una moda. La excepcionalidad, sin embargo, sí puede suponer un incremento significativo de la cualidad de la pieza para su poseedor, aunque en la actualidad sus valores estéticos no sean los que prevalezcan.

Hoy no dejan de asombrarnos las piezas de cerámica con decoración de estampillados, y de nuestro asombro ante ellas nace su valoración como piezas de lujo. Sin embargo, en los ambientes domésticos de los castros este tipo de decoración cerámica suele prevalecer en las grandes piezas de almacenamiento, muy comunes y abundantes, de gruesas paredes y escasa calidad, tanto en el tratamiento de las pastas como en el acabado de las superficies, siendo más escasas las que se realizan en piezas de vajilla fina. Serían, pues, objetos carentes de todo significado suntuario.

Otras piezas de uso cotidiano y de gran formato sí adquieren un valor significativo, tanto por su rareza como por su presumible procedencia externa a esta región. Nos estamos refiriendo a los barriletes o toneletes de filiación ibérica, presentes en algunos de los yacimientos abulenses, como El Raso de Candeleda y La Mesa de Miranda, o el extremeño de Villasviejas.

Son piezas que estéticamente no presentan nada reseñable, aunque formalmente se diferencian claramente del resto de la vajilla. Presentan un cuerpo cilíndrico horizontal rematado en sus extremos por dos semiesferas y con la boca en la zona central del cuerpo. Su procedencia es confusa y se admite que tiene su origen en el mundo ibérico.

El ejemplar de El Raso de Candeleda fue localizado en el corral lateral de la casa C1, en el curso de las excavaciones efectuadas por F. Fernández. Esta vivienda, probablemente la más señorial del castro, presenta una planta más o menos cuadrangular que

ocupa una superficie de unos 140 m², con las habitaciones distribuidas en torno a un espacio central que servía de cocina, siguiendo un modelo de filiación mediterránea. Conserva los cuatro apoyos de piedra de forma circular de los pies derechos que configuraban el porche o pórtico de entrada.

En La Mesa de Miranda, la excavación de la casa C nos ha aportado otros dos ejemplares localizados en las dependencias 1 y 4 de la estructura (*fig. 1*). Concretamente, esta vivienda presenta unas dimensiones que superan con creces lo hasta ahora conocido en los castros abulenses, en torno a 250 m², y con unas características arquitectónicas que indican así mismo el alto nivel socioeconómico de sus ocupantes. El espacio habitacional se articula en dos áreas diferenciadas:

la primera constituida por el patio de la vivienda, de unos 40 m², desde el que se da acceso a las dependencias de servicio y a la vivienda propiamente dicha que ocupa una superficie aproximada de 160 m², distribuidos en cinco habitaciones en torno a un gran salón central al que se accede desde el patio. El empleo masivo del ladrillo macizo en la construcción de esta vivienda constituye otro elemento sustancial en su valoración como estructura perteneciente a las elites del castro.

Los toneletes de la casa C de La Mesa presentan unas características técnicas novedosas en relación a otros ejemplares conocidos. La primera hace referencia al distinto grosor de las paredes del recipiente en cada una de las alas, de tal manera que se desplaza el centro de gravedad y, por consiguiente, el peso de la pieza le hace bascular hacia uno de sus lados. Es, en este lado más pesado, donde el barrilete presenta un orificio en la parte inferior de la semiesfera, lo que permite la salida del líquido sin esfuerzo alguno. La boca presenta una ligera inclinación hacia el lado menos pesado, de tal modo que, colocado en su presumible posición de uso,

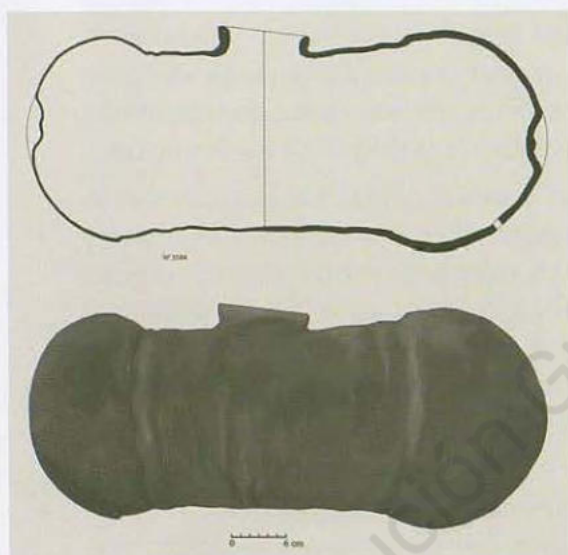


Figura 1.- TONELETE: tonelete ibérico de la casa C del castro de La Mesa de Miranda (Ávila).

ésta se mantendría en posición horizontal, permitiendo rellenar el barrilete sin dificultad.

Da la impresión de que este tipo de piezas solo aparecen en determinadas casas. Viviendas que presentan características indicadoras del elevado nivel social de sus propietarios. La singularidad de estas piezas cerámicas, pese a la ausencia absoluta de elementos decorativos en las mismas y al contexto en que aparecen, les otorga, sin duda, un valor especial, un valor simbólico de poder o de nivel y por tanto constituyen un claro elemento de lujo dentro del ambiente doméstico.

Otras piezas singulares son los carretes o pebeteros, objetos que se han vinculado en ocasiones con actos de tipo cultural y que suelen presentar la superficie calada. Todos los ejemplares que conocemos hasta el momento proceden de los espacios domésticos de los castros, siendo su presencia desconocida en las necrópolis, pese a la amplitud de las excavaciones en los cementerios (*fig. 2*).

Del castro de Las Cogotas conocemos un ejemplar incompleto del tipo carrete con calados triangulares que, junto al pebetero vasiforme calado, parecen proceder de una de las viviendas excavadas en las proximidades de la puerta superior de la acrópolis. Es poco lo que sabemos sobre las condiciones de su localización e incluso sobre las características de la vivienda en sí, pero podemos intuir su importancia por su propia ubicación en la parte superior de la acrópolis y próxima a la puerta superior.

De El Raso procede otro ejemplar con calados trapezoidales y romboidales, localizado en la casa C1, al que F. Fernández otorga un sentido ritual vinculado a la primera fundación de la vivienda. Esta interpretación se fundamenta en el hecho de que el carrete se encontrara muy fragmentado y distribuido en una amplia superficie, a lo largo del muro O de la habitación 2bis y bajo el suelo de la misma.

En la casa C de La Mesa de Miranda han sido localizados dos ejemplares completos en forma de carrete, pero sin presentar calados en sus paredes, en la habitación central de la vivienda (*fig. 3*). Otro ejemplar, de cuerpo cilíndrico y dos bocas con labio

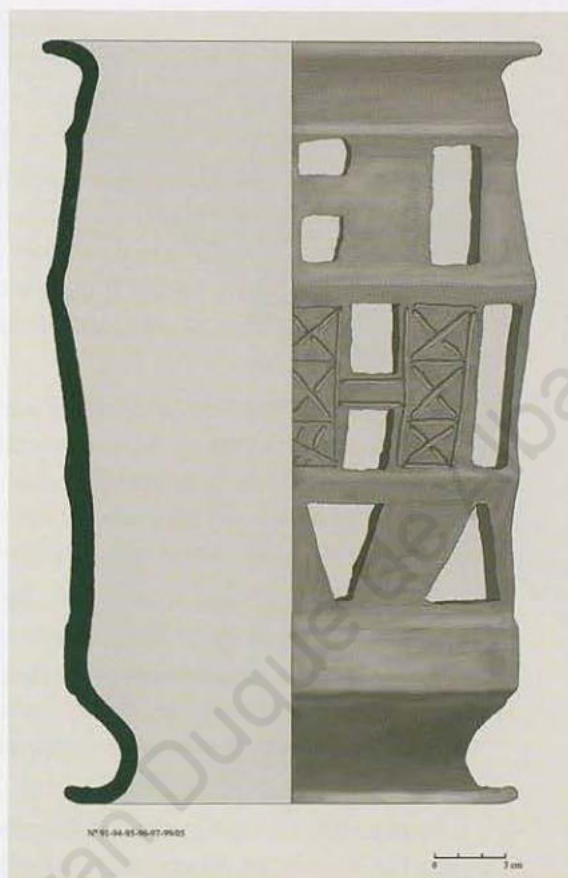


Figura 2.- PEBETERO: pieza calada con decoración incisa de la casa C del castro de La Mesa de Miranda (Ávila).

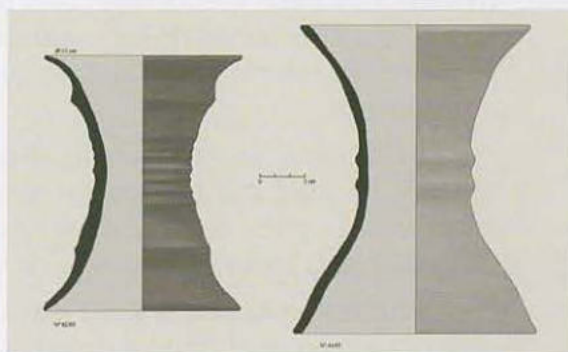


Figura 3.- CARRETE: carretes de la casa C del castro de La Mesa de Miranda (Ávila).

exvasado y de gran formato, presenta la zona media del cuerpo con grandes calados rectangulares, cuadrados y triangulares, entre los que se desarrolla una decoración a base de incisiones de motivos variados lineales. Esta pieza fue localizada, muy fragmentada, en la dependencia 4 que ha sido identificada como la cocina de la vivienda.

Estas piezas cerámicas, cuya función específica resulta difícil de precisar, son elementos que por su propia escasez adquieren un gran valor en los contextos domésticos, más aún si consideramos que proceden de viviendas que debieron pertenecer a miembros bien situados en la escala social de sus respectivos castros. Su origen parece situarse en el extremo oriental del Mediterráneo, llegando a la península con los flujos colonizadores.

La misma valoración podríamos hacer de las copas, vasos, jarras o platos de procedencia externa a esta zona, en muchos casos de clara filiación mediterránea, todas ellas piezas de lo que podríamos calificar como vajilla fina, que denotan un estilo de vida diferente al común de los habitantes del castro y que señalan claramente un comportamiento suntuario en el uso de elementos cotidianos y domésticos.

Por último, y aunque resulte extraño, queremos hacer referencia a una serie de piezas que no encajan en el conjunto material de los vettones, pero que, sin embargo, están presentes en sus ambientes domésticos. Nos referimos a lo que calificamos como piezas de coleccionista, es decir, piezas pertenecientes a otras culturas o a otros momentos históricos y que probablemente son recogidas y guardadas como objetos de valor.

En el castro de Las Cogotas, en la misma vivienda en la que se localizaron los pebeteros antes reseñados, se encontró un recipiente troncocónico con decoración incisa de tipo boquique y excisa junto a otros tres fragmentos de similares características. Según las explicaciones de Cabré ni en esta vivienda ni en ninguna otra del poblado es posible detectar la existencia de niveles diferentes de ocupación, sino que estas piezas aparecieron mezcladas con los materiales de la Segunda Edad del Hierro. Se podría pensar que la propia acción de los constructores vettones destruyó los niveles del Bronce, pero también cabe la posibilidad de que estas piezas fueran realmente elementos de coleccionista.

Esta hipótesis se refuerza con el descubrimiento, en la casa C de La Mesa de Miranda, de una punta de lanza de bronce de clara filiación anterior a la cronología de la vivienda. La punta de lanza sigue modelos muy conocidos en el Bronce Final, coincidiendo con la cronología del vaso de Las Cogotas.

La figurita etrusca de El Raso, localizada al parecer en superficie, también supone un anacronismo en el conjunto material del castro y, en definitiva, un ejemplo más de modelos y piezas extrañas al bagaje instrumental del mundo vetton.

objetos para el lujo y la vida cotidiana

fichas catalográficas



Institución Gran Duque de Alba



Tonel

Cerámica a torno

Long. 67 cm; Ø máx. 29,5 cm

El Raso de Candeleda

Vettón. Siglo II-I a. C.

Museo Provincial de Ávila

Inv. 1981/82/46

El interior del recinto amurallado de El Raso de Candeleda se halla cubierto en su mayor parte de restos de casas que no fueron destruidas sino abandonadas, por lo que, al excavarlas, encontramos hoy sus habitaciones perfectamente definidas y conservadas, siendo posible en un buen número de ocasiones determinar a qué estuvo dedicada cada una de ellas, la cocina, las despensas, las habitaciones de trabajo, etc.

Cocinas y despensas suelen aparecer siempre cubiertas de fragmentos de cerámica de lo que, en su mayoría, fueron grandes vasijas para conservar alimentos, las cuales debían estar colocadas a lo largo de las paredes, seguramente sujetas a ellas para evitar que pudieran volcarse y calzadas con piedras o semienterradas en el suelo, pensamos que de acuerdo con su contenido, del que no hemos encontrado más que bellotas y semillas de uvas, indicio claro de que sus moradores se llevaron con ellos, al abandonar las casas, todas sus pertenencias. Por sus características podemos aventurar, sin embargo, cuál pudo ser ese contenido. Así, las acusadamente cónicas parecen querer defender del ataque de los roedores al grano de las cosechas; las que presentan sus paredes cubiertas de pez, a su posible contenido de vino; las que muestran en su interior piedras o escorias de hierro a la necesidad de calentarlas en determinados momentos, etc.

Entre todas ellas destacan por su forma, sin embargo, estos toneles cilíndricos, que no están lógicamente pensados para descansar en el suelo, sino para hallarse colgados o reposando sobre alguna estructura adecuada. Su boca pequeña indica con toda claridad que se destinaron a la conservación de líquidos, seguramente agua, pues sus paredes no están tratadas por el interior. Y la dificultad de su manejo, sobre todo cuando están llenas, ha hecho pensar que pudieron estar destinadas a su transporte.

No son vasos muy frecuentes en ningún yacimiento, pero tienen una amplia dispersión, sobre todo en ambientes de influencia ibérica, cuyos ejemplares suelen presentar unas pequeñas asas en la parte superior, que faltan en éste de El Raso, hallado entre las ruinas de una casa de la época en que César ordenó derribar las murallas del poblado y abandonarlo para trasladar a sus gentes al llano.

Berrocal-Rangel, 1994: 283; Broncano, 1989: 179; Broncano y Blánquez, 1985: 104 y 274; Fletcher, 1957: 113; López Palomo, 1999: 495.

FFG



Tonel

Cerámica

Alt. 14,5 cm; long. 23, 5 cm; Ø boca 6,5 cm

Poblado de La Quéjola (San Pedro, Albacete)

Ibérico. Siglo III a. C.

Museo de Albacete

Inv. 14624

Vaso plástico en forma de equino con vasijas

Terracota

Alt. 13,5 cm; long. 17,3 cm; prf. 15,5 cm; Ø bocas

vasijas 3,5 cm

Necrópolis de Puig des Molins (Ibiza)

Púnico. Siglos IV-III a. C.

Museo Arqueológico Nacional. Madrid

MAN 1923/60/275

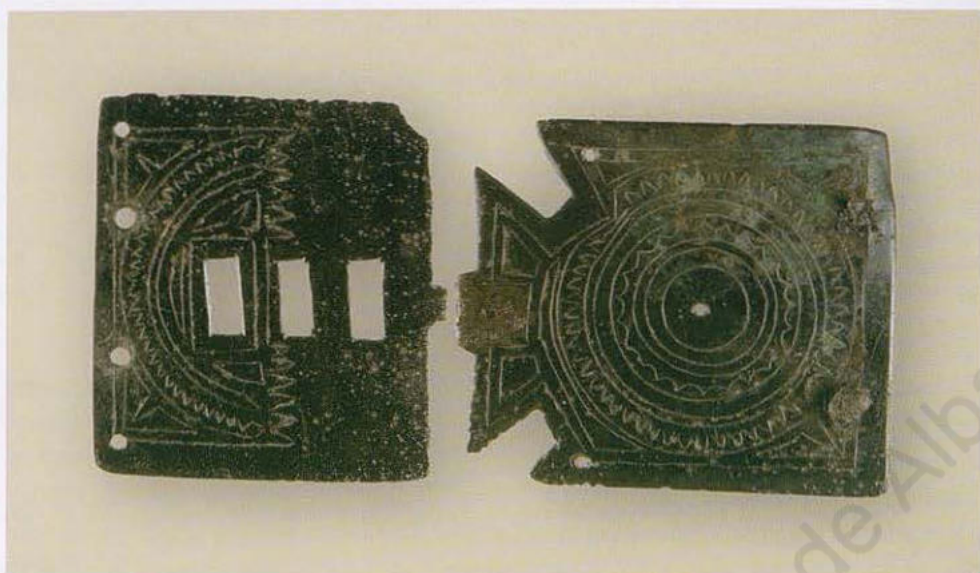
En la Antigüedad el intercambio y comercio de materias primas o elaboradas entre unos lugares y otros precisaban de la fuerza humana y animal para poder transportarla de unos sitios a otros, lo que propició que se ideasen objetos y medios que facilitasen dicha labor. Por ello, el tonelete de cerámica a torno de pasta anaranjada lleva boca central y dos asas verticales para colgar y bajo ellas, rodeando el cuerpo, sendas acanaladuras en las que podría acoplarse una cuerda y llevarse colgando en parejas de los flancos de un animal de carga o sobre la espalda. Su presencia en la casa donde se halló indica que se había transportado a ella alguna bebida, posiblemente *caelia* (cerveza) o vino, ya que infraestructuras para elaborar ambas bebidas se han documentado en distintos yacimientos ibéricos, aunque, según recogen Mata y Bonet, en el norte de África recipientes similares se utilizan para fabricar mantequilla.

Por otro lado, el vaso plástico de Ibiza nos interesa porque representa un equino (caballo o asno) transportando dos vasijas que lleva sujetas una a cada lado, aunque no apreciamos realismo en dicha sujeción, lo que también ocurre en un caballito cartaginés, en otro caballito púnico hallado en la fosa 3 de la misma necrópolis y en un cuarto caballito, ibérico, con dos toneles de la tumba 578 de la necrópolis de Cabecico del Tesoro (Murcia). El que se expone muestra algunas características claramente púnicas como son la decoración con pintura rojiza y la presencia de restos de un asa sobre el lomo del animal. Dado que se trata de un *askos*, un vaso plástico ritual, se llenaría a través de las bocas de ambas vasijas con algún líquido que sirviese de ofrenda dentro del ajuar funerario en que se halló o en los rituales del enterramiento y se vertería a través de la boca del animal.

Este vaso plástico y los similares citados nos muestran cómo vasijas y toneles podían sujetarse a lomos de animales y recorrer así el territorio transportando líquidos, preferiblemente bebidas que se usarían en festejos, celebraciones y rituales, y que, como el vino, no eran elaborados en todos los lugares, por lo que constituían un objeto de lujo.

Blánquez y Roldán, 1995: 39; Cintas, 1950: LXIX, LVII; Fernández, 1992: n.º 274, fig. 72; García-Page, 2004: 155, n.º 63; Mata y Bonet, 1992: 130; Rodero, 1980: 79, fig. 27-5.

MBV



**Broche de cinturón
(completo)**

Bronce
Long. máx. 18,9 cm; anch. 9,1 cm;
grosor 0,1 cm
Necrópolis de La Osera
(Chamartín, Ávila), zona VI,
sepultura 185
Vettón. Siglos IV-III a. C.
Museo Arqueológico Nacional.
Madrid
MAN 1986/81/VI/185/9 y 10

**Broche de cinturón
(completo)**

Bronce
Long. máx. 14,3 cm; anch. 6,2 cm;
grosor 0,1 cm
Necrópolis de La Osera
(Chamartín, Ávila), zona III,
sepultura 395
Vettón. Siglos IV-III a. C.
Museo Arqueológico Nacional.
Madrid
MAN 1986/81/III/395/4 y 5

**Broche de cinturón
(placa macho)**

Bronce
Long. máx. 9,3 cm; anch. 6,5 cm;
grosor 0,2 cm
Necrópolis de La Osera
(Chamartín, Ávila), zona II,
sepultura 251
Vettón. Siglos IV-III a. C.
Museo Arqueológico Nacional.
Madrid
MAN 1986/81/II/251/3

Los broches de cinturón y la placa macho seleccionados corresponden al tipo ibérico que también tuvieron su difusión en el área vettona, aunque de forma muy desigual, ya que mientras se aprecia una concentración relativamente numerosa en La Osera con cerca de medio centenar de ejemplares, en la necrópolis de Las Cogotas solo se ha localizado uno en la sepultura 730 y ninguno en El Raso.

La placa macho se clasifica dentro de la serie 4ª de Cabré; originariamente tuvo decoración damasquinada que no se ha conservado y en su lugar aparece rellena con una «pasta» blanca fruto de la restauración de la pieza para señalar el lugar originario en el que estuvo la plata. La decoración presenta los característicos motivos en 'S' y 'C' que aparecen en las placas de este tipo en piezas ibéricas, con paralelos concretos en piezas de Albacete y Alcácer do Sal. También hay que destacar que el garfio original está fragmentado y en su lugar se ha colocado una pieza de hierro, para poder seguir utilizándolo. Este hecho no es infrecuente, ya que en esta misma necrópolis encontramos cinturones «reparados» en la sepultura 55 de la zona IV.

Los dos broches de cinturón completos se clasifican dentro de la serie 6ª de Cabré. Uno de ellos presenta una decoración mixta: motivos en 'S' en la cabecera y en la placa hembra, característicos del mundo ibérico, y decoración típica meseteña de círculos concéntricos, dentados en la placa macho. Originalmente estuvo damasquinada y al igual que en la pieza anterior presenta el relleno en «pasta blanca». El otro broche corresponde a un tipo más avanzado dentro de la misma serie, decorada toda la pieza con los característicos círculos concéntricos del área meseteña, realizados a base de incisiones profundas, para simular el efecto del damasquinado.

Los broches de cinturón constituyeron un elemento muy frecuente en la vestimenta de época prerromana, considerados como un objeto de lujo utilizado preferentemente por los hombres, sobre todo los guerreros, hecho que se confirma al estudiar la composición de los ajueres de las tumbas donde han aparecido asociados a armamento y a elementos relacionados con el caballo, lo que relaciona estas piezas con la elitista clase de los jinetes. Por último, destacar el hecho relativamente frecuente de que los broches eran reparados y por lo tanto utilizados durante varias generaciones, hasta ser amortizados en las tumbas, donde suelen aparecer junto a materiales de una cronología más tardía que el propio cinturón.

Baquedano, 1996: 80; Cabré, 1937: 103, 107 y 109, lám. VIII-n.º 21 y lám. XIV-n.º 35; Manso, 2005: 114-115.

EMM



Broche de cinturón

Bronce y plata
Long. 7 cm; anch. 6,2 cm;
grosor 1,5 cm
Santuario de Collado de los
Jardines (Santa Elena, Jaén)
Ibérico. Siglos V-IV a. C.
Museo Arqueológico Nacional.
Madrid
MAN 38125

Broche de cinturón

Bronce y plata
Long. 10,6 cm; anch. 7,8 cm;
grosor 1,5 cm
Sin procedencia conocida
Ibérico. Siglos V-IV a. C.
Museo Arqueológico Nacional.
Madrid
MAN 56727

Broche de cinturón

Bronce y plata
Long. 6,7 cm; anch. 5,8 cm;
grosor 0,1 cm
Santuario de Collado de los
Jardines (Santa Elena, Jaén)
Ibérico. Siglos V-IV a. C.
Museo Arqueológico Nacional.
Madrid
MAN 30304

Broche de cinturón

Bronce
Long. 10,6 cm; anch. 7,8 cm;
grosor 1,5 cm
Elche (Alicante)
Ibérico. Siglos V-IV a. C.
Museo Arqueológico Nacional.
Madrid
MAN 1976/49/27

**Broche de cinturón
(completo)**

Bronce y plata
Long. total: 13,8 cm; anch. 6 cm;
grosor 0,1 cm
Santuario de Collado de los
Jardines (Santa Elena, Jaén)
Ibérico. Siglos V-IV a. C.
Museo Arqueológico Nacional.
Madrid
MAN 30302 y 30303

Dos de estas placas de cinturón de tipo ibérico y el broche completo fueron hallados en un santuario, desconociéndose el contexto concreto de las otras dos, cuya ornamentación tiene paralelismos en yacimientos levantinos. Todas las piezas tuvieron decoración damasquinada, conservándose casi por completo en el broche completo y en dos de las placas macho, en otras dos se observan las líneas o surcos donde iría el «relleno» de la plata, en otra el contraste entre zona lisa-zona «excavada» resulta de gran efecto decorativo y en la última destaca su decoración incisa finamente realizada.

Todas las placas se enmarcan por una cenefa decorativa que perfila toda la pieza, mientras que en el centro y zona de la cabecera se desarrolla la decoración con los motivos característicos de estas piezas en el mundo ibérico. Son elementos en forma de 'C' y 'S', distribuidos horizontal o verticalmente, y también motivos de inspiración clásica como ovas y palmetas. Todos ellos motivos que también se documentan en piezas del área vettona.

Como hemos visto, los broches de cinturón fueron adornos de gran prestigio tanto en el ámbito ibérico como en el vetton. En el ibérico tuvieron además carácter votivo, de ofrenda, ya que algunas piezas fueron encontradas en santuarios, posiblemente depositadas allí por guerreros, quienes junto a las armas votivas (ver núm. 15) también depositaron estos materiales, ya que se transfería a la ofrenda su valor de gran prestigio en la vida cotidiana. Finalmente añadir que su uso como adorno ligado a la indumentaria de los guerreros queda bien reflejado en las numerosas figuras de exvotos de bronce de los santuarios ibéricos y, aunque menos corriente, también se atestigua su uso en la vestimenta femenina.

Álvarez-Ossorio, 1941: 163, lám. CLXVIII-n.º 2617-2618; Cabré, 1928: 2-3, n.º 11; 6-7, fig. 6; Cabré, 1937: 99 y 104, láms. III-n.º 8, IX-n.º 23 y X-n.º 26; Calvo y Cabré, 1917: lám. XXVIII; Cuadrado, 1978: 238 y 242, figs. 4 y 7; Lenerz de Wilde, 1991: láms. 3-n.º 18, 141-n.º 450, 451 y 452ª, y 235-n.º 963.

EMM



Fíbulas anulares de timbal

Bronce

Alt. 1,2 cm; Ø 2,4 cm – alt. 1,4 cm; Ø 2,5 cm. – alt. 1,3 cm; Ø máx. 2,3 cm

Santuario de Collado de los Jardines
(Santa Elena, Jaén)

Ibérico. Siglos III-I a. C.

Museo Arqueológico Nacional. Madrid

MAN 30535, 1918/65/772, 31475

Fíbula anular

Bronce

Alt. 1,9 cm; Ø 4,6 cm

Necrópolis de La Osera (Chamartín, Ávila),
zona IV, sepultura 35

Vettón

Museo Arqueológico Nacional. Madrid

MAN 1986/81/IV/XXXV/1

Fíbulas anulares

Bronce

Alt. 1,1 cm; Ø máx. 2,6 cm – alt. 1,1 cm;
Ø máx. 2,6 cm

Santuario de Collado de los Jardines
(Santa Elena, Jaén)

Ibérico. Siglos III-I a. C.

Museo Arqueológico Nacional. Madrid

MAN 31527, 30623

Fíbula anular

Bronce

Alt. 2,5 cm; Ø 3,6 cm

Castro de Las Cogotas (Cardeñosa, Ávila)
Vettón. Segunda mitad siglo IV-III a. C.

Museo Arqueológico Nacional. Madrid

MAN 1989/41/669

Se trata de un elemento de adorno utilizado para sujetar la vestimenta. El tipo de fíbula anular está considerado como el prototipo por excelencia de la fíbula ibérica, con una cronología muy dilatada que abarca desde el siglo VI a. C. hasta el cambio de era, con un predominio absoluto en la fase plena de la cultura ibérica, especialmente desde el siglo IV a. C.

Su origen se ha establecido en prototipos foráneos, concretamente en broches anulares de origen oriental, importados a la Península Ibérica a través del comercio griego, generalizándose posteriormente en el área levantina. Se considera creación peninsular añadir el anillo, que sirve además para denominar la tipología, a los elementos de la fíbula (resorte, puente y aguja) para dar estabilidad. Su largo desarrollo en el tiempo dará lugar a modificaciones y gran variedad de tipos.

Su presencia es muy numerosa en el ámbito ibérico, concentrándose en las necrópolis aunque también aparecerá en poblados e incluso en santuarios como las piezas aquí seleccionadas, que presentan la particularidad de ser de pequeño tamaño y todas ellas tienen resorte de charnela. Según la forma del puente, presentan dos variantes: de timbal, derivada de modelos centroeuropeos, muy común en el Sur y en Levante y la otra tipología denominada de cinta, va a ser muy corriente en los santuarios. Estas piezas serían presentadas como ofrenda o bien utilizadas por la gente más humilde para sujetar la ropa interior. Las fíbulas miniaturas también fueron muy corrientes en El Cigarralejo.

En los siglos IV y III a. C., coincidiendo con el desarrollo de la metalurgia, el tipo anular conocerá su expansión hacia el mundo celta peninsular, siendo muy frecuente en yacimientos de ambas Mesetas. Su presencia se prolongará incluso cuando en el mundo ibérico hayan sido olvidadas y conocerán un postrer desarrollo en la Meseta, produciendo tipos que se van a caracterizar por presentar un gran grosor y tamaño, debido al mayor grosor de las telas que tenían que sujetar, y una decoración muy voluminosa, a base de esferas y alambres enrollados, realizados tanto en bronce como en oro; buena muestra de esto lo constituyen las dos fíbulas anulares áureas encontradas en el tesoro de Arrabalde I.

Argente, 1994: 66-76; Cuadrado, 1963: 46-60; Cuadrado, 1987: fig. 166-289 y fig. 116-290; Delibes y Esparza, 1989: 109 y 118; Martín, 1984: 36-46.

EMM



Fíbula de La Tène I, tipo 4-1B con apliques de pasta de vidrio

Bronce y pasta vítrea
Long. 7 cm; alt. 2,5 cm
Necrópolis de El Cigarralejo (Mula, Murcia), tumba 200
Ibérico. 350 a. C.
Museo de Arte Ibérico El Cigarralejo. Mula (Murcia)
Inv. 2474

Fíbula de La Tène I con incrustaciones de hueso

Bronce y hueso
Long. 4,7 cm; alt. 3,2 cm; anch. 2,7 cm
Necrópolis de Villaricos (Almería), tumba 879
Ibérico. Siglo IV a. C.
Museo Arqueológico Nacional. Madrid
MAN 1935/4Vill/T.879/1

La fíbula de El Cigarralejo está fundida en una sola pieza. Arco rebajado y puente con aristas laterales y decorado en la cara superior con un surco central de glóbulos minúsculos. Se caracteriza por su apéndice caudal, es decir, el extremo del pie que se prolonga y eleva sobre el arco con dos aros en el que se han incrustado dos chatones circulares de pasta vítrea. El extremo se remata en otra pieza —también de pasta de vidrio— con la representación esquemática de un rostro humano.

Se trata de piezas metálicas destinadas a sujetar las prendas de vestir. A este factor funcional hay que sumarle su concepción como objeto de adorno, hasta llegar en casos, como los que nos ocupan, a convertirse en verdaderos productos de lujo y por lo tanto en auténticos exponentes de riqueza, lo que se acusa más ante la variedad tipológica de las piezas, que siempre están sometidas a las influencias de la moda y del gusto refinado del portador de las mismas. El tamaño va ligado funcionalmente a la prenda a la que estaba destinada, así las grandes debieron usarse para abrochar los gruesos mantos de lana y las pequeñas para la ropa interior, lo que establece indirectamente una relación entre el clima y el tamaño-grosor de la pieza.

La amplia variedad refleja el carácter artesanal de las mismas, en contraposición a los sistemas industriales de época romana.

Cuadrado 1987: 364; Iniesta 1983: 80-81 y 61-102.

VPP



Fíbula tipo La Tène I

Bronce
Alt. 3 cm; long. 8 cm
Colección Vives
Ibérico. Finales siglo V-III a. C.
Museo Arqueológico Nacional.
Madrid
MAN 23098

Fíbula tipo La Tène I

Bronce
Alt. 2,3 cm; long. 6,4 cm
Colección Vives
Ibérico. Finales siglo V-III a. C.
Museo Arqueológico Nacional.
Madrid
MAN 23110

Fíbula tipo La Tène II

Bronce
Alt. 2,3 cm; long. 6,4 cm
Castro de Las Cogotas (Cardenosa, Ávila)
Vettón. Mitad siglo III-fines siglo I a. C.
Museo Arqueológico Nacional.
Madrid
MAN 1989/41/674

Fíbulas tipo La Tène II

Bronce
Alt. 2,8 cm; long. 5,9 cm -
alt. 1,4 cm; long. 2,7 cm
Necrópolis de La Osera
(Chamartín, Ávila)
Vettón. Mitad del siglo III-
finales siglo I a. C.
Museo Arqueológico Nacional.
Madrid
MAN 1986/81/II/211/1;
1986/81/V/791/7

Fíbula de torrecilla

Bronce
Alt. máx. 4,4 cm; long. 5 cm
Necrópolis de La Osera
(Chamartín, Ávila)
Vettón. Mitad del siglo IV-mitad del
siglo II a. C.
Museo Arqueológico Nacional.
Madrid
MAN 1986/81/V/1307/1

Estas fíbulas, evolución de las de pie vuelto, se caracterizan por la prolongación del pie hacia la zona del puente. Desde el siglo V a. C. y hasta el I a. C. se irán imponiendo, de forma paulatina, dando lugar a una gran variedad tipológica. Su origen se sitúa en la cultura celta centroeuropea, extendiéndose al resto del continente, con dos vías de penetración en la Península Ibérica, una a través de contactos comerciales marítimos que alcanzan puntos de la cultura ibérica de la zona catalana, y otra a través de Francia por los pasos interiores del Pirineo. Las más características de este primer momento presentan arco rebajado y pie con remate ornamental en disco o palmeta, como las aquí seleccionadas, del tipo La Tène I, muy frecuentes en el sudeste, alto Guadalquivir y sobre todo en la zona levantina, destacando las de El Cigarralejo (Murcia). En la Meseta esta fase no tuvo un amplio eco; sin embargo se conoce un ejemplar con remate de palmeta en la sepultura 1041 de la zona V de La Osera. El siguiente paso evolutivo lo constituyen los tipos clasificados como de La Tène II, realizados en una sola pieza, con la prolongación del pie sujeta en la parte alta del puente y la decoración concentrada en el remate de un pie de variadas formas. Estos modelos tendrán una amplia acogida en el ámbito meseteño, importados a través de la cultura ibérica, dando lugar a la creación de modelos propios.

Otro tipo característico de los yacimientos abulenses en particular, y meseteños en general, es la fíbula de torrecilla. Procede del desarrollo de modelos tardíos con pie vuelto, en el que éste es sustituido por un apéndice en torre, con una evolución paralela a las fíbulas de La Tène, mostrando el pie más o menos inclinado hasta unirse al puente.

Para finalizar, añadir que un tipo muy característico de los yacimientos meseteños serán las fíbulas zoomorfas, principalmente representando caballitos, pero también otras formas como la de aves (ver núm. 23). Esta tipología, también presente en la cultura ibérica, contará aquí con la particularidad de representar escenas de caza y estar realizadas en plata.

Argente, 1994: 84; Cabré y Morán, 1979: 13, fig. 3; Cabré y Morán, 1982: 4-5; Cuadrado, 1987: 249-fig. 97, 338-fig. 138, 366-fig. 152; García y Bellido (ed.), 1993: 72, lám. 69, n.º 2 y 4.

EMM



Pinzas caladas

Bronce
Long. 11,2 cm
Necrópolis de El Cigarralejo (Mula, Murcia),
tumba 1
Ibérico. 375-350 a. C.
Museo de Arte Ibérico El Cigarralejo. Mula (Murcia)
Inv. 159

Pinzas caladas

Bronce
Long. 12,9 cm; anch. 2 cm; grosor 0,3 cm
Necrópolis de La Osera (Chamartín, Ávila), zona I,
túmulo D
Vetton. 375-350 a. C.
Museo Arqueológico Nacional. Madrid
MAN 1986/81/I/T.D/3

El calado de las pinzas de El Cigarralejo se presenta en el centro de las dos valvas de las pinzas en forma de rama sinuosa o tipo de «tallos serpenteante» con roleos, en la terminología de E. Cuadrado. No se conserva la anilla de suspensión.

Llama la atención la escasez de pinzas existentes entre los objetos de los ajuares funerarios. Apenas contamos con una docena de ejemplares en El Cigarralejo, provenientes de tumbas masculinas, a excepción de dos ejemplares. De todas ellas, solo disponen también de decoración calada, las de las tumbas 283 y 370.

Las pinzas caladas de La Osera se encuentran en excelente estado de conservación, mantienen incluso el elemento suspensor de cobre. Cabeza muy corta, con dos resaltes en el bucle. La decoración calada a base de «tallos serpenteantes» con roleos, enmarcados con un fino punteado, es prácticamente igual al ejemplar procedente de la tumba 370 de El Cigarralejo.

Consideradas tradicionalmente como de aseo personal, pudieron usarse secundariamente para la extracción de pequeñas astillas o pinchos.

Su presencia en distintos yacimientos peninsulares, pone de manifiesto la existencia de un importante comercio entre las tribus vettonas y los iberos del sureste y levante de objetos pseudolujosos, como los que nos ocupan, asociados a varones de cierto rango social, tal y como atestiguan su relativa escasez y la relevancia del resto de los materiales que las acompañaron como parte del ajuar funerario, en donde todas ellas fueron encontradas, especialmente varios tipos de armas ofensivas y defensivas.

Esta peculiar decoración de dobles espirales en 'S' tienen un marcado carácter simbólico, relacionado con el ciclo vegetal. Motivo éste muy recurrente en otros objetos metálicos, como los damasquinados en plata de las placas de cinturón cuadradas o de algunas espadas, incluso lo encontramos en las decoraciones pintadas de la cerámica ibérica.

Baquedano, 1996: 80-81; Cabré y Morán, 1990.

VPP



Pinzas

Bronce
Long. 8,9 cm; anch 1,8 cm; grosor 0,5 cm
Necrópolis de Las Cogotas (Ávila), sepultura 102
Vettón. Fin siglo V–siglo IV a. C.
Museo Arqueológico Nacional.
Madrid
MAN 1989/24/291

Pinzas

Hierro
Long. 10,8 cm; anch. 2,3 cm; grosor 1,2 cm
Necrópolis de Las Cogotas (Ávila), sepultura 476
Vettón. Fin siglo IV–siglo III a. C.
Museo Arqueológico Nacional.
Madrid
MAN 1989/24/414

Pinzas

Bronce
Long. 11 cm; anch. 1,4 cm; grosor 0,8 cm
Necrópolis de La Osera (Ávila), zona V, sepultura 1189
Vettón. Fin siglo IV a. C.
Museo Arqueológico Nacional.
Madrid
MAN 1986/81/V/1189/1

Las pinzas son elementos formados por una lámina de bronce o hierro que se doblan por la mitad de forma que se crea una zona flexora semicilíndrica que actúa como muelle y por la que se puede introducir una anilla o un alambre para colgarla, mientras los extremos se doblan ligeramente hacia adentro para poder ser utilizados para depilar o agarrar finísimas partículas, por lo que se consideran un objeto de aseo personal que comienza a extenderse hacia el siglo X a. C. por el Mediterráneo, documentándose ya desde el Bronce Final en yacimientos portugueses y cuyo uso implicaría una estética asimilable a determinados grupos sociales.

Las tres pinzas que presentamos, al igual que muchas de las halladas en otros territorios peninsulares, se asocian a tumbas con armas, por lo que se ha especulado que determinados guerreros las usarían para eliminar pelos de orejas, cejas, nariz, pestañas, barba y bigote. Estos objetos se complementarían con navajas de afeitar y tijeras, pero nunca son frecuentes; lo mismo ocurre en territorio vettón, donde las navajas solo se documentan asociadas a elementos orientalizantes en El Berrueco. Por ello cabe preguntarse quiénes eran esos personajes minoritarios que cuidaban su cuerpo y disponían de objetos para hacerlo y que ha llevado a hablar de la «belleza del guerrero». Ruiz Zapatero y Lorrio proponen que, además de para acicalarse en vida, estos objetos hubiesen podido servir para ayudar al espectáculo de una «muerte hermosa», ya que según las fuentes el cuerpo de Viriato se adornó como paso previo a su cremación y a los rituales que lo acompañaron.

En algunas ocasiones ambos lados de la pinza aparecen recortados con formas lobuladas y decorados, mediante puntillado formando líneas y aspas, combinando formas que pueden considerarse más mediterráneas, con las propias de la decoración cerámica local, como en el caso de la sepultura V/1180 de La Osera, motivos que se estudia si pudieran ser identificativos de grupos familiares.

Cabré, 1932: 44, lám. LXVIII; 72, lám. LXI-I; Ruiz y Lorrio, 2000; Treherne, 1995; Vilaça, 1995.

MBV



Equipo de aseo

Bronce

Long. máx. 9,6 cm; anch. máx. 1,7 cm. Punzón: 5 x 0,8 x 0,2. Pinzas: 8,6 x 0,4 x 0,6.

Sonda: 6,9 x 0,8 x 0,3 cm

Santuario de Collado de los Jardines (Santa Elena, Jaén)

Ibérico. Siglos III-I a. C.

Museo Arqueológico Nacional. Madrid

MAN 30153

Pinzas, sonda (a la que falta la cucharilla) y punzón unidos por un alambre enrollado en forma de anilla que permitiría llevar colgando este pequeño conjunto de piezas de higiene o aseo. Los tres elementos tienen funciones distintas; así, las pinzas, como ya se ha indicado, servirían para depilar y retirar cuerpos extraños, la sonda para limpiarse el cerumen de los oídos y el punzón para usos variados, entre los cuales se encuentra el hacer incisiones para el tatuaje. Las pinzas de camas estrechas y sujetas por una presilla en la parte superior se consideran un síntoma de modernidad.

El interés del conjunto radica en que los tres elementos se conservan unidos y se hallaron en un santuario, sin que podamos determinar si se trata de un exvoto o de un conjunto de útiles que pudieran usarse en un momento previo a las ceremonias religiosas y rituales, bien por los sacerdotes encargados de ellos, bien por los fieles. En las tres campañas de excavación del yacimiento se hallaron instrumentos aislados de este tipo, sin que sepamos de cuál de ellas procede el conjunto que se expone.

Calvo y Cabré, 1918: 25; Calvo y Cabré, 1919: 32.

MBV



Collar

Pasta vítrea, hueso, fayenza
 Long. 39,5 cm; Ø máx. (cuenta):
 1,3 cm
 Necrópolis de Puig des Molins (Ibiza)
 Púnico. Siglo V a. C.–principios
 siglo IV a. C.
 Museo Arqueológico Nacional.
 Madrid
 MAN 1973/36/1054

Collar

Pasta vítrea, piedra, oro
 Long. 26,5 cm; colgante:
 alt. 2,4 cm; anch. 1,8 cm
 Necrópolis de Toya
 (Peal de Becerro, Jaén)
 Ibérico. Siglo V a. C.–
 principios siglo IV a. C.
 Museo Arqueológico Nacional.
 Madrid
 MAN 28514

Collar

Pasta vítrea
 Long. máx. 107 cm; Ø máx.
 (cuenta): 1,5 cm; Ø mín. 0,3 cm
 Necrópolis de La Osera
 (Chamartín, Ávila)
 Vettón. Siglo IV-II a. C.
 Museo Arqueológico Nacional.
 Madrid
 MAN 1976/36/43

Entre los materiales que componen los ajuares de las tumbas no es raro encontrar objetos que en vida del difunto estuvieron destinados al adorno personal. En su fabricación emplearon materiales de distinta naturaleza, desde metales preciosos, como el oro y la plata que curiosamente muy pocas de estas piezas han aparecido amortizadas en las tumbas, hasta materiales más sencillos, de inferior calidad, pero en los que destacan otras características como la riqueza del colorido, la propia forma y la decoración.

Los tres collares seleccionados fueron encontrados en necrópolis pertenecientes a ámbitos culturales distintos –púnico, ibérico y vettón– y nos ofrecen un claro ejemplo de cómo un mismo objeto ha sido interpretado de diferentes maneras, presentando cada uno de ellos las características propias de la cultura en que fueron fabricados.

El collar púnico presenta las características cuentas oculadas, cuyo origen se remonta al antiguo Egipto y fueron difundidas por todo el Mediterráneo a través del comercio fenicio y griego; están fabricadas en pasta vítrea e insertados, entre ellas, encontramos amuletos, que se han interpretado como talismanes, realizados en hueso y fayenza con motivos decorativos inspirados en el mundo egipcio.

En el collar ibérico, aunque presenta algunas cuentas oculadas de pasta vítrea, por intercambios con los fenicios, su presencia suele ser escasa tanto en las tumbas como en los objetos de adorno. Aquí el elemento a destacar es el colgante de oro, en el que perviven muchos elementos de la orfebrería orientalizante: la fabricación en hueco mediante dos láminas soldadas y la decoración de gránulos en el anverso, la forma de lengüeta que encontramos documentada en esculturas y bronce ibéricos, tiene su origen en piezas orientalizantes como los collares de Aliseda. El resto de cuentas de distintos materiales que componen el collar se pueden considerar como producción local.

En cuanto al collar aparecido en la necrópolis vettona, está formado por numerosas cuentas de cristal, transparente, azuladas, pero no presenta cuentas ni gallonadas, ni oculadas, características del mundo púnico, por lo que se piensa que estas cuentas sean obra de un taller local. En el área de la Meseta y concretamente en las tumbas vettonas la presencia de cuentas de pasta vítrea son consideradas como un elemento raro y exótico, aunque han aparecido algunas en las necrópolis de La Osera, en la tumba 573 de la zona IV, y de Las Cogotas, en la tumba 176, y también están documentadas en El Raso y Sanchorreja.

ecos del mediterráneo: tesoros

 Institución Gran Duque de Alba



Tesorillo de El Raso de Candeleda (Museo de Ávila, foto: Rafael Delgado).

La orfebrería alcanzó un gran auge en época prerromana, tanto entre las poblaciones ibéricas como entre las de la Meseta. Las representaciones iconográficas de los iberos, y muy especialmente las Damas, como las de Elche, Baza o el Cerro de los Santos, nos muestran el profuso empleo de joyas que tuvieron las clases aristocráticas de este periodo.

Con el discurrir de la Edad del Hierro la presencia de joyas formando parte de los ajuares funerarios se va haciendo cada vez más escasa. Por el contrario, los hallazgos en forma de ocultaciones, generadas en tiempos de inestabilidad por la presencia militar púnica y romana en la Península, resultan más y más frecuentes. Un buen ejemplo lo constituye, en el ámbito vettón, el hallazgo del pequeño tesoro de joyas de plata y algunas monedas, oculto en una de las casas del castro de El Raso de Candeleda. Se trata, en la mayor parte de los casos, de pequeñas fortunas familiares.

ecos del mediterráneo. el mundo ibérico y la cultura vettona. tesoros

Fernando Fernández Gómez
Museo Arqueológico - Sevilla
Germán Delibes de Castro
Universidad de Valladolid

1.- Las raíces meridionales, orientalizantes e ibéricas, de la joyería vettona (FFG)

Con las joyas aparecidas en la Meseta en la época de los castros y verracos podemos hacer dos grandes grupos. Por un lado las que debemos considerar indígenas, producidas en los talleres de los mismos vettones, en las que son frecuentes los detalles de inspiración céltica, centroeuropea. Por otro, las de influencia o factura exterior, primero tartésica, orientalizante, propias de un periodo anterior, del que ya nos han hablado; después ibérica, época en que las joyas de oro son menos numerosas y de menor calidad, y abundan por el contrario las de plata, debido en gran parte a una intensificación de las explotaciones mineras, sobre todo de Sierra Morena. Son joyas que conocemos muy bien, gracias a la especial coyuntura que atraviesan entonces los pueblos indígenas, sometidos primero al expolio de los cartagineses y luego al de los romanos, lo que les hace proceder a la ocultación de numerosos tesorillos, que ahora encontramos dispersos, escondidos en los lugares más insospechados.

Y es a través de esos escondrijos y de las joyas que ocasionalmente aparecen en los ajuares de algunas tumbas de sus extensas necrópolis por lo que sabemos que aquellos indígenas de la Edad del Hierro gustaron de los adornos personales, en los que en algunas ocasiones se hacen patentes los ecos del Mediterráneo, la influencia de los pueblos ibéricos. Porque la comunicación de las gentes de la Meseta occidental con las que ocupaban el mediodía peninsular y, seguramente por medio de ellas, con las del levante, no se interrumpe nunca, sino que se mantiene de manera permanente, como muestran los materiales arqueológicos. De manera que en la Meseta iremos viendo, como reflejado, a través de esos materiales, el proceso cultural que viven aquellas. Y aunque no hayan sido muchos los hallazgos de tesoros que han tenido lugar dentro del territorio de los vettones, los pocos que allí se han descubierto manifiestan en ocasiones una evidente conexión con el mundo ibérico.

Lo que de momento no podemos saber con seguridad es si esas joyas fueron realizadas en tierra de los vettones o si aquí fueron simplemente adquiridas. Ambas situaciones pudieron darse. Unas serían solo comercializadas, seguramente a trueque con algunos de los bienes que los indígenas producían, posiblemente pieles, ya que se trataba de pueblos esencialmente ganaderos. Que otras joyas, sin embargo, se producían aquí, que los vettones disponían también de sus propios talleres y orfebres, queda demostrado por la presencia de un lingotillo de plata, procedente del mercado de antigüedades, pero recogido con toda seguridad en El Raso¹, el yacimiento en el que han tenido lugar los hallazgos de joyas más llamativos en esta zona de los vettones, junto al de Chamartín de la Sierra.

Aquí, efectivamente, en una de las tumbas más ricas de la extensa necrópolis de La Osera, se hallaron los objetos que más claramente atestiguan la existencia de relaciones entre los vettones y los pueblos ibéricos. Se trata sobre todo de un conjunto de placas de cinturón de plata decoradas con la representación de una escena figurada², idénticas a las halladas con anterioridad en la necrópolis ibérica del Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia)³, zona de la que fueron traídas por tanto, sin duda, también las piezas de La Osera. Formaban parte del ajuar funerario de un guerrero y habían sido colocadas en el interior de un caldero de bronce junto a un broche de cinturón decorado



Figura 1.- Placas de plata de La Osera (a) y del Cabecico del Tesoro (b).



Figura 2.- Arracadas de oro de El Raso (a) y del Castillarejo de Peñarroya (b).

con damasquinados de plata. En las placas está representado un motivo figurado, un águila en actitud agresiva, con el pico abierto y las alas extendidas, captada en el momento de posarse en tierra para capturar una presa, un pato o paloma, a la cual sujeta con una pata mientras eleva ligeramente la otra para aumentar la sensación de movimiento. Por detrás, dos tallos verticales, muy sencillos, para sugerir el paisaje. Y por encima y debajo una greca intermitente, alternando con círculos, para enmarcar el motivo decorativo. Es una obra repujada, de gran calidad artística, con influencias del mundo griego, en cuyo ámbito de influencia tenemos monedas, sobre todo siciliotas, del siglo V a. C., que repiten este mismo tema del águila cazadora. Allí se ponen también los prototipos de algunas placas similares a las nuestras halladas entre los etruscos⁴ (fig. 1).

En El Raso de Candeleda (Ávila), por su parte, encontramos, en una tumba de incineración en hoyo, expoliada con anterioridad, junto a algunos elementos orient-

talizantes, un par de arracadas, que solo conocemos a través de los dibujos de un coleccionista particular de la zona que pudo documentarlas antes de que desaparecieran en el mercado de antigüedades⁵, y para las cuales encontramos sus mejores paralelos en otro yacimiento ibérico del levante peninsular, el del Castillarejo de Peñarroya (Cheste, Valencia).

Son dos arracadas circulares, con poco más de 3 cm de diámetro, decoradas con un motivo distinto en cada una de sus caras, lo que evidencia que se trata de láminas independientes soldadas por sus bordes después de decoradas. En sus temas alternan los simplemente geométricos con los figurados, ya que en una placa aparecen diez cabezas humanas de rasgos muy esquemáticos, en posiciones alternas, dispuestas en círculo, y en la segunda cuatro figuras masculinas, toscas también y esquemáticas, se diría que con un puñal en su mano izquierda y con brazos y piernas muy separados, como quien anda a grandes pasos, acompañadas por cuatro motivos interpuestos difíciles de identificar, parecen crecientes⁶ (fig. 2).

Uno de los tesorillos más modernos descubiertos en el interior de estos castros de la Meseta procede del poblado fortificado de El Raso. Había sido escondido en el subsuelo de una de las casas, junto a uno de sus muros, adosado al cual habría seguramente alguna pieza del mobiliario que hiciera pasar desapercibida la ruptura del pavimento, parcialmente cubierto en esta habitación en las inmediaciones del escondrijo por una piedra de molino⁷.

Formaban el tesorillo diversas piezas de plata de lo que debía ser un ajuar de adorno personal –torques, brazalete, pulsera, fíbula– y cinco denarios republicanos que nos ayudan a situar cronológicamente el escondrijo en la época de César, a mediados del siglo I a. C., coincidiendo con su orden de que los indígenas destruyeran las murallas de sus poblados y se trasladaran a lugares abiertos, lo que sin duda hicieron los moradores de esta casa de El Raso, sin atreverse a llevar consigo sus joyas, que decidieron esconder en su interior, con la esperanza sin duda de volver algún día a recuperarlas.

Aunque las joyas del tesorillo carecen en sí de originalidad, su interés radica en el hecho de mostrar precisamente cómo habían llegado hasta el interior de la Meseta joyas típicas de los ambientes ibéricos y celtibéricos, a los que tenemos que dirigirnos para buscar su origen.

El torques, aunque no es joya de origen mediterráneo sino céltico, centroeuropeo, tiene entre los pueblos ibéricos de la Península una amplia difusión. El ejemplar de El Raso es de los llamados funiculares, el tipo más frecuente entre los tesorillos ibéricos y el que presenta más larga perduración, ya que los ejemplares de Tivissa (Tarragona), quizá los más antiguos, se fechan hacia el 170 a. C. y los de Drieves (Guadalajara) pocos años más tarde. Los ejemplares más parecidos a los nuestros se hallan, sin embargo, en yacimientos andaluces de la rica zona minera de Jaén, Santiago de la Espada, Santisteban del Puerto, Mengíbar y Mogón. Están realizados por medio de varillas de plata torsionadas en su conjunto para formar auténticos cables que producen un bello efecto estético, aunque a veces lleven alguna decoración complementaria, sobre todo los finos hilos de metal retorcidos en sí mismos que se interponen entre las varillas, como en el caso de El Raso⁸.

El brazalete es de tipo laminar, hueco, envolviendo un alma de una sustancia resinosa endurecida, con los extremos superpuestos y decorados con motivos geométricos incisos, que se realizarían en la lámina antes de darle la forma de anillo en espiral con que se presenta. Tiene también sus mejores paralelos en yacimientos de la provincia de Jaén, El Centenillo y el mismo Mogón, como el torques, aunque los más numerosos proceden de Salvacañete (Cuenca)⁹ (fig. 3).

A las dos piezas restantes, la pulsera y la fíbula, debemos integrarlas en un conjunto único, ya que es la misma la decoración que presentan, un motivo almendrado delimitado por un par de hilos muy finos y una serie de esferillas aplastadas en los puntos que se han considerado esenciales, quizá con la intención de darle el mayor parecido con una cabeza de reptil, víboras, quizá, por su forma acusadamente triangular, lo



Figura 3.- Brazaletes de plata de El Raso (a) y Guiaes (b); remanente con marca de otro brazalete de El Raso (c) y terminales del brazalete de Villanueva de Córdoba (d).

mismo que en la lúnula de Chao de Lamas y en otras joyas de esta época, aunque a veces parecen recordar más bien la cabeza de un caballo, indicadas las orejas por medio de esferillas laterales colocadas en la parte superior¹⁰.

Los mejores paralelos para la pieza de El Raso se hallan en Guiaes (Vila-Real, Portugal) y Villanueva de Córdoba, aunque aquí no se trata de una pulsera sino de uno de los típicos brazaletes de cinta en espiral, como si fueran serpientes, rematado en sus extremos por los mismos motivos almendrados, que aquí parecen estar sobredorados, mientras en Guiaes se trataba de auténticas láminas de oro superpuestas y en El Raso se había dejado la plata desnuda¹¹.

El sobredorado es una técnica que se hallaba bastante extendida en el mundo ibérico. Sobredorada está la cabeza de la Medusa del tesoro de Mogón y la pátera de Perotito. Es técnica que tiene un probable origen helenístico, donde es asimismo frecuente el empleo de láminas enmarcadas por hilos retorcidos¹².

La fíbula es del tipo que se ha llamado de La Tène avanzado, de pie vuelto apoyado en el puente, sin fundirse con él, el más frecuente en todos los tesorillos de esta época, tipo de origen céltico, pero extendido por todo el ámbito peninsular en esta Segunda Edad del Hierro. La influencia ibérica en el ejemplar de El Raso la encontramos en el motivo decorativo, similar al que presentan los remates de la pulsera, pero con una sola esferilla en la parte superior, en lugar de las dos laterales, motivo idéntico al que encontramos en el remate de otro brazaletes hallado recientemente en superficie en el interior del mismo castro de El Raso¹³, perdiendo de esta manera su aspecto zoomorfo, pero avalando la posibilidad de que se trate de joyas producidas en un mismo taller. Y que este taller estuvo con toda seguridad ubicado en algún lugar del mundo ibérico lo prueba la marca que aparece en la parte posterior de esta pieza. Se trata de dos signos fácilmente identificables con dos de los caracteres más frecuentes en la escritura ibérica, que corresponden a los sonidos A e I o BA, según los alfabetos¹⁴. Por delante se diría que aparece todavía una tercera letra, quizá otra A, muy erosionada por el estado de desgaste de la joya. A este taller tendríamos que situarlo en algún lugar de Sierra Morena, entre las provincias de Córdoba y Jaén, quizá en el mismo Cástulo, pues es en esa zona en la que se hallan los paralelos más cercanos. Y de allí proceden también algunas de las monedas de bronce recogidas en las excavaciones del castro, confirmando la posible existencia de relaciones comerciales entre ambas comunidades indígenas.

Influencia ibérica podríamos finalmente observar en la decoración de una placa de plata de La Osera en la que se observan, repujadas y dispuestas de manera circular, como las cabezas humanas de la arracada, una serie de figuras animales unidas por sus troncos, parecen patos, motivo frecuente en el mundo céltico y en el orientalizante, y a su alrededor un círculo de 'SS' repetidas similares a las que suelen decorar algunas cerámicas ibéricas¹⁵.

Entre las joyas de pequeño tamaño, en las que pueden observarse detalles de influencia ibérica, podríamos señalar la presencia en algunas tumbas de La Osera de pequeños zarcillos filiformes, simples hilos de metal anudados por sus extremos, y de otros más gruesos, en forma de creciente, que son frecuentes en todos los ambientes ibéricos como lo fueron antes en los orientalizantes, presentes en Ébora y otros yacimientos, manifestando claramente que responden a prototipos de inspiración mediterránea¹⁶. Procedente de El Raso tenemos también un ejemplar de este tipo¹⁷, aunque habría que destacar entre todos el de La Osera decorado con tres gruesos gránulos en

su base, a modo de racimo, decorados a su vez con hilos dispuestos en forma de círculos concéntricos¹⁸, de un tipo semejante a las que vemos en las necrópolis ibéricas de Tugia y Galera¹⁹. Algunos ejemplares de El Cigarralejo (Murcia) tienen también en la base las tres esferitas arracimadas.

2.- El contrapunto de la joyería prerromana de los pueblos meseteños más septentrionales (GDC)

Si hubiera que señalar una fecha clave en la historia de la investigación de la joyería prerromana de la Península Ibérica, esa tendría que ser 1969, año en que el alemán K. Raddatz publicara su monumental ensayo *Die Schatzfunde der Iberischen Halbinsel*. Allí quedaban sentadas las bases de los estudios ulteriores y allí se decía, más o menos expresamente, que en el solar de nuestra península era preciso individualizar dos grandes tradiciones orfebres: la Ibérica, caracterizada sobre todo por el trabajo en plata, y la de la Cultura de los Castros del noroeste, con labores fundamentalmente en oro. En líneas generales aquella división todavía tiene un sentido, aunque cada vez se hace más necesario reconocer la fuerte personalidad, no exenta de sabor céltico, de algunas de las «provincias» estilísticas del interior peninsular entonces adscritas a la joyería ibérica, circunstancia que acabaría siendo decisiva para que, por ejemplo, a las joyas del «grupo del Duero» se les concediera el calificativo –no exento de problemas– de «celtibéricas» (fig. 4).

Con ocasión de dar a conocer los excepcionales tesoros de Arrabalde, en Zamora, y de publicar asimismo tres no menos notables atesoramientos procedentes de Padilla de Duero –*oppidum* vacceo en la provincia de Valladolid que sus excavadores identifican con la *Pintia*

del Itinerario de Antonino–, ya hemos insistido otras veces en la personalidad de esta joyería del norte de la Meseta²⁰, aunque acaso excediéndonos a la hora de subrayar su «celtismo» y su falta de subordinación a las directrices de la orfebrería ibérica. En realidad, se consideraban joyas célticas por mostrar indudables particularidades respecto a las ibéricas –con frecuencia se trataba de versiones locales o regionales– y también porque célticos eran, al fin y al cabo, los grupos étnicos a los que se atribuían sus ocultaciones: vacceos, turmogos, celtíberos, etc. Aunque no hallemos razones para desdecirnos por completo de lo afirmado entonces, sí queremos llamar la atención sobre la necesidad de valorar la joyería de la Meseta como una realidad menos compacta y homogénea de lo que en aquel momento proclamamos, reconociendo, por ejemplo, el escaso acierto de incluir el tesorillo de plata hallado en la casa 2 del castro de El Raso de Candeleda entre las manifestaciones más conspicuas de la mencionada «joyería celtibérica»²¹ y reclamando para él, como hace F. Fernández Gómez con sobrados argumentos en la primera parte de este mismo trabajo, un carácter plena e insoslayablemente ibérico.

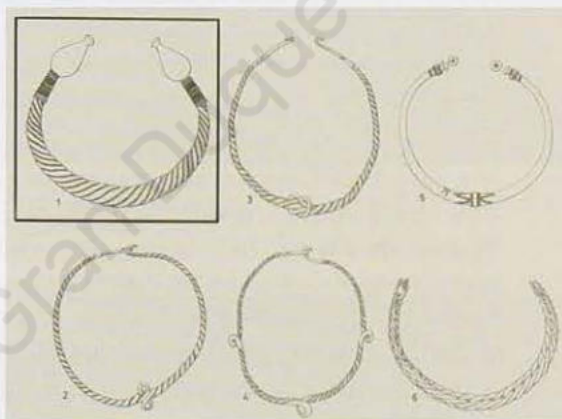


Fig. 4.- Principales tipos de torques de plata presentes en los tesoros prerromanos de la Meseta Norte. El tipo vacceo de perillas (recuadrado) frente a los modelos «ibéricos» (restantes).

La personalidad de la joyería «celtibérica» se manifiesta sobre todo en dos aspectos. En primer lugar, en la existencia de modelos propios, que reproducen tipos exclusivos de la metalistería del sector central de la Península; y, en segundo término, en la tendencia a crear versiones particulares de modelos ajenos, elaborando originales híbridos que conjugan rasgos propios de la orfebrería ibérica con otros de la joyería castreña del noroeste. En uno y otro caso no faltan razones, por tanto, para defender la existencia de talleres locales o, al menos, de orfebres –ambulantes o no es asunto a discutir– que se esmeraban en satisfacer los gustos de la clientela de la Meseta. A todo ello, además, cabría añadir una cierta proclividad hacia lo volumétrico y una utilización del oro que, si no completamente usual, sí hay que reconocer –por influencia, qué duda cabe, de la «cultura de los Castros» gallega– mucho menos rara que en la joyería ibérica.

Entre los tipos «propios» destacan dos clases de *fíbulas*: las *anulares hispánicas* y las *simétricas*. Las primeras, que responden a la variedad que Cuadrado denominaba «de puente ancho y decoración de clavos», son áureas, gruesas y aparatosas, con asas laterales y, sobre todo, con una decoración de hilos enrollados (en el pie) y de fundas de filigrana y granulado (sobre los anclajes del puente y la mortaja) que les confiere una fuerte personalidad. Además se caracterizan por un notable peso (una de las dos piezas del tesoro de Arrabalde 1 alcanza el cuarto de kilo) y, aunque su distribución se ajuste sobre todo al territorio de los astures trasmontanos –recordemos, con los de Arrabalde, los ejemplares del Bierzo y de San Martín de Torres²² (fig. 5)–, vale la pena dar noticia de la existencia de una nueva pieza hallada en 1905 formando parte de uno de los tesoros de la ciudad de Palencia, el llamado del Puente de Hierro del Ferrocarril, cuyo paradero se desconocía hasta reaparecer recientemente en el Museo de la Hispanic Society, de Nueva York²³. Parecida originalidad rezuman también las *fíbulas simétricas*, pues, aunque próximas en lo formal a las latenieneses de las tumbas principescas centroeuropeas del siglo V a. C., fueron literalmente reinventadas por los pueblos del noreste de la Meseta en los dos siglos anteriores al cambio de era, convirtiéndose poco menos que en una de sus insignias.



Figura 5.- Dos vistas de la fíbula anular de San Martín de Torres (León) (foto: MAS).

Por lo general son argénteas, pero en Palencia y Arrabalde las hay de oro y presentan la particularidad de que sus extremos, vueltos hasta entrar en contacto con el puente, rematan en bellotas muy parecidas a las que veremos luego en los torques.

También pasan por ser tipos propios ciertos *prendedores de pelo*, espiraliformes, cuyos extremos se adornan con cabezas de caballo. Éstas son muy explícitas y realmente hermosas (crines de hilos de oro minuciosamente trenzados, ojos y orejas en granulado) en un ejemplar procedente de Saldaña, que se conserva en el Museo de Palencia y que mereció la consideración de «obra cumbre de la joyería céltica»²⁴ (fig. 6). En Arrabalde 1 encontramos, sin embargo, versiones bastante menos cuidadas, por más que todavía realistas, mientras que en los ejemplares de Palencia 1 –una nueva muestra del interés del redescubierto tesoro de la Hispanic Society– el icono equino está tan desdibujado y se aleja tanto del modelo inicial que sería imposible identificarlo de no saber su relación con los ejemplares anteriores.

Idéntica originalidad meseteña reclaman otras joyas que, unas veces por su menor tamaño (*anillos*), otras por el enigma de su función (*cadenetas*) y otras por su excepcionalidad (*broche de cinturón* de Arrabalde 1), no han recibido tanta atención como las anteriores. Nos limitaremos a comentar que en el último caso se trata de una pieza hueca, trabajada en chapa de oro, que reproduce la figura de un cuadrúpedo en perspectiva cenital –el mismo icono que aparece pintado sobre las cerámicas numantinas o repujado en el famoso caldero danés de Gundestrup–, en lo que no deja de ser un alarde de celtismo²⁵.

Otra consideración merecen las joyas sincréticas o híbridas, en las que, como más arriba apuntábamos, los orfebres nordmeseteños imprimen su particular estética a modelos tomados en préstamo del noroeste y del mundo ibérico. El caso más conocido es el de los *torques* de plata, que en la región del Duero no es raro adopten el esquema funicular (dos, tres alambres) característico de los tipos del Alto Guadalquivir. Ahora bien, tanto en los dos tesoros de Arrabalde como en los tres de Palencia predomina una variedad mucho más gruesa (cinco, seis alambres, lo que hace que superen el medio kilo de peso), de aspecto sogueado y sobre todo con remates en bellotas o perillas, en sustitución de los ganchos, las anillitas y los botones de los tipos ibéricos (fig. 7). Como precisara en su día Cabré²⁶, tales perillas son un indudable préstamo de los torques «de extremos abultados» galaicos y astures, hecho que han venido a corroborar actual-



Figura 6.- Prendedor de pelo de Saldaña (Palencia) (foto: Museo de Palencia).



Figura 7.- Detalle del extremo de un torques de perillas. Cerro de la Miranda (Palencia) (Imagen Latova).

mente dos ejemplares, de Arrabalde 2 y de Palencia 1, en los que las canónicas bellotas se han ido trocando en adornos vasiformes, decorados en la boca con un muelle circular (o cordón de filigrana en espiga) y botón central, cuyos mejores paralelos –Lanhoso, Tourem, Santa Tecla– vuelven a encontrarse en Galicia y el norte de Portugal²⁷. Pero sería absurdo limitar a dicho detalle la influencia de la orfebrería de la Cultura Castreña en las joyas del grupo del Duero, porque ¿cómo pasar por alto que dos de los torques de Arrabalde son de oro, aunque de baja ley²⁸, o que los extremos vasiformes del mencionado collar de Palencia 1 son de ese mismo metal?

Todos estos testimonios demuestran que los gustos y la estética de los pueblos del noroeste calaron entre sus vecinos los astures trasmontanos –una prueba añadida de la permeabilidad de las tierras leonesas es que algún torque áureo con remates en doble escocia, típicamente galaico, llegó hasta Astorga²⁹– y asimismo entre los vacceos más septentrionales, y de ello no solo dan cuenta los torques sino también otras joyas, muy particularmente las *arracadas* y las *cadenetas*. En el primer caso, tanto las meseteñas como las del noroeste son floración tardía de un prototipo meridional, orientalizante, con el cuerpo en creciente y apéndice triangular, que se extendió por el oeste de la Península a través del camino de la Plata. Sin embargo, en las «celtibéricas», tanto las soluciones técnicas adoptadas en la fabricación de los crecientes –una compleja y burda «filigrana al aire»– como la iconografía de los apéndices, por lo general en racimo, vuelven a converger con las de las joyas galaicas, siendo particularmente llamativa la analogía existente entre el apéndice «en bellota» de tres de las *arracadas* de Arrabalde 1 y el motivo principal de otra de la citania de Briteiros³⁰. Y parecida influencia septentrional reivindican las *cadenetas* de oro (cordones de hilo trenzados en espiga y con anillas en los extremos) de Padilla, Palencia, Roa y algún otro punto de la provincia de Burgos, siempre que se acepte que equivalen a las columnitas de esos enigmáticos «relojes de arena»³¹ astures que tienen su mejor exponente en una pieza del Museo del Instituto Valencia de Don Juan³².

Todavía podrían invocarse más argumentos en pro de la originalidad de la joyería «celtibérica», como la particularísima versión que suponen los barrocos brazaletes espiraliformes de plata del centro-norte de la Península respecto a sus prototipos serpentiformes mediterráneos, pero lo señalado es más que suficiente para acreditar cierta personalidad en la joyería prerromana del norte de la Meseta. Sin embargo, a fin de evitar una visión deformada de esta realidad, nos parece imprescindible tener presentes los dos siguientes extremos:

1.- Las joyas «locales» objeto de nuestra atención, y que repetidamente hemos tildado de astures meridionales y de vacceas, coexisten en prácticamente todos los tesoros con otras de tipo indiscutiblemente ibérico. En Arrabalde 1, por ejemplo, el número total de torques es de 16, de los que 10 son clásicos sogueados con perillas o bellotas, no así los restantes en los que se acreditan morfologías funiculares más sencillas, con nudos de Hércules, con lazos o con extremos en gancho, que no desentonarían en cualquier hallazgo del Alto Guadalquivir. En el atesoramiento palentino del Cerro de la Miranda los porcentajes son parecidos, con una presencia algo menor de los tipos con bellotas. Y en Padilla de Duero la realidad es que todos los torques recuperados (cinco) son tipológicamente ibéricos, presentando nada menos que cuatro de ellos, funiculares, un atributo tan inequívocamente mediterráneo como es el nudo de Hércules³³. Habrá de quedar claro, por tanto, que la singular

«joyería celtibérica», si es que podemos seguir utilizando este ambiguo y confuso término, coexistió y rivalizó en el norte de la Meseta con los más canónicos modelos ibéricos de plata, tal como sostuviera hace siete lustros Klaus Raddatz en 1969.

2.- La práctica totalidad de las particulares joyas «celtibéricas» de la Submeseta septentrional comparecen entre el Duero y los montes cantábricos, pero no en las tierras localizadas al sur del río, lo que constituye una invitación a seguir denominándolas «astures trasmontanas» y «vacceas septentrionales». Comprobamos en este sentido cómo ya no hay torques de bellotas ni fíbulas anulares tipo Arrabalde en Padilla o en Roa, y cómo la única fíbula simétrica documentada en el tesoro 2 padillense, además de no ser de oro, carece ya de los característicos adornos piriformes sobre el puente.

Hechas estas precisiones, poco puede extrañar la rotundidad del carácter ibérico del tesoro de El Raso: sencillamente a esta zona meridional del territorio de los vettones, situada al sur del macizo de Gredos, no llegaron las influencias de la joyería vaccea y astur meridional. ¿Cuestiona dicha circunstancia el «celtismo» de los vettones? No hay que sacar las cosas de quicio: como ha señalado con su maestría habitual F. Marco Simón³⁴, este pueblo, que se sitúa significativamente a mitad de camino de los dos núcleos étnicos con mayor personalidad de la Hispania indoeuropea, el celtibérico y el galaico-lusitano, revela sobradamente su carácter céltico a través de sus creencias y prácticas religiosas (los ritos funerarios, el culto a las aguas, los santuarios al aire libre...). Tal vez, entonces, lo que se impone es repensar el viejo concepto «joyería ibérica» a fin de neutralizar o paliar la fuerte carga etnicista que hasta ahora le ha acompañado.

-
1. Fernández Gómez, 1997: 77.
 2. Cabré et alii, 1950: 130 y 193; Fernández Gómez, 1995: 182.
 3. Nieto Gallo, 1947: 179; Sánchez Messeguer y Quesada Sanz, 1992: 368.
 4. Cianferoni, 1996: 121.
 5. Fernández Gómez, 1993-94: 18.
 6. Fernández Gómez, 1996: 737.
 7. Fernández Gómez, 1979: 382.
 8. Raddatz, 1969: pássim; Fernández Gómez, 1979: 401.
 9. Raddatz, 1969: láms. 51-52.
 10. Raddatz, 1969: lám. 90; Delibes, 2001: 151.
 11. Raddatz, 1969: 268, láms. 83 y 93.
 12. Raddatz, 1969: 228.
 13. Entregado por el guarda del castro, Rufino Galán, en el Museo de Ávila. A la conservadora del museo, Rosario Pérez Martín, debemos el haber reparado en la existencia de esa posible marca de taller. A su directora, María Mariné, el habérselo comunicado. Nuestro agradecimiento.
 14. Tovar, 1955: 274; Hoz, 1998: 193.
 15. Barril (coord.), 2005: 158.
 16. Fernández Gómez, 1995: 189.
 17. Fernández Gómez, 1997: 88, 133.
 18. Barril (coord.), 2005: 154.
 19. Almagro-Gorbea, 1986: 76 y 82.
 20. Delibes et alii, 1993, 1996.
 21. Delibes y Esparza, 1989.
 22. Delibes, 2002.
 23. Lenaghan, 2000: 104-105.
 24. San Valero, 1947.
 25. Esparza, 1986.
 26. Cabré, 1927: 279; Raddatz, 1969: 106.

27. Delibes et álii, 1996: 279.
28. García Rozas, 2002: 209.
29. López Cuevillas, 1951: 25.
30. Delibes et álii, 1996: 35.
31. Blanco Freijeiro *dixit*.
32. Perea Caveda, 1995: 39.
33. Delibes et álii, 1993: 424-427.
34. Marco Simón, 2001.

ecos del mediterráneo: tesoros

fichas catalográficas



Institución Gran Duque de Alba



Dama oferente

Piedra caliza

Alt. 59 cm; long. 19,5 cm

Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete)

Ibérico. Siglos III-II a. C.

Museo Arqueológico Nacional

MAN 7624

Los exvotos tanto en piedra como en bronce han sido considerados como un magnífico mosaico para el estudio de la sociedad ibérica, a través de los cuales se ha intentado establecer una jerarquización en clases sociales. En el caso concreto de las representaciones humanas en piedra, tradicionalmente se las ha relacionado con una clase social con un cierto nivel, incluso se ha pretendido ver diferentes tipos de edades entre los personajes representados.

De la escultura seleccionada se puede hacer una doble lectura; por una parte, atendiendo a su representación iconográfica como dama oferente aparecida en un contexto de santuario, representaría a una dama de la sociedad ibérica que se dirige a depositar su ofrenda —concretamente el vaso cogido entre ambas manos— ante la divinidad.

La otra vertiente de su estudio, y la razón por la que ha sido seleccionada, es la ornamentación que presenta en la que destacan tres torques sogueados de distinto tamaño y grosor decreciente que descansan sobre el pecho, los que están colocados más bajos posiblemente estuviesen prendidos a la vestimenta y no irían sujetos al cuello. Otro elemento ornamental lo constituye el tocado de la cabeza en forma de diadema o cofia con una serie de pequeñas ínfulas o colgantitos que descansan sobre la frente.

De esta manera la escultura se convierte en un claro testimonio de la importancia que tuvo la orfebrería en la cultura ibérica como ornamentación. Los torques fueron un elemento de adorno casi exclusivamente femenino, aunque hay algunas representaciones masculinas que también aparecen con ellos y sabemos por fuentes antiguas que en la vida cotidiana también fueron llevados por los hombres.

Los torques aquí representados corresponden al tipo sogueado muy presente en tesoros de plata ibéricos tan representativos como Mogón, Torre de Juan Abad y Mengibar, por citar algunos ejemplos; además este tipo contó con una amplia difusión en tesoros también de plata en el área meseteña, principalmente en la zona del Duero, donde se han encontrado tesoros de la importancia de Arrabalde (Zamora) y Padilla de Duero (Valladolid); en estos tesoros, aunque adoptaron básicamente el tipo ibérico de torques sogueado, las culturas meseteñas introdujeron algunos elementos que resultarán característicos de ellas y les distinguirán de los ejemplos típicamente ibéricos como son los remates en perilla. En el área vettona, sin embargo, los torques no tuvieron una gran difusión, destacando el ejemplar del poblado de El Raso, encontrado formando parte de un tesoro.

Ruiz Bremón, 1989: 139-140; Fernández, 1979: 382 y 401; Ruano, 1987: 373-374, lám. XXVIII.

EMM



Collar de Jávea

Oro

Ø máx. 28,5 cm; peso 72 g

Portada de Lluça (Jávea-Xabia, Alicante)

Ibérico. Siglo IV a. C.

Museo Arqueológico Nacional. Madrid

MAN 1940/63/1

Torques de Los Villares

Plata

Alt. 16,6 cm; anch. 15,9 cm; grosor 2 cm; peso 85,5 g

Loma de la Guindalera (Los Villares, Jaén)

Ibérico. Siglo II-I a. C.

Museo Arqueológico Nacional. Madrid

MAN 18023

Los contactos con las colonias fenicias y griegas hicieron que en la Península Ibérica se desarrollase una orfebrería propia que conjugaba las nuevas técnicas con las formas tradicionales indígenas: Un ejemplo de ello serían este collar de oro, flexible, y el torques de plata, más rígido, que representan distintos estadios en la elaboración de adornos realizados mediante la deformación plástica de hilos entrelazados para formar estructuras complejas, que siguen una tradición técnica del Mediterráneo central y oriental, en particular del área griega y que evoluciona en territorio peninsular.

El collar de Jávea consta de ocho finos hilos de sección cuadrada torsionados sobre sí mismos, que se trenzan en meandros formando una malla flexible de eslabones abiertos que proporcionan una sección cuadrada y más estrechos en los extremos. Los extremos se sueldan formando una lámina de sección rectangular que se dobla sobre sí misma para formar una anilla de enganche. Formaba parte de un tesoro hallado casualmente durante unas labores agrícolas dentro de una vasija cerámica que, por diversas vicisitudes, ingresó en el museo años después que el resto del conjunto en el que destacan otros dos collares más cortos, una diadema y una fíbula anular. Dadas las características formales y técnicas de la diadema y de los collares, se ha especulado si se habría hecho en Grecia por encargo o realizado en territorio peninsular por un orfebre griego, siendo esta última hipótesis la que tiene más adeptos.

Por su parte, el torques de Los Villares está compuesto de seis gruesos alambres que se entrelazan teniendo otro alambre como guía central, formando una sección triangular de lados cóncavos y uniéndose en los extremos donde se sueldan para formar una presilla de enganche. Este torques de cadeneta fue hallado también casualmente durante labores de minería junto a un cuenco con monedas de principios del siglo I a. C., aunque la tipología y técnica del mismo nos pueden situar en un momento anterior.

Álvarez-Ossorio, 1954: 61-2; Bandera, 1996: 641; García, 2002: 36-37; Manso, 2002: 174; Mérida, 1905; Perea, 1991: 218, 242 y 266.

MBV



Fíbula

Oro

Long. 6,5 cm; alt. 3,7 cm; grosor 2,2 cm;
 peso 13,26 g
 Tesoro de La Puebla de los Infantes (Sevilla)
 Ibérico. Siglo III a. C.
 Museo Arqueológico Nacional. Madrid
 MAN 1998/70/5

Fíbula

Plata

Long. 6,5 cm; peso 15 g
 Tesoro Santisteban del Puerto (Jaén)
 Ibérico. Siglos III-II a. C.
 Museo Arqueológico Nacional. Madrid
 MAN 28461

Fíbula

Plata

Long. 8,4 cm; grosor 2,6 cm; peso 67,6 g
 Tesoro de Torre de Juan Abad
 Ibérico. Siglo II a. C.
 Museo Arqueológico Nacional. Madrid
 MAN 35650

Fíbula

Plata

Long. 6,5 cm; peso 12,5 g
 Tesoro de El Raso de Candeleda (Ávila)
 Vettón. Siglo I a. C.
 Museo de Ávila
 Inv. R/85/54

Las fíbulas realizadas con materiales preciosos siguen de forma genérica los mismos esquemas formales que las realizadas en bronce, si bien enriquecidas mediante una ornamentación de calidad y complejidad que nunca se alcanza en éstas.

Aunque existen también fíbulas anulares realizadas en metales preciosos, como la del tesoro de Jávea en el ámbito ibérico, o la de Arrabalde en el meseteño, son los modelos de La Tène (véanse los núms. 40 y 41 de este catálogo) los que tendrán un mayor desarrollo, sin duda por tratarse de los tipos de moda en el momento de mayor auge de la orfebrería prerromana.

La fíbula de El Raso, con esquema de La Tène I, conforma un aderezo con uno de los brazaletes del mismo tesoro. Por su parte, la del tesoro de Santisteban del Puerto se halló junto a otra fíbula muy similar, aunque no exactamente igual, pero con la que pudo formar juego. Tanto ésta como la fíbula del tesoro de Torre de Juan Abad, ambas emparentadas con el tipo La Tène II, se caracterizan por su ornamentación zoomorfa, caballos en el primer caso y carnívoros, probablemente lobos, en el segundo, remitiendo a un imaginario presente igualmente en otras piezas metálicas del mundo ibérico.

Finalmente la fíbula de oro de La Puebla de los Infantes completa otro conjunto de gran lujo, compuesto por una diadema, tres collares y un conjunto de *bullae* de oro, acompañado de diversas piezas de plata, interpretado como el conjunto de joyas de una aristócrata ibera. Nuevamente sobre un esquema de La Tène II se desarrolla una finísima decoración aplicada.

Álvarez-Ossorio, 1954: 55 y 57, láms. XXXVII y XL; Barril y Rodero, 2002; Fernández, 1979; Fernández, 1998; Raddatz, 1969: 256 y 265, láms. 62-5 y 79-5

EGD



Torques

Plata

Anch. máx. 14,5; grosor 0,9 cm; peso 124,6 g

¿Mengíbar? (Jaén)

Ibérico. Siglos III-I a. C.

Museo Arqueológico Nacional. Madrid

MAN 16886

Torques

Plata

Long. 38,5 cm; peso 56,6 g

El Raso de Candeleda (Ávila), casa A-2

Vettón. Siglo II-I a. C.

Museo de Ávila

Inv. R/85/54

Estos torques, o collares rígidos, tienen en común el estar conformados por gruesos alambres de plata sogueados y cordoncillo también de plata. Son habituales en los tesoros ocultos y depósitos datados entre fines del siglo II y mediados del I a. C. por las monedas que en muchas ocasiones les acompañan, tanto en el ámbito ibérico como en los distintos ámbitos meseteños, fechas que pueden ser muy posteriores a las de elaboración del objeto.

El torque ibérico jienense fue incluido por Cabré y Álvarez-Ossorio en el tesoro hallado en Mengíbar antes de 1876 y vendido por Miró, pero, según los datos del Archivo del MAN, ingresó con posterioridad al mismo y a través de otro coleccionista que solo informó que procedía de la provincia de Jaén, por lo que ignoramos su lugar concreto de hallazgo. Presenta otras características propias de los torques ibéricos como son los remates en gancho con cabeza cónica y su cable compuesto de dos partes unidas formando un «nudo de Hércules» en el centro. Nudo constituido por dos hebillas, de las cuales una pasa por encima y la otra por debajo de las prolongaciones del cordón, al que Plinio el Viejo otorgaba un carácter mágico considerándolo un amuleto para la curación de las heridas, un tema propio tanto del Mediterráneo oriental como del mundo céltico y que en la Península Ibérica se desarrolla en la Alta Andalucía y en la zona que podríamos incluir en la posteriormente llamada Vía de la Plata, alcanzando al ámbito vacceo y dejando en el vettón un buen número de representaciones de nudos hercúleos sobre broches de cinturón damasquinados.

Por su parte, el torque de El Raso, de tres alambres tubulares y cordoncillo, presenta los extremos en presilla, el tipo de remates más usual en el ámbito ibérico, y fue hallado enterrado cerca del hogar de una casa en los momentos finales del poblado junto con otros adornos que constituirían el conjunto de un aderezo personal. Se halla deformado, quizás para favorecer su inclusión en el escondrijo o porque en el momento de su ocultamiento primaba su valor económico sobre el ornamental.

Álvarez-Ossorio, 1954: 39, n.º 7; Bandera, 1988: 552, n.º 65; Bandera, 1996: 667; Barril, 1996: 197; Barril, 2002: 117; Fernández, 1979; Fernández, 1986: 77 y 83, fig. 27-7, 446.

MBV



Brazalete

Plata
 Ø 10,4 cm; peso 112 g
 Tesoro de El Centenillo (Jaén)
 Ibérico. Siglos II-I a. C.
 Museo Arqueológico Nacional. Madrid
 MAN 28447

Brazalete

Plata
 Ø 7,4 cm; peso 23,18 g
 Tesoro de Mengíbar (Jaén)
 Ibérico. Siglos III-I a. C.
 Museo Arqueológico Nacional. Madrid
 MAN 16892

Dos brazaletes

Plata
 Ø 10,2 y 6,5 cm; peso 41 y 75 g
 Tesoro de Salvacañete (Cuenca)
 Celtibérico. Siglos II-I a. C.
 Museo Arqueológico Nacional. Madrid
 MAN 37086 y 1940/8/1

Dos Brazaletes

Plata
 Ø 8,5 y 4,6 cm; peso: 27 y 16 g
 Tesoro de El Raso de Candeleda (Ávila)
 Vettón. Siglos II-I a. C.
 Museo de Ávila
 Inv. R/85/54

Junto a torques y collares, fíbulas y, en menor medida, diademas, arracadas y otros elementos excepcionales, los brazaletes completan la panorámica de la joyería prerromana peninsular. Podemos caracterizarlos muy someramente en dos grandes conjuntos, aunque se documenten también algunas excepciones y tipos mixtos.

En primer lugar, los realizados sobre una barra de plata de sección circular, más o menos gruesa, sin decoración o con sencilla decoración moldurada, incisa o impresa concentrada exclusivamente en los extremos. A este tipo pertenecen los ejemplares de El Centenillo, Salvacañete y uno de los de El Raso de Candeleda. Se trata de la variedad formal más frecuente en la orfebrería ibérica y su simplicidad se compensa con su mayor peso, por lo que, teniendo en cuenta únicamente el punto de vista de la cantidad de metal precioso empleado en su fabricación, pueden ser considerados los más valiosos.

En segundo lugar, se hallan aquellas piezas realizadas sobre varillas mucho más finas, de diversas secciones, en las que los remates alcanzan un gran desarrollo, constituyendo el elemento más característico en su definición. A este tipo pertenece el brazalet de Mengíbar y el segundo brazalet de El Raso, que forma conjunto con la fíbula de plata de la misma procedencia, testimoniando la existencia de aderezos de joyas en el mundo prerromano.

Álvarez-Ossorio, 1954: 40, 44 y 49, láms. XVIII-XIX y XXVI; Cabré, 1936; Fernández Gómez, 1979; Perea, 1993; Raddatz, 1969: 207, 227 y 246, láms. 4-4, 25-2 y 52-1 y 9.

EGD

BIBLIOGRAFÍA

- ABAD CASAL, L. (1979): «Consideraciones en torno a Tartessos y el origen de la cultura ibérica». *Archivo Español de Arqueología*, 52. Madrid: 175-193.
- ABAD CASAL, L. y SALA SELLÉS, F. (1992): «Las necrópolis ibéricas del área del Levante». En J. Blázquez Pérez y V. Antona del Val (eds.): *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópolis (Madrid, 1991)*. Universidad Autónoma de Madrid, Departamento de Prehistoria y Arqueología. Comunidad de Madrid. Madrid: 145-167.
- ABASCAL PALAZÓN, J. M. (1995): «Las inscripciones latinas de Santa Lucía del Trampal (Alcuéscar, Cáceres) y el culto de Ataecina en Hispania». *Archivo Español de Arqueología*, 68. Madrid: 31-105.
- ABREU, M. S. de; ARCÀ, A.; JAFFE, L. y FOSSATI, A. (2000): «As gravuras rupestres da idade do Ferro no vale de Vermelha (Douro-Parque Arqueológico do Vale do Côa). Notícia preliminar». En 3º Congresso de Arqueologia Peninsular (*Vila Real, 1999*). Vol. 5. *Proto-história da Península Ibérica*. ADECAP. Porto: 403-412.
- ALFÖLDY, G. (1997): «Die mysterien von Panóias (Vila Real, Portugal)». *Madriider Mitteilungen*, 38. Madrid: 176-246.
- ALMAGRO BASCH, M. (1955): *Las necrópolis de Ampurias*. Barcelona. Diputación Provincial.
- ALMAGRO GORBEA, M.^a J. (1986): *Orfebrería fenicio-púnica*. Madrid. Museo Arqueológico Nacional.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1977): *El Bronce Final y el Periodo Orientalizante en Extremadura*. Madrid. Instituto Español de Prehistoria. (Bibliotheca Praehistorica Hispana, 14).
- (1983): «Pozo Moro. El monumento orientalizante, su contexto cultural y sus paralelos en la arquitectura funeraria ibérica». *Madriider Mitteilungen*, 24. Madrid: 177-293.
- (1986): «El mundo orientalizante». En M. Almagro-Gorbea et alii: *Tartessos*. Ediciones Zugarto. (Revista de Arqueología, n.º extra). Madrid: 10-29.
- (1989): «Orfebrería orientalizante». En J. A. García de Castro (dir.): *El oro en la España prerromana*. Ediciones Zugarto. (Revista de Arqueología, n.º extra). Madrid: 68-81.
- (1993): «La introducción del hierro en la Península Ibérica. Contactos precoloniales en el Periodo Protoorientalizante». *Complutum*, 4. Madrid: 81-94.
- (1994): «El urbanismo en la Hispania céltica: castros y oppida en la Península Ibérica». En M. Almagro-Gorbea y A. M.^a Martín (eds.): *Castros y oppida de Extremadura*. Editorial Complutense. Madrid: 13-75.
- (1996): *Ideología y poder en Tartessos y el mundo ibérico*. Madrid. Real Academia de la Historia.
- (1998): «*Signa equitum* de la Hispania céltica». *Complutum*, 9. Madrid: 101-115.
- (1999): «Los iberos en Castilla-La Mancha». En *Primeras Jornadas de Arqueología Ibérica en Castilla-La Mancha (Iñiesta, 1997)*. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Toledo: 25-48.
- (2004): «Inscripciones y grafitos tartésicos de la necrópolis orientalizante de Medellín». *Palaeohispanica*, 4. Zaragoza: 13-44.
- (2005): «La literatura tartésica. Fuentes históricas e iconográficas». *Gerión*, 23. Madrid: 39-80.
- (2006) (e. p.): «La Vía de la Plata en la Prehistoria». En *Congreso «La Vía de la Plata»*. Mérida. Museo Nacional de Arte Romano.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. (1993): «La sauna de Ulaca: saunas y baños iniciáticos en el mundo céltico». *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 1. Pamplona: 177-253.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y BERROCAL-RANGEL, L. (1997): «Entre iberos y celtas: sobre santuarios comunales urbanos y rituales gentilicios en Hispania». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 18. Castellón de la Plana: 567-588.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y JIMÉNEZ ÁVILA, F. J. (2002): «Un altar rupestre en el prado de Lácara (Mérida). Apuntes para la creación de un parque arqueológico». En F. J. Jiménez Ávila y J. J. Enríquez Navascués (eds.): *El megalitismo en Extremadura. Homenaje a Elías Diéguez Luengo*. Junta de Extremadura, Consejería de Cultura y Patrimonio. Universidad de Extremadura. (Extremadura Arqueológica, 5). Mérida: 423-442.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y LORRIO ALVARADO, A. J. (2005): «War and society in the Celtiberian World». *e-keltoi. Journal of Interdisciplinary Celtic Studies*, 6 (The Celts in the Iberian Peninsula). Milwaukee, WI: 73-112.
- ALMAGRO-GORBEA, M.; MARINÉ ISIDRO, M.^a y ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R. (eds.) (2001): *Celtas y vettones. (Catálogo de la Exposición; Ávila, septiembre-diciembre 2001)*. Ávila. Diputación Provincial de Ávila.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y TORRES ORTIZ, M. (1999): *Las fíbulas de jinete y de caballito. Aproximación a las elites ecuestres y su expansión en la Hispania céltica*. Zaragoza. Institución Fernando el Católico, Diputación de Zaragoza.

- ÁLVAREZ-OSSORIO, F. (1941): *Catálogo de los exvotos de bronce, ibéricos*. Madrid. Museo Arqueológico Nacional.
- (1954): *Tesoros españoles antiguos en el Museo Arqueológico Nacional*. Madrid. Imprenta y Editorial Maestre.
- ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R. (1998): «Verracos vettones y espacios sociales: Arqueología del Paisaje en la Edad del Hierro». *Arqueología Espacial. Arqueología del Paisaje*, 19-20. Teruel: 609-631.
- (1999): *Los Vettones*. Madrid. Real Academia de la Historia. (Biblioteca Archaeologica Hispana, 1).
- (2001): «Los Vettones». En M. Almagro-Gorbea, M.^a Mariné Isidro y J. R. Álvarez-Sanchís (eds.): *Celtas y vettones. (Catálogo de la Exposición; Ávila, septiembre-diciembre 2001)*. Diputación Provincial de Ávila. Ávila: 259-277.
- (2003a): *Los señores del ganado. Arqueología de los pueblos prerromanos en el occidente de Iberia*. Madrid. Akal.
- (2003b): «La Edad del Hierro en la Meseta occidental». *Madrider Mitteilungen*, 44. Madrid: 346-386.
- (2005): *Verracos, toros y cerdos de piedra: Ávila*. Ávila. Diputación Provincial.
- (2006): *Guía arqueológica de castros y verracos. Provincia de Ávila*. Ávila. Diputación Provincial de Ávila, Institución Gran Duque de Alba. (Cuadernos de Patrimonio Abulense, 8).
- ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R. y RUIZ ZAPATERO, G. (1999): «Paisajes de la Edad del Hierro: pastos, ganado y esculturas en el Valle de Amblés (Ávila)». En *II Congreso de Arqueología Peninsular (Zamora, 1996)*. Fundación Rei Afonso Henriques. Universidad de Alcalá de Henares. Zamora: 313-323.
- (2001): «Cementerios y asentamientos: bases para una demografía arqueológica de la Meseta en la Edad del Hierro». En L. Berrocal-Rangel y Ph. Gardes (eds.): *Entre celtas e iberos. Las poblaciones protohistóricas de las Galias e Hispania*. Real Academia de la Historia. (Bibliotheca Archaeologica Hispana, 8). Madrid: 61-75.
- ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R.; RUIZ ZAPATERO, G.; LORRIO ALVARADO, A. J.; BENITO, J. E. y ALONSO, P. (1998): «Las Cogotas: anatomía de un oppidum vettón». En M.^a Mariné y E. Terés (coords.): *Homenaje a Sonsoles Paradinas*. Asociación de Amigos del Museo de Ávila. Ávila: 73-94.
- ANDREU PINTADO, J. (1999): «Relaciones comerciales de las ciudades celtibérico-lusonas del área del Moncayo con el litoral mediterráneo a través de los datos de la circulación monetaria». En F. Burillo Mozota (coord.): *IV Simposio sobre los celtíberos. Economía. Homenaje a José Luis Argente Oliver (Daroca, 1997)*. Institución Fernando el Católico. Zaragoza: 403-409.
- ARANEGUI GASCÓ, C. (ed.) (1997): *Damas y caballeros en la ciudad ibérica: las cerámicas decoradas de Llíria (Valencia)*. Madrid. Cátedra.
- ARENAS ESTEBAN, J. A. (1999a): «Contactos entre el Oriente meseteño y Levante en los albores de la Edad del Hierro». En F. Villar y F. Beltrán (eds.): *Pueblos, lenguas y escrituras en la Hispania prerromana. Actas del VII Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas (Zaragoza, 1997)*. Ediciones Universidad de Salamanca. Institución Fernando el Católico. Salamanca-Zaragoza: 75-90.
- (1999b): «Comercio protohistórico: líneas de contacto entre Levante y el sistema ibérico». En F. Burillo Mozota (coord.): *IV Simposio sobre los celtíberos. Economía. Homenaje a José Luis Argente Oliver (Daroca, 1997)*. Institución Fernando el Católico. Zaragoza: 301-309.
- ARGENTE OLIVER, J. L. (1994): «Las fíbulas de la Edad del Hierro en la Meseta oriental. Valoración tipológica, cronológica y cultural». *Excavaciones Arqueológicas en España*, 168. Madrid.
- ARNOLD, B. (1995): «'Honorary males' or women of substance? Gender, status and power in Iron Age temperate Europe». *Journal of European Archaeology*, 3 (2). Glasgow: 153-168.
- AUBET, M.^a E. (1984): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*. Barcelona. Crítica².
- AUBET, M.^a E. y DELGADO, A. (2000): «Fenicios e indígenas en Occidente». *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*. Granada.
- BALLESTER, I.; FLETCHER, D.; PLA, E.; JORDÀ, F. y ALCÀCER, J. (1954): *Cerámica del Cerro de San Miguel, Liria*. Madrid. Instituto Rodrigo Caro de Arqueología. (Colección Corpus Vasorum Hispanorum).
- BANDERA, M.^a L. de la (1988): «Estudio crítico de los 'torques ibéricos'». *Habis*, 18-19. Sevilla: 531-563.
- (1996): «Objetos de plata que acompañan a las tesorizaciones». En F. Chaves (ed.): *Los tesoros en el sur de Hispania. Conjunto de denarios y objetos de plata durante los siglos II y I a. C.* Fundación El Monte. Sevilla: 603-714.
- BAQUEDANO BELTRÁN, I. (1990): «Elementos relacionados con el caballo en tumbas inéditas de La Osera (zona II)». En F. Burillo Mozota (coord.): *II Simposio sobre los celtíberos. Necrópolis celtibéricas (Daroca, 1988)*. Institución Fernando el Católico. Zaragoza: 279-286.
- (1996): «Elementos de filiación mediterránea en Ávila durante la I y II Edad del Hierro». *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 36. Madrid: 73-90.
- (e. p.): «Nuevos datos sobre los cementerios vettones: la zona VI de la necrópolis de La Osera». En *Castros y Verracos. Las gentes de la Edad del Hierro en el occidente de Iberia*. Ávila. Institución Gran Duque de Alba.
- BAQUEDANO BELTRÁN, I. y MARTÍN ESCORZA, C. (1988): «Alineaciones astronómicas en la necrópolis de la Edad

- del Hierro de La Osera (Chamartín de la Sierra, Ávila)». *Complutum*, 9. Madrid: 85-100.
- (1995): «La estadística aplicada a la arqueología. El ejemplo de las necrópolis vettonas». *Revista de Arqueología*, 179. Madrid: 26-37.
- (1996): «Distribución espacial de una necrópolis de la II Edad del Hierro: la zona I de La Osera en Chamartín de la Sierra, Ávila». *Complutum*, 17. Madrid: 175-194.
- BARRIL VICENTE, M. (1993): «Colección Cabré». En A. Marcos Pous (coord.): *De Gabinete a Museo. Tres siglos de historia*. Ministerio de Cultura, Museo Arqueológico Nacional. Madrid: 413-419.
- (1996): «Imagen y articulaciones decorativas en la Meseta: los ejemplos de La Osera (Ávila)». En R. Olmos Romera (ed.): *Al otro lado del espejo. Aproximación a la imagen ibérica*. (Colección Lynx. La arqueología de la mirada, 1). Madrid: 177-198.
- (2002): «Los torques de plata más representativos en el Museo Arqueológico Nacional». En M. Barril Vicente y A. Roderio Ríaza (coords.): *Torques. Belleza y poder*. Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, Subdirección General de Información y Publicaciones. Madrid: 111-128.
- (coord.) (2005a): *El descubrimiento de los vettones. Los materiales del Museo Arqueológico Nacional. Catálogo de la exposición*. Ávila. Institución Gran Duque de Alba.
- (2005b): «Ajuar de sepultura de guerrero». En M. Barril Vicente (coord.): *El descubrimiento de los vettones. Los materiales del Museo Arqueológico Nacional. Catálogo de la exposición*. Institución Gran Duque de Alba. Ávila: 184-185.
- (2005c): «Placa con escena acuática». En M. Barril Vicente (coord.): *El descubrimiento de los vettones. Los materiales del Museo Arqueológico Nacional. Catálogo de la exposición*. Institución Gran Duque de Alba. Ávila: 160-161.
- BARRIL VICENTE, M.; MANSO MARTÍN, E. y GALÁN DOMINGO, E. (2005): «Las colecciones vettonas en el Museo Arqueológico Nacional». En M. Barril Vicente (coord.): *El descubrimiento de los vettones. Los materiales del Museo Arqueológico Nacional. Catálogo de la exposición*. Institución Gran Duque de Alba. Ávila: 33-46.
- BARRIL VICENTE, M. y RODERO RIAZA, A. (dirs.) (2002): *Torques. Belleza y poder*. Madrid. Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, Subdirección General de Información y Publicaciones.
- BELTRÁN LLORIS, F. (2001-2002): «*Iuppiter Repulsor(ius)* y *Iuppiter Solutorius*: dos cultos provinciales de la Lusitania interior». *Veleia*, 18-19. Vitoria: 117-128.
- BENDALA GALÁN, M. (1992): «Mundo ibérico y cultura clásica». En *Andalucía y el Mediterráneo*. Consejería de Cultura y Medio Ambiente. Almería: 91-99.
- BENDALA GALÁN, M. y BLÁNQUEZ PÉREZ, J. J. (1987): «Los orígenes de la cultura ibérica y un par de notas sobre su arte». En A. Ruiz Rodríguez y M. Molinos Molinos (eds.): *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el mundo ibérico (Jaén, 1985)*. Jaén: 9-18.
- BENÍTEZ DE LUGO ENRICH, L.; ESTEBAN BORRAJO, G. y HEVIA GÓMEZ, P. (2000): *Protohistoria y Antigüedad en la provincia de Ciudad Real (800 a. C.-500 d. C.)*. Puertollano. C. & G.
- BENITO DEL REY, L. y GRANDE DEL BRÍO, R. (2000): *Santuarios rupestres prehistóricos en el centro-oeste de España*. Salamanca. Librería Cervantes.
- BERROCAL-RANGEL, L. (1993): *Los pueblos célticos del suroeste de la Península Ibérica*. Madrid. Editorial Complutense. (Complutum extra, 2).
- (1994a): «La falcata de Capote y su contexto. Aportaciones a la fase tardía de la cultura céltico-lusitana». *Madriditer Mitteilungen*, 35. Madrid: 258-291.
- (1994b): *El altar prerromano del Castrejón de Capote. Ensayo etno-arqueológico de un ritual céltico en el suroeste peninsular* (Excavaciones Arqueológicas en Capote. Beturia Céltica, II). Madrid. Universidad Autónoma de Madrid.
- BLANCO, A. y PÉREZ ORTIZ, L. (2005): «El fenómeno orientalizante entre las comunidades del Primer Hierro del occidente de la Meseta Norte». En S. Celestino Pérez y J. Jiménez Ávila (eds.): *El periodo orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida, Protohistoria del Mediterráneo Occidental*. Instituto de Arqueología de Mérida. (Anejos de Archivo Español de Arqueología, XXXV). Mérida: 1005-1013.
- BLANCO FREJEIRO, A. (1953): «El vaso de Valdegamas (Don Benito, Badajoz) y otros vasos de bronce del Mediodía español». *Archivo Español de Arqueología*, XXVI. Madrid: 235-244.
- BLÁNQUEZ PÉREZ, J. (1992): «Las necrópolis ibéricas en el sureste de la Meseta». En J. Blánquez Pérez y V. Antona del Val (eds.): *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópolis (Madrid 1991)*. Universidad Autónoma de Madrid, Departamento de Prehistoria y Arqueología. Comunidad de Madrid. Madrid: 235-278.
- (2001): «El paisaje funerario ibérico: propuestas renovadas de estudio». En R. García Huerta y J. Morales Hervás (eds.): *Arqueología funeraria: las necrópolis de incineración*. Universidad de Castilla-La Mancha. Cuenca: 91-139.
- BLÁNQUEZ PÉREZ, J. y ANTONA DEL VAL, V. (eds.) (1992): *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópolis (Madrid, 1991)*. Madrid. Universidad Autónoma de Madrid, Departamento de Prehistoria y Arqueología. Comunidad de Madrid.

- BLÁNQUEZ PÉREZ, J. y ROLDÁN GÓMEZ, L. (1995): «Fichas de catálogo». En BLÁNQUEZ PÉREZ, J. (ed.): *El mundo ibérico: una nueva imagen en los albores del año 2000. Catálogo de la exposición*. Servicio de Publicaciones de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Toledo: 15-103.
- BLASCO BOSQUED, M.^a C.; CARRIÓN SANTAFÉ, E. y PLANAS GARRIDO, M. (1998): «Datos para la definición de la Edad del Hierro en el ámbito carpetano: el yacimiento de Arroyo Culebro». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la U.A.M.*, 25, 1. Madrid: 245-281.
- BLÁZQUEZ, J. M.^a (1965): *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*. Salamanca. Universidad de Salamanca.
- (1983): *Primitivas religiones ibéricas II. Religiones prerromanas*. Madrid. Cristiandad.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M.^a y GARCÍA-GELABERT, M.^a P. (1992-93): «Relaciones entre la Meseta y Oretania». En M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.): *Paleoetnología de la Península Ibérica*. Editorial Complutense. (Complutum extra, 2-3). Madrid: 45-55.
- BONET ROSADO, H. (1995): *El Tossal de Sant Miquel de Lliria. La antigua Edeta y su territorio*. Valencia. Diputación de Valencia, Servicio de Investigación Prehistórica.
- BONET ROSADO, H. e IZQUIERDO PERAILE, I. (2001): «Vajilla ibérica y vasos singulares del área valenciana entre los siglos III y I a. C.». *Archivo de Prehistoria Levantina*, XXXIV. Valencia: 273-313.
- BONET ROSADO, H. y MATA PARREÑO, C. (2002): *El Puntal dels Llops. Un fortín edetano*. Valencia. Diputación de Valencia, Servicio de Investigación Prehistórica.
- BONET ROSADO, H.; VIVES-FERRÁNDIZ, J. y CARUANA, I. (2005): «La Bastida de les Alcusses (Moxent, Valencia). Investigación y musealización». En L. Abad, F. Sala e I. Grau (eds.): *La Contestania ibérica, treinta años después. Actas de las I Jornadas de Arqueología ibérica*. Universidad de Alicante. San Vicente del Raspeig: 267-279.
- BONNAUD, Ch. (2004): «Syncretismes et divinités classiques en Véttonie sous le Haut-Empire». *Revista Portuguesa de Arqueologia*, 7 (1). Lisboa: 385-419.
- (2005): «Les castros vettons et leurs populations au Second Âge du Fer (V^e siècle-II^e siècle av. J.-C.). II: l'habitat, l'économie, la société». *Revista Portuguesa de Arqueologia*, 8 (2). Lisboa: 225-271.
- BRONCANO RODRÍGUEZ, S. y BLÁNQUEZ PÉREZ, J. (1985): *El Amarejo (Bonete, Albacete)*. Madrid. Ministerio de Cultura. (Excavaciones Arqueológicas en España, 139).
- BUCHSENSHUTZ, O. (2004): *Les celtes de l'Âge du Fer dans la moitié nord de la France*. Paris. La Maison des Roches, éditeur.
- CABELLO CAJA, R. (1991-1992): «La cerámica pintada de la II Edad del Hierro en la cuenca media del Tajo». *Norba*, 11-12. Cáceres: 99-128.
- CABRÉ AGUILÓ, J. (1924): «¿La tonsura de los sacerdotes del santuario ibérico de Despeñaperros?». *Don Lope de Sosa*. Jaén: 73-75.
- (1927): «El tesoro de Chao de Lamas. Miranda do Corvo (Portugal)». *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, 6 (3). Madrid: 263-289.
- (1928): «Decoraciones hispánicas». *Archivo de Arte y Arqueología*, 11. Madrid: 6-7.
- (1930): *Excavaciones de Las Cogotas, Cardeñosa (Ávila). I, El castro*. Madrid. Tipografía de Archivos. (Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 110).
- (1931): «Tipología del puñal en la Cultura de Las Cogotas». *Archivo Español de Arte y Arqueología*, VII. Madrid: 221-241.
- (1932): *Excavaciones de Las Cogotas, Cardeñosa (Ávila). II, La necrópolis*. Madrid. Tipografía de Archivos. (Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 120).
- (1936): «El tesoro de Salvacañete». *Archivo Español de Arte y Arqueología*, XII. Madrid: 151-159.
- (1937): «Broches de cinturón de bronce damasquinados con oro y plata». *Archivo Español de Arte y Arqueología*, XIII. Madrid: 93-126.
- (1939-40): «La caetra y el scutum en Hispania durante la Segunda Edad del Hierro». *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, VI. Valladolid: 57-83.
- CABRÉ AGUILÓ, J. y CABRÉ HERREROS, M.^a E. (1933): «Datos para la cronología del puñal de la Cultura de las Cogotas». *Archivo Español de Arte y Arqueología*, IX. Madrid: 37-45.
- CABRÉ AGUILÓ, J. y CABRÉ DE MORÁN, E. (1933): «La espada de antenas de tipo Alcácer do Sal y su evolución en la necrópolis de La Osera, Chamartín de la Sierra, Ávila». *Homenagem a Martins Sarmento. Miscelânea de estudos em honra do investigador vimaranense no centenário do seu nascimento (1833-1933)*. Sociedade Martins Sarmento. Guimarães: 85-90.
- CABRÉ AGUILÓ, J.; CABRÉ DE MORÁN, E. y MOLINERO PÉREZ, A. (1950): *El castro y la necrópolis del hierro céltico de Chamartín de la Sierra (Ávila)*. Madrid. Ministerio de Educación Nacional. (Acta Arqueológica Hispánica, V).
- CABRÉ AGUILÓ, J.; MOLINERO PÉREZ, A. y CABRÉ DE MORÁN, E. (1932): «La necrópolis de La Osera». *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, XI. Memoria XCIII. Madrid: 21-52.

- CABRÉ AGUILÓ, J. y MOTOS, F. (1920): *La necrópolis ibérica de Tútugi (Galera, provincia de Granada)*. Madrid. Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos. (Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 25).
- CABRÉ HERREROS, M.^a E. (1932): «La más bella espada de antenas tipo Alcácer-do-Sal en la necrópolis de La Osera, Chamartín de la Sierra (Ávila)». *Revista de Guimarães*, LXI. Guimarães: 249-262.
- (1949): «Los discos-coraza en ajueres funerarios de la Edad del Hierro en la Península Ibérica». *Crónica del IV Congreso Arqueológico del Sudeste Español (Elche, 1948)*. Papelería Mayor. Cartagena: 186-190.
- (1952): «El simbolismo solar en la ornamentación de espadas de la II Edad del Hierro». *Archivo de Prehistoria Levantina*, 3. Valencia: 101-112.
- (1990): «Espadas y puñales de las necrópolis celtibéricas». En F. Burillo Mozota (coord.): *II Simposio sobre los celtíberos. Necrópolis celtibéricas (Daroca, 1988)*. Institución Fernando el Católico. Zaragoza: 205-224.
- CABRÉ HERREROS, M.^a E. y MORÁN CABRÉ, J. A. (1979): «Ensayo tipológico de las fíbulas con esquema de La Tène en la Meseta hispánica». *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 11. Madrid: 10-26.
- (1982): «Ensayo cronológico de las fíbulas con esquema de La Tène en la Meseta hispánica». *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 15. Madrid: 4-27.
- (1990): «Pinzas ibéricas caladas 'Tipo Cigarralejo' en la necrópolis de La Osera (Ávila)». *Verdolay*, 2. Murcia: 77-80.
- CABRÉ DE MORÁN, E. y BAQUEDANO BELTRÁN, I. (1991): «La guerra y el armamento». En J. A. García de Castro (dir.): *Los celtas en la Península Ibérica*. Ediciones Zugarto. (Revista de Arqueología, n.º extra). Madrid: 58-71.
- (1997): «El armamento céltico de la II Edad del Hierro». En V. Antona del Val, L. Azcue Brea y J. A. García Castro (coords.): *La guerra en la Antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*. Ministerio de Defensa, Subdirección General de Acción Cultural y Patrimonio Histórico. Madrid: 240-259.
- (1979): «Aportación al estudio tipológico de las espadas 'Alcácer do Sal'. Una nueva serie descubierta en la necrópolis de La Osera (Chamartín de la Sierra, Ávila)». *XV Congreso Nacional de Arqueología (Lugo, 1977)*. Secretaría General de los Congresos Arqueológicos Nacionales. Zaragoza: 763-774.
- CABRERA BONET, P. y ROUILLARD, P. (2004): «El vaso griego en las necrópolis ibéricas». En P. Cabrera Bonet, P. Rouillard y A. Verbanck-Piérard (eds.): *El vaso griego y sus destinos. Catálogo de la exposición*. Madrid. Subdirección General de Promoción de las Bellas Artes.
- CABRERA BONET, P. y SÁNCHEZ FERNÁNDEZ, C. (1994): «Importaciones griegas en el sur de la Meseta». *Iberos y griegos, lecturas desde la diversidad*. Huelva Arqueológica, XIII, 1. Huelva: 355-376.
- CALVO, I. y CABRÉ AGUILÓ, J. (1917): *Excavaciones y exploraciones en la cueva y Collado de los Jardines (Santa Elena, Jaén)*. Madrid. Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos. (Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 8).
- CALVO, I. y CABRÉ AGUILÓ, J. (1918): *Excavaciones y exploraciones en la cueva y Collado de los Jardines (Santa Elena, Jaén)*. Madrid. Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos. (Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 16).
- CALVO, I. y CABRÉ AGUILÓ, J. (1919): *Excavaciones y exploraciones en la cueva y Collado de los Jardines (Santa Elena, Jaén)*. Madrid. Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos. (Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 22).
- CANTALAPIEDRA, E. (2006): «Un astrónomo abulense presenta un estudio del castro vettón de Ulaca». *Tribuna de la Ciencia*, diciembre 2006. Salamanca: 9.
- CARO BAROJA, J. (1971): «La realeza y los reyes en la España antigua». *Cuadernos de la Fundación Pastor*, 17. Madrid: 51-159.
- CARROBLES SANTOS, J. y RUIZ ZAPATERO, G. (1990): «La necrópolis de la Edad del Hierro de Palomar de Pintado (Villafranca de los Caballeros, Toledo)». *Actas del primer Congreso de Arqueología de la provincia de Toledo*. Diputación Provincial de Toledo. Toledo: 235-258.
- CASTRO MARTÍNEZ, P. V. (1986): «Organización espacial y jerarquización social en la necrópolis de Las Cogotas (Ávila)». *Arqueología Espacial*, 9. Teruel: 127-138.
- CELESTINO PÉREZ, S. (1994): «Los altares en forma de lingote chipriota de los santuarios de Cancho Roano». *Revista de Estudios Ibéricos*, 1. Madrid: 291-310.
- (ed.) (1996): *El palacio santuario de Cancho Roano. V-VI-VII. Los sectores oeste, sur y este*. Madrid. Museo Arqueológico Provincial de Badajoz. (Monografías, 3).
- (ed.) (1999): *El yacimiento protohistórico de Pajares, Villanueva de la Vera, Cáceres. 1. Las necrópolis y el tesoro áureo*. Mérida. Consejería de Cultura. (Memorias de Arqueología Extremeña, 3).
- (2001): *Estelas de guerrero y estelas diademadas. La precolonización y formación del mundo tartésico*. Barcelona. Bellaterra.

- CELESTINO PÉREZ, S.; ENRÍQUEZ DE NAVASCUÉS, J. J. y RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (1992-1993): «Paleoetnología del área extremeña». En M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.): *Paleoetnología de la Península Ibérica*. Editorial Complutense. (Complutum extra, 2-3). Madrid: 311-327.
- CELESTINO PÉREZ, S. y JIMÉNEZ ÁVILA, J. (1993): *El palacio santuario de Cancho Roano. IV. El sector norte*. Badajoz. Gil Santacruz.
- (eds.) (2005): *El periodo orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida, Protohistoria del Mediterráneo Occidental*. Mérida. Instituto de Arqueología de Mérida. (Anejos de Archivo Español de Arqueología, XXXV).
- CENTENO, I. y QUINTANA, J. (2003): «*Ab Urbe Condita*: sobre los orígenes y la romanización de Ávila». En J. M.^a Sanchidrián y R. Ruiz Entrecanales (eds.): *Mercado Grande de Ávila. Excavación arqueológica y aproximación cultural a una plaza*. Ayuntamiento de Ávila. Ávila: 41-86.
- CERDEÑO SERRANO, M.^a L.; GARCÍA HUERTA, R.; BAQUEDANO BELTRÁN, I. y CABANES MIRÓ, E. (1996): «Contactos interior-zonas costeras durante la Edad del Hierro: los focos del noreste y suroeste meseteños». *Complutum. Homenaje al profesor Manuel Fernández Miranda*, 6, 1. Madrid: 287-312.
- CIANFERONI, G. C. (1996): *El mágico oro. Italia tesoro de la Antigüedad*. Sevilla. Caja San Fernando.
- CINTAS, P. (1950): *Céramique punique*. París. Librairie C. Klincksieck. (Publications de l'Institut des Hautes Etudes de Tunis, 3).
- CIPRÉS, P. (1993): *Guerra y sociedad en la Hispania indoeuropea*. Vitoria. Instituto de Ciencias de la Antigüedad. (Anejos de Veleia. Series minor, 3).
- COLLIS, J. (1994): «Reconstructing Iron Age Society». En K. Kristiansen y J. Jensen (eds.): *Europe in the First Millennium B. C. J. R. Collis*. (Sheffield Archaeological Monographs, 6). Sheffield: 31-39.
- CORREA RODRÍGUEZ, J. A. (1994): «La lengua ibérica». *Revista Española de Lingüística*, 24, 2. Madrid: 263-288.
- CRUZ ANDREOTTI, G. y MORA SERRANO, B. (eds.) (2004): *Identidades étnicas-identidades políticas en el mundo prerromano hispano*. Málaga. Universidad de Málaga, Servicio de Publicaciones.
- CUADRADO DÍAZ, E. (1950): *Excavaciones en el santuario ibérico de El Cigarralejo (Mula, Murcia)*. Madrid. Ministerio de Educación Nacional. (Informes y Memorias, 21).
- (1963): «Precedentes y prototipos de la fíbula anular hispánica». *Trabajos de Prehistoria*, VII. Madrid: 7-61.
- (1975): «Un tipo especial de pinzas ibéricas». *XIII Congreso Nacional de Arqueología (Huelva, 1973)*. Secretaría General de los Congresos Arqueológicos Nacionales. Zaragoza: 667-672.
- (1978): «Dos tipos de decoración damasquinada en las hebillas de cinturón ibéricas». *Rivista di Studi Liguri*, XLIV. Bordighera: 233-244.
- (1987): *La necrópolis ibérica de 'El Cigarralejo' (Mula, Murcia)*. Madrid. Instituto Español de Arqueología. (Bibliotheca Praehistorica Hispana, XXIII).
- (1989): *La panoplia ibérica de 'El Cigarralejo' (Mula, Murcia)*. Murcia. Editora Regional de Murcia. (Colección Documentos. Serie Arqueológica, 3).
- (1991): «La cerámica ibero-céltica de barniz rojo». *Trabajos de Prehistoria*, 48. Madrid: 349-356.
- CURIÀ, E.; MASVIDAL, C. y PICAZO, M. (2001): «Desigualdad política y prácticas de creación y mantenimiento de la vida en la Iberia septentrional». En P. González Marcén (ed.): *Espacios de Género en Arqueología. Arqueología Espacial*, 22. Teruel: 107-122.
- CHAPA BRUNET, T. (1980): *La escultura ibérica zoomorfa en piedra*. Madrid. Universidad Complutense, 2 vols.
- (1986): «Influences phocéennes dans la sculpture ibérique». *Parola del Passato*, 41. Napoli: 347-392.
- (2000): «Aplicaciones de la Arqueología de la Muerte en la Prehistoria reciente de la Península Ibérica». En *3º Congreso de Arqueología Peninsular (Vila Real, 1999)*. *Proto-História da Península Ibérica*. ADE-CAP. Porto: 9-19.
- (2005): «Las primeras manifestaciones escultóricas ibéricas en el oriente peninsular». *Archivo Español de Arqueología*, 78. Madrid: 23-47.
- CHAPA BRUNET, T.; GÓMEZ BELLARD, F.; GÓMEZ, P.; LA NIECE, S.; MADRIGAL BELINCHÓN, A.; MONTERO RUIZ, I.; PEREIRA SIESO, J. y ROVIRA LLORENS, S. (1995): «El *ustrinum* 11/126 de la necrópolis ibérica de Los Castellones de Céal (Hinojares, Jaén). Estudio de sus materiales metálicos». *Verdolay*, 7. Murcia: 209-218.
- CHAPA BRUNET, T. y MADRIGAL BELINCHÓN, A. (1997): «El sacerdocio en época ibérica». *SPAL. Revista de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla*, 6. Sevilla: 187-203.
- CHAPA BRUNET, T. y PEREIRA SIESO, J. (1991): «El oro como elemento de prestigio social en época ibérica». *Archivo Español de Arqueología*, 64. Madrid: 23-35.
- CHAPA BRUNET, T.; PEREIRA SIESO, J.; MADRIGAL BELINCHÓN, A. y MAYORAL HERRERA, V. (1997): *La necrópolis ibérica de Castellones de Céal (Hinojares, Jaén)*. Sevilla. Junta de Andalucía, Consejería de Cultura. Universidad de Jaén.
- CHICHARRO CHAMORRO, J. L. (ed.) (1990): *Escultura ibérica en el Museo de Jaén*. Jaén. Consejería de Cultura.
- (2000): «Museo de Jaén. Sala monográfica del conjunto escultórico ibérico de Cerrillo Blanco, Porcuna. (Siglo V a. C.)». Jaén. Consejería de Cultura.

- DANTÍN CERECEDA, J. (1936): «Las cañadas ganaderas del reino de León». *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*, 86. Madrid: 465-499.
- DAUGE, Y. (1981): *Le barbare. Recherches sur la conception romaine de la barbarie et la civilisation*. Bruxelles. Revue d'Études Latines.
- DELGADO LINACERO, C. (1996): *El toro en el Mediterráneo. Análisis de su presencia y significado en las grandes culturas del mundo antiguo*. Madrid. Laboratorio de Arqueozoología, Universidad Autónoma.
- DELIBES DE CASTRO, G. (2001): «La orfebrería». En M. Almagro-Gorbea, M.^a Mariné Isidro y J. R. Álvarez-Sanchís (eds.): *Celtas y vettones. (Catálogo de la Exposición: Ávila septiembre-diciembre 2001)*. Diputación Provincial de Ávila. Ávila: 148-157.
- (2002): «El tesoro de las Motas (San Martín de Torres, León), nuevo documento para el estudio de la orfebrería prerromana en territorio astur meridional». En M. Á. de Blas Cortina y Á. Villa Valdés (eds.): *Los poblados fortificados del noroeste de la Península Ibérica. Formación y desarrollo de la Cultura Castreña. Coloquios de Arqueología en la Cuenca del Navia. Homenaje al Prof. José Manuel González y Fernández-Valles*. Ayuntamiento de Navia. Navia: 211-224.
- DELIBES DE CASTRO, G. y ESPARZA ARROYO, Á. (1989): «Los tesoros prerromanos de la Meseta norte y la orfebrería celtibérica». En J. A. García de Castro (dir.): *El oro en la España prerromana*. Ediciones Zugarto. (Revista de Arqueología, n.º extra). Madrid: 108-129.
- DELIBES DE CASTRO, G.; ESPARZA ARROYO, Á. y MARTÍN VALLS, R. (1996): *Los tesoros prerromanos de Arrabalde (Zamora) y la joyería celtibérica*. Zamora. Fundación Rei Afonso Henriques. (Serie Monografías y Estudios).
- DELIBES DE CASTRO, G.; ESPARZA ARROYO, Á.; MARTÍN VALLS, R. y SANZ MÍNGUEZ, C. (1993): «Tesoros celtibéricos de Padilla de Duero». En F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (eds.): *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo. Valladolid: 397-470.
- DEMOULE, J.-P.; GILIGNY, F.; LEHOËRFF, A. y SCHNAPP, A. (2005): *Guide de méthodes de l'archéologie*. Paris. La Découverte.
- D'ENCARNAÇÃO, J. (1993): «Interpretatio romana. Quelques questions à propos de l'acculturation religieuse en Lusitanie». En J. Untermann y F. Villar (eds.): *Lengua y cultura en la Hispania prerromana. Actas del V Coloquio sobre Lenguas y Culturas prerromanas de la Península Ibérica (Colonia, 25-28 de noviembre de 1989)*. Universidad de Salamanca. Salamanca: 281-287.
- DÍAZ-ANDREU, M. (2004): «Ethnicity and iberians. The archaeological crossroads between perception and material culture». En G. Cruz Andreotti y B. Mora Serrano (coords.): *Identidades étnicas-identidades políticas en el mundo prerromano hispano*. Universidad de Málaga, Servicio de Publicaciones. Málaga: 63-85.
- DÍAZ-ANDREU, M.; LUCY, S.; BABIC, S. y EDWARDS, D. N. (2005): *The Archaeology of Identity: Approaches to Gender, Age, Statues, Ethnicity and Religion*. London-New York. Routledge.
- DIHLE, A. (1983): «Etnografía ellenística». En F. Prontera (ed.): *Geografia e geografi nel mondo antico. Guida storica e critica*. Laterza & Figli. Roma: 173-200.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. (1983): «Los términos Iberia e iberos en las fuentes grecolatinas: estudio acerca de su origen y ámbito de aplicación». *Lucentum*, 2. Alicante: 203-224.
- (1988): «Algunas observaciones en torno al 'comercio continental griego' en la Meseta meridional». En *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha (Ciudad Real, 1984)*. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Toledo: 327-334.
- (1994): «La Meseta. Las fuentes literarias». En *Leyenda y arqueología de las ciudades prerromanas de la Península Ibérica*. Dirección General de Bellas Artes y Archivos, Museo Arqueológico Nacional. Madrid: 107-118.
- ESCUDERO NAVARRO, Z. y SANZ MÍNGUEZ, C. (1999): «Algunas reflexiones a propósito de la llegada del torno cerámico al valle medio del Duero». En F. Burillo Mozota (coord.): *IV Simposio sobre los celtíberos: Economía. Homenaje a José Luis Argente Oliver (Daroca, 1997)*. Institución Fernando el Católico. Zaragoza: 323-339.
- ESPARZA ARROYO, Á. (1991): «Noticia preliminar sobre el nuevo tesoro de Arrabalde (Zamora)». *Zephyrus*, XLI-XLII, 1988-89. Salamanca: 511-515.
- (1999): «Economía de la Meseta prerromana». *Studia Historica. Historia Antigua*, 17. Salamanca: 87-123.
- ESTEBAN BORRAJO, G. (1998): *Cerámicas a torno pintadas orientalizantes, ibéricas e iberorromanas de Sisapo*. Madrid. Calendas.
- ESTEBAN ORTEGA, J. (1993): «El poblado y la necrópolis de La Coraja, Aldeacentenera (Cáceres)». En M. Salinas de Frías et alii: *El proceso histórico de la Lusitania oriental en época prerromana y romana*. Museo Nacional de Arte Romano. Mérida: 55-112.
- ESTEBAN ORTEGA, J.; SÁNCHEZ ABAL, J. L. y FERNÁNDEZ CORRALES, J. M.^a (1988): *La necrópolis del castro del Castillejo de la Orden, Alcántara (Cáceres)*. Cáceres. Servicio de Publicaciones de la UNEX. Mérida. Consejería de Educación y Cultura.

- FERNÁNDEZ, J. H. (1992): *Excavaciones en la necrópolis del Puig des Molins (Eivissa). Las campañas de D. Carlos Román Ferrer, 1921-1929*. Palma de Mallorca. Conselleria de Cultura, Educació i Esports.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F. (1972): «Objetos de origen exótico en El Raso de Candeleda (Ávila)». *Trabajos de Prehistoria*, 29. Madrid: 273-294.
- (1979): «Un tesoro de plata en el castro de El Raso de Candeleda (Ávila)». *Trabajos de Prehistoria*, 36. Madrid: 379-404.
- (1986): *Excavaciones arqueológicas en El Raso de Candeleda*. Ávila. Diputación Provincial, Institución Gran Duque de Alba, 2 vols.
- (1988): «Pequeños bronce orientalizantes e iberoturdetanos del bajo Guadalquivir». En *Desde la Historia hacia el futuro. 1 Congreso Nacional Cuenca Minera de Riotinto (Riotinto, 28, 29 y 30 de octubre de 1988)*. Fundación Riotinto y Riotinto Minera. Huelva: 63-86.
- (1989): «Orfebrería indígena en época prerromana». En J. A. García de Castro (dir.): *El oro en la España prerromana*. Ediciones Zugarto. (Revista de Arqueología, n.º extra). Madrid: 82-89.
- (1993-1994): «Joyas de oro en castros de la Meseta: Ulaca y El Raso de Candeleda». *Nvmantia*, 6. Soria: 9-30.
- (1995): «La Edad del Hierro». En M.ª Mariné Isidro (coord.): *Historia de Ávila. I. Prehistoria e Historia Antigua*. Institución Gran Duque de Alba, Obra Cultural de la Caja de Ahorros. Ávila: 103-269.
- (1996): «Una tumba orientalizante en El Raso de Candeleda (Ávila)». En E. Acquaro (ed.): *Alle soglie della Classicità: il Mediterraneo tra tradizione e innovazione. Studi in onore di Sabatino Moscati. Vol. II, Archeologia e Arte*. Istituti Editoriali e Poligrafici Internazionali. Pisa: 725-740.
- (1997): *La necrópolis de la Edad del Hierro de 'El Raso' (Candeleda, Ávila)*. 'Las Guijas, B'. Valladolid. Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura. (Arqueología en Castilla y León. Memorias, 4).
- (1998a): «La Edad del Hierro». En M.ª Mariné Isidro (coord.): *Historia de Ávila. I: Prehistoria e Historia Antigua*. Institución Gran Duque de Alba, Obra Cultural de la Caja de Ahorros. Ávila: 105-280.
- (1998b): «El tesoro de La Puebla de los Infantes (Sevilla): características y metrología». En *Homenaje al Profesor Carlos Posac Mon. Vol. I*. Instituto de Estudios Ceutíes. Ceuta: 191-206.
- FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. y OLMOS ROMERA, R. (1986): *Las ruedas de Toya y el origen del carro en la Península Ibérica*. Madrid. Ministerio de Cultura, Dirección General de Bellas Artes y Archivos.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C. y CABALLERO KLINK, A. (1988): «El horizonte histórico de La Bienvenida y su posible identificación con la antigua Sisapo». En *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha. (Ciudad Real, 1984)*. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Toledo: 201-210.
- FLETCHER VALLS, D. (1957): «Toneles ibéricos». *Archivo de Prehistoria Levantina*, VI. Valencia: 113-147.
- (1974): *Museo de Prehistoria de la ciudad de Valencia*. Valencia. Círculo de Bellas Artes de Valencia.
- GALÁN DOMINGO, E. (1993): *Estelas, paisaje y territorio en el Bronce Final del suroeste de la Península Ibérica*. Madrid. Editorial Complutense. (Complutum, extra 3).
- GALÁN DOMINGO, E. y RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (2001): «Rutas ganaderas, transterminancia y caminos antiguos. El caso del suroeste peninsular entre el Calcolítico y la Edad del Hierro». En J. L. Gómez Pantoja (ed.): *Los rebaños de Gerión. Pastores y trashumancia en Iberia antigua y medieval*. Casa de Velázquez. Madrid: 263-278.
- GARCÍA ALONSO, J. L. (2001): «Lenguas prerromanas en el territorio de los vetones a partir de la toponimia». En F. Villar y M.ª P. Fernández Álvarez (eds.): *Religión, lengua y cultura prerromanas de Hispania. Actas del VIII Coloquio sobre Lenguas y Culturas prerromanas de la Península Ibérica (Salamanca, 1999)*. Ediciones Universidad de Salamanca. Salamanca: 390-406.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. (1947): «El arte ibérico». En *Ars Hispaniae. Historia Universal del Arte Hispánico. Vol. I. Plus Ultra*. Madrid: 199-297.
- (1956): «Materiales de arqueología hispano-púnica. Jarros de bronce». *Archivo Español de Arqueología*, XXIX. Madrid: 85-104.
- (1976): *Arte ibérico*. En *Historia de España dirigida por Menéndez Pidal. Vol. I-3*. Madrid.
- (1980): *Arte ibérico en España*. Madrid. Espasa-Calpe.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. (ed.) y GARCÍA-BELLIDO, M.ª P. (texto) (1993): *Álbum de dibujos de la colección de bronce antiguos de Antonio Vives Escudero*. Madrid. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Centro de Estudios Históricos. (Anejos de Archivo Español de Arqueología, 13).
- GARCÍA-BELLIDO GARCÍA DE DIEGO, M.ª P. (2001): «Lucus Feroniae Emeritense». *Archivo Español de Arqueología*, 74. Madrid: 53-72.
- GARCÍA CANO, J. M. (1990): «El comercio arcaico en Murcia». En J. Remesal y O. Musso (coords.): *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica*. Universidad de Barcelona. Barcelona: 369-382.
- (1997): *Las necrópolis ibéricas de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia). I. Las excavaciones y estudio analítico de los materiales*. Murcia. Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones.
- GARCÍA CANO, J. M. y PAGE DEL POZO, V. (2004): *Terracotas y vasos plásticos de la necrópolis del Cabecico del Tesoro, Verdolay, Murcia*. Murcia. Dirección General de Cultura. (Monografías del Museo de Arte Ibérico de El Cigarralejo, 1).

- GARCÍA FERNÁNDEZ-ALBALAT, B. (1990): *Guerra y religión en la Gallaecia y Lusitania antiguas*. La Coruña. Edición de Castro.
- GARCÍA-GELABERT, M.^a P. y BLÁZQUEZ, J. M.^a (1997): «Carácter sacro y funerario del toro en el mundo ibérico». *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 18. Castelló: 417-442.
- GARCÍA MORENO, L. (1993): «Organización sociopolítica de los celtas en la Península Ibérica». En M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (dirs.): *Los celtas: Hispania y Europa*. Universidad Complutense de Madrid. (Actas de El Escorial, 4). Madrid: 327-355.
- GARCÍA QUINTELA, M. V. (1992): «El sacrificio lusitano. Estudio comparativo». *Latomus*, 51. Bruxelles: 337-354.
- (1999): *Mitología y mitos de la Hispania prerromana*, III. Madrid. Akal.
- GARCÍA QUINTELA, M. V. y GONZÁLEZ GARCÍA, F. J. (2005): «De la idolatría en el Occidente peninsular prerromano». *Ilu. Revista de Ciencias de las Religiones*, 10. Madrid: 27-62.
- GARCÍA ROZAS, R. (2002): «Tesoro de Arrabalde 1» y «Tesoro de Arrabalde 2». En M. Barril Vicente y A. Rodero Ríaza (dirs.): *Torques. Belleza y Poder*. Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, Subdirección General de Información y Publicaciones. Madrid: 206-210.
- GARCÍA VUELTA, Ó. (2002): «Técnica y evolución. Fabricación y materias primas en los torques». En M. Barril Vicente y A. Rodero Ríaza (dirs.): *Torques. Belleza y Poder*. Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, Subdirección General de Información y Publicaciones. Madrid: 31-45.
- GÓMEZ BELLARD, C. y PÉREZ BALLESTER, J. (2004): «Imitaciones de vasos plásticos en el mundo ibérico». En R. Olmos Romera y P. Rouillard (eds.): *La vajilla ibérica en época helenística (siglos IV-III al cambio de era)*. Casa de Velázquez. (Collection de la Casa de Velázquez, 89). Madrid: 31-47.
- GONZÁLEZ NAVARRETE, J. A. (1987): *Escultura ibérica de Cerrillo Blanco, Porcuna, Jaén*. Jaén. Diputación Provincial.
- GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE, F. J. (1985): «La necrópolis de Trasguja: aproximación al estudio de la estructura social de Las Cogotas». *Norba*, 6. Cáceres: 43-51.
- (1990): *La necrópolis de 'Los Castillejos' de Sanchorreja: su contexto histórico*. Salamanca. Ediciones Universidad de Salamanca. (Acta Salmanticensia, 69).
- GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE, F. J.; FANO MARTÍNEZ, M. Á. y MARTÍNEZ LIQUINIANO, A. (1991-1992): «Materiales inéditos de Sanchorreja procedentes de excavaciones clandestinas: un intento de valoración». *Zephyrus*, 44-45. Salamanca: 301-329.
- GORROCHATEGUI, J. (1993): «Las lenguas de los pueblos paleohispánicos». En M. Almagro-Gorbea, y G. Ruiz Zapatero (dirs.): *Los celtas: Hispania y Europa*. Universidad Complutense de Madrid. (Actas de El Escorial, 4). Madrid: 409-429.
- GREEN, M. (1992): *Animals in Celtic Life and Myth*. London-New York. Routledge.
- GRINÓ, B. de (1989): *Los puñales de tipo Mte. Bernorio-Miraveche. Un arma de la Segunda Edad del Hierro en Cuenca del Duero*. Oxford. British Archaeological Reports. (BAR International Series, 504).
- GUERIN, P. (2005): «Ideología y género en la Contestania y Edetania». En L. Abad, F. Sala e I. Grau (eds.): *La Contestania ibérica, treinta años después. Actas de las I Jornadas de Arqueología Ibérica*. Universidad de Alicante. San Vicente del Raspeig: 259-266.
- HALL, J. M. (1997): *Ethnic identity in Greek antiquity*. Cambridge. Cambridge University Press.
- HARRISON, R. J. (1989): *España en los albores de la Historia: iberos, fenicios y griegos*. Madrid. Nerea.
- HARTOG, F. (1980): *Le miroir d'Herodote. Essai sur la représentation de l'autre*. Paris. Gallimard.
- HASELGROVE, C. et alii (2001): *Understanding the British Iron Age: An Agenda for Action*. Trowbridge. The Trust for Wessex Archaeology Ltd.
- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F. (1993): «La necrópolis de El Romazal. Plasenzuela (Cáceres)». En J. Mangas y J. Alvar (eds.): *Homenaje a José M.^a Blázquez. Vol. II*. Ediciones Clásicas. Madrid: 257-270.
- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F. y GALÁN DOMINGO, E. (1996): *La necrópolis de 'El Mercadillo' (Botija, Cáceres)*. Badajoz. Junta de Extremadura. (Extremadura Arqueológica, VI).
- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F.; RODRÍGUEZ LÓPEZ, M.^a D. y SÁNCHEZ SÁNCHEZ, M.^a Á. (1989): *Excavaciones en el Castro de Villasviejas del Tamuja (Botija, Cáceres)*. Mérida. Editora Regional de Extremadura.
- HILL, J. D. (2006): «Are we any closer to understanding how later Iron Age societies worked (or did not work)?». En C. Haselgrove (dir.): *Celtes et Gaulois, l'Archéologie face à l'Histoire. 4: Les mutations de la fin de l'Âge du Fer. Actes de la table ronde de Cambridge, 7-8 juillet 2005*. Centre Archéologique Européen. (Collection Bibracte, 12, 4). Glux-en-Glenne: 169-179.
- HOZ, J. de (1998): «La escritura ibérica». En *Los iberos, príncipes de Occidente. Catálogo de la exposición*. Fundación La Caixa. Barcelona: 191-203.
- INIESTA SANMARTÍN, A. (1983): *Las fíbulas de la Región de Murcia*. Murcia. Editora Regional de Murcia. (Biblioteca Básica Murciana, 15).
- IZQUIERDO PERAILE, I. (2000): *Monumentos funerarios ibéricos: los pilares-estela*. Valencia. Servicio de Investigación Prehistórica, Diputación Provincial de Valencia. (Serie de Trabajos Varios, 98).

- IZQUIERDO PERAILE, I.; MAYORAL HERRERA, V.; OLMOS ROMERA, R. y PEREA CAVEDA, A. (2004): *Diálogos en el País de los Iberos*. Madrid. Ministerio de Cultura.
- JACOB, Ch. (1981): *Géographie et ethnographie en Grèce ancienne*. Paris. Armand Colin.
- JAEGI, O. (2004): «Vajillas de plata iberohelenísticas». En R. Olmos Romera y P. Rouillard (eds.): *La vajilla ibérica en época helenística (siglos IV-III al cambio de era)*. Casa de Velázquez. (Collection de la Casa de Velázquez, 89). Madrid: 49-61.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. (1998): «Vaso de Valdegamas». En *Extremadura. Fragmentos de Identidad*. Junta de Extremadura. Madrid: 146-147.
- (2002): *La toréutica orientalizante en la Península Ibérica*. Madrid. Real Academia de la Historia. (Bibliotheca Archaeologica Hispana, 16).
- (2005): «De los bronce tartésicos a la toréutica orientalizante. La bronceística del Hierro Antiguo en el Mediodía peninsular». En S. Celestino Pérez y J. Jiménez Ávila (eds.): *El periodo orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida, Protohistoria del Mediterráneo Occidental*. Instituto de Arqueología de Mérida. (Anejos de Archivo Español de Arqueología, XXXV). Mérida: 1089-1116.
- (ed.) (2006): *El conjunto orientalizante de Talavera la Vieja (Cáceres) (Memorias 5)*. Mérida. Junta de Extremadura.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. y ORTEGA BLANCO, J. (2002): *La cerámica griega en Extremadura*. Mérida. Museo Nacional de Arte Romano. (Cuadernos Emeritenses, 28).
- JIMENO MARTÍNEZ, A.; TORRE ECHÁVARRI, J. I. de la; BERZOSA DEL CAMPO, R. y MARTÍNEZ NARANJO, J. P. (2004): *La necrópolis celtibérica de Numancia*. Salamanca. Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura. (Arqueología de Castilla y León. Memorias, 12).
- KNAPP, R. C. (1992): *Latin inscriptions from Central Spain*. Berkeley-Los Angeles. University of California Press. (Classical Studies, 34).
- KRUTA, V (1986): «Le corail, le vin et l'Arbre de vie: observations sur l'art et la religion des celtes du V au I siècle avant J.-C.». *Études Celtiques*, XXIII. Paris: 7-32.
- KURTZ, W. S. (1980): «Un asa de bronce procedente del castro de Las Cogotas (Cardenosa, Ávila)». *Archivo Español de Arqueología*, 53. Madrid: 163-174.
- (1982): «Material relacionado con el fuego aparecido en las necrópolis de Las Cogotas y La Osera». *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 16. Madrid: 52-54.
- (1985): «La coraza metálica en la Europa protohistórica». *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 21. Madrid: 12-23.
- (1986-1987): «El armamento en la necrópolis de Las Cogotas (Cardenosa, Avila)». *Zephyrus*, XXXIX-XL. Salamanca: 445-458.
- (1987): *La necrópolis de Las Cogotas, I: ajuares. Revisión de los materiales de la necrópolis de la Segunda Edad del Hierro en la Cuenca del Duero (España)*. Oxford. British Archaeological Reports. (BAR International Series, 344).
- LENAGHAM, P. (ed.) (2000): *The Hispanic Society of America. Tesoros*. New York. Ed. The Hispanic Society of America.
- LENERZ-DE-WILDE, M. (1991): *Iberia celtica: archäologische zeugnisse keltischer kultur auf der Pyrenäenhalbinsel*. Stuttgart. Franz Steiner.
- LILLO CARPIO, P. A.; PAGE DEL POZO, V. y GARCÍA CANO, J. M. (2004): *El caballo en la sociedad ibérica. Una aproximación al santuario de El Cigarralejo*. Murcia. Universidad de Murcia.
- LLOBREGAT, E. A. (1981): «Toros y agua en los cultos funerarios ibéricos». *Saguntum*, 16. Valencia: 149-164.
- (1993): «Arquitectura y escultura en la necrópolis de Cabezo Lucero». En C. Aranegui, A. Jodin, E. Llobregat, P. Rouillard y J. Uroz: *La nécropole ibérique de Cabezo Lucero. Guardamar del Segura, Alicante*. Casa de Velázquez. Instituto de Cultura Juan Gil Albert. Diputación Provincial de Alicante. (Colección de la Casa de Velázquez, 41). Madrid-Alicante: 69-85.
- LÓPEZ CUEVILLAS, F. (1951): *Las joyas castreñas*. Madrid. Instituto de Arqueología y Prehistoria Rodrigo Caro.
- LÓPEZ JIMÉNEZ, Ó. y BENET, N. (2005): «Frontera y margen en el ámbito orientalizante: procesos históricos en la zona sudoccidental de la Meseta norte». En S. Celestino Pérez y J. Jiménez Ávila (eds.): *El periodo orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida, Protohistoria del Mediterráneo Occidental*. Instituto de Arqueología de Mérida. (Anejos de Archivo Español de Arqueología, XXXV). Mérida: 1015-1024.
- LÓPEZ PALOMO, L. A. (1999): *El poblamiento protohistórico en el valle medio del Genil*. Écija. Editorial Gráficas Sol.
- LORRIO ALVARADO, A. J. (1993): «El armamento de los celtas hispanos». En M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.): *Los celtas: Hispania y Europa*. Universidad Complutense de Madrid. (Actas de El Escorial, 4). Madrid: 285-326.
- (1994): «La evolución de la panoplia celtibérica». *Madriditer Mitteilungen*, 35. Madrid: 212-258.

- (1997): «Los celtíberos». *Complutum*, Extra, 7. Madrid: 15-32.
- (2004): «Juan Cabré y el armamento de la Edad del Hierro céltica». En J. Blázquez Pérez y B. Rodríguez Nuere (eds.): *El arqueólogo Juan Cabré (1882-1947). La fotografía como técnica documental*. Ministerio de Cultura, Secretaría General Técnica. Madrid: 262-297.
- (2004-2005): «*Signa equitum* en el mundo ibérico. Los bronceos tipo 'jinete de la Bastida'». *Lucentum*, XXIII-XXIV. Alicante: 37-60.
- (2005): *Los celtíberos*. Madrid. Real Academia de la Historia. (Bibliotheca Archaeologica Hispana, 25). (1ª ed. 1997).
- LUGINBÜHL, Th. (2006): *Cuchulainn. Mythes guerriers et sociétés celtiques*. Gollion. Infolio éditions.
- LUJÁN MARTÍNEZ, E. R. (e. p.): «L'onomastique des vettons: analyse linguistique». En G. J. Pinault y P. Y. Lambert (eds.): *Gaulois et celtique continental*. Paris.
- MADRIGAL BELINCHÓN, A. (1997): «El ajuar de la cámara funeraria ibérica de Toya (Peal de Becerro, Jaén)». *Trabajos de Prehistoria*, 54, 1. Madrid: 167-181.
- MADRUGA FLORES, J. V. y SALAS MARTÍN, J. (1995): «A propósito de teónimos indígenas en el *Conventus Emeritensis*». *Espacio, Tiempo y Forma. Serie II: Historia Antigua*, 8. Madrid: 331-355.
- MALUQUER DE MOTES y NICOLAU, J. (1958a): *El castro de Los Castillejos en Sanchorreja. Estudio de las excavaciones realizadas por Juan Cabré, Joaquín M.ª de Navascués y Emilio Camps, de 1931 a 1935*. Ávila. Diputación Provincial.
- (1958b): *Excavaciones arqueológicas en el cerro del Berrueco (Salamanca)*. Salamanca. Ediciones Universidad de Salamanca. (Acta Salmanticensia, XIV, 1).
- (1983): *El santuario protohistórico de Zalamea de la Serena, Badajoz*. Barcelona. Universidad de Barcelona, Departamento de Prehistoria y Arqueología.
- MANSO MARTÍN, E. (2002): «Torques de los Villares». En M. Barril Vicente y A. Rodero Ríaza (dirs.): *Torques. Belleza y poder*. Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, Subdirección General de Información y Publicaciones. Madrid: 174.
- (2005): «Representaciones de caballos: fíbula de caballito. Remate de estandarte. Exvoto de jinete». En M. Barril Vicente (coord.): *El descubrimiento de los vettones. Los materiales del Museo Arqueológico Nacional. Catálogo de la exposición*. Institución Gran Duque de Alba. Ávila: 130-131.
- MANSO MARTÍN, E.; RODERO RIAZA, A. y MADRIGAL BELINCHÓN, A. (2000): «Materiales cerámicos procedentes de una necrópolis ibérica de Menjíbar (Jaén)». *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, XVIII. Madrid: 97-144.
- MANYANOS PONS, A. (1997) «La importancia de la Ilercavonia en la cristalización del núcleo celtibérico de Molina de Aragón». En J. A. Arenas Esteban y M.ª V. Palacios Tamayo (eds.): *El origen del mundo celtibérico. Actas de los Encuentros sobre el origen del mundo celtibérico (Molina de Aragón, 1998)*. Ayuntamiento de Molina de Aragón. Molina de Aragón: 111-119.
- MARCO SIMÓN, F. (1994): «La religión indígena en la Hispania indoeuropea». En J. M.ª Blázquez et alii: *Historia de las religiones de la Europa antigua*. Cátedra. Madrid: 313-400.
- (1996): «Integración, *interpretatio* y resistencia religiosa en el occidente del Imperio». En J. M.ª Blázquez Martínez y J. Alvar Ezquerro (eds.): *La romanización en Occidente*. Editorial Complutense. Madrid: 217-238.
- (1999a): «El paisaje sagrado en la España indoeuropea». En J. M.ª Blázquez y R. Ramos Fernández (eds.): *Religión y magia en la Antigüedad. (Valencia, 16-18 abril de 1997)*. Generalitat Valenciana, Conselleria de Cultura, Educació i Ciència. València: 147-165.
- (1999b): «Sacrificios humanos en la Céltica antigua: entre el estereotipo literario y la evidencia interna». *Archiv für Religionsgeschichte*, 1 (1). München: 1-15.
- (2001): «La religión de los vettones». En M. Almagro-Gorbea, M.ª Mariné Isidro y J. R. Álvarez-Sanchís (eds.): *Celtas y vettones. (Catálogo de la Exposición; Ávila septiembre-diciembre 2001)*. Diputación de Ávila. Ávila: 279-288.
- MARÍN CEBALLOS, M.ª C. (1987): «¿Tanit en España?». *Lucentum*, 6. Alicante: 43-79.
- MARINÉ ISIDRO, M.ª (1995): «La época romana». En M.ª Mariné Isidro (coord.): *Historia de Ávila I: Prehistoria y Edad Antigua*. Institución Gran Duque de Alba, Obra Cultural de la Caja de Ahorros. Ávila: 271-327.
- MARTÍN BRAVO, A. M.ª (1998): «Evidencias del comercio tartésico junto a puertos y vados de la cuenca del Tajo». *Archivo Español de Arqueología*, 71. Madrid: 37-52.
- (1999): *Los orígenes de Lusitania. El I milenio a. C. en la Alta Extremadura*. Madrid. Real Academia de la Historia. (Bibliotheca Archaeologica Hispana, 2).
- (2001): «Réplica». *Trabajos de Prehistoria*, 58, 1. Madrid: 209-211.
- MARTÍN MONTES, M. Á. (1984): «La fíbula anular hispánica en la Meseta peninsular. I. Origen y cronología, su estructura y clasificación tipológica». *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 19. Madrid: 36-46.
- MARTÍN VALLS, R. (1986-87): «La Segunda Edad del Hierro: consideraciones sobre su periodización». *Zephyrus*,

- XXXIX-XL (Actas del Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte – Salamanca, 1984). Salamanca: 59-86.
- (1999): «La Edad del Hierro». En J.-L. Martín (dir.): *Historia de Salamanca, I. Prehistoria y Edad Antigua*. Centro de Estudios Salmantinos. Salamanca: 123-217.
- MARTÍN VALLS, R. y PÉREZ HERRERO, E. (1976): «Las esculturas zoomorfas de Martiherrero (Ávila)». *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 42. Valladolid: 67-80.
- MARTÍN VALLS, R. y PÉREZ HERRERO, E. (2004): «El verraco de Yecla de Yeltes: consideraciones sobre su interpretación». *Zephyrus*, 57. Salamanca: 283-301.
- MARTÍNEZ LILLO, S. y MURILLO FRAGERO, J. I. (2003): «Últimas actuaciones arqueológicas en las murallas». En *La Muralla de Ávila*. Fundación Caja Madrid. Madrid: 269-291.
- MARTÍNEZ PERONA, J. V. (1992): «El santuario ibérico de la Cueva Merinel (Bugarra). En torno a la función del vaso caliciforme». *Estudios de Arqueología ibérica y romana. Homenaje a Enrique Pla Ballester*. Diputación Provincial de Valencia. (Serie de Trabajos Varios, 89). Valencia: 261-281.
- MARTÍNEZ QUIRCE, F. (1996): «Imagen y articulaciones decorativas en la Meseta: Imagen y cultura arévaca en la Segunda Edad del Hierro». En R. Olmos Romera (ed.): *Al otro lado del espejo. Aproximación a la imagen ibérica*. (Colección Lynx. La arqueología de la mirada, 1). Madrid: 163-176.
- MATA PARREÑO, C. (1997): «La ciudad ibérica de Edeta y sus hallazgos arqueológicos». En C. Aranegui Gascó (ed.): *Damas y caballeros en la ciudad ibérica. Las cerámicas decoradas de Lliria (Valencia)*. Cátedra. Madrid: 15-48.
- MATA PARREÑO, C. y BONET ROSADO, H. (1992): «La cerámica ibérica: Ensayo de tipología». *Estudios de Arqueología ibérica y romana. Homenaje a Enrique Pla Ballester*. Diputación Provincial de Valencia (Serie de Trabajos Varios, 89). Valencia: 117-173.
- MÉLIDA, J. R. (1905): «El tesoro ibérico de Jávea». *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 13. Madrid: 366-373.
- MOLINOS MOLINOS, M.; CHAPA BRUNET, T.; RUIZ RODRÍGUEZ, A.; PEREIRA SIESO, J.; RÍSQUEZ CUENCA, C.; MADRIGAL BELINCHÓN, A.; ESTEBAN MARFIL, Á.; MAYORAL HERRERA, V. y LLORENTE LÓPEZ, M. (1998): *El santuario heroico de 'El Pajarillo', Huelma (Jaén)*. Jaén. Universidad de Jaén.
- MOLINOS MOLINOS, M. y RUIZ RODRÍGUEZ, A. (2007): *El hipogeo de Hornos de Peal*. Sevilla. Consejería de Cultura, Junta de Andalucía.
- MORENO ARRASTIO, F. J. (1990): «Notas al contexto de Arroyo Manzanas (Las Herencias, Toledo)». En *Actas del primer Congreso de Arqueología de la provincia de Toledo*. Diputación Provincial de Toledo. Toledo: 274-308.
- MORET, P. (2004): «Ethnos ou ethníe? Avatars anciens et modernes des noms des peuples ibères». En G. Cruz Andreotti y B. Mora Serrano (coords.): *Identidades étnicas-identidades políticas en el mundo prerromano hispano*. Universidad de Málaga, Servicio de Publicaciones. Málaga: 31-62.
- MÜLLER, K. E. (1972): *Geschichte der antiken Ethnographie und ethnologischen Theoriebildung*. Wiesbaden. Franz Steiner.
- NEGUERUELA MARTÍNEZ, J. (1990): *Los monumentos escultóricos ibéricos del Cerrillo Blanco de Porcuna (Jaén)*. Madrid. Ministerio de Cultura.
- NICOLET, C. 1988: *L'inventaire du monde. Géographie et politique aux origines de l'Empire romain*. Paris. Fayard.
- NICOLINI, G. (1968): *Gestes et attitudes culturels des figurines de bronze ibériques*. Madrid. Mélanges de la Casa de Velázquez.
- (1969): *Les bronzes figurés des sanctuaires ibériques*. Paris. Presses Universitaires de France.
- (1973): *Les ibères, art et civilisation*. Fayard.
- (1977): *Bronces ibéricos*. Barcelona. Gustavo Gili.
- (1990): *Techniques des ors antiques. La bijouterie ibérique du VII^e au IV^e siècle*. Paris. Picard. 2 vols.
- (1998): «Les bronzes figurés ibériques: images de la classe des prêtres». En *Estructuras de poder en la sociedad ibérica. Actas del Congreso Internacional Los iberos, príncipes de Occidente*. Fundación La Caixa. Barcelona: 245-254.
- NIETO GALLO, G. (1943-44): «La necrópolis hispánica del Cabecico del Tesoro, Verdolay (Murcia). Cuarta campaña de excavaciones». *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, X. Valladolid: 165-175.
- NOGUERA CELDRÁN, J. M. (1998): «El Cerro de los Santos». En *Los iberos, príncipes de occidente. Catálogo de la exposición*. Fundación La Caixa. Barcelona: 150-151.
- OGGIANO, I. (2006): «Archeologia del culto: questioni metodologiche». En M. Rocchi y P. Xella (eds.): *Archeologia e religione*. Essedue Edizioni. Verona: 25-45.
- OLIVA PRAT, M. (1947): «Los vidrios de pasta de procedencia ampuritana». *Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales*, VII. Madrid: 113.
- OLIVARES PEDREÑO, J. C. (1999): «El panteón religioso indígena en el área extremeña». *Hispania Antiqua*, 23. Valladolid: 97-118.
- (2002): *Los dioses de la Hispania céltica*. Madrid. Real Academia de la Historia. (Bibliotheca Archaeologica Hispana, 15).

- OLMOS ROMERA, R. (1982): «Vaso griego y caja funeraria en la Bastetania ibérica». En *En homenaje a Conchita Fernández-Chicarro, directora del Museo Arqueológico de Sevilla*. Subdirección General de Museos. Madrid: 260-268.
- (1987): «Posibles vasos de encargo en la cerámica ibérica del Sureste». *Archivo Español de Arqueología*, 60. Madrid: 21-42.
- (1992): «El surgimiento de la imagen en la sociedad ibérica». *La sociedad ibérica a través de la imagen. Catálogo de la exposición*. Ministerio de Cultura. Madrid: 8-32.
- (ed.) (1996): *Al otro lado del espejo. Aproximación a la imagen ibérica*. Madrid. (Colección Lynx. La arqueología de la mirada, 1).
- (1998): «La invención de la cultura ibérica». En *Los iberos, príncipes de occidente. Catálogo de la exposición*. Fundación La Caixa. Barcelona: 59-65.
- (1999): *Los iberos y sus imágenes*. Madrid. CSIC y Micrones. [CD].
- (2002): «Los grupos escultóricos del Cerrillo Blanco de Porcuna (Jaén). Un ensayo de lectura iconográfica convergente». *Archivo Español de Arqueología*, 75. Madrid: 107-122.
- (2004a): «Imágenes del devorar y del alimento en la cultura ibérica». *Revista de Ciencias de las Religiones. Anejos*, XII: 61-78.
- (2004b): «Imaginaris y prácticas religiosas entre los iberos. Perspectivas en un proceso histórico». *ARG*, 6: 111-134.
- (2004c): «Los príncipes esculpidos de Porcuna: una apropiación de la naturaleza y de la historia». *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, 189. Jaén: 19-43.
- (2007): «Formas y prácticas de la helenización en Iberia durante la época helenística». En J. Arce, S. Ensoli y E. La Rocca (coords.): *Hispania Romana. Desde tierra de conquista a provincia del imperio*. Electa. Madrid: 20-30.
- OLMOS ROMERA, R. et alii (1992): *La sociedad ibérica a través de las imágenes. Catálogo de la exposición*. Madrid. Ministerio de Cultura.
- OLMOS ROMERA, R. y PEREA CAVEDA, A. (2004): «La vajilla de plata de Abengibre». En R. Olmos Romera y P. Rouillard (eds.): *La vajilla ibérica en época helenística (siglos IV-III al cambio de era)*. Casa de Velázquez. (Collection de la Casa de Velázquez, 89). Madrid: 64-76.
- PARCERO OUBIÑA, C. (1997): «The Invisible Warrior: Warfare and Archaeology in the Indo-European Iron Age». En F. Criado Boado y C. Parcero Oubiña (eds.): *Landscape, Archaeology, Heritage*. Grupo de Investigación en Arqueología del Paisaje, Universidade de Santiago de Compostela. (Trabajos en Arqueología del Paisaje, 2). Santiago: 35-40.
- PEDRERO SANCHEZ, R. (2001): «Los epítetos del teónimo occidental Bandue/i». En F. Villar y M.^a P. Fernández Álvarez (eds.): *Religión, lengua y cultura prerromanas de Hispania. Actas del VIII Coloquio sobre Lenguas y Culturas prerromanas de la Península Ibérica (Salamanca 1999)*. Ediciones Universidad de Salamanca. Salamanca: 561-569.
- PEREA CAVEDA, A. (coord.) (1992): *Orfebrería prerromana. Arqueología del oro*. Madrid. Caja de Madrid. Comunidad de Madrid, Dirección General de Patrimonio Cultural
- PEREA CAVEDA, A. y SÁNCHEZ-PALENCIA RAMOS, F. J. (coords.) (1995): *Arqueología del oro astur. Orfebrería y minería*. Oviedo. Caja de Asturias, Obra Social y Cultural
- PEREIRA SIESO, J. (1999): «Recipientes de culto de la necrópolis de Toya (Peal de Becerro, Jaén)». *Archivo Español de Arqueología*, 72. Madrid: 15-29.
- (2001): «El registro arqueológico de las cremaciones: una fuente para la reconstrucción del ritual funerario». En R. García Huerta y J. Morales Hervás (coords.): *Arqueología funeraria: las necrópolis de incineración*. Universidad de Castilla-La Mancha. Cuenca: 11-35.
- (2006): «Una nueva forma en el repertorio cerámico protohistórico de la Península Ibérica: clepsidra». *Trabajos de Prehistoria*, 63. Madrid: 85-111.
- PEREIRA SIESO, J. y ÁLVARO, E. de (1990): «El enterramiento de la Casa del Carpio, Belvís de la Jara (Toledo)». En *Actas del primer Congreso de Arqueología de la provincia de Toledo*. Diputación Provincial de Toledo. Toledo: 215-234.
- PEREIRA SIESO, J.; CHAPA BRUNET, T.; MADRIGAL BELINCHÓN, A.; URIARTE, A. y MAYORAL HERRERA, V. (2004): *La necrópolis ibérica de Galera (Granada). La colección del Museo Arqueológico Nacional*. Madrid. Museo Arqueológico Nacional, Ministerio de Cultura.
- PEREIRA SIESO, J. y MADRIGAL BELINCHÓN, A. (1993): «El ritual funerario ibérico en la Alta Andalucía: la necrópolis de los Castellones de Céal (Jaén)». En J. Mangas y J. Alvar (eds.): *Homenaje a José M.^a Blázquez. Vol. II*. Ediciones Clásicas. Madrid: 381-394.
- PEREIRA SIESO, J.; MADRIGAL BELINCHÓN, A. y CHAPA BRUNET, T. (1998): «Enterramientos múltiples en las necrópolis ibéricas del Guadiana Menor. Algunas consideraciones». En *Estructuras de poder en la sociedad ibérica. Actas del Congreso Internacional Los iberos, príncipes de Occidente*. Fundación La Caixa. Barcelona: 343-354.

- PERRIN, F. (2006): «La hiérarchie sociale en Gaule à la fin de l'Âge du Fer, entre histoire et archéologie. Un état de la question». En C. Haselgrove (dir.): *Celtes et gaulois, l'Archéologie face à l'Histoire. 4: Les mutations de la fin de l'Âge du Fer. Actes de la table ronde de Cambridge, 7-8 juillet 2005*. Centre Archéologique Européen. (Collection Bibracte, 12, 4). Glux-en-Glenne: 155-168.
- PONS, E. (ed.) (2002): *Mas Castellar de Pontós (Alt Empordà). Un complex arqueològic d'època ibèrica (Excavacions 1990-1998)*. Barcelona. Entidad Autónoma del Diario Oficial y de Publicaciones. (Serie monográfica del M.A.C., 21).
- PRADOS TORREIRA, L. (1992): *Exvotos ibéricos de bronce del Museo Arqueológico Nacional*. Madrid. Ministerio de Cultura.
- PRESEDO VELO, F. J. (1982): *La necrópolis de Baza*. Madrid. Ministerio de Cultura, Publicaciones. (Excavaciones Arqueológicas en España, 119).
- PRONTERA, F. (1983): *Geografia e geografi nel mondo antico. Guida storica e critica*. Roma. Laterza.
- PRÓSPER PÉREZ, B. M.^a (1999): «The inscription of Cabeço das Fráguas revisited: Lusitanian and *Alteuropäisch* populations in the west of the Iberian Peninsula». *Transactions of the Philological Society*, 97 (2). Oxford: 51-183.
- (2002): *Lenguas y religiones prerromanas del occidente de la Península Ibérica*. Salamanca. Ediciones Universidad de Salamanca.
- QUESADA SANZ, F. (1989a): *Armamento, guerra y sociedad en la necrópolis ibérica de 'El Cabecico del Tesoro' (Murcia, España)*. Oxford. British Archaeological Reports. (B.A.R. International Series, 502). 2 vols.
- (1989b): «Consideraciones sobre el uso del armamento ibérico para la delimitación de unidades geopolíticas». *Fronteras. Arqueología Espacial*, 13. Teruel: 89-110.
- (1994): «Vías y elementos de contacto entre la Magna Grecia y la Península Ibérica: la cuestión del mercenariado». En D. Vaquerizo Gil (coord.): *Arqueología de la Magna Grecia, Sicilia y Península Ibérica*. Diputación Provincial de Córdoba, Área de Cultura. Córdoba: 191-246.
- (1997): *El armamento ibérico. Estudio tipológico, geográfico, funcional, social y simbólico de las armas en la Cultura Ibérica (siglos VI-I a. C.)*. Montagnac. Monique Mergoil. (Monographies Instrumentum, 3).
- (1999) «Porcuna, Cástulo y la cuestión del supuesto carácter meseteño, indoeuropeo o céltico de su panoplia: el 'armamento ibérico' como armamento ibérico». En R. de Balbín y P. Bueno (eds.): *II Congreso de Arqueología Peninsular (Zamora, 1996). Tomo III*. Fundación Rei Afonso Enríques. Zamora: 425-434.
- (2005) «Patterns of Interaction: 'Celtic' and 'Iberian' weapons in Iron Age Spain». En W. Gillies y D. W. Harding (eds.): *Celtic Connections*, vol. 2. Edinburgh: 56-78.
- QUESADA SANZ, F.; GABALDÓN, M.; REQUENA, F. y ZAMORA, M. (2000): «¿Artesanos itinerantes en el mundo ibérico? Sobre técnicas y estilos decorativos, especialistas y territorio». En C. Mata y G. Pérez (eds.): *Ibers. Agricultors, artesans i comerciants. Saguntum*, Extra 3. Valencia: 291-301.
- RADDATZ, K. (1969): *Die Schatzfunde der Iberischen Halbinsel vom Ende des dritten bis zur Mitte des ersten Jahrhunderts vor Chr. Geb. Untersuchungen zur hispanischen Toreutik*. Berlin. De Gruyter. (Madrider Forschungen, 5).
- RAFEL I FONTANALS, N. (1985): «El ritual d'enterrament ibèric. Un assaig de reconstrucció». *Fonaments*, 5. Barcelona: 13-31.
- RAMÓN Y FERNÁNDEZ OXEA, J. (1953): «La arracada de Madrigalejo». *Zephyrus*, IV. Salamanca: 369-373.
- RIÑO, J. F. 1899: «Efigie gnóstica de bronce». *Boletín de la Real Academia de la Historia*, XXXIV. Madrid: 124-132.
- RIVERO DE LA HIGUERA, M.^a C. (1974): «Algunas cerámicas ibéricas decoradas del 'Castro Plaza del Tercio' (Torrecilla de la Tiera, Cáceres)». *Zephyrus*, 25. Salamanca: 351-377.
- ROBB, J.; BIGAZZI, R.; LAZZARINI, L.; SCARSINI, C. y SONEGO, F. (2001): «Social 'status' and biological 'status': a comparison of grave goods and skeletal indicators from Pontecagnano». *American Journal of Physical Anthropology*, 115 (3). New York: 213-222.
- RODERO RIAZA, A. (1980): *Colección de cerámica púnica de Ibiza en el Museo Arqueológico Nacional*. Madrid. Ministerio de Cultura, Dirección General de Bellas Artes, Archivos y Bibliotecas. (Catálogos del Museo Arqueológico Nacional. Serie 80, 5).
- RODRÍGUEZ COLMENERO, A. (1999): *O santuario rupestre galaico-romano de Panoias (Vila Real, Portugal). Novas achegas para a sua reinterpretação global*. Lisboa. Ministerio de Cultura. (Deorum Témenh, 1).
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. y ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J. J. (1992): «Necrópolis protohistóricas en Extremadura». En J. Blázquez Pérez y V. Antona del Val (eds.): *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópolis (Madrid, 1991)*. Universidad Autónoma de Madrid, Departamento de Prehistoria y Arqueología. Comunidad de Madrid. Madrid: 531-562.
- ROLDÁN HERVÁS, J. M. (1968-69): «Fuentes antiguas para el estudio de los vettones». *Zephyrus*, 19-20. Salamanca: 73-106.
- (1971): *Iter ab Emerita Asturicam. El Camino de la Plata*. Salamanca. Universidad de Salamanca, Facultad de Filosofía y Letras.

- RUANO RUIZ, E. (1987): *La escultura humana de piedra en el mundo ibérico*. Madrid, 3 vols.
- (1995): «Aproximación al vidrio prerromano: los materiales procedentes de la necrópolis ibérica de El Cigarralejo, Mula, Murcia. Composición química de algunas cuentas de collar». *Trabajos de Prehistoria*, 52, 1. Madrid: 189-206.
- RUIZ BREMÓN, M. (1989): *Los exvotos del santuario ibérico del Cerro de los Santos*. Albacete. Instituto de Estudios Albacetenses de la Excm. Diputación de Albacete. CSIC.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (1992): «La novia vendida: orfebrería, herencia y agricultura en la Protohistoria de la Península Ibérica». *SPAL. Revista de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla*, 1. Sevilla: 219-251.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A. (1998): «Los príncipes iberos. Procesos económicos y procesos sociales». En *Estructuras de poder en la sociedad ibérica. Actas del Congreso Internacional Los iberos, príncipes de Occidente*. Fundación La Caixa. Barcelona: 289-300.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A. y MOLINOS MOLINOS, M. (1993): *Los iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*. Barcelona. Crítica.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A.; RÍQUEZ CUENCA, C. y HORNOS MATA, F. (1992): «Las necrópolis ibéricas en la Alta Andalucía». En J. Blázquez Pérez y V. Antona del Val (eds.): *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópolis (Madrid, 1991)*. Universidad Autónoma de Madrid, Departamento de Prehistoria y Arqueología. Comunidad de Madrid. Madrid: 397-430.
- RUIZ TABOADA, A.; CARROBLES SANTOS, J. y PEREIRA SIESO, J. (2004): «La necrópolis de Palomar de Pintado (Villafranca de los Caballeros, Toledo)». *Investigaciones arqueológicas en Castilla-La Mancha 1996-2002*. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Toledo: 117-133.
- RUIZ ZAPATERO, G. (ed.) (e. p.): *Castros y verracos. Las gentes de la Edad del Hierro en el occidente de Iberia (Actas de la Reunión Internacional celebrada en Ávila, noviembre 2004)*. Ávila. Diputación de Ávila.
- RUIZ ZAPATERO, G. y ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R. (1995): «Las Cogotas: Oppida and the Roots of Urbanization in the Spanish Meseta». En B. Cunliffe y S. K. Keay (eds.): *Social Complexity and the Development of Towns in Iberia: from the Copper Age to the Second Century A.D.* Oxford University Press (Proceedings of the British Academy, 86). Oxford: 209-236.
- (1999): «Ulaca: la 'Pompeya' vettona». *Revista de Arqueología*, 216. Madrid: 36-47.
- (2002a): «Etnicidad y Arqueología: tras la identidad de los vettones». *SPAL. Revista de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla*, 11. Sevilla: 253-275.
- (2002b): «Vettones, etnicidad y cultura material». En M. Molinos y A. Zifferero (eds.): *Primi Popoli d'Europa. Proposte e riflessioni sulle origini della civiltà nell'Europa Mediterranea*. Edizioni All'Insegna del Giglio. Firenze: 181-200.
- RUIZ ZAPATERO, G. y LORRIO ALVARADO, A. J. (1995): «La muerte en el norte peninsular durante el Primer Milenio». En R. Fábregas, F. Pérez y C. Fernández (eds.): *Arqueología da morte na Península Ibérica desde os orixes ata o Medioevo*. Concello de Xinzo de Limia. Xinzo de Limia: 223-248.
- (2000): «La belleza del guerrero: los equipos de aseo personal y el cuerpo en el mundo celtibérico». En C. de la Casa Martínez (ed.): *Homenaje a José Luis Argente*. Diputación Provincial, Departamento de Cultura. (Soria Arqueológica, 2). Soria: 279-309.
- SALA SELLÉS, F. (2004): «La influencia del mundo fenicio y púnico en las sociedades autóctonas del sureste peninsular». En B. Costa y J. H. Fernández (eds.): *Colonialismo e interacción cultural: el impacto fenicio púnico en las sociedades autóctonas de Occidente. XVIII Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (Eivissa, 2003)*. Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera. Eivissa: 57-102.
- SALA SELLÉS, F. y HERNÁNDEZ, L. (1998): «La necrópolis de El Puntal (Salinas, Alicante): aspectos funerarios ibéricos del siglo IV a. C. en el corredor del Vinalopó». *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 19. Castelló: 221-266.
- SALAS MARTÍN, J.; REDONDO RODRÍGUEZ, J. A. y SÁNCHEZ ABAL, J. L. (1983): «Un sincretismo religioso en la Península Ibérica: Júpiter Solutorio-Eaceo». *Norba*, 4. Cáceres: 243-261.
- SALINAS DE FRÍAS, M. (1982): «La religión indígena del oeste de la Meseta: los vettones». *Studia Zamorensia*, 3. Salamanca: 325-340.
- (1994): «Las fundaciones de héroes griegos en el libro III de la Geografía de Estrabón». En P. Sáez y S. Ordóñez (eds.): *Homenaje al profesor Presedo*. Universidad de Sevilla. Sevilla: 203-216.
- (1995): «Los elementos griegos en el libro III de la Geografía de Estrabón». *Kolaios*, 4. Sevilla: 103-124.
- (1998): «La guerra de los cántabros y astures, la etnografía de España y la propaganda de Augusto». «Romanización y Reconquista en la Península Ibérica: nuevas perspectivas». Ediciones Universidad de Salamanca. Salamanca: 155-170.
- (1999): «En torno a viejas cuestiones: guerra, trashumancia y hospitalidad en la Hispania prerromana». En F. Villar y F. Beltrán (eds.): *Pueblos, lenguas y escrituras en la Hispania prerromana. Actas del VII Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas (Zaragoza, 1997)*. Ediciones Universidad de Salamanca. Institución Fernando el Católico. Salamanca-Zaragoza: 281-293.

- (2001a): *Los vettones. Indigenismo y romanización en el occidente de la Meseta*. Salamanca. Ediciones Universidad de Salamanca.
- (2001b): «La religiosidad de las poblaciones antiguas de Salamanca y el norte de Cáceres». *Palaeohispanica*, 1. Zaragoza: 151-172.
- (2006): *Los pueblos prerromanos de la Península Ibérica*. Madrid. Akal.
- SAN VALERO APARISI, J. (1946): «Joya de oro céltica de Saldaña». *Cuadernos de Historia Primitiva*, 1 (2). Madrid: 100-102.
- SÁNCHEZ FERNÁNDEZ, C. (1992): *El comercio de productos griegos en Andalucía oriental en los siglos V y IV a. C. Estudio tipológico e iconográfico de la cerámica*. Madrid. Universidad Complutense.
- (1996): «Códigos de lectura en iconografía griega hallada en la Península Ibérica». En R. Olmos Romera (ed.): *Al otro lado del espejo. Aproximación a la imagen ibérica*. (Colección Lynx. La arqueología de la mirada, 1). Madrid: 73-84.
- SÁNCHEZ FERNÁNDEZ, C. y CABRERA BONET, P. (editoras científicas) (2000): *Los griegos en España. Tras las huellas de Heracles. Catálogo de la exposición*. Madrid. Ministerio de Educación y Cultura.
- SÁNCHEZ GÓMEZ, M.^a L. (2002): *El santuario de el Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete). Nuevas aportaciones arqueológicas*. Albacete. Instituto de Estudios Albacetenses Don Juan Manuel.
- SÁNCHEZ MESSEGUER, J. L. y QUESADA SANZ, F. (1992): «La necrópolis ibérica del Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia)». En J. Blázquez Pérez y V. Antona del Val (coords.): *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópolis (Madrid, 1991)*. Universidad Autónoma de Madrid, Departamento de Prehistoria y Arqueología. Comunidad de Madrid. Madrid: 349-396.
- SÁNCHEZ-MORENO, E. (1996): «Los vetones en las fuentes literarias: ¿una imagen sesgada?». *Hispania Antiqua*, 20. Valladolid: 23-40.
- (1997a): «Aproximación a la religión de los vetones: dioses, ritos y santuarios». *Studia Zamorensia. Segunda etapa*, 4. Salamanca: 115-147.
- (1997b): «El agua en la manifestación religiosa de los vetones. Algunos testimonios». En M.^a J. Pérex Agorreta (ed.): *Termalismo antiguo. Actas del I Congreso Peninsular (Arnedillo, La Rioja, 1996)*. Casa de Velázquez. UNED. Madrid: 129-139.
- (1998): *Meseta occidental e Iberia exterior. Contacto cultural y relaciones comerciales en época prerromana*. Madrid. Universidad Autónoma de Madrid. (Tesis Doctoral en Microfichas).
- (1999): «Mecanismos de contacto cultural al occidente de la Celtiberia». En F. Burillo Mozota (coord.): *IV Simposio sobre los celtíberos. Economía. Homenaje a José Luis Argente Oliver (Daroca, 1997)*. Institución Fernando el Católico. Zaragoza: 341-349.
- (2000): *Vetones: historia y arqueología de un pueblo prerromano*. Madrid. Ediciones UAM. (Colección de Estudios, 64).
- (e. p.): «Los confines de la Vetonia meridional: identidades y fronteras». En G. Carrasco Serrano (coord.): *Los pueblos prerromanos en Castilla-La Mancha*. Cuenca. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha.
- (e. p.): «Rebaños, armas, regalos: expresión e identidad de las elites vettonas». En G. Ruiz Zapatero (ed.): *Castros y verracos. Las gentes de la Edad del Hierro en el occidente de Iberia (Actas de la Reunión Internacional celebrada en Ávila, noviembre 2004)*. Ávila. Diputación de Ávila.
- SANTOS VELASCO, J. A. (1983): «La denominada necrópolis ibérica de Orán, en el Museo Arqueológico Nacional». *Trabajos de Prehistoria*, 40, 1, Madrid: 309-352.
- SANTOS VILLASEÑOR, J. (2005): «Motivos ornamentales orientalizantes en las cerámicas de la Primera Edad del Hierro en la Meseta Norte: La Aldehuela (Zamora)». En S. Celestino Pérez y J. Jiménez Ávila (eds.): *El periodo orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida, Protohistoria del Mediterráneo Occidental*. Instituto de Arqueología de Mérida. (Anejos de Archivo Español de Arqueología, XXXV). Mérida: 1025-1038.
- SANZ MÍNGUEZ, C. (1990): «Metalistería prerromana en la cuenca del Duero. Una propuesta secuencial para los puñales de tipo Monte Bernorio». *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 56. Valladolid: 170-188.
- (1997): *Los vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas. Padilla de Duero (Valladolid)*. Salamanca. Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura. Ayuntamiento de Peñafiel. (Arqueología en Castilla y León, 6).
- (2002): «Panoplias prerromanas en el centro y occidente de la Submeseta norte peninsular». En P. Moret y F. Quesada Sanz (eds.): *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico (siglos VI-II a. C.)*. Casa de Velázquez. (Collection de la Casa de Velázquez, 78). Madrid: 87-133.
- SANZ MÍNGUEZ, C. y CAMPANO LORENZO, A. (1987): «Hallazgo de cerámica ática en el valle medio del Duero». *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 53. Valladolid: 178-180.
- SCHATTNER, T. G.; MARINÉ ISIDRO, M.^a; KOCH, M. y GELDMACHER, N. (2006): «Postoloboso (Candeleda, Prov. Ávila)

- 2004/2005. Bericht über die Kampagnen im Heiligtum des Vaelicus». *Madridrer Mitteilungen*, 47. Madrid: 117-149.
- SCHÜLE, W. (1969): *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel: mediterrane und eurasische Elemente in frühheisenzeitlichen Kulturen Südwesteuropas*. Berlin. Walter de Gruyter. (Madridrer Forschungen, 3).
- SERRANO, J. y MORENA LÓPEZ, J. A. (1998): «Un relieve de baja época ibérica procedente de Torreparedones (Castro del Río, Baena, Córdoba)». *Archivo Español de Arqueología*, 61. Madrid: 245-248.
- SORIA COMBADIERA, L. y GARCÍA MARTÍNEZ, H. (1996): *Broches y placas de cinturón de la Edad del Hierro en la provincia de Albacete. Una aproximación a la metalurgia protohistórica*. Albacete. Instituto de Estudios Albacetenses.
- THOLLARD, P. (1987): *Barbarie et civilisation chez Strabon. Étude critique des livres III et IV de la Géographie*. Paris. Belles Lettres.
- TORRES ORTIZ, M. (2002): *Tartessos*. Madrid. Real Academia de la Historia. (Bibliotheca Archaeologica Hispana, 14).
- TORTOSA, T. (2004): «Tipología de la cerámica ibérica con decoración figurada de La Alcudia (Elche, Alicante)». *Anejos de Archivo Español de Arqueología*, XXX. Madrid: 271-225.
- TOVAR LLORENTE, A. (1953): «Sobre las escrituras tartesias, libio-fenicias y del Algarbe». *Zephyrus*, VI. Salamanca: 273-283.
- (1985): «La inscripción de Cabeço das Fráguas y la lengua de los lusitanos». En J. J. de Hoz Bravo (coord.): *Actas del III Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas*. Ediciones Universidad de Salamanca. Salamanca: 227-254.
- TRANCHO, G. J.; ROBLEDO-BUEIS, I. y ROBLEDO, B. (1997): *Paleodieta de la población ibérica de Villasviejas de Tamuja. Análisis de la necrópolis de El Mercadillo (Botija, Cáceres)*. Junta de Extremadura. Universidad Complutense de Madrid.
- TREHERNE, P. (1995): «The warrior's beauty: the masculine body and self-identity in Bronze Age Europe». *Journal of European Archaeology*, 3 (1). Glasgow: 105-144.
- UBERTI, M. L. (1988): «I vetri». En *I Fenici*. Bompiani. Milano: 474-491.
- UNTERMANN, J. (1995): «La lengua ibérica: nuestro conocimiento y tareas futuras». *Veleia*, 12. Vitoria: 243-256.
- URBINA MARTÍNEZ, D. y MORÍN DE PABLOS, J. (2005): «El Cerro de la Gavia y los recintos amurallados del Hierro II en el centro de la Península». En *El cerro de la Gavia. El Madrid que encontraron los romanos*. Comunidad de Madrid, Museo Arqueológico Regional. Madrid: 99-123.
- URBINA MARTÍNEZ, D.; MORÍN DE PABLOS, J.; ESCOLA, M.; AGUSTÍ, E.; LÓPEZ, G.; VILLASVERDE, R. y MORENO, M. (2005): «Las actividades artesanales». En *El cerro de la Gavia. El Madrid que encontraron los romanos*. Comunidad de Madrid, Museo Arqueológico Regional. Madrid: 177-211.
- URIARTE GONZÁLEZ, A. (2001): *La conciencia evadida, la conciencia recuperada. Diálogos en torno a la Arqueología de la Muerte y su aplicación al registro funerario ibérico. La necrópolis de Baza*. Madrid. (Colección Lynx. La arqueología de la mirada, 3).
- UROZ, H. (2006): *El programa iconográfico religioso de la 'Tumba del orfebre' de Cabezo Lucero (Guardamar de Segura, Alicante)*. Monografías del Museo de Arte Ibérico de El Cigarralejo. Murcia.
- VALENCIANO PRIETO, M.^a del C. (2000): *El Llano de la Consolación (Montealegre del Castillo, Albacete). Revisión crítica de una necrópolis ibérica del sureste de la Meseta*. Albacete. Instituto de Estudios Albacetenses Don Juan Manuel.
- VALIENTE CÁNOVAS, S. (1994): *Excavaciones arqueológicas en 'El Cerrón', Illescas (Toledo)*. Toledo. Servicio de Publicaciones de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha.
- VAQUERIZO GIL, D. (1989): «Armas de hierro procedentes de la necrópolis ibérica de 'Los Collados' (Almedinilla, Córdoba)». *Saguntum*, 22. Valencia: 225-266.
- VILAÇA, R. (1995): *Aspectos do povoamento da Beira Interior (Centro e Sul) nos finais da Idade do Bronze*. Lisboa. Instituto Português do Património Arquitectónico e Arqueológico.
- VILLAR LIÉBANA, F. (1996): «El teónimo lusitano Reve y sus epítetos». En W. Meid (ed.): *Innsbrucker Beiträge zur Sprachwissenschaft. Die Grösseren Altkeltischen Sprachdenkmäker (Akten des Kolloquiums Innsbruck, 1993)*. Innsbruck: 160-211.
- VIVES Y ESCUDERO, A. (1917): *Estudio de arqueología cartaginesa. La necrópolis de Ibiza*. Madrid. Imprenta de Blass. Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas.
- VV.AA. (1989): «Inhumaciones infantiles en el ámbito mediterráneo español (siglos VII a. C. al II d. C.)». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 14. Castellón de la Plana.
- (1998a): *Estructuras de poder en la sociedad ibérica. Actas del Congreso Internacional Los iberos, príncipes de Occidente*. Barcelona. Fundación La Caixa.
- (1998b): *Los iberos. Príncipes de Occidente. Catálogo de la exposición*. Barcelona. Fundación La Caixa.
- WELLS, P. S. (2001): *Beyond Celts, Germans and Scythians. Archaeology and identity in Iron Age Europe*. London. Duckworth.

- WOOD, J. (2000): «Food and drinking in European Prehistory». *European Journal of Archaeology*, 3 (1). London: 89-111.
- ZARZALEJOS, M. y LÓPEZ PRECIOSO, F. J. (2005): «Apuntes para una caracterización de los procesos orientalizantes en la Meseta Sur». En S. Celestino Pérez y J. Jiménez Ávila (eds.): *El periodo orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida, Protohistoria del Mediterráneo Occidental*. Instituto de Arqueología de Mérida. (Anejos de Archivo Español de Arqueología, XXXV). Mérida: 809-842.


 Institución Gran Duque de Alba

Imagen de la contracubierta:

Exvoto vettón hallado en El Raso de Candeleda
(Colección particular).

